

NADINE GORDIMER

MEJOR HOY QUE MAÑANA

TRADUCCIÓN DEL INGLÉS

DE MIGUEL TEMPRANO GARCÍA

BARCELONA 2013 ACANTILADO

Publicado por

ACANTILADO

Quaderns Crema, S.A.U.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona

Tel. 934 144 906 - Fax. 934 147 107

correo@acantilado.es www.acantilado.es

© 2012 by Nadine Gordimer

© de la traducción, 2013 by Miguel Temprano García

© de esta edición, 2013 by Quaderns Crema, S.A.U.

Derechos exclusivos de edición en lengua castellana:

Quaderns Crema, S.A.U.

En la cubierta, detalle de *Zero* (2002), de Karel Nel

isbn: 978-84-15689-78-2

DEPÓSITO LEGAL: B. 16285-2013

aiguadevidre *Gráfica*

QUADERNS CREMA *Composició*

romanyá-valls *Impresión y encuadernación*

primera edición *septiembre de 2013*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes, quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamo públicos.

REINHOLD CASSIRER

12 de marzo de 1908 - 18 de octubre de 2001

1 de marzo de 1953 - 18 de octubre de 2001

La historia se interesa por las manifestaciones de la libertad humana en relación con el mundo exterior, el tiempo y su dependencia de las causas.

León Tolstói, *Guerra y paz*

Aunque el hoy siga siendo un lugar peligroso donde vivir el cinismo sería un lujo imprudente.

KEORAPETSE KGOSITSILE,

Sueños heridos

Glengrove Place. No es un valle ni hay ningún bosque.¹ Debió de ponerle el nombre algún escocés o inglés en recuerdo del hogar que había dejado atrás, cuando ganó dinero en esta ciudad a más de mil quinientos metros sobre el nivel del mar y entró en el negocio del mercado inmobiliario.

Pero ha sido un lugar. Un sitio donde podían vivir juntos cuando no había dónde hacerlo legalmente. El alquiler del apartamento era caro, al menos para ellos en aquel entonces, pero implicaba cierta complicidad por parte del dueño del edificio y el conserje—nada es gratuito cuando alguien que respeta la ley se arriesga a quebrantarla—. Como inquilino, él tenía uno de esos nombres que parecen ingleses, o al menos europeos, y no se distinguen de los demás nombres que había en los buzones al lado del ascensor, en la entrada, donde, a falta de bosque, había un cactus decorativo en una maceta. Ella era sólo el añadido «Señora». Estaban casados de verdad, aunque eso también fuera ilegal. En el país vecino, donde ella se había exiliado para estudiar y él era un joven blanco cuya filiación política hacía necesario que se ausentara por un tiempo de la universidad, los dos, ignorando imprudentemente las inevitables consecuencias que tendría cuando volvieran a casa, se habían enamorado y se habían casado.

De vuelta en Sudáfrica, ella se hizo maestra en un colegio privado dirigido por los curas de una orden católica tolerada y al margen de la enseñanza pública segregada, donde podía utilizar su apellido natal sin implicaciones raciales.

Ella era negra, él blanco. Eso era lo único que importaba.

En eso consistía entonces la identidad. Tan sencillo como las letras negras sobre esta página blanca. Y era con esas dos identidades con las que transgredían la ley. Y más o menos salieron bien librados. No eran lo bastante visibles, ni lo bastante conocidos políticamente, para que valiera la pena procesarlos según la Ley de Inmoralidad, era mejor vigilarlos, seguirlos por si dejaban alguna pista que pudiese conducir a activistas más importantes, o ante la eventualidad de que pudieran ser candidatos a ser reclutados para que informaran de cualquier nivel, disidente o revolucionario, al que tuviesen acceso. De hecho, él era de esos a los que, en su época de estudiante, habían abordado con insinuaciones muy bien escogidas, ya se basaran en la lealtad patriótica o, tal vez, en la también natural falta de fondos de los jóvenes, y le habían dado a entender que no tendría de qué preocuparse, que su seguridad estaría garantizada y dejaría de tener problemas de dinero, si recordaba lo que se decía en las reuniones a las que se sabía que asistía y en las que participaba. Se había negado tragando saliva con asco e imitando el tono en que le habían abordado, pero el otro había reconocido el rechazo que le inspiraba no sólo la oferta, sino también quien se prestaba a ser un confidente de la policía.

Ella era negra, lo cual significa ahora mucho más que el principio y el final de una existencia registrada en un archivo olvidado en un país olvidado, incluso aunque el nombre no haya cambiado. Había nacido en esa época que todos sabemos; su nombre es una marca del pasado del que procede, bautizada en la iglesia metodista donde uno de sus abuelos había sido pastor y en la que su padre, director de una escuela local para niños negros, era diácono y su madre presidenta de la asociación de mujeres de la iglesia. La Biblia era la

inspiración de esos nombres bautismales, seguidos de otros africanos, con los que los blancos, a quienes la niña tendría que acostumbrarse a tratar y agradar, no tenían asociación de identidad. Rebecca Jabulile.

Él era blanco. Pero eso tampoco es tan definitivo como consta en los antiguos archivos. Nacido en la misma era pasada, unos años antes que ella, es un blanco mezclado, lo cual no tenía importancia siempre que todos los elementos fuesen blancos. En realidad, su mezcla es bastante complicada en ciertos aspectos de la identidad no determinados por el color. Su padre, en teoría cristiano practicante, era gentil y laico y su madre judía. La identidad de la madre es la más decisiva en la identidad de un judío, la madre de quien uno puede estar seguro en lo que se refiere a la concepción. Si la madre es judía, tal ha de ser la fe de su hijo y, por supuesto, eso implica la circuncisión ritual. Su padre, evidentemente, no puso objeciones, tal vez, como muchos agnósticos e incluso ateos, envidiara secretamente a quienes practican la ilusión de una fe religiosa, o puede que fuese una concesión a la mujer que amaba. Si eso era lo que quería y tenía importancia para ella de un modo que él no podía entender, que cortase aquel prepucio.

1

Glengrove es un topónimo formado por las palabras inglesas *glen* y *grove*, que pueden traducirse por *valle y bosque*. *Place* significa 'lugar'. (*Todas las notas son del traductor*).

Hubo una Era del Pleistoceno, una Era del Bronce y una Era del Hierro. Daba la impresión de que hubiera transcurrido una Era. Sin duda, empieza una Nueva Era cuando la ley no se promulga por la pigmentación y cualquiera puede vivir, moverse y trabajar donde quiera en un país de todos. Algo con el convencional nombre de «Constitución» abrió esa posibilidad de par en par. Sólo un vocabulario grandilocuente puede expresar lo que significa para los millones a quienes no se les reconocía ninguno de los derechos que implica la palabra *libertad*.

Las consecuencias son muchas en aspectos de las relaciones humanas que antes se restringían por decreto. En los buzones del edificio de apartamentos hay algunos nombres africanos: un médico, un profesor de universidad y una mujer que está haciendo carrera en el mundo de los negocios. Jabulile y Steve pueden ir al cine, comer en restaurantes y alojarse juntos en hoteles. Cuando ella dio a luz a su hija lo hizo en una clínica donde antes no la habrían admitido. Es una vida normal, no un milagro. Se ha conseguido gracias al esfuerzo humano.

A él le habían interesado las ciencias desde la infancia y había estudiado química en la universidad. Sus padres vieron en eso una especie de antídoto, un seguro para el futuro, a diferencia de las actividades izquierdistas contra el régimen que algunas temporadas le llevaban a desaparecer en algún lugar al otro lado de la frontera; así tendría una profesión respetable. Nunca llegarían a saber lo útiles que resultaban sus conocimientos de química para el grupo que estaba aprendiendo a fabricar explosivos con los que volar centrales eléctricas. Cuando se graduó, el puesto de subalterno que consiguió en una gran fábrica de pinturas fue una eficaz tapadera para un modo de vida sospechoso en lo político y lo sexual.

La ambición. Aquella época no era el momento de pensar en lo que uno quería hacer de verdad con su futuro. Hasta que concluyó la distorsión de la vida en común, la aguja de la brújula señalaba a un único polo, y no quedaba sitio para los logros personales: escalar el Everest o hacerse rico eran evasiones de la realidad y síntomas escandalosos de que uno estaba en el bando de quienes se oponían al cambio.

Ahora no había razones para no seguir investigando avances en la duración de la pintura en nuevas formas de construcción o con propósitos decorativos, desde tejados hasta máquinas de discos, dormitorios o deportivos descapotables. Tal vez podría haber vuelto a la universidad para ampliar sus conocimientos de otras ramas de la química y la física, no limitadas a las apariencias. Pero tenían una niña a quien procurar un hogar. Además, hacía bien su trabajo, aunque sin demasiado interés; no quedaba nada de la chispa de saber que, al mismo tiempo que guardaba (literalmente) las apariencias para la industria de los blancos, estaba fabricando explosivos para dinamitar el régimen. La empresa tenía sucursales por todo el país y él un buen puesto en la central, donde había empezado a trabajar. Aunque, por más vueltas que le daba, no llegara a tomar la decisión de dejar la química de tubos de ensayo y dedicarse a la otra, con personas, no gubernamental, sin ánimo de lucro, trabajaba a tiempo parcial como voluntario en una comisión para evaluar los derechos de propiedad sobre la tierra de las comunidades desposeídas por el pasado régimen. Estudiaba derecho y

economía a distancia y era secretario voluntario de un grupo de mujeres contra el abuso infantil y de género. Su pequeña Sindiswa iba a la guardería: el poco tiempo que les quedaba lo pasaban con ella.

Estaban sentados en el balcón de Glengrove Place, justo después de ponerse el sol, entre la ropita de niña tendida a secar. Una motocicleta desgarró la calle como una hoja de papel.

Ambos alzaron la mirada desde su amistoso silencio, ella tenía el gesto torcido y la curva de las cejas dibujada sobre la frente. Era la hora de las noticias; la radio estaba en el suelo al lado de la cerveza. Aun así, él habló:

—Deberíamos mudarnos. ¿Qué te parece? Tener una casa...

—¿Qué quieres decir... ?

El está sonriendo casi con paternalismo.

—Lo que he dicho. Una casa...

—No tenemos dinero...

—No me refiero a comprar. Podríamos alquilar en alguna parte...

Ella volvió un poco la cabeza, esforzándose en seguir su pensamiento.

—En una de esas zonas residenciales donde los blancos se han instalado en urbanizaciones de adosados. Varios camaradas han encontrado casas de alquiler.

—¿Quiénes?

—Peter Mkize, creo. Isa y Jake.

—¿Las has visto?

—Pues claro que no. Pero el jueves pasado Jake me contó en la comisión que iban a alquilar una cerca de un buen colegio al que podrán ir sus hijos.

—A Sindiswa no le hace falta ir a la escuela. —Se rió y la niña eructó, asintiendo desdeñosamente mientras se comía una galleta.

—Dice que las calles son silenciosas.

De modo que ha sido la motocicleta la que le ha dado la idea.

—Hay árboles grandes...

Nunca sabes cuándo te has librado de las trampas de una vida pasada, vuelven de manera subconsciente. Lo que ha recordado su marido son algunos de los privilegios del barrio de blancos donde creció. El no lo sabe, pero ella sí. En el fondo, está pensando en la casa de los Reed cuya segregación de la realidad ha dejado atrás para siempre. Cómo no iba a entenderlo: justo en pleno ejercicio de su independencia, cuando uno de sus hermanos, el mayor, por supuesto, rechaza su opinión sobre algún comportamiento familiar regido por la costumbre, ella descubre que una voz atávica de sumisión, como la llamarían sus estudios por correspondencia, sustituye a la que tiene en los labios.

El está diciendo, mientras levanta a Sindiswa por los aires para llevársela a la cama (la paternidad es algo de lo que se segregó a la generación anterior tanto de blancos como de negros):

—Muy pronto necesitará tener un buen colegio cerca.

En las horas oscuras y suspendidas en el silencio de las dos y las tres de la mañana, no sabes lo que ocurre con el ritmo mental de quien respira a tu lado. Tal vez sea ahí donde se abrió paso a través del inconsciente un eco de lo que sugirió la idea de aquel atardecer de una semana o unos días atrás.

Jake Anderson llama para preguntar si se han olvidado de Isa y de él, y si querían pasarse a verles el domingo. No le dice si la idea ha sido del hombre que duerme a su lado. En cualquier caso, el resultado es que metieron a Sindiswa y un par de botellas de vino en el coche y fueron por la autopista hasta una salida desconocida. Desembocaba en unas calles cubiertas de desgredados pimenteros y otros árboles que debían de ser jacarandas, aunque no estaban en flor, y cuyas raíces levantaban las aceras. Todas las casas revelaban sus orígenes: una veranda en la parte delantera, las habitaciones a los lados bajo un techo rígido de hojalata, aunque en algunas se las habían arreglado para incluir añadidos con puertas correderas de cristal en el estrecho terreno entre las tapias cubiertas de enredaderas que marcaban la separación con los vecinos. Aparentemente guiado por las instrucciones de Jake, Steve disminuyó la velocidad al llegar a una especie de iglesia de ladrillo rojo que asomaba entre las casas, pero cuando giró a la izquierda vieron una piscina encajada donde debería estar el porche de la iglesia y a tres o cuatro jóvenes—o tal vez sólo su aspecto fuese decididamente juvenil—con trajes de baño tipo tanga, que bailaban y se empujaban al agua al son de una ruidosa música reggae. En los jardincitos de las otras casas se veían las habituales bicicletas, las sillas de jardín y los utensilios de las barbacoas. La de Jake era una de ellas. Habían prolongado la típica veranda con una pérgola cubierta por una parra. En la calle, junto a la puerta, estaban aparcados un coche y una motocicleta, evidentemente se trataba de una fiesta. Bueno, no, sólo de unos cuantos camaradas que se han acordado de

reunirse a pesar de que sus vidas estén tomando caminos diferentes.

Son todos jóvenes, pero es como si fuesen viejos viviendo en el pasado, allí es donde ocurrió todo. Una vez definidas sus vivencias, *ahora* siempre es después. Las celdas de detención, las anécdotas del campamento en Angola, los malentendidos con los cubanos que vinieron—con una valentía decidida e idealista—a apoyar esta Lucha aun a riesgo de sus vidas, el choque de caracteres, las costumbres personales en la soledad de los camaradas, todo lo que incluía la familiaridad con el peligro, la presencia de la muerte que acechaba siempre cerca en el desierto, y en el monte. Peter Mkize está en esa reunión dominical; con una mano da la vuelta con habilidad a las chuletas y las salchichas en la barbacoa a la sombra de la parra, con la otra sostiene una cerveza. Su hermano fue uno de los que fueron capturados y asesinados y cuyos cuerpos, descuartizados y quemados en un *braaivleis*² por unos soldados sudafricanos blancos borrachos, acabaron en el río Komati, una frontera entre este país y Mozambique. Es posible que no recuerde la historia mientras le da la vuelta a las salchichas chisporroteantes para sus camaradas.

Ahora todo es después.

Steve nota un hálito de rechazo que le llena los pulmones. Lo que hicieron entonces esos hombres—algunos de los cuales fueron mucho más valientes y soportaron un infierno infinitamente peor que cualquier riesgo que pudiera correr él o que tuviera que sufrir Jabu, que era negra y por tanto una víctima inevitable—¿no será la suma de una serie de vivencias? Para no pensarlo, recurre a una maniobra de distracción.

—Jake, ¿dónde está la casa de la que me hablaste? Me gustaría echarle un vistazo.

—Claro, tenemos tiempo de sobra. Toma otra copa de ese vino tan bueno que habéis traído, mientras se pone el sol.

Jabulile sonrío, el paternalismo de la intimidad. Su marido de pronto tiene ganas de mudarse.

Mudarse. Sí, mudémonos.

—¿Es en esta misma calle?

—No, pero aun así seríamos vecinos. Es dos casas más allá de donde habéis girado para llegar a nuestra calle.

—¿Antes de ese sitio tan raro que parece una iglesia? Había unos tíos bailando en una minipiscina.

—Era una iglesia, éste es un antiguo barrio bóer, los cafres podían adorar a Jesús en el altar del *apartheid*, *blankes alleen*.

Todos ríen y se liberan del pasado. Con las manos extendidas al cielo y la cabeza

baja fingiendo responsabilidad por la culpa de la generación de su padre y su madre, Pierre du Preez es el que ha llegado en la motocicleta enjaezada que hay aparcada fuera, tan equipada como una carroza real, con los flancos relucientes, el asiento esculpido, engalanada con tubos e indicadores. Es un afrikáner a quien ya no ofenden las pullas de Mkize sobre la palabra proscrita, *cafre*.

—¿Quiénes son los alegres propietarios que la han adquirido?

Pierre responde a la pregunta que alguien ha hecho:

—Una de nuestras familias gays.

Más risas, es la blasfemia definitiva.

Jake le hace una seña a Steve y deja que Isa se encargue de los camaradas. Jabu a su vez da a entender que se está divirtiendo y no quiere que la interrumpán, sin embargo el brazo de Steve la rodea amable pero firme y los tres se van discretamente, pasan junto a la piscina de la iglesia y llegan a la calle siguiente para ver la casa con el cartel de SE vende - se alquila en la pared.

—Mierda, por lo visto hoy no la enseñan, normalmente lo hacen los fines de semana... ¿Dónde se habrá metido el agente? Espero que no la haya alquilado desde que te lo dije.

—Vivir tras una tapia con alambre de espino. —Steve no había contado con eso.

A través de la verja de hierro forjado vieron algo de lo que había detrás. Una modesta representación del decorado de la casa en la que él creció: una rocalla con aloes en flor, una jacaranda, un pulcro césped a ambos lados del sendero que conduce a los escalones de la puerta principal. Ninguna pista sobre los anteriores habitantes, ¡oh!, excepto una parrilla oxidada de una *braaivleis* y una caseta de perro a la que le falta medio tejado.

—Detrás hay un garaje, otra puerta y, créelo o no, un viejo gallinero.

Llevado por su intención de crear una especie de comunidad con los camaradas dispersos en ese barrio arrebatado al pasado, Jake está haciendo las veces de agente inmobiliario.

De vuelta en Glengrove Place, Steve prepara la toalla mientras Jabu saca a la niña del baño. En medio del vaho su voz se suaviza como una reflexión más que como una pregunta, no quiere presionar a su mujer.

—¿Qué opinas?

La fiesta, la casa, la iglesia convertida en comuna gay y motivo de las burlas de todos; y algo que no pueden pasar por alto: el futuro, en el que no había tiempo de pensar

en el manicomio de Glengrove.

Ella es una persona con la cabeza despejada capaz de hacer algo con las manos mientras piensa en otra cosa.

—Es una casa bonita, por lo que se ve desde fuera.

—Por supuesto, la semana que viene le pediré al agente inmobiliario que nos la enseñe, o mejor que nos deje las llaves. Pero me refería al sitio, al ambiente...

—¿Qué quieres que te diga? No tengo con qué compararlo, nunca he vivido en un sitio así, en un área residencial o lo que sea. —Sonríe, ya sea a la niña mientras continúa secándola o a él.

—Me gusta la idea. —No hacen falta más explicaciones, lo de quitárselo a los bóers, si hasta Pierre celebró que echaran a su propio clan, aunque se supone que todos deben vivir juntos, sin guetos, en una nueva clase media de blancos y negros.

Una vez a solas—si es que se puede decir así cuando aquellos con quienes compartes la vida están cerca en la cocina o el dormitorio—, aunque sin sentirse solo, se pregunta si realmente quiere prolongar esa intimidad entre camaradas que permitía sobrevivir en la celda o el desierto, nota cierta resistencia ante la nostalgia. Y al mismo tiempo se lo reprocha: ¿qué puede haber mejor que los vínculos entre los camaradas? Los demás serán siempre desconocidos.

Jake le dio el nombre del agente inmobiliario y se ofreció a acompañarles a ver la casa, pero querían verla sin observaciones ajenas y fueron, después del trabajo, con Sindiswa; al fin y al cabo, ella tendría que someterse a cualquier decisión que tomaran sin dar ninguna opinión. A Steve las habitaciones le parecieron pequeñas, se podían echar abajo las ventanas y construir otras más luminosas. Había una chimenea de ladrillo rojo al estilo de los años treinta en el salón y espacio suficiente para una mesa de buen tamaño y unas sillas, además del sofá, la televisión y demás. Una puerta corredera más bien endeble, evidentemente una mejora con respecto a la caja que era la habitación original, conducía a otra mejora: una pequeña terraza. Les gustó salir y encontrar detrás unos arbustos que tapaban prácticamente la tapia a la que daba sombra el árbol de un vecino.

—Una acacia. —Aunque a ella no le interesaba identificarla. Como un niño que había disfrutado de toda clase de ventajas, Steve había ido a invernaderos con su padre y le habían enseñado a emparejar los nombres botánicos con ciertos troncos, hojas y cortezas. Ella había aprendido en los paseos con su abuela por los bosques de Zululandia qué frutos silvestres eran comestibles.

La cocina fue una sorpresa. Jabu probó las cuatro placas de la enorme cocina eléctrica sin resultado alguno.

—Seguro que han cortado la corriente—la tranquilizó su marido mientras abría los

armarios. Pisaron con aire de aprobación el suelo embaldosado; Jabu escudriñó los estantes para comprobar su capacidad. El baño tenía ducha además de bañera. —No está mal, ¿eh?—. La pintura en toda la casa no estaba en malas condiciones, aunque el rosa chicle del dormitorio principal hizo que Steve soltara un gemido.

—Supongo que siempre podemos darle una mano de pintura, aunque no sé si se pueden hacer cambios en una casa alquilada.

Volvieron a recorrer las habitaciones llevando a Sindiswa de la mano.

—Podría tener su propio cuarto, sus cosas y sus juguetes.

Jabu apoyó un momento la cabeza en el hombro de su marido; en Glengrove Place compartían el único dormitorio con la niña, era raro hacer el amor con un ser sensible en la habitación. Quién sabe lo que oye un bebé, puede que los gritos de placer sean espantosos para una conciencia que emerge. Comprobaron la puerta corredera que conducía a la terraza y... tras ellos la puerta principal con un acuerdo tácito.

Pero a la mañana siguiente, la realidad de los lunes, mientras llevaban en coche a la niña a la guardería—Jabu cogía allí el autobús para ir al colegio mientras que él seguía hasta el

centro—, Steve se echó mano al bolsillo para buscar las llaves.

—Iré a la agencia a firmar.

Ella se mordió los labios, su habitual gesto de aceptación. Al apearse para dejar a Sindi, lo besó de pronto. Al volver al coche, seguía teniendo los ojos entornados como si contemplara una visión interior. El lo interpretó como: «Seremos felices allí».

Las decisiones siempre se multiplican al ponerlas en práctica. Tenían que avisar de que se iban de Glengrove, y resultó que era necesario hacerlo con varios meses de anticipación. Steve lo negoció y consiguió reducirlo a uno. En cuanto a la casa, Jake conocía al agente inmobiliario y el alquiler resultó no ser mucho más caro que el apartamento, después de garantizarle al propietario que, aunque la mujer fuese negra, eran inquilinos dignos de confianza y no llenarían la casa de refugiados inmigrantes del Congo o Zimbabwe: la propiedad inmobiliaria se devalúa si hay mucho alboroto. En fin, al menos no eran prejuicios de género, no tendrían que preocuparse por tener que vivir en una minicomunidad donde se tuvieran en cuenta esas cosas. Los gays podían disfrutar de su piscina santa. Algunas de las cosas con las que se habían apañado en Glengrove, objetos de primera necesidad de segunda o tercera mano que les habían dado los camaradas cuando se mudaron allí de manera clandestina, no valía la pena llevárselas: había que comprar cosas nuevas acordes con la casa. Una mesa y unas sillas para el comedor, en Glengrove comían en la cocina o en la mesita de la habitación que usaban para todo. Jabulile quería comprar una nevera grande y un congelador y pagarlos a plazos junto con los muebles, igual que hacían todos sus conocidos, pero Steve sabía cómo se aprovechaba la economía empresarial

cargando intereses sobre las mensualidades de los pobres. Compararían únicamente lo que pudieran pagar al contado: eran las diferencias triviales fruto de la formación que surgen no sólo en parejas como la suya. Las cortinas: ella conocía a una mujer en Kliptown (un antiguo asentamiento), la madre de una compañera, que se las confeccionaría en su casa por un precio mucho más barato que en la tienda de un decorador. Las terminó y estuvieron listas para colgar —Jake e Isa les ayudaron, fue divertido—incluso antes de que se mudaran.

La mañana de la mudanza, Jabulile se puso al mando. Estuvo pululando con autoridad entre los hombres que cargaban con las cajas de cartón que ella y Steve habían llenado la noche anterior, y se dedicó a reprocharles el descuido con que ignoraban la palabra frágil que habían escrito cuidadosamente en algunas de ellas. Les reñía en tono de broma y se reía animando a los hombres. El traslado hizo que a él nada le pareciera familiar, como si nunca hubieran vivido allí, era como si ya estuviera en la casa. Consideró innecesario que Jabu ofreciera un té a los empleados de la mudanza, un retraso inútil. Pero ella sacó las tazas de una de las cajas y utilizó un lenguaje que compartía con aquellos hombres y que él no podía entender. Para acelerar las cosas, Steve interrumpió la hospitalidad de su mujer, recogió las tazas vacías y les dio a entender con un gesto que las dejaran allí, no valía la pena lavarlas y volver a empaquetarlas. Se mostró autoritario, ayudó a meter las cajas en el ascensor y corrió a ayudarles cuanto tuvieron que volver a cargarlo. Ella siguió con las bromas en aquella lengua compartida, yendo y viniendo de la cocina al dormitorio para comprobar lo que ya debía de saber: que no olvidaban ni dejaban nada. Con la última tanda, Steve se apretujó en el ascensor para bajar a echar una mano y que se dieran prisa en cargar la furgoneta. Los empleados de la mudanza estaban de buen humor y se tomaron su tiempo, estuvieron discutiendo cómo meter la cama, las sillas, cómo equilibrar esa caja de ahí. Por fin cerraron las puertas dobles. Jabu y él podían seguirles con las llaves de su nuevo reino. Él ya había sacado por última vez el coche del aparcamiento subterráneo de Glengrove Place.

El ascensor estaba ocupado, por lo que subió tres tramos de escaleras, saltando de tres en tres los escalones, como si fuera otra vez un colegial, y gritó: ¡Nos vamos!

Estuvo a punto de chocar con ella, que esperaba apoyada en el marco de la puerta.

—¿Qué se te ha olvidado?

Jabu movió la cabeza levemente para que se apartara, y él se contuvo.

No era nada a lo que pudiera poner nombre o atribuirle una causa, y preguntarle habría sido una especie de intromisión, aunque resulte imposible admitir que hay veces en que falla la confianza que da la intimidad. Lo dijo muy claro. No me quiero ir. Resonó en el silencio como si lo hubiera gritado. El la conocía muy bien, las columnas de sus muslos apretadas, la línea de su cuello, que él seguía hasta enterrar la cara entre sus pechos, y, sin embargo, era alguien a quien no podía aproximarse en ninguna circunstancia. Cómo decir de forma estúpida lo que está mal.

Por supuesto, ella está encantada con la casa, con la terraza donde está deseando poner a la niña a jugar al sol..., había planeado con entusiasmo cómo distribuir las habitaciones, había aceptado que él firmara el contrato. No me quiero ir. Ella sabe que es imposible: ya se han ido, sólo falta cerrar la puerta y dejarle las llaves al portero.

Nada podía interrumpir ese momento. Cargó con la novia en brazos hasta el umbral. Ella no lloró aunque se le entrecortaba la respiración. Sus pechos se apretaron familiarmente contra él. Steve no preguntó y ella no dijo nada.

Atrás queda una gota en el espacio. El lugar que los acogió cuando nadie les permitía estar juntos en ninguna parte como un hombre y una mujer. La vida clandestina es el secreto máspreciado, la ley no lo permitía, la Iglesia no les habría casado, ni la de él para blancos ni la de ella para negros. Glengrove Place. El lugar. Nuestro lugar.

Isa, Jake y Peter Mkize les dieron una sorpresa esa primera noche cuando se presentaron con el estofado de pollo y champiñones de Isa para estrenar la cocina, y un poco de vino que les obligó a rescatar las copas de las cajas de embalaje. Jabu estaba acostando a Sindiswa, que iba a dormir sola en su propio cuarto.

—*Khale, Khale*, deja que se acostumbre poco a poco. Yo de ti la dejaría un tiempo en su antigua guardería antes de trasladarla a la de aquí al lado.

Isa, la residente veterana, quiere ser útil. Despacio, con cuidado. Los camaradas, aunque sean blancos, encuentran expresivas las pocas palabras que han tomado de los camaradas negros. La presencia de los tres vecinos en el orden impersonal de los objetos descolocados supone ya cierto orden. Los nuevos inquilinos han dormido bien.

El domingo alguien sacudió la verja de hierro forjado para llamar su atención y ahí estaba uno de los delfines de la piscina de la iglesia con un hibisco en una maceta.

—Hola, bienvenidos a la asociación de vecinos; en realidad no la hay, pero podéis sentirlos como en casa.

Compartieron las risas de aquella visita inesperada y le ofrecieron un café, pero no podía quedarse, tenía que preparar una jambalaya, le tocaba cocinar a él.

—Venid a bañaros cuando queráis. Es muy pequeña, pero también muy refrescante...

Por la tarde, cuando se cansaron de desempaquetar, Jabu decidió llevar a Sindiswa a dar una vuelta y pasaron por delante de la piscina donde los bañistas fingían pelearse el día que llegaron para ir a casa de Jake. Jabu levantó el bracito de Sindiswa para que saludara a los juerguistas.

2

‘Parrilla’.

Mueves los muebles de aquí para allá, la relación de la cama con la puerta y del sofá con la ventana no es la misma que tenían en la otra casa. Y las nuevas adquisiciones tienen que encontrar la relación correcta.

Los actos físicos normales y corrientes pueden desajustar otros planes previamente aceptados. Después de fabricar cócteles Molotov, él había vuelto a la química de la pintura decorativa y la protección contra las inclemencias del tiempo. Tras la necesidad de utilizarla ilegalmente en la causa de la revolución que, en cierto modo, había justificado la elección un tanto aleatoria de su carrera, quedarse en la industria de la fabricación de pinturas iba a dar significado a su vida profesional. Se le ocurrió que, otra vez, implicaba un cambio. ¿No habría otra necesidad actual que justificase de algún modo una vida profesional, del mismo modo que en otra época había sido necesario fabricar la poción de las brujas de Macbeth? *A luta continua*, dice el eslogan. La batalla se ha ganado; continúa en los detalles de lo abstracto, la gran palabra, justicia para todos. ¿Dónde encaja un químico industrial?

Respondió por impulso al anuncio de una plaza de profesor en el departamento de química de la facultad de Ciencias en una universidad. Una vez más, sintió la necesidad de cambiar, aunque en esta ocasión no por un motorista que rasgara la calle como una hoja de papel. Sacó a relucir la cuestión, el cambio, antes de hacer la solicitud. Eso también sacó a la luz las diferencias entre la vida laboral de ella y la de él, y su significado. Antes, la educación era un derecho primario de justicia que se consideraba una limosna, unas migajas para los negros. Ella está enseñando a la generación liberada, hay continuidad entre su papel en la Lucha, su detención, tener que dar clase en un colegio de curas incluso cuando vivía de forma clandestina en Glengrove Place. Tal vez ella estuviera esperando que él cayera en la cuenta de que las asociaciones benéficas a tiempo parcial no bastan para justificar la vida de alguien como él, o como ella. Cuando le convocaron a una entrevista, cruzó los brazos con alegría.

—Ganaré mucho menos que ahora, Jabu.

—¿Y qué? Probablemente el año que viene sea jefa de estudios de la escuela infantil, la primera mujer en el colegio de curas, y con tus títulos y tu contribución a la Lucha..., sí, algo contará... ¡Acabarás siendo profesor!

La universidad estaba en plena transformación.

No sólo se había favorecido el ingreso de estudiantes negros con becas, sino que empezaba a discutirse la actitud de algunos profesores blancos con respecto a los negros.

Es un profesor de la nueva hornada, especialmente apropiado, pues por las

necesidades del país y la política de Empoderamiento de los Negros, hay que animar a los negros a estudiar ciencias y a no preferir, como hacen, la gestión de empresas a la ingeniería, ya que las ambiciones se inclinan del lado capitalista de la economía mixta del país. ¿Triunfar en la vida? La suerte ha querido que haya resultado ser un profesor con talento, a quien los alumnos responden con despierta inteligencia; otro tipo de camaradería, en el proceso de aprendizaje. Su facilidad para inspirar respuestas en las reuniones políticas se moderó ante una situación distinta e inesperadamente responsable.

Una transformación personal.

Vivir en una casa en un área residencial es indicio de que uno se ha despojado de lo que pudiera quedarle de la antigua clandestinidad, la lucha encubierta y la resistencia a los tabúes raciales.

Si sus padres o los de ella—tan alejados en todos los sentidos sudafricanos—habían llegado a saber de la pareja clandestina, no fue porque se lo dijeran ni el hijo ni la hija. Cuando desaparecieron, a la vez que el *apartheid* y las leyes de segregación sexual, Jabulile se presentó un día en Kwazulú para enseñarle, más que presentarle, a su padre y su madre (para ella ése era el orden), a quienes tenía que informar de lo que estaba haciendo con su vida. A él no le resultó difícil; podría decirse que desde que nació estaba acostumbrado a adaptarse de manera natural a las distintas costumbres tribales de la familia cristiana de su padre y de la familia judía de su madre, igual que después, con los camaradas, participó en las costumbres de negros, indios y cualquier mezcla de adn entre ambos. Era la base de lo verdaderamente importante: el espíritu de la liberación. Jabu se había sentido mucho menos cómoda con la idea de que la llevase a que su madre y su padre (para él en ese orden: las madres judías y sus hijos) conocieran a la elegida. Pero la confianza en sí misma por haberse emancipado de cualquier restricción a su libertad impuesta por las costumbres de su propia tribu en cuanto a las relaciones sexuales, hizo que entrara en la casa de los padres de Steve como si fuese un huésped cualquiera.

La presentación, en ambos sitios, transcurrió sin más intercambios familiares que una conversación trivial en la que evitaron hablar de política, por miedo a desviar la atención a sus consecuencias: el hombre que había elegido la hija, la mujer que había elegido el hijo y a quienes al menos la ley daba sus bendiciones.

Cuando nació el bebé, el cambio político tuvo un resultado diferente. Por supuesto, ambas parejas de progenitores tenían nietos de sus otros hijos, pero para ellos su nieta Sindiswa fue la primera de la nueva era. Hay toda una población que comparte el sutil color de piel teñido por la mezcla de sangre y las curiosas y arbitrarias decisiones de la naturaleza a la hora de escoger esta o aquella estructura ósea y qué nariz, qué rasgos o qué labios perpetuar de este o aquel progenitor. En cuanto estuvo allí, viva, con Jabu y Steve, en lo que ya no era un Glengrove Place clandestino pero seguía siendo el origen, el lugar de su concepción, la nieta causó un cambio en la relación entre sus padres y sus abuelos. Algunos

domingos, Steve y Jabu la llevaban a visitar a los Reed, Jabu siempre tenía que recordarle que era necesario, aunque si lo hacía porque estaba más ligada que él a su familia—una trillada concesión de los blancos para compensar su depredación de otras características de los negros—, él no se dio cuenta, ni ella se lo reprochó: le bastaba con recordarle su deber filial. Cuando el bebé tuvo unos meses, hicieron una visita a Kwazulú, donde las mujeres se llevaron a la primogénita de Jabulile en cuanto se la enseñaron al abuelo. Nadie, y menos que nadie Jabulile Baba, reaccionó de la manera esperada a su tez clara y la palma de las manos diminutas. Un bebé nacido de uno de los suyos, la familia cercana, es en sí mismo un motivo de alegría para todos y forma parte de ellos.

Mudarse a una casa es más que colocar los muebles. Está la niña, por pequeña que sea, que ahora tiene una habitación propia. Hay que plantar en el jardín los hibiscos que te han regalado; reconocer que hay un vecino, vecinos, no sólo los camaradas Isa y Jake, y los Mkize. La comuna gay, todos forman una especie de clase media. Implica algo de lo que Steve no está muy convencido: la suscripción a una patrulla de seguridad comunitaria. Casi seguro que son antiguos *impimpis*, cabrones que traicionaron y asesinaron a los camaradas. ¿Quién quiere que lo protejan unos traidores?

Jabu se burla.

—Yo lo pagaré.

Una casa. Implica un hogar, no un simple refugio allí donde puedas encontrarlo. Un hogar es una institución de la familia, la suya les visita ahora, perdieron el contacto con ellos cuando era mejor que no se supiera que eran parientes de activistas políticos y quedasen expuestos a los interrogatorios de la policía. Pero los niños Reed son los primos de Sindiswa, que chilla de alegría cuando juegan con ella. Cuentan con Steve hijo, Steve hermano, su mujer y su hija, más de lo que ellos quisieran para la comida dominical obligatoria en casa de una u otra familia. Habría sido más agradable ir los tres en coche a merendar a algún lugar del *veld*, que Sindi jugara con sus juguetes sobre una manta y ellos se fueran pasando el periódico. A Jabu parecían molestarle menos que a él esas obligaciones. Steve no sabe, o no quiere saber, que la familia, su familia, intenta demostrar que acepta (pues a algunos les cuesta tragar la medicina de la democracia no racial) que su mujer sea negra. Una cuñada, la mujer de su hermano Jonathan, casi exagera: Brenda abraza a Jabu, la besa, se aprieta contra ella y aparta la cara para mirarla como si estuviera encantada de verla. Y eso en cada llegada y en cada despedida de una reunión familiar.

Siguen evitando hablar de política por consideración a los sentimientos de ambas partes. Es saludable para el camarada-marido y la camarada-mujer ver cómo las relaciones sociales pueden implicar esas cosas; a pesar de lo que le haya sucedido a cada cual, aunque sea diferente. De vez en cuando la invitación es a salir de noche con una u otra de las parejas de los hermanos. Alan, el gay, los lleva con su novio actual a un restaurante africano que ha abierto hace poco en el centro y ofrece aperitivos del tradicional gusano

mopani, callos y *usu* con alubias.

—¿Es por mí? —Jabu inicia el tono desinhibido de la velada.

—No, nos gusta este sitio, es exótico para nosotros los blancos, *ne*.

Alan coquetea, pero Steve no tiene de qué preocuparse porque (¿que él sepa?) su hermano no es bisexual en sus deseos, que obviamente están centrados en su novio. Alan, dentro de la variación familiar congénita de rostro y físico, parece un hombre más viril que él, y su hermano lo admite divertido y sin vanidad.

—¿Cómo se las ha arreglado un tipo como tú para pescar a una chica así? A saber qué prepararías en tu laboratorio de pintura para echárselo en la bebida.

—Preparaba fuegos artificiales para volar torres de conducción eléctrica. —Ahora ella puede proclamarlo en voz alta. En presencia de ciertas personas es un honor.

—Me quiere por lo que soy. —A Steve le divierte la broma.

Pero es que con Alan no evitan conscientemente hablar de política. El novio, Tertius (vaya un nombre, sólo a unos afrikáners se les ocurriría cargar a un niño con él), es periodista y muchos de su familia lo consideran un traidor al *volk*. Publique lo que publique su periódico sobre la malintencionada autopsia del pasado de los suyos como una resaca en el presente—en el caso de la reconciliación, la prensa debe ser prudente con la verdad—siempre ocasiona airadas negativas por parte de los lectores.

Alan no participó, ni en la Lucha ni en la modalidad liberal más segura de firmar cartas de protesta en aquellos tiempos. Como le dijo una vez a su hermano con aquel tono práctico y despectivo que invocaba los secretos de su infancia compartida, bastante Lucha era soportar los ataques a los homosexuales. Hay mierda de sobra. Sin embargo, Steve sabe que compartía su repugnancia por el régimen que negaba la realidad humana en el tiempo y el lugar a los que ambos pertenecían por nacimiento. Siempre que tuvo que desaparecer rápidamente, Steve pudo ir a casa de Alan seguro de que era un sitio donde podría ocultarse unos días. Alan no tenía miedo. No lo sacó a colación para afectar camaradería con Steve y su mujer.

—¿Qué opináis, vosotros que estáis enterados, de lo que ha hecho el aparente heredero hasta el momento?

Steve afirma:

—Mbeki no lo está haciendo mal por ahora. Excepto en una cosa increíble, y es que no cree que el sida sea un virus. Ha nombrado a una ministra de Sanidad que receta patatas africanas y, ¿qué más era?, ajo y aceite de oliva como remedio. Mandela tuvo que vérselas con la resaca cuando todos despertamos de la fiesta, li-ber-tad LI-BER-TAD LI-BER-TAD. Pero la propaganda estaba ahí, las emocionantes posibilidades de, ¿cómo decirlo?, la

absoluta confianza de Mandela en persona mientras gobernaba y hacía los cambios, los primeros que pudieron ponerse en práctica. Ahora es diferente..., el gobierno tiene que coger la pala y seguir a partir de donde nosotros arrasamos con el *apartheid*. ¿Cuánto tiempo van a seguir los blancos dominando la economía? ¿Quién, aparte de un puñado de negros que se las arreglaron para adquirir los conocimientos necesarios, se las va a arreglar para colarse en esa élite tan poderosa? ¿Quién va a cambiar la jerarquía de los jefes de las minas desde arriba? La gallina que enriquece al país, los negros, son quienes siguen poniendo los huevos de oro; los blancos, gracias a Angloamerican and Co., sacan provecho en la Bolsa.

—Empieza a haber jefes de turno y capataces negros en las minas, antes todos eran blancos. —Jabu y su costumbre de discutir, más que de interrumpir, para dilucidar las cosas.

—¡Bajo tierra! ¡A varios kilómetros bajo el suelo! ¿Capataces? No hay ningún Radibe ni Sithole sentado en el sillón del gerente, cariño. —Ella es una Gumede, o lo era hasta que se convirtió en «señora de» en la plaquita del buzón de correos de Glengrove Place, el señor y la señora Reed. El esbozo de una sonrisa, miradas de incompreensión de los otros dirigidas a ella—. No me refiero a los ascensos entre quienes trabajan en los pozos, no habrá un verdadero cambio hasta que haya consejos de dirección negros. ¡Propietarios negros! El ministro de Industria tendría que ocuparse de eso. Los sindicatos deberían presionarle.

—Acabarán nacionalizando las minas. Pregunta a los sindicatos...

—Directores de las minas..., ¡asimilación en la clase capitalista! —¿Está Tertius soltando un eslogan o expresando su propia opinión? Alan se ríe en complicidad con su novio.

—Pero, Stevie, ¿qué me dices del estilo refinado de Mbeki?, cita poesía en sus discursos, a poetas ingleses e irlandeses, ¿qué demonios les importa Yeats a los trabajadores de las minas que cambian de turno?

—Claro, siempre es un error dártelas de intelectual si eres presidente. El hombre del pueblo conoce los eslóganes repetidos en las manifestaciones y cita a los padres de la liberación. Lo que estás diciendo es que tiene que acostumbrarse a ser más incisivo. Bien. Como si toda esta farfolla tuviese que ver con el empuje en política y con llevar a cabo los cambios...

—¡Pues claro que tiene que ver! Lo que uno siente con respecto al poder se refleja de forma paródica en la forma en que uno se expresa.

—Madiba habría podido..., tuvo que concentrarse en el país dentro de sus fronteras. El caos dejado por el régimen anterior, el mapa fragmentado en que estaba encerrada la gente, los guetos, las ubicaciones, los bantustanes que pedían un Desarrollo Separado, Madiba tuvo que vérselas con el desmantelamiento en casa. Estoy de acuerdo en que en

aquel momento nuestra identidad no era una tarea continental. Pero somos el continente africano. Igual que Europa no es Alemania, Italia, Francia y demás por separado. Mbeki tiene que integrarnos como *concepto* si alguna vez hemos de ser reconocidos en el orden mundial. Vernos como un país aislado es la otra resaca, de cuando creíamos ser en parte propiedad de Europa. El patio trasero. Hay que reconocer que Mbeki lo ha entendido...

—La democracia empieza en casa. Eso es lo que dicen los de aquí. —Alan coge la botella de vino. Jabu tapa la copa con la mano—. ¿No, no? El Congo ha sido una república democrática desde los años sesenta y siguen peleando entre ellos en guerras regionales. El buen comienzo de Mugabe en Zimbabue derivó hacia una dictadura. No podemos fingir que otros vecinos no tengan problemas o que no vayan a tenerlos e implicarnos en ellos.

Jabu inclina la mano alzada.

—Hay chicas congoleñas en las calles cerca de donde vivimos, las chicas de la zona se quejan de que les roban los clientes.

—Cariño, ésa ha sido siempre la primera forma de comercio internacional. —Pero Steve no está muy seguro de si su ocurrencia es una réplica rancia o solidaridad contra una liberación que no ha cambiado el último recurso de las mujeres: el negocio de cobrar la entrada a sus cuerpos para sobrevivir.

—Así que has vuelto al circuito de las comidas dominicales. ¡Ay, ay, ay...! —Un cambio a la política familiar. Alan habla con Steve, aunque está dándole la espalda, fingiendo hacerle una carantoña a Jabu—. Tienen que ofrecernos un sitio en la mesa. Es la nueva democracia, sí. Que no se extiende a los que son como nosotros. —Coge el lóbulo de la oreja de Tertius entre el índice y el pulgar—. Todavía tenemos el tatuaje «maricón» que nos aparta del abrazo del oso. Derrotamos a los perdonavidas cuando bailamos en un club nocturno y el hermano predicador de Tertius arremete contra nosotros con toda la cólera-amor de Dios ante su congregación..., el amor que no osa pronunciar su nombre. Ahí tienes ..., citas altisonantes como las de Mbeki.

Ni el novio ni la mujer del hermano entenderán lo de «un sitio en la mesa», incluso puede que el propio Steve tampoco haya captado la alusión, la distancia revolucionaria le ha alejado de la conexión judía materna que es el motivo de que los tres hermanos estén circuncidados.

El sitio en la mesa se deja en el sabbat, la cena familiar del viernes por la noche, para el desconocido a quien el jefe de la familia invita a compartir su comida al salir de la sinagoga después de oír el servicio del sabbat. Es una costumbre antigua y el origen de la caridad con dignidad. Alan estudió las creencias religiosas—entre ellas las seculares de su hermano Steve—cuando estaba pensando en abrazar el budismo. Puede que la «investigación» no tuviera que ver con dios alguno, sino con su necesidad adolescente de saber por qué no le gustaban las chicas igual que a sus amigos. Además leyó poesía; lo que le quedó fue la idea de no tener prejuicios contra lo que obviamente era la poesía de la ideología política: para él lo sagrado era la poesía; ¿por qué no iba Mbeki a citar a Yeats,

versos e imágenes recordadas que quintaesenciaban lo que quería decir mejor que lo diría ningún político? Si Alan hubiera podido escoger habría preferido ser un poeta a un revolucionario: ésa es la revolución contra todos los límites de lo ordinario.

Es redactor en una agencia de publicidad.

Jabu no siempre esperaba o siquiera quería que Steve la acompañara cuando regresaba a su hogar, el otro hogar que él no tenía, ni podía haber tenido porque sus antepasados procedían de otro país o incluso de otros países: en el mejor de los casos, habían llegado a éste hacía sólo unas pocas generaciones. Sus padres y la familia cercana vivían en lo que había sido un asentamiento para negros a las afueras de una ciudad minera que seguía siendo una zona rural. Había habido, y seguía habiendo, grandes granjas que desde hacía mucho tiempo eran propiedad de personas de raza blanca y donde trabajaban los hombres de la ubicación que no estaban empleados en las minas. Sin embargo, la ubicación no era un suburbio urbano ni un gueto de la ciudad. La casa de su padre—la casa de su abuelo—era una villa de ladrillo rojo de estilo colonial de los años veinte de las que proporcionaban las compañías mineras a sus empleados blancos. Señalaba el estatus en la comunidad del pastor de la Iglesia metodista para negros en la que su abuelo—y el de su padre—había sido diácono, además de director de la escuela para niños negros. En el patio había varias dependencias de planta circular con paredes de adobe alisadas por las mujeres que habitaban bajo un techo de paja recogida por ellas mismas. Era donde vivían los parientes.

Las mujeres estaban acostumbradas a llevar una vida de mujer con un hombre en la cama y a compaginar, además, sus propias preocupaciones con el cuidado de los niños, la cocina y el mantenimiento de las actividades de la comuna familiar, desde cultivar verduras hasta construir cobertizos. Jabu siempre había sido la preferida de su padre. No la dejaron en casa mientras sus hermanos—los hombres siempre tenían prioridad en lo que a educación se refiere—iban al colegio. Su padre le encontró una plaza en la escuela de una misión, pagó las tasas y un hermano más joven tuvo que esperar su turno para entrar.

Elias Sipiwe Gumede no era un jefe tribal, pero sí un hombre cuya autoridad se reconocía porque se las había arreglado para conseguir una educación y poder añadir «licenciado» a su apellido, gracias a una orgullosa determinación que le llevó a hacer caso omiso de las dificultades a las que se enfrentaba un chico negro de una zona rural; sin embargo, los maridos de sus hermanas y sus primos no siguieron el ejemplo de favorecer a las niñas, aunque nadie le llevó la contraria por el modo en que había pasado por alto el correcto proceder de los demás. Al principio su madre soportó, con un silencio que parecía un consentimiento, la desaprobación que se leía en el rostro de las mujeres cada vez que alzaban la mirada y dejaban de cuchichear. Cuando la niña sacó unas notas excelentes, la madre se paseó por las urbanizaciones privadas para anunciarlo: un 7,6 en aritmética, un 9,8 en zulú, un 8 en inglés; cada trimestre los logros académicos de la niña eran un nuevo éxito. El inglés no está mal, pero el isizulú es nuestro idioma, claro, y ella lo sabe de casa, desde que empezó a hablar.

Su padre no sabía nada de los cotilleos ni del orgullo con que contraatacaba su madre, o, si lo sabía, le traían sin cuidado; contaba con que le enseñara los deberes cada noche y forzosamente tenía que darse cuenta de dónde se había despistado cuando debía prestar atención. A ella pronto dejó de molestarle ese trato tan estricto por el modo en que se lo planteó su padre: era una especie de ocupación especial, un juego que sólo ella, de todos sus hijos, compartía con él. Y, a medida que creció, se fue dando cuenta de lo mucho que había ganado gracias a su padre en el proceso de verdadera comprensión y más allá de

la instrucción mecánica de la escuela.

¿Fue idea suya o de su padre que fuese al otro lado de la frontera, a Suazilandia, a una escuela de magisterio?

Al otro lado de la frontera no había restricciones por el color. Pero ésa no fue la ventaja que tuvieron en cuenta al discutir la posibilidad de que pudiera estudiar allí, su padre le insistió a su madre en que lo decisivo era la calidad del título ofrecido y el nivel de los profesores, a quienes él conocía y eran personas que habían estudiado en Africa y el extranjero, en universidades de Kenia y Nigeria, además de Inglaterra.

La madre no quería que una de sus hijas se marchara a otro país, aunque fuese uno vecino.

—Todavía es muy joven, este año ha cumplido los diecisiete, debería quedarse con nosotros y cuando esté más preparada... —Dejó de hablar en inglés y siguió en su propio idioma.

—A Jabulile se le dan muy bien los estudios. ¿Quieres que pierda la costumbre? ¿Qué hará?

—Estudiar para maestra en algún sitio donde podamos verla. Después ya tendrá tiempo de sobra para marcharse.

Su padre nunca había dejado de estudiar, no sólo leía comentarios bíblicos prestados de la misión de los Padres Blancos, sino que había despertado la mala conciencia de la bibliotecaria blanca de la biblioteca municipal del pueblo por el hecho de que, a pesar de ser el director de la escuela, no pudiera ser miembro, y llevaba años prestándole en secreto los libros que le pedía, y llevándoselos a su propia casa donde podía recogerlos. A veces recordaba máximas que había leído y que habían dado sentido a su vida.

—Mejor hoy que mañana—dijo en inglés.

La había utilizado a menudo para reprochar la lentitud de sus alumnos y sus hijos. En esa ocasión puede que fuese una admonición a su mujer, pero para su hija fue la señal de que podría ir a estudiar al otro lado de la frontera, con independencia, tal como querían ella y su padre.

En apariencia él no era miembro de ninguna formación política, prohibida o tolerada, aunque algunas iglesias estaban bajo vigilancia por tomar el ejemplo revolucionario de

Jesús como contemporáneo; pero sin duda sabía que en Suazilandia había activistas huidos de la policía del *apartheid* o enviados por el movimiento de liberación para organizar el contrabando de armas para sus camaradas en Sudáfrica. Debía de saber que su hija viviría en un ambiente distinto, de aceptación y apoyo a la lucha revolucionaria en el

país vecino, aunque la propia Suazilandia estuviese regida por un rey, tutelado por el cada vez más menguado Imperio Británico.

Y las influencias a las que estaría expuesta. No le habló de eso, ni la advirtió paternalmente a pesar de la confianza que se tenían. Ella fue a la facultad con total inocencia e ignorancia, feliz de no tener que alojarse en una residencia y de vivir con una pariente lejana, una tía abuela por la parte de su padre que se había casado fuera del clan zulú con un suazi. En 1976, el director Elias Sipiwe Gumede sorprendió a los miembros del Congreso Nacional Africano, a cuyas reuniones nunca había asistido—lo cual había sido para ellos una gran decepción pues habían interpretado que le daba miedo perder su puesto de director en una escuela pública del *apartheid*—, al interponerse entre los alumnos y la policía que llegó con un arsenal de perros, porras y gas lacrimógeno para dispersar a los estudiantes que se manifestaban en solidaridad con los disturbios en Soweto contra la «educación bantú» y el uso del afrikáans como lengua de instrucción en las escuelas públicas. De algún modo prevaleció la autoridad natural—¿sería que algunos de los policías habían sido ex alumnos del colegio?—, se plantó dando la espalda a los alumnos mientras entonaban el *toyi-toyi*, y extendió los brazos a modo de escudo para protegerlos: el sargento, extrañamente sorprendido por la autoridad del anciano, lo imitó, pero para contener a sus hombres. Los alumnos continuaron su danza y sus cantos desafiantes mientras el sargento y el director discutían cara a cara. Luego el director volvió a ocupar su sitio ante los gritos triunfales mientras la policía abandonaba el colegio con los perros, que se esforzaban por ladrar. ¿Qué le había dicho a los policías? La perpleja comunidad nunca llegó a saberlo; él pasó por alto sus preguntas como si no las hubiera oído.

A su hija la reclutaron en Suazilandia los Combatientes por la Libertad de Sudáfrica, se lo contó la tía abuela cuando volvió a casa, en apariencia en una visita familiar, cargada de piñas y lichis; a la madre de Jabu y a las demás mujeres sólo les dijo lo contenta que estaba la chica en la facultad, que había hecho muchos amigos, lo guapa que estaba, lo mucho que ayudaba en casa y que todos la querían.

El le mandó dinero y dos libros que le había comprado de James Baldwin y Lewis Nkosi, no pistolas, sino armas para el intelecto.

La enviaron a una misión a su país, donde la detuvieron y la encarcelaron tres meses; su padre solicitó permiso para visitarla en la cárcel de mujeres de Johannesburgo y se lo denegaron.

Fue a Johannesburgo y convenció a la jefa de las celadoras, a quien llamaban «matrona», de que aceptara la ropa que le enviaba la madre de la joven y lo que declaró como material de estudio enviado por él. En los libros de texto le envió mensajes doblando algunas páginas y marcando palabras en el texto para que las uniera. Se había presentado preguntando amablemente a qué Iglesia pertenecía la matrona (por encima del cuello del uniforme llevaba un crucifijo), y resultó que era metodista, la misma confesión de la que él era diácono.

Con tal de que sea feliz.

Pauline se pronunció acerca de su hijo ante el padre, Andrew. Una madre siempre va a lo esencial, tiene razón, pero el padre resultó tener otros motivos más objetivos para aprobar la elección de Steve. Lo de su atractivo físico se da por sobreentendido: es muy guapa a su manera, igual que cualquier hombre sabe que los atractivos de una rubia son distintos de los de una morena, aunque él nunca se ha sentido atraído por una chica negra (hasta el momento: en el maravilloso misterio de la sexualidad todos los cambios son posibles a todas las edades). Sin duda, la encuentra inteligente, despierta, tiene opiniones propias y es respetuosa con las ajenas; además, uno no tiene la sensación de tener que medir las palabras porque la experiencia del mundo en que viven haya sido diferente (como el aspecto que uno no comparte). Su actitud. Tampoco es agresiva contra la denigración de los negros por parte de los blancos, ¿ni siquiera si Andrew Reed la sostuvo alguna vez? Su presencia no revela el resentimiento hostil y orgulloso que exhiben algunos negros ahora, para dejar claro que no consideran ningún privilegio ser aceptados en los círculos de los blancos. Es sólo ella misma. Y él no es sólo un padre, sino un individuo nuevo en su vida a quien está empezando a conocer.

Con tal de que sea feliz.

Los padres de Andrew Reed: aunque no se lo dijeran, puede que pensarán lo mismo cuando Andrew se casó con Pauline Ahrenson. No eran antisemitas... ¡Por supuesto! La discriminación no es cristiana. Pese a que, por más que ellos se resistieran a aceptarlo, era posible que no sólo hubiese descuidado sus prácticas religiosas, sino que también se hubiera vuelto descreído, todavía seguía siendo cristiano por la educación, la ética y la cultura de su padre.

Se llevaron bastante bien con su mujer judía Pauline. Tal vez ella tampoco observaba las prácticas religiosas. Ella y Andrew llevaban a Steven, Alan y Jonathan a sentarse alegres y expectantes en torno al árbol de Navidad con sus primos y a recibir los regalos del abuelo Thomas Reed disfrazado con una barba de Papá Noel. Pauline y Andrew intercambiaban regalos colocados en secreto bajo el árbol y los abrían entre besos y risas. Sus padres no habían dicho nada de que no los invitaran a ningún bautizo; él no vio la necesidad de contarles lo de las circuncisiones.

Steve recuerda esas celebraciones navideñas de la infancia como las únicas reuniones familiares. Y a su madre diciendo una vez en tono culpable y con una falsa mueca de agradecimiento algo que él no llegó a entender, porque ignoraba a qué se refería, acerca de que nunca había tenido que pasar las noches de los viernes sentada a la mesa del sabbat escuchando las respuestas de su hermano al gimoteo de las bendiciones. Andrew la acompañaba a las bodas de sus parientes en la sinagoga igual que iban a las bodas de los suyos en la iglesia. Su círculo era el de los socios de negocios y sus mujeres y tenían sus propios rituales de salir a cenar a buenos restaurantes y acudir a fiestas de gala en los clubes de golf, donde los hombres hablaban de la Bolsa y de golpes desde el *rough* y las mujeres intercambiaban experiencias de lo que hacían para divertirse en su tiempo libre. Pauline era miembro de un club de lectura y aprendió a hacer serigrafías, como si admitiera para sus

adentros que ése era el límite del talento como pintora que había creído tener una vez. Qué ironía que uno de sus hijos hubiera acabado de experto en una fábrica de pintura industrial—su marido no se daba cuenta, pues cuando se conocieron le habían impresionado sus mamarrachos y en parte se había prendado de ella por eso, como se decía entonces—; la ironía brillante y sardónica de su mujer con respecto a tantas cosas tal vez provenga del lado judío que aportó al matrimonio. En cierto modo, se había ganado el derecho a ser lo que era y lo que sería siempre gracias al extraño respeto de sus hijos. Alan fue el único de ellos que resultó tener inclinaciones artísticas. En los círculos plagados de prejuicios en que se movían ella y Andrew se creía que los hombres con ambiciones artísticas tenían tendencia a ser homosexuales, lo cual se expresaba con los epítetos habituales de maricones o nenazas. ¿Vendría de su sangre la elección sexual de Alan y su pasión por la poesía? El muchacho había sufrido por ello, su sofisticada madre era su confidente, ella sabía que se le habían cerrado puertas por ser gay, qué irónico (una vez más) resultaba ese apelativo: no tiene nada de alegre que te repudien y te desprecien. Pero qué gran resultado había tenido lo que quiera que hiciera su hermano Steven para traer la revolución: ¡no sólo habían liberado a los negros, sino que habían otorgado los mismos derechos constitucionales y el reconocimiento legal a los hombres que, como Alan, aman a otros hombres! Sabía muy bien que ésa era—¿cómo decirlo?—una visión reduccionista de lo que significa la libertad, pero era su experiencia minoritaria, como mujer de raza blanca privilegiada por la opresión de los demás en un pasado muy cercano. Andrew, su padre, había aceptado que ese hijo entre sus hijos hacía el «amor» con otros hombres (sí, entraba en el sitio de la mierda), una versión del deseo sexual; no alcanzaba a entender cómo podía haberse producido esa renuncia al amor de las mujeres, el lugar perfecto para la consumación en sus preciosos cuerpos. Quería a su hijo y seguía demostrárselo, y no dejaba que se le notara lo que le inspiraba su comportamiento. No asco, sino lástima. No llegaba al extremo de ser extremadamente amable con los amantes de Alan, como hacía Pauline, como si fueran iguales que las mujeres de sus otros hijos, las productoras de nietos. Le resultaba difícil decirse: «Con tal de que sea feliz».

Steve llevaba alumnos a casa. Les ofrecía cacahuets y zumo de fruta en la terraza pequeña como muestra de hospitalidad, aunque puede que ellos hubiesen preferido unas cervezas y un poco de hierba de la buena. No eran seminarios, su profesor (como le llamaban ellos, a pesar de que todavía no era más que asociado) los invitaba como amigos. Que la mayoría estuviera en lo que antes se llamaba la categoría «no»—no eran europeos, sino negros africanos, indios africanos, africanos mezclados con Dios sabe qué blancos, lo que constituía una novedad para los profesores de ciencias en la universidad—, para Jabu y él no era nada nuevo, a diferencia de lo que les ocurría a muchos que podían recibirlos en sus casas ya no como criados. La Lucha no había tenido categorías «no» en las identidades de los camaradas. No parecía inadecuado que un camarada blanco no conociera las lenguas de los camaradas cuando estaba en minoría y tuviese que comunicarse sólo en su inglés nativo. Se las arreglaba con los pocos coloquialismos amistosos de las lenguas africanas que había aprendido, pues cualquier grupo con intereses compartidos y las mismas actividades y condiciones tiene su propia jerga; después de todo, ahí estaban los camaradas cubanos que ni siquiera sabían decir dos palabras en la lingua franca, el inglés, y demostraron ser hermanos que llegaban de distancias aún más lejanas que las que había entre los camaradas blancos y negros cuando eran niños.

Eso era antes. Ahora, una vez disculpado—por sus amigos negros, Mkize y los demás—, los estudiantes se sentían atraídos por las asignaturas que enseñaba y lo demás estaba muerto y enterrado. Era un africano, aunque no entendiera ni pudiera comunicarse en ninguna lengua africana—¿le disculparía Jabulile, que era su mujer y la madre de su hijo?—. Nunca le había dicho esas palabras íntimas que a ella le sonarían más sinceras que «cariño», «mi amor» y demás, todas tan trilladas.

Y Jabu era maestra.

Steve sorprendió a su mujer y despertó su curiosidad cuando le anunció: «Vas a empezar a enseñarme zulú». ¿Qué otra lengua podía aprender? Era la que ella hablaba. Jabulile recurrió frívola al apelativo cariñoso inglés:

—¿Qué te pasa, cariño?

Una idea nueva.

—Le hablas a Sindiswa en zulú. Entiende ya muchas cosas. Sabe pedir lo que quiere... No la entiendo. Y ella no me entenderá a mí.

Jabu se echó a reír.

—También le hablo en inglés, igual que tú.

—Crecerá hablándome en un idioma que ambos compartimos y no podré dirigirme a ella en una lengua que también es suya pero que no compartimos.

—¿Y qué tiene de malo? Muchas personas tienen padres que no entienden el idioma

del otro y se lo enseñan a su hijo.

—No soy extranjero.

Tener la necesidad de educarse otra vez: es un blanco que se ha ganado su identidad, no no-negra: africano.

—¿Y cuándo empezamos? Será divertido. Ya sabes que soy muy estricta. ¿Qué tal esta noche? No, estamos invitados en casa de los Mkize, su hermana ha vuelto con ese tipo de Ghana con quien se ha casado, un notición. Es una especie de cirujano, tiene la esperanza de conseguir un puesto en la escuela de medicina, quiere hablar contigo de la universidad.

—¡Oh!, no hay prisa, he estado mudo tanto tiempo..., cuando tengas tiempo de enseñarme como a cualquiera de tus alumnos del colegio.

Entonces ella recuerda una de las máximas que le decía su padre en la infancia.

—Mejor hoy que mañana. Repite conmigo: «*Ngingumfana ohlankiphile eckasini lika thishela ujabu?*».

—Que significa...

—¿Vas a pagarme las clases particulares?

—Sólo si dejas de burlarte de mi pronunciación.

La abraza y acaba besándola con esos besos largos que corresponden a otra parte del día, o más bien de la noche.

No obstante las clases no tenían nada de divertido. Durante el fin de semana hacía los ejercicios de gramática que ella le mandaba y aprendía vocabulario, el léxico oral que Jabulile juzgaba más adecuado para, por ejemplo, conversar con sus alumnos cuando los llevaba a casa; además, era un interesante cambio de papeles: el profesor convertido en alumno. Jabu nunca le corregía en presencia de los alumnos, y dejaba que ellos se palmearan los muslos embutidos en los pantalones vaqueros para aplaudir cuando le enseñaban algo y soltaban alguna obscenidad que ella censuraba entre risas. Eso no afectaba a la autoridad de Steve como profesor, una autoridad distinta de la del padre de Jabu, que tanto había hecho en el pasado para que ella estuviera a la altura del presente. Sin duda, eso de dar clases particulares sobre los deberes espirituales como un diácono en la iglesia estaba en la tradición de su Baba, que le pasaba de tapadillo libros cuando estuvo presa sin juicio, y favorecía la emancipación de su marido al ofrecerle la capacidad de expresarse como un africano y no sólo en una lengua europea. Una vez su padre le había enviado otra máxima para que la reconstruyera a partir de las palabras subrayadas en las páginas de los libros de texto que había logrado hacerle llegar durante su detención: «Es una desdicha que utilicemos el idioma del opresor para hablar de nuestra libertad». Luego

supo que la frase era de Gandhi.

Steve tenía razón acerca de la compañía de Vigilancia y Alerta cuyo sueldo pagaban cada mes los vecinos del área residencial: entre ellos tenía que haber *impimpis*, traidores negros que habían trabajado para el ejército del *apartheid*. No hay muchas técnicas de guerrilla que resulten útiles en ese tiempo de secuelas que llaman paz. Sólo podría ser útil la aptitud para la violencia que les ha sido arrebatada a los soldados del ejército derrotado. Podrías alistarte en el nuevo ejército, pero debido a tu pasado no hay sitio en él para ti; encontrar empleo en la nueva industria o en las compañías de seguridad. Al menos tendrás armas con las que estás familiarizado y una licencia distinta para usarlas, para defender no el *apartheid*, sino la propiedad privada. En Navidad, Jabu encontró, junto al cartero y los basureros municipales, a la patrulla de Vigilancia y Alerta en la lista de aquellos a quienes por lo visto era costumbre dar un pequeño aguinaldo en metálico; pobres diablos, qué ocasión tenían de formarse para otra cosa, procedían de los más pobres de los pobres de su gente; y también de la de él, gente de Dios. Pocas veces deja traslucir lo que debe de haber sido ser nieta de un pastor e hija de un diácono; él daba por sentado que, igual que en su caso, lo de ser «cristiano» era una etiqueta étnica que hacía mucho que se había despegado de la que había sido su única dedicación que conocían, había sido sustituida por otra rúbrica, la de la justicia. Pero debido al cambio, habían despegado muchas etiquetas «Blankes Alleen» y «Sólo blancos» de los bancos y lavabos públicos, las personas parecían estar buscando una autoridad más allá, o más bien fuera de la condición común conseguida por la revolución, aunque semejantes formas de autoridad hubiesen sido inútiles en el pasado. Los delfines iban con los pantalones bien planchados a la iglesia vecina (aunque a Alan y a su novio les habían echado de otra que había no sé dónde), ¿qué necesidad había de bautismo, aparte de la bendición de las salpicaduras en la piscina? Una genuflexión a modo de agradecimiento por que la ley reconociera su orientación sexual. Gracias a Dios. Los camaradas se habían dispersado en un rango a veces impredecible de actividades y profesiones. Algunos habían podido volver a las profesiones y empresas que habían abandonado para ir a los campos de batalla en el monte y el desierto. Había abogados y médicos cuyas incipientes carreras se vieron interrumpidas durante esos años en que la reivindicación estaba por encima de abrirse camino. La mayoría escogieron una carrera muy distinta de la que habrían elegido si la Lucha no hubiera tenido prioridad sobre la ambición de lo que querían ser de niños, o de los preceptos esperados desde el punto de vista social e intelectual. Hubo médicos blancos que prefirieron atender en compañía de los médicos negros a las largas colas que esperaban en los campamentos de las ciudades antes que abrir consultas privadas en complejos de moderno diseño arquitectónico. ¿A qué se dedica Roly? ¿Dónde está Terence estos días? En algún lugar en la industria, desaparecido tal vez en un gran negocio, otro había vuelto al redil de la cadena familiar de supermercados, un tercero había encontrado trabajo en un enorme consorcio minero y tal vez considerara útil y en ese momento su conciencia le dictase promover políticas para mejorar las condiciones de vida de los mineros negros tan mal pagados como pésimamente alojados en los recintos de las minas. Unos cuantos héroes negros de la Lucha dotados de elevada inteligencia política, capacidad de liderazgo y una personalidad poderosa habían ocupado enseguida puestos en el gobierno de Mandela; algunos sobrevivieron con su sucesor, otros optaron por el otro poder, asequible por fin, en las instituciones financieras de los viejos tiempos que siguen poseyendo los recursos naturales del país bajo tierra y los medios para convertirlos en riqueza a ras del suelo. Pero esto es jerga de informe oficial. El

y Jabu conocen otra que establece las cosas tal como son. La vida normal. La que nunca existió. Entre sus amigos hay camaradas que son escritores y actores. En los años de cárcel la poesía se escribía en papel higiénico. De la prisión que conoce todo el mundo, Robben Island, se sacó a escondidas un manuscrito entero con ese ingenio osado que sólo se aguza cuando la imposibilidad de las circunstancias estimula una facultad desconocida del cerebro. Hombres que tienen el sexto sentido de penetrar en la identidad de otras personas, lugares y épocas relevantes para la suya: actores que nunca habían pisado un escenario interpretaron *Antígona*—gracias a uno que había colado el libro de tapadillo—en la hora que tenían para hacer ejercicio en el patio. Entretanto, en esos años, en las ciudades segregadas, había blancos y negros que escribían y representaban con total crudeza obras de teatro sobre las relaciones en el país del *apartheid* y todas sus contorsiones racistas, y por lo general salían bien librados porque no había teatros en las ciudades pequeñas, en los guetos negros ni en los campamentos, donde la población general podía ser corrompida. Por esa misma razón, la Junta de Censura rara vez se molestaba en dar crédito a dichas obras prohibiéndolas e impidiendo que se representaran ante un público de diversas razas en un teatro sólo para blancos.

Esos días a Steve y a Jabu los invitan a los ensayos del talento liberado de escritores, actores y cantantes que piden la opinión de los amigos y tienen en cuenta sus críticas. Jabulile había crecido en una ubicación cerca de las minas de carbón y no había visto ninguna obra de teatro hasta que participó en la función estudiantil de Navidad en la escuela de magisterio al otro lado de la frontera. Sin embargo, su opinión resultó digna de ser tenida en cuenta cuando uno de sus camaradas imaginó una ambientación y unas relaciones sociales casi olvidadas o desconocidas entre la generación de trabajadores a quienes pastoreaban en las minas o en las fábricas en lugar de dejarles pastorear el ganado, y la generación que se ha regido por los decretos de Marx, Lenin, Fanón y Guevara y no por las costumbres tribales. El delfín Marc le mostró el borrador de su obra, con su versión de la libertad obtenida. Gracias al trasfondo en parte rural y en parte industrial de su transformación, primero como revolucionaria y luego como maestra de escuela, Jabu parecía convencida de que algunas costumbres no seguirían exactamente igual: la negativa de una chica a que la vendieran por una dote a un hombre a quien no quería probablemente era distinta a la sumisión del pasado; tampoco era creíble que el pastor retratado en la obra fuese un traidor capaz de revelar una reunión secreta del cna en su parroquia por ser la voluntad de Dios. Quienes, por decirlo así, escribían desde 1994, como si conocieran bien las vidas devastadas y soportadas, publicaban en editoriales surgidas como hongos relatos heroicos de leyendas precoloniales y se apropiaban de ellas igual que hacen los europeos con las de la antigua Grecia. Lo que el régimen blanco llamaba jefes tribales ahora eran líderes tradicionales que ocupaban escaños en el Parlamento como cualquier otro partido político. También ellos habían conducido la antigua autoridad individual en las lenguas y las disputas territoriales a una especie de identidad común dentro del poder del gobierno de regir la vida de las personas. Sin embargo—¿cómo imaginarlo en la sorprendente paradoja de la libertad?—los líderes tradicionales al menos ofrecían el apoyo a conductas que habían regido la vida con alguna certeza; de modo que los antepasados siguen estando con la gente como lo estaban durante las humillaciones, los ataques racistas y las guerras; a través de la eternidad. ¿Y ante quién sigue siendo responsable la gente? Unos cuantos líderes tradicionales habían colaborado con el *apartheid* y gozaban de un estatus en las reservas para negros conocidas como bantustanes (*bantú* - ‘pueblo’), una forma racista de referirse a

dichas áreas.

Los líderes de los ex bantustanes no son exactamente *impimpis* del pasado en una democracia moderna. Las personas pueden llamarse como quieran, igual que la pareja Jabu-lile-Steve son revolucionarios convertidos en ciudadanos. La Constitución lo confirma. La vida normal. La que nunca existió.

Un sobre entregado en mano, por mensajero, no por correo. «Para Steve, de Jonathan».

—Ha llegado esto. —Ella se lo da con curiosidad y un encogimiento de hombros. Dentro hay una tarjeta impresa con los adornos de una celebración. Steve la lee; luego vuelve a leerla en voz alta, no tanto para ella como para sí mismo. Es una invitación, una invitación al Bar Mitzvá de un hijo de su hermano. La fecha, las señas, la sinagoga.

—¿Qué es esto?—pregunta, sacudiendo la tarjeta.

Su perplejidad sorprende a Jabu, que se toma la pregunta por lo literal.

—¿No es una ceremonia judía...? —Los camaradas judíos deben de haberse referido a ella cuando intercambiaban relatos para pasar el tiempo entre las tensas preocupaciones en el desierto.

—Para hacer un hombre de un niño. Como la circuncisión ritual, sólo que no duele.

Por supuesto, ella sabe que lo de su pene circuncidado lo hicieron cuando era un bebé.

—Es una ceremonia religiosa, ¿no?

—¿A qué viene esto? A Jonny, a Alan y a mí nos circuncidaron por capricho de mi madre, es lo único que sabe Jonny de religión, igual que nuestro padre nos introdujo, no en Jesús, sino en Papá Noel. ¿Se puede saber qué mosca le ha picado?

—A lo mejor ha sido cosa de su mujer. —Brenda, la que la abrazó con tanto entusiasmo cuando le presentó a su familia.

—¿Por qué? No es judía, ¿no? No que yo sepa, aunque hace mucho que no nos vemos. —Saca el móvil del bolsillo—. Voy a preguntarle a qué viene todo esto.

—No, Stevie, no. —Se pone seductora, y le sujeta la muñeca con la mano, se produce un falso forcejeo, siempre es agradable abrazarse, pero acaba ganando él.

Jonathan tiene una respuesta evasiva para su hermano, que sin duda lo conoce bien aunque las diferencias políticas hiciesen que perdieran el contacto en los años en que Steve desapareció de la vida familiar.

—Creo que a Ryan le apetece.

—Pero ¿qué?, ¿de quién ha sido la idea? ¿Por qué echarle eso encima al niño?

—Bueno..., de crios nunca supimos muy bien quiénes éramos, Andrew y Pauline no creyeron que tuviera importancia.

—La raza humana.

Ah, sí, el izquierdista de la familia sabe en qué nos equivocamos. Los hombres de negocios nos pasamos la vida jugando al golf... aunque ahora el presidente negro también juega.

—Como quieras. ¿Acaso sabíamos la diferencia entre nuestro padre y nuestra madre? No recuerdo que nadie nos dijera: «Andrew, cristiano; Pauline, judía, y nosotros...».

—¿Qué más dan las categorías?

—Stevie, si vas a hablar de categorías hay muchas cosas que importan. Todo lo que fuiste se decidió sin más. No basta con ser negro o blanco, liquidado y *klaar*, como en los malos tiempos... ahora perteneces a algo más cercano..., más real..., se puede, es posible..., sí.

Chicas musulmanas, hijas de indios, sudafricanas de tercera o cuarta generación; las ve en el campus, con pantalones que esculpen las nalgas, grandes escotes, tacones altos, rostros de estrellas de cine y cabezas veladas hasta los hombros con tela de viuda.

—Vendrás. —Su hermano habló con confianza.

—Cariño, no tienes que ir si no te apetece. —Le había dicho a Jabu.

—Pues claro que iré..., aunque... No quieres que vaya.

No era una pregunta sino una acusación, seguía habiendo situaciones en la vida de Steve en las que ella se sentía desplazada. (¿Habría alguna en la vida de Jabu en la que él lo estuviera?)

Negó amablemente esa idea tan ridícula.

—Es sólo que no quiero obligarte a pasar por eso.

Jabu consultó a Brenda qué ponerse; ¿la ropa que habría esperado su padre el diácono en la iglesia en una ocasión especial? Según la temporada, habría dado el visto bueno a un discreto vestido de verano, o a una falda, una blusa y una chaqueta al estilo occidental, como el terno que usaba él los domingos, por más que el arzobispo Desmond Tutu, de la Iglesia anglicana, hubiese introducido las túnicas tradicionales africanas con las que incluso bailaba por el pasillo durante el servicio religioso.

—¡Algo africano! Una de esas preciosas faldas vuestras y collares de cuentas.

—¿Os cubrís la cabeza?

—¡Oh, no!, tu peinado es maravilloso. Los judíos y los africanos son pueblos tan antiguos que ambos tenían una vestimenta especial para las mujeres, el vuestro es genial, aunque gracias a Dios no creo que venga nadie con peluca.

—¿Las mujeres llevaban peluca? ¿Encima del pelo?

—Se rapaban la cabeza. Lo he aprendido cuando Ryan asistía a la *yeshiva*, es una escuela religiosa, como las madrazas de los musulmanes.

Lleva un laberinto de trenzas en torno a la cabeza. Hay peluqueras en las aceras del centro, pero este peinado se lo han hecho en un salón de peluquería de lujo. Qué cosas se dejan hacer las mujeres. La moda; o el conformismo. ¿Encierra la moda una especie de conformismo? Antes me gustaba con su halo revuelto de cabello africano. Al tacto era como el pelo del sitio por donde entro en ella.

Él lleva un sombrero que le ha prestado Jake, aunque resulta que a la entrada del lugar de culto al que han llegado siguiendo las instrucciones incluidas en la invitación hay kipás para cubrirse la coronilla. Un joven muy ceremonioso les acompaña y duda ante la hilera de asientos antes de indicarles la mejor opción. La sinagoga es grande y de techos altos, pero sin la elaboración de una iglesia de tales proporciones, nada de imágenes talladas, ni de capillas donde pedir favores especiales a este santo o aquél, como si fuesen médicos especializados en diferentes perdones, absoluciones y soluciones para diversas condiciones espirituales. Es sencilla con su espaciosa falta de distracciones del único foco de interés: las cortinas tras las cuales debe de haber oculto algo sagrado, en la pared del fondo sobre un estrado con un discreto púlpito a un lado.

Los asientos son tan cómodos como los de un cine de lujo, ella los encuentra muy diferentes de los bancos de la iglesia de su abuelo y de su padre; Steve no recuerda cómo se sentía su joven trasero cuando acompañaba a Andrew a alguna de las raras ocasiones en que tenía que dejarse ver por la iglesia, una boda, tal vez, o un funeral. Hay unos libros metidos en unos bolsillos en el respaldo de los asientos de delante. La mujer que se sienta a su lado le mira educadamente de reojo, aunque está distraída quitándose las cutículas de las uñas; el hombre que hay al lado de Jabu está rezando, de forma apenas audible, con un chal blanco en torno al cuello. Jabu tiene cuidado y se las arregla con su elegancia natural para coger un par de libros sin sacudir el brazo de la silla ni molestar a su vecino.

Se oye el murmullo constante, e incluso las risas, de los chicos que aparentemente están acorralados entre unos asientos al otro lado del pasillo.

¿Se trata de una sinagoga ortodoxa o reformista? La mujer parece haber quedado satisfecha con el estado de sus uñas y Steve puede preguntárselo. Es ortodoxa. Jabu está

pasando páginas para comprobar algo que aparece en uno de los libros bilingües, mueve los labios: se esfuerza por pronunciar las palabras hebreas, ella que habla al menos cuatro idiomas, además del isizulú natal que él está aprendiendo bajo su tutela. Si eres negro, has tenido que improvisar la manera de comunicarte con los blancos monolingües, probablemente ella aprendería fácilmente también esta lengua antigua.

El rabino da la bienvenida a la congregación en hebreo y en inglés coloquial, no el que Jabu está acostumbrada a oír en la iglesia, donde, ya sea en isizulú o en inglés, está implícito el castigo a quien no preste atención en presencia de Dios. Su hebreo es poesía, hay un coro cantando en ese idioma, no hace falta saber música para entender su belleza.

Steve ha estado mirando para ver dónde se ha sentado Jonathan, a menos que esté tras el escenario, ¿quién sabe cuál será el protocolo que debe seguir el padre en esta ceremonia masculina?

Andrew y Pauline deben de estar ahí, son sus padres y los de Jonathan, los abuelos del chico. Ha pasado por alto al hombre con túnica, una especie de turbante y un chal con flecos, una especie de funcionario eclesiástico entre los asistentes a la ceremonia, aunque está de pie, no sentado, donde, sí, ha visto a sus padres, Andrew y Pauline. Mira hacia allí otra vez como para subrayar: Jabu y yo estamos aquí. Solidaridad familiar en las circunstancias más inverosímiles después de los años en que tuve que renunciar al modo de vida que todos esperaban de mí.

El rabino, o lo que quiera que sea, se parece a Jonathan. Es Jonathan. Ese es mi hermano. ¿Cómo puedo no haberme dado cuenta? No lo he reconocido.

¿Será posible que todo ese atrezo lo haya cambiado?; el signo del cambio, de este modo: el suyo. ¿Qué era lo que le había dicho aquel día?, no basta con ser negro o blanco, liquidado y *klaar*, como en los malos tiempos..., ahora perteneces a algo más cercano..., ¿cómo era?, «más real». ¿Qué puede ser más real que lo que somos ahora? Mi Jabu es una mujer como tu Brenda, con los mismos derechos, ¿tengo que repetírtelos? Tu Ryan y mi Sindiswa están creciendo sin los tatuajes «Amo blanco/*Swart Mesie*» parecidos a los que los nazis tatuaban a los prisioneros en los campos de concentración. ¿Por qué necesitas ese disfraz del gueto para sentirte real?

Jonathan, los funcionarios y el chico se han agrupado en el estrado.

Jabu nota que Steve no está escuchando el discurso sobre lo que significa para el muchacho llegar al Bar Mitzvá, ni siquiera ha oído la admonición no sólo a ser fiel al judaísmo, sino a cumplir las responsabilidades con todo el mundo, las personas y el país. Da gusto oír cosas con sentido común; se vuelve hacia él y lo ve con las palmas de las manos sobre los muslos. El gesto masculino de tensa reacción que conoce tan bien, aunque en esta ocasión ignore el motivo. Le pone una mano sobre las suyas como un secreto entre ellos. Anuncian la lectura de no sé qué texto al que por lo visto deben responder los presentes en los momentos y los versículos indicados en los libros. En la iglesia casi todo el mundo conoce la Biblia, pero aquí todos consultan y hojean la Torá y el libro de oraciones.

La congregación incluye sin duda a los socios de negocios de Jonathan, que son de diversas confesiones religiosas, hay algunos afrikáners, ambiciosos hermanos capitalistas que han dejado de ser la raza de los amos. Entre ellos hay un negro, debe de ser un miembro de un consejo de administración: un ejemplo del reconocimiento de la política de Empoderamiento de los Negros en la segunda definición leninista del poder: «Primero conquista el reino de la política, luego el reino de las finanzas».

Ella es la única negra.

Jabu pasa las páginas del libro y pronuncia las respuestas en el momento adecuado en la versión inglesa y en la hebrea del anciano con su chal de oración. Durante las pausas, cuando no parece que haya que hacer nada mientras hay cierta actividad en el estrado, el alter ego de Jonathan se queda allí plantado, como esperando órdenes, hay hombres vestidos con la misma ropa y trajes oscuros convencionales que se acercan a ponerle la mano en el hombro o coger de los brazos a Ryan con instrucciones, un consejo u homenaje, el muchacho no hace otra cosa que asentir lenta y repetidamente. Brenda deja su asiento y va a reunirse con el grupo oficial, vuelve a bajar, luego vuelven a llamarla. No parece que ella y la figura de su marido intercambien palabra. Entonces se oye un susurro pidiendo silencio en la congregación que hace las veces de público: ha llegado uno de los momentos cruciales. El chico se dirige al podio-púlpito con la espalda encorvada, se endereza, traga saliva (desde los asientos no se ve el movimiento de la nuez, pero todo el mundo conoce esa pausa para cobrar ánimos) y pronuncia su discurso en la versión inglesa y en el hebreo que lleva estudiando varios años. Luego llega el otro Momento, la revelación por parte de la joven mano que está a punto de ser mano de hombre, de lo más sagrado en esa casa de Dios, semejante a la revelación de Jesús, el judío rebelde, en la religión que El inspiró. El niño tira de un cordel, las cortinas se balancean, se pliegan y se apartan a los lados como una ola que se aleja. Levanta los Rollos de la Ley. Jabu está ladeada en su asiento como si estuviese a punto de aplaudir, pero sabe contener ese impulso laico en un lugar de culto.

Y eso sólo es el principio del espectáculo, hay abrazos ceremoniales, parece una escena de una religión tan antigua como un friso griego arcaico, es como si algunos de los que se abrazan fuesen a desplomarse en el suelo. Y la solemnidad da paso a algo diferente, el rabino da una orden y la cohorte de familiares y amigos masculinos, médicos, abogados, agentes de Bolsa, hombres de negocios transformados por sus túnicas y mujeres de la familia con el vestido de los domingos (igual que la mujer de Steve entre la congregación) siguen al muchacho iniciado que lleva los Rollos de la Ley enrollados en torno a dos palos de madera. Dirige la procesión bajando del estrado ceremonial y todos se ponen en pie, los ignorantes imitan a los informados, Jabu imita al anciano devoto que tiene a su lado y Steve a Jabu. La procesión discurre lentamente por el primer pasillo, luego por el segundo, donde al parecer la detienen de vez en cuando los congregantes más cercanos. Cuando se acerca a la fila a donde están ellos, la mujer que hay a su izquierda se levanta y pasa por delante para llegar al pasillo, entorpecida por el vacilante anciano que ya se ha levantado. Jabu y Steve ven que quienes están más cerca del pasillo alargan la mano para tocar el objeto sagrado que porta el celebrante. Reina el silencio sólo interrumpido por el ruido de los pasos y el frufú de la ropa.

Por fin dejan de contener el aliento. Los Rollos vuelven a colgarse en su sitio. La procesión se dispersa de golpe, interrumpida por quienes acuden a felicitarles antes de dirigirse hacia la salida, los nerviosos y burlones muchachos salen del recinto donde estaban reclusos para rodear a uno de los suyos que acaba de cruzar como ellos la línea de meta.

Los que se paran a saludar a Steve son desconocidos que lo trataron de niño y aprovechan la ocasión para recordar incidentes que él no recuerda y que el tiempo ha enterrado. Hay un jardín en ese lugar de culto y comida y bebida sobre las mesas de debajo de los árboles. Jabu coge un plato para él y otro para ella y no deja de hacer comentarios—«Esto tiene buena pinta», «¿No vas a probar eso?»—mientras charla amistosamente con los vecinos antes de decidirse. Jonathan ha surgido de su túnica y su tocado, se acerca a su hermano según parece para presentarse con el traje oscuro y la corbata reglamentarios. Lleva dos copas en la mano y coge otra de una bandeja para ofrecérsela a Jabu. Le dice: «*Mazel tov!*». Ella vuelve a felicitarlo—ya lo hizo antes, cuando Steve y ella se reunieron con la familia al salir—, y él se inclina para que lo besen en la mejilla.

—Me alegra mucho que hayáis venido.

¿Lo hace para confirmar al hermano revolucionario que a partir de ese día está convertida? ¿O que él tampoco es convencional? ¿No es este ritual que acaba de concluir otro signo pero al revés? ¿O será que le atrae sexualmente?, al fin y al cabo compartían los juguetes en un pacto fraterno. En cualquier caso, ella cumple mejor como invitada que Steve y se mueve y habla con cordialidad.

Es la única negra, sí.

—¿Quién es la belleza negra?

La que ha hablado está esperando con Brenda a que le toque el turno de entrar en el lavabo de señoras. El fuerte vino kosher anula las inhibiciones sociales educadas.

—La cuñada de Jonathan, la mujer de su hermano.

—¿Cómo ocurrió?

—¡Oh! Estaban en el Movimiento. —A diferencia de su amiga, Brenda conoce la terminología—. Cuando la detuvieron, o al otro lado de la frontera, en los campamentos. La familia de él no sabía dónde se encontraba cuando se suponía que estaba en la universidad, y al mismo tiempo se las arregló para sacarse el título, es un tipo misterioso. Sí, es muy guapa, y también muy lista.

—¿Lo conocías? Al hermano. Dejemos ahora lo del racismo..., aun así debe de ser raro, con una negra..., al menos al principio, ¿no?

—¡ Oh!, pregunta a alguno de los maridos respetables que conoces.

Las ocupantes de los dos servicios, quienesquiera que sean, están haciendo una meditación urinaria.

En la intimidad femenina, Brenda emerge de la persona que la ocasión ha hecho de ella, la mujer tradicional del Jonathan tradicional y la madre tradicional de un hijo iniciado en la virilidad.

—Siempre me he preguntado. Otra cosa. No es lo mismo, pero... Cómo será, tener ese..., una polla negra entrando en ti. ¿De verdad son negras o son como la parte interior de su boca cuando se ríen y las palmas de las manos, más o menos sonrosadas? Siempre he querido saberlo.

La amiga se las arregla para hacer como si no le hubiese hecho esa confidencia coincidiendo con el ruido de la catarata detrás de una de las puertas; a continuación sale su ocupante.

Alan había pasado desapercibido entre quienes estaban sentados en la sinagoga, pero es inconfundible con su plato y su copa balanceándose en la mano y su aire de estar en una fiesta. Los dos hermanos del que se ha convertido en padre de un auténtico chico judío se saludan con un ¿tú también has venido? tácito. Alan se ríe para sus adentros, ya no es el raro de la familia—en el sentido del diccionario, no en el sexual—, sino su hermano Jonathan, que, por alguna razón, se ha desviado del cristianismo no practicante que heredaron de su padre y renunciado a una protección contra el antisemitismo que no ha desaparecido con el humo de Auschwitz. Retoca una de las trenzas con hilos de colores de Jabu.

—Mi mujer favorita.

—Lo cual no quiere decir mucho. —A Steve no le gusta estar allí y recurre a una de las salidas agudas que empleaban en la infancia para burlarse de la solemnidad de los adultos.

—¿Dónde está Tertius?

—Jabu, cariño, no sabía, tal y como está Jonathan, si sería kosher que una pareja...

—Bueno, tú eres el que ha estudiado todas las religiones.

—Excepto a Marx, el Che y Castro, hermano mío.

—Tengo entendido que la Torá ofrece buenos consejos, sabrías si están citando a Dios, igual que la Gereformeerde Kerk cuando dice que la Biblia lo declara una abominación.

A Jabu, hija de los otros abominados, los hijos de Ham, le gustan las bromas familiares propias de la ocasión.

Steve juzga que ya pueden irse de la «farsa de Jonathan» sin llamar la atención y volver a su casa y a la realidad.

Ella y él están solos y apartados en la celebración familiar de su hermano. Han estado juntos en tantas situaciones, y en cada una de ellas ambos han escogido la resistencia, la revolución, no es una de esas convenciones que organizan la vida en un área residencial blanca o en los guetos negros. Es un punto de encuentro en un entendimiento que no ha existido antes. Igual que enamorarse.

¿A qué se refiere con lo de «farsa»? No tiene nada de raro revivir una costumbre. Tu familia es tu familia, Baba es mi Baba, seguiré cumpliendo como una hija de nuestra familia aunque yo haya seguido adelante con mi vida.

Vuelta a casa y a la realidad. Sindiswa está al cuidado de una pariente viuda del padre de Jabu que ha ido a vivir con ellos; no exactamente como niñera contratada como en el antiguo orden de los blancos (una negativa rápida) sino a petición del padre a la hija. Algunas soluciones a lo que ella sabe que son sus excesivas responsabilidades para con la Iglesia y la familia cercana. Por supuesto, Steve creció con la suya, en casa de Pauline y Andrew, donde se daba por descontado que los criados eran parte de la casa, negros y alojados separadamente en el patio, con lo que se decidía que era un sueldo decente, teniendo en cuenta que la comida estaba incluida.

El no podía tener un criado, hombre o mujer, haciendo lo que todo el mundo debería hacer por sí mismo. En Glengrove, Jabu y él lavaban la ropa y los platos, y limpiaban su propia suciedad pasando el aspirador. Su culpa ante la solícita presencia de Wethu, especialmente atenta con él de acuerdo con el servilismo debido a los hombres en la familia del diácono—tenía que quitarle los zapatos de las manos para que no se los cepillara—, era algo que Jabu no compartía; Steve insistía en pagar a la prima lejana de Jabu o lo que quiera que fuese. Pero, claro, eso la convertiría en una criada; en la familia cercana del pueblo minero a las mujeres se les aloja y respeta, pero no se les paga. Jabu no había pensado en el dinero; para ella, que él lo hiciera—más que en el sentido de la igualdad revolucionaria, la justicia—era un indicio de sensibilidad, una de las cualidades de su marido. Wethu ocupó la que se suponía que iba a ser la habitación de los camaradas que necesitaran un cama cuando pasaran por la ciudad en sus vidas dispersas, pero le dijo a Jabu con lágrimas que ésta no pudo entender ni siquiera a pesar de que ambas compartieran el mismo idioma: «Niña, quiero un sitio, podéis arreglar la ventana del cobertizo».

Y así lo hicieron; Jabu y Steve la dejaban al margen cuando intercambiaban animadamente opiniones de lo que oían, leían y veían en las noticias y comentaban lo que les inspiraba cada cual y los logros o frustraciones del día de trabajo; el vocabulario de Wethu en inglés no incluía las referencias y la jerga que ellos sí entendían; sólo se comunicaba con la niña, o cuando Jabu recordaba decirle algo que podía interesarle en su propio idioma.

El isizulú de Steve, que le enseñaba—transmitía—Jabu para que pudiera hablar con su hija en su otra cultura y para que en el aspecto lingüístico del intelecto no se sintiera inferior en sus esfuerzos por comunicarse de manera informal con los alumnos a los que invitaba a su casa, que dominaban a la perfección el inglés contemporáneo y el hiphopero, no era un isizulú con el que Wethu estuviese familiarizada. El mismo se estaba dando cuenta: las diferencias de clase pueden imponerse al color al margen de lo que se haga con la libertad.

Steve mandó demoler el cobertizo del gallinero y encargó a un amigo de Peter Mkize, que había trabajado como albañil en una empresa de blancos y había aprovechado la ocasión para instalarse por su cuenta, que construyera en su lugar una habitación y un baño. El dueño de la casa, a quien preguntaron por medio del agente inmobiliario, no puso objeciones a que hiciesen mejoras en su vivienda. Otra vez las sempiternas lágrimas de Wethu: Steve tuvo que devolverle suavemente la presión de la mano mientras le retorció las suyas. Que Dios le bendiga. Que Dios le bendiga.

Una habitación en el patio.

Fue el año en que el Santo Padre decidió poner a su maestra más progresista, a quien los niños adoraban, al frente de la escuela infantil.

¿Por qué dejó la enseñanza?

También fue el año en que terminó con buena nota los cursos a distancia correspondientes a los estudios preliminares a la licenciatura en Derecho.

Considéralo sin tener una rápida respuesta de certeza incuestionable en la punta de la lengua. Era la misma objetividad que habían aprendido que era necesaria al optar por una u otra decisión en los círculos revolucionarios.

Fuesen cuales fuesen los motivos, en los momentos de silencio que conservan el equilibrio de vivir juntos en la tierna y alegre interpenetración de hacer el amor, y en la necesidad de ser uno mismo; y fuese lo que fuese, o en lo que estuviera en proceso de convertirse, esa identidad, Jabu era una chica de un gueto rural, la hija de un diácono en una iglesia metodista, la mujer—casada, esa entidad legal—con un hombre con la misma palidez que el colonialismo. Cuál de esas identidades, o todas ellas, conforma la suya. Los libros que su padre le había dado a leer desde la infancia eran textos que no sólo contenían mensajes que había que descifrar uniendo palabras subrayadas. El hábito de la lectura que él cultivó en su hija (otra identidad), mientras ella fumaba buena marihuana suazi (aunque al convertirse en camarada la dejó para tener la cabeza despejada) y estudiaba. Uno de los libros que ella y Steve se regalan y colocan en la estantería de la casa es de un indio, Amartya Sen, y esas ideas de quién eres, a partir de las actividades, el tipo de trabajo, las habilidades, los intereses compartidos y el medio en que te integras y te integran, son su definición de la identidad. Múltiple en uno. Eso es lo que eres. Algo en lo que encajan su propia vida y la de Steve. Pero hasta ahora el yo más definitivo procede de la Lucha. Signifique lo que signifique en estos tiempos.

No es algo de lo que pueda hablar ni siquiera con él. No lo ha dejado en el campamento del monte, ni en el desierto, ni en la cárcel, es el propósito de seguir con vida y seguir siendo un camarada. Y es la ley la que lo niega o lo confirma. La Constitución está para hacer posible la libertad.

Así que va a ser abogada. El sabe que no es por el dinero, aunque los maestros están mal pagados, como si debieran un diezmo especial al desarrollo del país. Trabajaré de pasante un tiempo para ganarse el pan. Volverá a ser una especie de alumna, ¿acaso su Baba, el devoto diácono, no la envió a recibir algo mejor que la educación del *apartheid*, un poco de libertad, al otro lado de la frontera?

Cada vez que ella iba de visita a ese hogar del que procede, por más que su hogar esté ahora en otro sitio, las mujeres miraban la franja de tela plana entre sus caderas y luego a su madre: ¿qué iba a decirle a su hija? Lo que debería repetirle una y otra vez. ¿Cuándo va a tener más bebés? El que llevó ante su *magogo*, *gogo*, hermanas, hermanos, tías y primos en la congregación del diácono era una niña. ¿Cómo iba a decirles sin ofenderles a las que tenían el vientre hinchado, y a las que tenían cabecitas y manitas como tentáculos

exquisitos sobre el pecho, que Steve y ella retrasaban lo de tener otro hijo en lugar de cumplir con la obligación de la fecundidad, porque tu familia no es la única familia y tus hijos los únicos niños. Tu tiempo no te pertenece exclusivamente como no pertenece exclusivamente a tu propia progenie. La revolución va primero porque los sacrificios que tenía y tiene derecho a exigir son por los propios hijos y por los de todo el mundo. Eso no es simple retórica política. De nada sirve criar futuros esclavos de uno u otro régimen.

Por supuesto, el trabajo de Jabu influye en que pospongan que Sindiswa tenga un hermano. Nada más licenciarse la han contratado como abogado en uno de esos nuevos bufetes con tres nombres en la placa, indicios del cambio, con un indio y un negro entre los socios. Es innegable que su currículum político, por no hablar del color de su piel, supuso una ventaja para que la escogieran entre los demás solicitantes, pero eso no implica ningún menoscabo de sus habilidades. El bufete no se ocupa de casos de divorcio—por lo que los socios se reprochan en broma que rechazan los casos más lucrativos—sino de la defensa en casos de disputas de propiedades que antes eran más o menos exclusivas de los blancos y de algunos indios que habían adquirido concesiones comerciales en el área urbana donde, en una época, habían tenido ciertos derechos no del todo claros. Los negros no tenían ninguno. Ahora cualquiera puede tener propiedades en cualquier parte—el capitalismo liberado de sus cadenas, dice irónicamente Jake al anunciar que Isa y él, que siempre hubieran podido tener ese derecho de los blancos, iban a comprar la casa donde vivían de alquiler—pero los derechos de herencia eran un resto de la ley religiosa o tradicional reconocida por el sistema del *apartheid*, fuese justa o injusta. Un modo de tener a los nativos tranquilos allí donde no molesten a nadie. Entre los negros, después de la muerte del marido la mujer tiene que dejar la casa que compraron juntos; la casa pasa a un hermano. Jabu fue asistente de Ranveer Singh en el tribunal en un caso parecido, entablado por una organización de ayuda legal como una cuestión de derechos constitucionales y no digamos humanitarios. El Centro de Asistencia Jurídica había designado a un abogado del Estado especializado en derechos civiles, un camarada cuyo rostro blanco y patriarcal no se corresponda con sus temidas técnicas de interrogatorio. En los recesos, llenaba el estrado con sus discursos y Jabu era demasiado inexperta y estaba demasiado impresionada para saber que un simple asistente no debía interrumpir aquella oratoria, y sus preguntas inesperadas sorprendieron al abogado del Estado por su relevancia respecto al caso juzgado. Aquella joven negra debía de haber crecido sabiendo lo que era ser negro en el antiguo régimen—movía la cabeza para animarla—y conocía los matices políticos de casos como ése, en los que, aunque confirmaran la violación de la ley, por no hablar (él lo hacía) de la ridícula violación de la dignidad humana, uno debe saber que, desde la perspectiva de la costumbre y las leyes no escritas, al dictar sentencia a favor del demandante estás pisoteando de forma sacrilega a algunos tradicionalistas con la ley constitucional. Otra vez las víctimas negras..., y sin ellas, ¿qué clase de unidad nacional habría? ¿Un sistema moral-legalista separado? Los tradicionalistas creen que la libertad incluye el reconocimiento, no, la incorporación del particular modo de organización de la vida que regía sus relaciones ancestrales, sus ideas del derecho previas al colonialismo y al *apartheid*. Este ha muerto, hay un presidente negro en el gobierno y miembros del Parlamento negros, pero sus leyes tradicionales siguen vivas. ¿Podemos permitirnos insultar por su propio bien a los miembros de la población mayoritaria? Se responde a sí mismo.

—Bueno, vamos a ganar este caso. —Risas generalizadas, todos le apoyan—. Aplicar la ley conlleva sus riesgos..., por principio.

Los demás abogados le llaman por su nombre de pila, todos los usan, ella se dirige a él como le han enseñado desde la infancia que debe dirigirse a una persona mayor o a cualquiera de rango superior; la otra hermandad, la de las camaradas, no ha eliminado por anticuada dicha costumbre, ni siquiera como resultado de dicha camaradería.

—No creo que la mayor parte de la mayoría negra—subraya lo que eso significa conteniendo el aliento y tensando las aletas de la nariz—quiera ver convertidas las tradiciones en ley, y desde luego no en lo que se refiere a la propiedad. Quiero decir que había tan pocas cosas que pudiéramos poseer cuando los blancos tenían derecho a todo, que nadie querría que la Constitución reconociera el derecho a desahuciar a una mujer para entregarle su casa a un pariente, un hombre, claro.

Que un miembro de la población de la que procedían los tradicionalistas estuviera dispuesto a traicionarles era una contradicción divertida que el abogado del Estado y los demás supieron apreciar.

Al final del juicio—que ganó la defensa gracias a los consejos del abogado del Estado—y mientras ella le expresaba su gratitud por haberle dejado colaborar con él, el hombre dijo como si reparara de pronto en un detalle que se le hubiera pasado por alto:

—Debería trabajar usted en el Centro de Asistencia Jurídica. ¿Por qué no se pasa por allí a ver al director? Hablaré con él.

Ese hombre de la generación de su padre, distante, distinguido gracias al éxito, reconoció en una anotación marginal en la sentencia lo que para ella era el cumplimiento de algo de lo que no podía hablar ni siquiera con un camarada, un confidente o un amante. Presumir de una reivindicación. El propósito de estar en guardia, incluso como camarada. La posibilidad de hacerlo. La oportunidad.

Con el nuevo empleo en el Centro de Asistencia Jurídica Steve notó la transformación de su mujer, la creciente confianza de su voz, la seguridad de sus gestos, el placer de la relajación evidente en los descansos cuando no tenía que concentrarse de noche para preparar resúmenes de notas tomadas en las sesiones con los abogados y, poco después, cuando la nombraron para lo que se le daba mejor: hablar con los testigos para averiguar lo que podía esperarse de ellos en el banquillo (prepararlos era un término prohibido). Fueran cuales fuesen las responsabilidades profesionales que le encomendaran, ella consideraba su deber convencer a las personas nerviosas, asustadas, o enfadadas, de que entendía los temores que suscita ese tipo de interrogatorio; ¿acaso no había conocido ella misma al otro en una celda de la cárcel?

Steve veía a Jabu feliz. Realización, ¿no consiste en eso la felicidad? Que él no fuese responsable de esa parte o un componente de la misma era lo de menos. Le

sorprendió cuando ella sacó algo a relucir que sí tenía que ver con él. Habían hecho el amor. Sea cual sea la distancia entre los trabajos y la identidad, el espejismo de la exaltación deja un eco en el que puede abordarse cualquier cosa.

—Deberíamos tener otro hijo.

Oído.

¿No habían decidido por buenas razones, en las que ambos coincidían, que su propósito no era perpetuarla raza humana, ni siquiera con la ventaja de la mezcla de su sangre, que había miles de millones de personas igual de aptas para criar, miles de millones de mujeres para quienes esa honorable tarea era la mejor posible? Semejante hecho no tenía nada de condescendiente ni de discriminatorio. Sé fructífero. La Iglesia de su padre decía eso, probablemente la Torá de Jonathan también lo dijera y las miradas de las mujeres de su pueblo también.

—Sindiswa necesita... No es bueno ser hijo único.

—Sindiswa tiene compañía de sobra. Es muy sociable, los amigos de la escuela, los hijos de los vecinos y qué sé yo.

—Pero no tienen el mismo padre y la misma madre.

—Si quieres ser abogada del Estado, tendrás que trabajar las veinticuatro horas del día y sabrás que Bizos, Chaskelson y Moseneke trabajan de sol a sol, pero han tenido mujeres para impedir las peleas, secar las lágrimas y limpiar culos.

El labio de ella roza el pliegue del cuello, la piel más suave y vulnerable del cuerpo de un hombre antes de que empiece el papel de lija de la barba—a menos que los amantes masculinos consideren que es el ano, cómo va a juzgarlo una mujer.

—Siempre me has ayudado con Sindiswa.

—Cierto. Pero ¿qué me dices de todas esas cosas délas que deben ocuparse las madres? Descuidarás el trabajo, tendrás la cabeza en otra parte y te sentirás culpable con los niños o con los acusados. —Tiene la mano sobre uno de sus pechos como si algún crío ávido estuviera chupando ya la vida que tanto le ha costado conseguir—. No quiero que seas desdichada.

—No lo seré. No estamos hablando de tener una caterva de crios, cinco o seis. Tenemos a Wethu, mira lo bien que se llevan Sindiswa y ella.

Un miembro de la familia cercana no es una niñera.

Una mujer es una madre para cualquier bebé.

Las razones de Jabu para convencer a Steve de que deberían tener otro hijo.

Su razón no es que Sindiswa necesite un hermano o una hermana. Tampoco que cuando vuelve a su casa las mujeres miren su cintura plana cuando esperan verla con barriga; su madre supone lo que la familia cercana da por sentado: un marido quiere hijos.

Es Jabu quien quiere un varón. Ha producido una reproducción de sí misma, la mujer que tiene que demostrar sus propias identidades además de la sexual. De no haber sido por su padre podría no haber tenido ninguna; jamás habría llegado a ser abogado del Estado (algún día). Un hijo no tiene predeterminada su función en la familia cercana, en casa o en el mundo por lo que tiene entre las piernas. Nace libre. Al menos en ese sentido. Quiere un varón, todo lo que ella no es. Es el Otro, para completar la realización de un veredicto favorable de la sala. En cuanto a las ambiciones que Steve tiene para ella:

—¿Es que si soy abogado del Estado no puedo ser una mujer?

Es todo lo que alega.

El sólo lo entiende de manera diferente. Al revés, como ocurre en los senderos del laberinto en que se encuentran las personas.

—¿Es que ahora una mujer puede ser abogado del Estado! —Al menos ambos entienden que no tiene que especificar «negra».

No llegan a ningún acuerdo, como ocurrió con la decisión de no tener niños después de Sin di. Cuando hacían el amor él tenía la sensación en el éxtasis inefable de que tal vez hubiera algo que no supiera. Ella era la que tomaba o no—¿cómo iba a saberlo Steve?—una píldora en lugar de la voluntad divina que según algunos decidía si iba o no a haber una vida.

Jabu había leído en alguna parte o consultado en Internet que la concepción de niños era más probable en invierno que en verano (¿algo relacionado con la temperatura corporal y el semen almacenado en los testículos?) y debió de ser en invierno cuando no tomó la píldora. El hijo se concibió en el invierno africano del hemisferio sur y nació nueve meses y tres semanas después, en confirmación de la teoría que había aceptado basándose en los principios que algunos en su casa consideraban erudición libresca.

El placer y poder sobre el futuro de ponerle nombre a un niño. Entre los camaradas había Fideles, Nelsons y Olivers dando sus primeros pasos. Pero estos camaradas no querían escoger para su hijo quiénes debían ser sus héroes; crecería en una época en la que habría otros. Luego está la feliz circunstancia de que en sus hijos la raza y el color son una síntesis: ¿un nombre africano o europeo? El nombre de su hijo surgió de alguna parte de la lista que tenían pensada, cuando lo vieron: era Gary. (¿El nombre de una estrella de cine?). Jabu estaba probando cómo quedaba con el apellido: Gary Reed, la G y la R, las iniciales casaban bien. Fue Steve quien le llamó con el nombre del padre de ella: Elias.

¿Cómo? ¿Por qué, Steve? Ella se ríe entre lágrimas levantando al bebé. Elias. Steve la conoce mejor que ella misma. Los Mkize, Jake e Isa, y los delfines, van a celebrar el nacimiento de su hijo. Ella lo lleva en brazos, Wethu con el vestido de los domingos está a su lado, y lo presenta: Gary Elias Reed.

Los delfines han llevado una guitarra y tambores, pulsan y tocan kwaito pero también música africana más antigua, y Wethu, aunque no ha probado el vino que están bebiendo por el futuro del niño, nacido en un área residencial, victorioso sobre el pasado, se anima como si se incorporara de una vacilante genuflexión y eleva la voz por encima de las charlas y las risas. Canta. La melodía es grave, aguda, ululante, sale por el tejado y la terraza abierta, y se adueña del barrio. Nada parecido salió de la Gereformeerde Kerk en su día.

La universidad, donde se las había arreglado para licenciarse en Química Industrial mientras aprendía la alquimia necesaria para sabotear el régimen en el que la educación superior era una ventaja exclusiva, no es un alma mater. El nuevo «cuerpo» estudiantil empezaba a tener muchos brazos. Entre los estudiantes blancos cuyos padres pagaban la matrícula y las tasas de la residencia universitaria había cada vez más jóvenes negros convencidos de tener derecho al conocimiento que los elevaría por encima del nivel de destreza, dinero y dignidad al que habían relegado a sus padres.

La educación superior está abierta a todos. La biblia aconfesional (a falta de un nombre mejor para la fe secular), la Constitución, así lo decreta. Pero como la mayoría de los decretos, no garantiza, ni puede garantizar, eso que suele llamarse la «capacidad» de beneficiarse de ellos. Los estudiantes masculinos—hasta el momento hay pocas mujeres con el empuje que tuvo Jabu cuando todavía no era una adulta— disfrutaban de becas o patrocinios de algún tipo, incluso hay patronos blancos que ofrecen una *bonsella* al hijo espabilado de uno de sus sirvientes. Las clases gratis de repaso que imparte un profesor de la facultad de Ciencias no dejan de ser paños calientes. Sabe que no son suficientes teniendo en cuenta el abismo del que salen los estudiantes pobres.

La Lucha no ha terminado.

Sigue habiendo algunos catedráticos del pasado en los claustros además de los camaradas como él, conocidos como la Izquierda por otros profesores que no están dispuestos a preguntarse si volar centrales eléctricas para apoyar un buen fin puede considerarse una categoría política aceptable.

Los camaradas, la Izquierda, o comoquiera que les llamen, son conscientes de que tienen que reeducarse. La inmediatez de las obstinadas idas y venidas al desierto, las armas y las paredes de la celda en lugar de las tesis doctorales y las máquinas del café en la sala de profesores, la violencia de su confrontación no será bien entendida por quienes no han vivido sabiendo que al día siguiente puedes estar muerto.

—Si queremos renovar la universidad habrá que empezar con lo que hay. Tendremos que llevarnos bien con la vieja guardia partiendo del principio de que no aceptamos que estén impartiendo la misma educación a puerta cerrada. Y de que confiamos en que sean conscientes de ello.

—¿Aunque no sea así?

—Aunque no sea así.

—Exactamente.

—Deberían pedir la jubilación anticipada..., ya va siendo hora.

Está removiendo el café como si repitiera para sus adentros las palabras que acaba de oír.

—No, no. Alto ahí. La mayoría son buenos profesores. Algunos son mejores que nosotros. Tienen el conocimiento general amplio, mundano y sofisticado que necesitan los estudiantes. Es preciso admitir eso. ¿Quién va a reemplazarlos ahora?

Nadie sabe lo que hizo Shudula Shoba en la Lucha—tal vez sea suficiente que se las arreglara para salir del gueto y conseguir un posgrado—, pero es uno de los nuevos nombramientos como profesor asociado, por debajo de profesores, novelistas y poetas distinguidos: Mphahlele, Ndebele, Kgositsile.

Lleva demasiado poco tiempo en el claustro para no prestar atención a las voces que le informan de lo que debería saber, ya son profesores en otras universidades—estupendo—, pero algunos de mucho renombre siguen en escuelas universitarias rurales, apenas un escalón por encima de los institutos de secundaria, desperdiciados en el *backveld*.

—¿Vas a apartarlos de la gente?

La conversación no se interrumpe ni siquiera cuando unos cuantos profesores del sistema antiguo se acercan a saludar muy solícitos. Cordialidad de máquina de café. Steve pone en práctica sus palabras:

—Tenemos lo que tenemos. —Su comentario va dirigido a todos los profesores entre el entrecuchar de las tazas y el silbido irrespetuoso de la máquina del café—. ¿No les parece que las clases de repaso son insuficientes, meros paños calientes?

—Estamos hablando de los resultados finales cuando deberíamos estar haciendo algo con los comienzos. Tengo alumnos de estudios africanos que no saben escribir en su propio idioma, su lengua materna, tienen el vocabulario de las series cómicas de televisión y se acabó. —Lesego Moloji, superviviente no sólo de la Lucha sino de los antiguos favores académicos, cuando contrataban como excepción a un negro en una universidad blanca para esa rama del conocimiento, independientemente de cuáles fueran sus méritos. Sube y baja la suela de sus zapatones para acompañar sus palabras.

—¿Y qué deberíamos estar haciendo? El claustro de la universidad no dirige las escuelas. —El profesor Nielson todavía lleva traje, camisa y corbata debajo de la toga académica, aunque el nivel de lo que se considera aceptable se ha relajado desde las túnicas de Mandela. El profesor Nielson no puede evitar el tono de profesor incluso cuando no está en clase. Es lo que la generación de Andrew llama un camisa tiesa, el escudo almidonado que se exigía antes con el traje de fiesta—. No estarán proponiendo que bajemos aún más el nivel de entrada en la universidad. Si lo hacemos, no conseguiremos un avance del conocimiento sino un descenso.

Lo que Steve pregunta es si los intentos de instruir a los alumnos con la esperanza de que adquieran el nivel universitario bastarán para compensar diez años de escolarización más que deficiente.

—Debemos formar científicos, ingenieros, economistas y qué se yo a partir de lo que tenemos.

Ella quiere saber en qué quedó la cosa.

¿Qué podría decirle que no fuese una excusa?

En fin, era hora de que todo el mundo volviera a las clases y los seminarios. O a esas horas señaladas en que los alumnos podían ir a los despachos con sus nombres en la puerta con peticiones disfrazadas de problemas. En eso ha quedado la cosa. Paños calientes. Lo sacó a colación ante Jake, Isa y los Mkize mientras asaban salchichas y chuletas el domingo (como hacían los antiguos habitantes del barrio). Sus hijos inventaban juegos descabellados y forcejeaban y caían con los brazos y las piernas entrelazadas de un modo que a sus padres les resultaría imposible. Cree saber en qué debería quedar la cosa. Pero se lo está diciendo a los camaradas, no a sus colegas profesores. El claustro de profesores, las organizaciones estudiantiles—¡los vicerrectores!—deberían exigir reunirse con el ministro responsable de la educación en las escuelas. ¡Echarle la puerta abajo!

—Es nuestro problema. La educación no puede cortarse en dos, es un proceso continuo, Moloi tiene estudiantes en estudios africanos que no saben leer ni escribir en su propia lengua, yo tengo algunos para quienes las matemáticas son un idioma extraño que nadie les ha enseñado, ni siquiera lo suficiente, funcionalmente, para aprobar por los pelos los exámenes finales.

—¿Y qué estáis haciendo tus colegas y tú para conseguir esa reunión? —Jake hace un gesto a Isa con la mano vacía para indicarle que ofrezca más pan.

—Es lo que yo dije. —Jabu gira los hombros y los pechos, uno de sus reacciones físicas inconscientes para expresar la divergencia de opiniones que la diferencia de Steve desde el inicio de la clandestinidad. Desde los tiempos de Suazilandia han considerado parte de la libertad que querían conseguir que pudiesen criticarse sin que eso afectara a su amor.

Lo mismo ocurre con la amistad; Peter Mkize continúa con lo que estaba diciendo Jake.

—¿Por qué no lo haces tú? Une a los catedráticos y profesores, ve a ver al vicerrector, pide una cita, acude al Parlamento y dile al ministro lo que no quiere oír.

Los niños están reclamando sus derechos y piden a gritos un poco de helado. «Todavía no es hora», claman las madres. Todos ríen y prueban la carne que tienen que comerse antes. El coro vuelve a empezar: «Queremos helado, queremos helado».

Una de las muchas cosas que uno aprende en un movimiento de liberación es a tener en cuenta lo que te dicen los camaradas. Una semana o dos más tarde, Steve empezó a hablarles a sus colegas, primero a los que ya formaban parte de la Izquierda, de las responsabilidades de los profesores en cuestiones de libertad, y luego, basándose en el mismo principio, propuso a la vieja guardia que se reuniera para discutir si deberían nombrar una delegación de profesores que se reuniera con el ministro para explicarle que había dos procesos educativos que deberían ser uno y no lo eran. La reunión se celebró de manera informal en la sala de profesores. Las opiniones se expresaron entre dudas y a regañadientes. Volvieron a recurrir a la máquina del café; escucharon (claro) a aquella especie de académicos entrometidos como si estuvieran de acuerdo con la Izquierda, «ciudadanos de la universidad, unios» y cosas así, una variación actualizada de aquel lema anticuado que reclutaba a los blancos contra el *swart gevaar*. Sin embargo, fue uno de los izquierdistas quien formuló el argumento irrefutable que pondría sobre la mesa el ministro: no hay dinero suficiente para financiar una escuela con el nivel suficiente para permitir el paso sin problemas a la universidad, apenas ha pasado una generación después de cientos de años en que los recursos de la educación se gastaban en una minoría de la población. La educación. Los fondos deben compartirse con la salud, el alojamiento, el transporte y todas las necesidades sociales. (No dice nada de la Defensa Gran Hermano). ¿Cómo pedir más?

Todavía no es hora de tomar el helado.

Jabu escucha su relato de la reunión con los profesores mientras dobla la ropa que Wethu ha lavado y planchado y coloca sus camisas y calcetines en una pila, los vestidos y vaqueros de Sindiswa, y los pantalones cortos y las camisas de Gary Elias en otras.

¿Por qué se rinde?

Si uno está acostumbrado al rechazo sigue pidiendo lo que necesita y trabaja para conseguirlo. ¿Cómo habríamos logrado el derecho al voto en el noventa y cuatro si no hubiésemos seguido la Declaración de Libertad por más que estuviera prohibida? ¿Cómo habría ido yo a la escuela en lugar de mi hermano y me habría librado de la «Educación Bantú» yendo a Suazilandia si mi padre hubiese aceptado que en casa las mujeres van en segundo lugar y que la educación de una hija negra carece de importancia? Es absurdo. ¿Por qué no sigue luchando? Si éstos no están dispuestos a hacer nada habrá otros en la universidad, o incluso fuera, que actuarán de forma diferente. Uno sólo se resigna si está acostumbrado a tenerlo todo. Si ha sido blanco.

Le avergüenza pensar así. De él.

La vida se interpone. Coincide con lo de que el grupo postergue la reunión con el ministro. Es el momento de la muerte de un progenitor; los padres siempre son mayores y están más cerca de eso de lo que creen los hijos, la principal relación se estableció en la infancia y la niñez. La Lucha trajo a cambio otros vínculos fundamentales, aunque a veces

haya que lamentarlo. ¿No hubo una vez en que el buen hijo ingresó en el club de críquet de su padre? Lo van a incinerar, tal como estipuló en su testamento. El presentimiento del hijo... ¿No le dará a Jonathan por aparecer con un rabino? ¡Hasta qué punto puede uno desconocer su tradición! Los judíos tienen prohibida la incineración. No te preocupes.

Pauline se las arregló para convencer de algún modo a su padre de que circuncidaran a sus hijos. Pero parece haber aceptado el cristianismo no practicante de Andrew. El testamento de éste también especifica: nada de servicio religioso. Varios de sus amigos y socios están invitados o quedan para hablar de él ante su ataúd en la sala del crematorio, allí sentados parece que estén en un lugar de culto. Es raro para un hijo oír hablar de su padre en un elogio fúnebre. Jonathan (sin rabino) se erige por ser el mayor en portavoz de la familia.

Ha concluido, todo el mundo hace ademán de moverse, igual que Jabu a su lado, pero de pronto se levanta para cantar. Con mucha naturalidad, se levanta para cantar por él, por su padre. Lleva su ropa africana como si comprendiera la importancia del último momento de la vida. Igual que la niñera-parienta entendió la importancia del primero el día de la presentación del recién nacido. Nadie se mueve, están todos paralizados.

Gracias a la voz, su cuerpo está generando alguna potente sustancia. Ahora sabe que su padre le ha dejado, siempre ha estado dentro de él, en él, y se ha ido. Con la última nota, se oye un susurro de admiración, un movimiento impulsado por la emoción; Brenda, la mujer de Jonathan, sale disparada a abrazar la túnica de Jabu mientras llora con orgullo. La coge de la mano y se abre paso entre la gente como si fuese obra suya. Brenda ha trocado la admiración—la apreciación de un tributo especial—en vergüenza, para algunos, de sus propias emociones; si algo trascendió, es que una de las características de ser negro es que, campesinos o abogados, sin duda saben cantar.

Los años se identifican por acontecimientos, no por fechas. El año de las terceras elecciones celebradas en libertad fue el año en que Sindiswa alcanzó una edad en la que tuvieron que pensar seriamente en su educación. El hijo de Andrew y Pauline había dado por sentado que, llegado el momento, sus padres debieron de escoger un colegio donde lo prepararían para ir a la universidad y estudiar alguna carrera. Para el director de la escuela de niños y diácono de la Iglesia metodista en el asentamiento de las afueras de una ciudad minera, la seriedad respecto a la educación de su hija ¿no sería una estrategia contra una anomalía social y—posteriormente, cuando la envió a seguir estudiando al otro lado de la frontera—un desafío político?

Con qué anticipación examinaron cuidadosamente todas las opciones disponibles para escoger un colegio para Sindiswa cuando terminó la guardería. Según sus principios, debería ir a una escuela pública. Las antiguas escuelas para blancos, por fin abiertas a todo el mundo, estaban bien equipadas pero deterioradas por la falta de fondos para mantenimiento y el nivel de la enseñanza había bajado por la masificación de las aulas.

Ellos podían permitirse algo mejor.

¿Privilegios? ¡Vamos, admítelo!

Es él quien se resiste; ella reacciona como si se tratase de una convención cobarde ante el dogma, aunque sea el suyo. Su Baba no traicionó el movimiento de la libertad de los negros al enviar a su hija a una escuela de magisterio al otro lado de la frontera, gracias a lo cual ella ha podido formarse para seguir luchando por la justicia.

A él le parece pura palabrería, algo que nunca habría imaginado de ella. Eso fue totalmente distinto, era otra época.

Pero ahora hay que pensar en la niña. De acuerdo. No vale la pena discutir más; la niña primero, por delante de la ortodoxia de los principios de los camaradas.

Otra época.

Sólo hay una época, la misma, para los principios por los que te riges.

El abogado del Estado que había encontrado tiempo para recomendarla en el Centro de Asistencia Jurídica era descendiente de emigrantes de un país natal que en una ocasión había sido ocupado por otros: el ejército nazi. Había escapado de niño con su padre al lejano espejismo de África. Eran pobres, sólo sabían hablar griego, pero eran blancos. Aceptables. Creció aprovechando cualquier oportunidad para adquirir una educación que había culminado en sus apariciones durante el *apartheid* como defensor en los juicios de los líderes de la liberación, aun a riesgo de acabar él mismo en la cárcel; después se ha seguido preocupando por el proceso de justicia en las circunstancias imprevistas de las

transgresiones en un país libre. Pero nunca ha olvidado que además de sudafricano—un africano que se ha ganado esa identidad— es griego. Cuando se hizo famoso, o lo que es lo mismo cuando se ganó el reconocimiento en el mundo exterior por su papel en los anales de la abogacía, y pudo recaudar dinero entre los griegos de la diáspora que le temían o admiraban, los animó a fundar una escuela donde el griego fuese una asignatura obligatoria además de las del currículum normal. Tras ser algo parecido a los clubes deportivos y culturales de los italianos, escoceses, alemanes y de la eterna diáspora de judíos, la escuela había respondido a la libertad del país expandiéndose con la admisión decidida de niños negros y cualquier otra mezcla de color en la paleta de la población, con la única condición de que aprendieran griego además de las otras asignaturas. El privilegio de una educación clásica incluido.

Un colegio de pago. No es una innovación para resolver el analfabetismo, pero hay muchas becas; cualquier niño que tenga condiciones para el estudio puede llegar de una escuela rural improvisada entre los cobertizos, sin lavabos ni electricidad.

Debería verlo ella misma; como es natural, su mentor afirma que no hay sitio mejor para un niño. Pero no, es tanto responsabilidad del padre como de ella, tendrá que ir a pesar de que sea una niña y de que donde creció la madre habría sido—probablemente aún lo sería—la última en ir a la escuela. A menos que tuviese un Baba excepcional.

De modo que igual que aceptaron la invitación de Jake para ir a ver la casa que fue su primer hogar (para él; es posible que ella no esté de acuerdo) aceptaron la del abogado del Estado para visitar la escuela. Les enseñó las clases, las aulas de arte, la sección de música, la biblioteca y las instalaciones con Internet, la piscina, el campo de deportes y el jardín botánico, en compañía de un grupo de alumnos entusiastas que le obligaban a detenerse—y a interrumpir su explicación de los valores por los que se regía el colegio—para charlar.

Los dos repararon en que el otro estaba imaginándose a Sindiswa en aquel lugar.

Esa tarde, en la terraza, hablaron de lo de Sindiswa, igual que habían hecho cuando era un bebé aquella otra tarde en Glengrove en que el cielo se desgarró, y tomaron una decisión. Pero esta vez reinaba el silencio.

Sólo Gary se afanaba en levantar y en derruir luego alegremente sus fortalezas de Lego.

Distrajo la atención que el padre de Jabu dedicaba a Sindiswa. Steve recordaba la advertencia que les hizo: los uniformes escolares son demasiado elaborados, esas chaquetas deportivas, blancas con ribetes dorados. Un gasto que debe de estar enriqueciendo a algún sastre. Tonterías como «consumismo exagerado». Hace una mueca para sus adentros como admonición ante esta exhibición piadosa de corrección política.

Tanto andar con pies de plomo y tanta indecisión académica a la hora de abordar al ministro llevaron consigo una irritación y frustración que afectaba a todas sus respuestas.

Incluso la insistencia de Jabu le irritaba:

—Vuelve a reunirlos. No dejes que se escapen. —Es su variante de una regañina femenina.

—He colgado carteles en el tablón de anuncios, les he metido mensajes por debajo de la puerta. Ayer se presentaron tres, los demás ni siquiera aparecieron.

—Los profesores antiguos...

—No sólo ellos..., pero empiezo a sospechar que piensan, o más bien opinan, que quién demonios me he creído que soy.

Su mujer mueve la cabeza.

Pero no es tan irrelevante como ella parece dar a entender.

—¿Un advenedizo de la Lucha que no se ha enterado de que ahora está bajo un mando distinto?

Jabu recoge a puñados las piezas de plástico del juego de construcción que hay desperdigadas por el suelo.

—Habla con ellos uno por uno. *Khuluma nabo, ngamanye, emanye!*

—Dales una patada en el culo—Steve traduce lo que supone que es más o menos el sentido de la sonora expresión en el idioma de su mujer. Ella no se lo ha enseñado.

Antes de que pudiera hacer acopio de convicción en su propia fuerza de carácter, un acontecimiento en el campus, o más bien del campus, no de la sala de profesores, les dio una patada en el culo, demasiado tarde. Los alumnos se apoderaron de la universidad con una autoridad que hizo que sus protestas anteriores parecieran meras rabietas que podían tolerarse en nombre de la libertad de expresión. Los organizadores—si puede atribuirse semejante espontaneidad al Consejo de Estudiantes—se vieron superados por otros grupos, facciones y sectas políticas y religiosas, gays y lesbianas. La multitud se congregó ante el edificio de la facultad y otros edificios, como la biblioteca y el paraninfo de fachada clásica colonial donde tienen lugar las ceremonias de graduación, los cercaron, los ocuparon y las protestas se extendieron a un lugar considerado por lo general demasiado disperso para atraer la atención de las protestas: los campos de deportes, de fútbol y de criquet, se vieron invadidos como cuando los hinchas son incapaces de contenerse porque les desagrada la decisión de un árbitro. Los oradores se convirtieron en voces huecas bajo el sonido atronador de los tambores y los cánticos y apenas se oían entre aquel estrépito; no importaba, todos sabían lo que reclamaban en carteles, camisetas y pancartas improvisadas, aunque algunas cosas—LAS PALIZAS A LOS HOMOSEXUALES DELITO CONSTITUCIONAL —estuvieran al margen del propósito principal: ELIMINACION DE LAS TASAS LA EDUCACIÓN ES UN DERECHO QUÉ HAY DE UNAVIDA MEJOR,

promesas electorales lanzadas contra un árbitro todopoderoso: el gobierno. La misma autodestrucción que quienes vivían en los guetos habían visto cómo reducía a cenizas las pocas cosas que les dejaban tener, el cine desvencijado, la escuela sin libros o la clínica sin agua corriente en un impulso irracional de realidad. Las papeleras vomitan basura, aplastan los atriles como si fueran cajas de cerillas, los archivos desvalijados de las oficinas de admisión arden mientras los estudiantes bailan a su alrededor, en los campos de deporte han arrancado y volcado las porterías, los altares de los deportes que veneran los propios amotinados.

Los estudiantes que acuden como amigos de la casa, de Jabu y de los niños—Sindiswa tiene un favorito a quien le habla orgullosa de la escuela—deben de estar entre esas cabezas que cubren como esporas el terreno que se divisa desde su despacho en la facultad de Ciencias. No es probable que se tope con ellos allí, ni que los encuentre en el anonimato que borra todos los rasgos personales de la multitud. Sin embargo sigue habiendo cosas reconocibles; ¿permitirán que él, uno de los profesores, se una a ellos?

No puede ver gran cosa entre los cuerpos que se aprietan a su alrededor. Hay manos blancas entre las que se alzan con las pisadas y los cánticos, así que no llamará mucho la atención; sabe por los mítines políticos que la absorción en un propósito es ciega y fervorosa. Sumergido en la masa, uno no tiene dirección propia, él se deja arrastrar por la corriente hasta la puerta principal del campus. Fuera, entre la calle y las puertas, hay más personas: unas cuantas se detienen curiosas antes de marcharse, otras, hombres y mujeres negros, gritan literalmente con toda su alma. Todos se aferran a unas puertas demasiado grandes, demasiado altas y demasiado anchas para que puedan abrirlas: se han unido a la acción estudiantil.

Intenta llegar a otras partes del campus, pero tiene que avanzar contra corrientes poderosas que empujan a cada uno de sus miembros a unirse a ellas. Sólo llega al edificio de Ciencias del que había salido.

¿Habrá intentado alguno de esos colegas a quienes le habían aconsejado que les diera una patada en el culo unirse a los amotinados contra las tasas que los estudiantes no pueden pagar (al contrario que los teléfonos móviles—¿quién paga esas llamadas?—que llevan como un adorno en el oído)? Los profesores de la máquina del café podrían argumentar, de hecho, que la universidad no podría existir si las tasas no complementaran los fondos insuficientes del gobierno; la educación gratuita es cosa del gobierno. ¿No estarán descargando la responsabilidad en los estudiantes?

¿Tiene derecho a estar ahí abajo? (está otra vez en su ventana). Puede reclamarlo—o que se lo reclamen—por su participación, su decisión de implicarse proporcionando conocimientos científicos e ingredientes para fabricar bombas, por Jabu y por sus hijos gestados en un vientre negro. Aquí y allá hay hogueras que arden, como las de Guy Fawkes en su infancia que conmemoraban un incendio revolucionario del que él y sus hermanos nunca habían oído hablar. Uno de los montones de lo que están quemando se encuentra muy cerca del museo arqueológico, donde unas piedras talladas recuerdan que los jóvenes amotinados descienden de pueblos que tenían habilidades antes de que los invasores

trajeran otras; de pronto sintió miedo, no por él, sino por lo que es una extensión de sí mismo, el trabajo, la investigación que se está llevando a cabo en la facultad de Ciencias. ¿Y si irrumpieran en los laboratorios donde se está estudiando el cambio climático en busca de soluciones que puedan salvar su propia existencia en este planeta?

¿Quién demonios se ha creído que es?

¿Qué diferencia hay entre destrozar una universidad que sólo puede proporcionar conocimientos a cambio de dinero y las bandas callejeras que roban y secuestran? ¡ Ah!, pues claro que la hay, el secuestro proporciona medios para comprar y poseer los productos de los anuncios que el secuestrador no tiene; saquear una universidad no aporta ningún beneficio.

¿Y si viniesen? ¿Les diría: «Camaradas, es justo dejaros pasar a los laboratorios para que acabéis con los privilegios que otros tienen de trabajar y pagar unas tasas y que vuestros padres, abuelos y bisabuelos se han ganado en las minas construyendo carreteras y cultivando las tierras de los amos»?

Esta oposición interior y estas contradicciones flagrantes no existían cuando estabas encerrado en tu celda solitaria, ni siquiera en las tiendas de campaña en el desierto donde la acción parecía la respuesta inmediata para cualquier manifestación de la vida. Había discusiones sobre lo que podrían llamarse las elecciones morales tomadas—o aceptadas—en la «situación» del antiguo régimen: todos serían liberados (en todos los sentidos de la palabra) de las evasivas una vez el régimen estuviese liquidado y *klaar*.

¿Quién demonios te crees que eres?

La respuesta es volver abajo con la masa. Pero esta vez alguien se aprieta contra él en la extraña intimidad de un movimiento peristáltico, lo que le hace torcer el gesto.

—¡Eh, usted, profesor Reed, de Ciencias!

Todavía no es profesor, sólo asociado, aún tiene que terminar la tesis, pero gracias a ese saludo tiene un rango en la protesta, aunque sea lejos, en la presión combinada de los campos de deportes, los edificios rodeados de la facultad y la puerta principal. Se produce una reacción violenta en la masa seguida de un impulso hacia delante mientras todos toman aliento al mismo tiempo: la policía está ante la puerta, que ha terminado cediendo; los perros ladran contra los gritos histéricos entre la teatralidad del gas lacrimógeno. ¿Abrierte paso (como si eso fuese posible) hasta delante y luego, como hombre blanco, la antigua autoridad que entonces era definitiva, ordenar a la policía que contenga el asalto? Los estudiantes están arrojando todo lo que encuentran a los policías, que son casi todos negros. Entre lágrimas y toses les insultan en varios idiomas mientras les golpean las porras. Hasta donde se puede ver, los dirigentes del Consejo de Estudiantes, que estaban en primera línea, han sido detenidos, hay furgonetas de la policía con la sirena encendida en la calle, y están metiendo en ellas al azar a otros estudiantes.

La multitud empieza a dispersarse. Algunos grupos pequeños se reorganizan para intentar resistir el ataque, el campus está arrasado.

Lleva las llaves en el bolsillo; llega—¿escapa?—al aparcamiento de los profesores; hay pocos coches, todos intactos; la mayoría se fueron en cuanto empezaron las protestas. Su bolsa de libros y sus papeles están en una mesa en su despacho y la puerta no está cerrada. Será irresponsable... Hay un profesor a punto de abrir la puerta del coche.

—¿Está bien? ¿Le ha pillado este caos?

—No me ha pillado. Estaba con ellos.

El profesor de clásicas, sí, es Anthony Demster, lo interpreta como un modo filosófico y sofisticado de enfrentarse a los disturbios.

—¿Qué ha pasado en la universidad? La policía... ¡He intentado llamarte varias veces desde que me enteré en la oficina, pero no respondías!

Explicárselo a ella; ambos estaban tan familiarizados con las reacciones del otro a lo predecible o lo impredecible en su no lejana vida fuera de la ley.

Como de costumbre, Jabu está haciendo algo; continuará con su rutina inconsciente (¿qué es esta vez? Está metiendo las llaves en el llavero de cuero) y con la voz tensa de preocupación. El profesor de clásicas. ¿Le ha pillado este caos? Pero ella lo conoce bien. Como si supiera que abandonaría su pequeño enclave académico y bajaría entre la multitud, que esta vez resultaron ser estudiantes, algunos suyos. Igual que habría hecho ella.

—¿No había nadie entre los líderes que pudiera controlar? Me refiero al rumbo que estaba tomando. Para que pudieran oírles...

Y lo pregunta ella, que privada del sueño y ante otras formas de tortura se había resistido a dar los nombres de los camaradas a quienes la interrogaban.

¿La dirección? ¿Una reunión en el paraninfo con el vicerrector del Consejo de Estudiantes para discutir las tasas universitarias? Eso es asunto del gobierno.

¿Cuál habría sido el resultado? ¿Un acuerdo para que el claustro se reuniera a considerar las implicaciones de la responsabilidad social de la eliminación de las tasas en el nivel universitario? Quién puede pagar y quién no. ¿Una prueba de haberes?

—Ni siquiera pude reunir una delegación para hablarle al ministro de los problemas que tiene la universidad para enseñar a alumnos que llegan de la escuela sin alfabetizar. ¿Qué otra opción les queda? ¡Fuera de las conferencias y nuestros seminarios de guardería,

al campus!

Le cuenta, como una confesión, que acaba de caer en que cuando la masa lo llevó de vuelta al edificio de ciencias volvió a su despacho y no encontró a nadie en los pasillos, todos se habían ocultado en los despachos, habían dejado el campus o se habían escondido detrás de la máquina del café. Pero ¿qué motivos tenía para sentirse más íntegro mientras se asomaba a la ventana y contemplaba lo que se conocía oficialmente y de manera inofensiva como «el cuerpo estudiantil» y ahora era eso, una entidad mitológica con muchos miembros? Así que volvió a bajar, dejando la puerta abierta.

—¿Tan mal ha quedado el campus? ¿Qué sentido tiene eso? Tendrán que vivir entre la basura. No, no, ¿qué estoy diciendo? Tendrán que ir los limpiadores negros a... —Jabu conserva la disciplina de la Lucha: uno debe ser responsable de sus actos...

Hay documentos quemados y pisoteados como hojas muertas. Un ordenador (de quién y de dónde) yace entre unos arbustos arrancados. Quién sabe qué objetos de las papeleras de los lavabos femeninos. Ya que es alguien que imparte conocimientos, por mísero que sea el acceso, alguien que ha aceptado ser profesor, ¿no debería oponerse a que los estudiantes ensucien su nido? Debe creer en el propósito de la universidad, por inadecuadas que sean las circunstancias. De lo contrario, ¿qué está haciendo ahí? Enseñar a pesar de las limitaciones, hacer la puta tesis para poder legar algo a quienes lo necesitan y tienen derecho a tenerlo.

Convocaron al rector, al vicerrector, al claustro y a los representantes de los estudiantes a una reunión en la que los estudiantes consiguieron que la universidad condenara las detenciones y la brutalidad policial, y el rector y los profesores lograron que se condenase la destrucción de las instalaciones del campus por parte de los estudiantes.

Sindiswa fue hija del cambio y nació cuando la nueva vida de libertad tenía sólo tres años. Era de temperamento apacible y muy sensible con todo y con todos. Su hermano, Gary Elias, que había dado sus primeros pasos en la seguridad de la casa del área residencial, no lo era, aunque Steve, que desconfiaba de los juicios paternos, decía «calma», no quería ir más allá. Jabu se reía, era un niño travieso, podría decirse que «demasiado espabilado para su edad». Lo habían escolarizado en una escuela local, igual que a Sindiswa en el colegio griego, donde los profesores decían que era la mejor de la clase. Pero la madre reparó en que el carácter del niño empezaba a ser preocupante. Le pegó un puñetazo a uno de sus compañeros y no le acertó en el ojo por muy poco: Steve y Jabu tuvieron que ir a ver a los padres para disculparse. Gary pidió «prestados» sin permiso los tesoros de Sindiswa (una caracola en la que le habían enseñado que se podía oír el mar y una cajita tallada que le había regalado una de sus amigas indias) y los estropeó o, como él dijo, los perdió. Aunque dolida, ella le perdonó y eso pareció molestar aún más a su hermano. Jake le dijo a Steve que debería llevar al niño al fútbol, a los juegos universitarios, que fuese con Jake y los chicos mayores y adquiriese así un inocente estatus masculino. Gary escuchó con indiferencia las explicaciones de Jake y de su padre sobre lo que ocurría en el campo y tiró de la camisa de Steve: «¿Cuándo se acaba?».

—El próximo puente voy a llevar a Gary a casa.

—Buena idea. A todos nos vendrá bien un descanso.

—Stevie, quiero llevarlo con mi padre. Tiene experiencia con chicos, ha sido director de la escuela muchos años... Hablaré con él. Es mejor que vaya yo sola.

Hay—siempre lo ha habido—algo en el vínculo de Jabu con su padre que la distancia de Steve, él nunca tuvo una relación tan especial con su progenitor y sólo sintió la pérdida en el momento en que murió. Se puso en pie y abrazó por detrás a su mujer, ella se volvió no para soltarse, sino para que pudieran besarse, su bendición secular a todo lo que hacían.

Jabu y el chico llegaron tarde el lunes, el último día de fiesta, ella se mostró animada, a pesar del largo viaje, y él bajó del coche dando saltos como siempre con el botín del lugar natal de su madre, en esa ocasión aguacates y huevos: los había cogido él mismo del gallinero de su abuela, dijo. Steve preparó por segunda vez la cena, unos huevos con un poco de carne que había sobrado, y él y Sindiswa volvieron a cenar con Jabu y el chico, alabando el sabor de las yemas brillantes y doradas. Gary estaba extrañamente hablador y les contó que había tocado un ternero recién nacido, todavía mojado, y les habló del pájaro—*inyoni*, Jabu apunta el nombre zulú—que estuvo a punto de chocar contra el parabrisas, y de lo acontecido en los días en que habían estado fuera.

—[Menudo *suertudo*!—dijo admirada Sindiswa.

En la cama, antes de apagar la luz que había sobre las almohadas:

—¿Qué ha dicho tu padre?

—Ya hablaremos mañana. Ahora *la la, masilake manje*.

Mañana es día laborable, desayuno, Wethu pregunta las novedades de casa, qué tal están Baba-mama-la tía, todo bien, hay que llevar a los niños al colegio, rutas divididas por mapas alternativos trazados por el tráfico, Jabu va en su coche al colegio griego, él a la escuela primaria de Gary antes de ir a la facultad, el destino de ella es el Centro de Asistencia Jurídica. De manera que volvía a ser de noche cuando los niños estuvieron en la cama y ella tuvo tiempo de decirle lo que pensaba su padre y sus consejos sobre el niño travieso. La lealtad del amor materno insistía en verlo así, a pesar de que su comportamiento hubiera ido más allá de las simples travesuras.

Cosas de chicos. Sí, se ve y se vive de forma distinta en su hogar kwazulú (ningún otro hogar negará nunca su estatus) que en el barrio de la libertad. Eso es lo que le ha dicho.

Siempre que recorre ese camino, es una ruta interior además de una carretera, y la imagen que ve es la de su padre. Sólo cuando aminora la velocidad del coche para no atropellar a los niños que lo reconocen y saltan a su lado gritando «Jabulile Gary Elias, *wozani!*» para ser los primeros en anunciar su presencia, repara en la familiaridad del lugar como si estuviera recogiendo melocotones del árbol antes de que estén maduros, como si los chicos la arrastraran dando tumbos en un trineo improvisado con unos cajones de fruta o como si estuviera sentada con las mujeres de la iglesia para pronunciar sus oraciones.

Su madre llega para darles la bienvenida a ella y a su nieto acompañada como siempre de las demás mujeres, todas la abrazan igual que al nieto, que aprieta los codos contra el cuerpo tratando de escapar.

Su padre está sobre las relucientes escaleras de cemento rojo de la casa colonial del director de la escuela, la imagen grabada en su memoria. Ella va hacia él, que sale a su encuentro, y las mujeres se apartan por respeto. El padre y la hija se funden en un abrazo como si forcejearan, pero no se besan. Jabu no recuerda que Baba la haya besado ni siquiera cuando era niña. No le hace falta; a diferencia de lo que ocurre con los padres, maridos y novios de los camaradas en el barrio residencial. La coge de la mano y se la lleva a la casa después de que ella se detenga para que salude a su nieto Gary Elias con un apretón de manos de adulto y lo libere entre los niños que ya lo están reclamando, siempre siguen donde lo dejaron en la anterior visita familiar.

Su padre la lleva al pequeño despacho que es el único espacio totalmente privado de la casa a excepción del cuarto de baño. Su madre se apresura un tanto preocupada por el té y la comida, pero la tranquila conversación con su padre concluye con sus instrucciones de

que den de comer al nieto y envíen el té a esta habitación para él y su hija. Jabu irá con ellas más tarde.

Hasta que una de las niñas les lleva una bandeja de latón abollada con el té y dos pedazos de pastel (el director de la escuela tiene teléfono móvil y por supuesto su hija le había avisado de que iba a ir a pasar el puente con ellos) hablan de lo que era previsible: de qué tal está todo el mundo, de si había mucho tráfico en la carretera. Ella le recuerda al director de la escuela lo que ya le había dicho, que al marido de su hija lo han nombrado profesor agregado como resultado de su tesis sobre las aproximaciones a la transformación de la educación. Baba responde que cree haber conseguido una beca Carnegie para instalar una biblioteca y después una conexión a Internet en la escuela.

Esa introducción despierta de algún modo su instinto —siempre sensible con ella—de que ésa no es una simple visita familiar. Cuando está en casa, ella habla en su idioma sin darse cuenta, pero él también le habla inconscientemente en inglés, tal vez recuerde los años en que estaba preparándola para que alcanzara el nivel que necesitaría cuando la enviara al otro lado de la frontera a recibir la educación que había decidido darle. La síntesis de la comunicación: la autoridad cultural de la lengua natal y la otra bien entendida, libre del colonialismo que significaba antes, implican una intimidad que no tienen con nadie más. Su amante Steve nunca conseguirá eso pese a sus valientes esfuerzos por aprender isizulú. Sus hijos: Gary Elias, al participar en juegos en los que lo importante es la acción y no las palabras con primos cuya sangre comparte, aprenderá la lengua de ellos, nunca será la lengua de su casa.

—Baba, quería hablarte de Gary. Gary Elias...

Antes de que Jabu pudiera continuar, su padre dedicó un momento a mirarla, juntos en el plano temporal.

—¿Cuántos años tiene? —Sin duda lo sabía, pero era necesario ser preciso: cuando uno ha pasado la vida entre colegiales llega a aprender que cada semana y cada mes es como un año para un adulto, y que son conscientes de que no sólo el cuerpo está floreciendo y cambiando. La cuestión del lugar que ocupa el niño entre los demás busca alguna forma de afirmación.

El tiene una forma mejor de verlo.

—¿Qué hace cuando está con la familia?

—¿Baba?

—Ya me has oído.

—Somos sus padres, hacemos..., espero que lo correcto por ellos, por los niños. —Ahora le habla en inglés—. Quiero decir que le queremos..., se lo demostramos..., nos preocupamos por lo que necesita en el colegio, dejamos que invite a sus amigos cuando

quiera. Si se mete en algún lío, puede venir a contárnoslo... para que le ayudemos a resolverlo, no tiene por qué ponerse agresivo, Steve es el último hombre en el mundo capaz de abofetear a un niño travieso..., *sesibone udlame sekwanele*. Me cuesta entender que nuestro hijo pudiera darle un puñetazo a otro en la cara, y lo hizo, un amigo nuestro cree que deberíamos animarle a interesarse por los deportes, aunque lo único que hace es darle patadas a un balón, y no soportó un partido de fútbol entero. Claro que Steve tampoco es un gran aficionado...

Su padre se toma su tiempo.

—Un niño tiene que tener obligaciones. Sí, debe hacer cosas para vosotros. Sí. Una familia no puede estar unida si los niños no participan en las tareas cotidianas. Cuando tienen obligaciones—estaba hablando en su idioma, pero de pronto cambió a la cadencia particularmente áspera del inglés—, tareas que no les gustan demasiado, aprenden que cuentan para algo, que no están sólo para eso que has dicho de recibir amor.

Con su padre siempre queda claro cuándo ha dicho la última palabra.

Las madres, las hermanas y el único hermano que queda en casa—los demás, maridos ausentes, han ido a trabajar y a vivir en las ciudades—estaban esperándola. Sólo la hija mayor, que nació un año antes, reparaba en que su hermana se diferenciaba por haber estado en la cárcel en el pasado del *apartheid* y las demás situaban la diferencia en que era una de las mujeres transformadas, como en las telenovelas que veían en televisión. Cuando, una o dos veces, habían invitado a alguna de sus hermanas a visitar Johannesburgo y la casa en el barrio residencial, habían querido pasear por los centros comerciales como un turista en una escena de televisión; era la diferencia de la hermana admirada, el mundo al que pertenecía; aunque su casa no pareciera un decorado televisivo.

Ahora, sentada entre ellas en casa, la diferencia, fuese debida a la celda o al centro comercial, no estaba presente; charlaban y reían en el idioma que compartían, le pusieron entre los brazos al último recién nacido, que miró su rostro temeroso con ojos que apenas podían enfocar. «*Uyabona ukhuti uyaba ngummeli omkhulu!*», exclamó una tía o una abuela, ha visto que serás una gran abogada. Los gritos y aspavientos exagerados de quienes están contentos de estar juntos cuando tantos se han ido, esta hermana-hija que se fue hace tanto tiempo por razones tan inimaginables como la cárcel y casarse con un hombre blanco. Pero la tía o la abuela de más edad apretaba los labios con la certeza de que es ella quien podrá habitar el futuro.

—¿Qué haces? —Una niña de unos doce años, a juzgar por sus pechos, ha estado reuniendo valor para hablar; nerviosa, recuerda añadir una frase de respeto—: Mama Jabu, por favor...

Su padre está detrás y hace caso omiso de los respetuosos movimientos para dejarle una silla libre.

—Si la policía arresta a alguien por algo que no ha hecho, les digo lo que ha

ocurrido en realidad y por qué no tienen que meterlo en la cárcel. Trabajo para la justicia, como debe ser.

—¿Y si ha hecho algo malo? —La lengua zulú es voluble con las transgresiones—:
Urna eme okubi?

Jabu mira a su padre como preguntándole qué debería responder.

—En ese caso habrá otro abogado que dirá que no lo hizo.

¿Debería intentar explicarle a la niña el concepto de justicia que define la Constitución o parecería que pretende alardear de la posición que ha adquirido en la nueva administración (así la llaman los abogados), y ¿acaso no fue él quien lo hizo posible?

La llevan a admirar la cama de matrimonio y el refrigerador de parafina con congelador que le ha enviado a su mujer uno de los maridos que trabaja en la ciudad. (¿Acaso no quería ella esas mismas cosas cuando se mudó con Steve al barrio residencial?)

Su padre la acompañó al coche, su misma presencia dejó muy claro a la madre y a la familia cercana que todos tenían que respetar eso, una vez terminadas las exuberantes y lacrimosas despedidas. Gary Elias estaba forcejeando con dos chicos en el asiento de atrás.

—Baba..., normalmente no actúo en los tribunales, quiero decir con los querellantes. Me dedico sobre todo a preparar a los testigos. Para los careos. Les asusta ese tipo de interrogatorio, necesitan saber cómo..., digamos...

No necesita añadir «no incriminarse».

—Eso es igual de importante. —Insiste en su orgullo, no en algo improvisado para impresionar a los niños. Ella se vuelve para abrazarlo un momento y los brazos de su padre con su chaqueta negra la rodean con firmeza y la sueltan de pronto. Dice unas palabras por encima del hombro a los chicos que bajan a trompicones del coche; su hijo, como si le hubieran dado una orden, ocupa su lugar en el asiento del acompañante.

—¡Di adiós a Babamkhulu!—dice al poner el coche en marcha.

Su padre tiene la mano levantada a modo de saludo.

Hora de hablar: dejar a un lado los acontecimientos del día. A Sindi y al chico les han dejado ver un documental en un dvd, y aunque comparten el salón, la atención que prestan a la pantalla les aísla de todo y de todos, como ocurre ahora con los niños. (Es inevitable, y al menos es un documental sobre naturaleza y no una telenovela).

—Ibas a contarme lo que te ha dicho.

—Mi padre; bueno, como no puede tomárselo a la ligera. Dice que debería tener... *tareas*, lo ha llamado él. —Una palabra antigua, en cursiva, de la infancia de Baba entre los misioneros—. Cosas que hacer, para nosotros, la familia, cosas cotidianas. Responsabilidades...

—No lo entiendo. ¿Responsabilidades? Tiene nueve años.

Por supuesto, el padre no sólo es director de la escuela sino también un diácono de la iglesia, siempre ha tenido la costumbre de sermonear. Pero ella adora a su Baba, mejor no poner el dedo en la llaga.

—Debería tener obligaciones. *Kufanele abe nezibopho*. Cuando los niños las tienen..., aunque sean cosas que no les guste demasiado hacer..., sienten que son importantes, saben que cuentan para algo. Son alguien.

—Tú le quieres, yo le quiero, los dos le queremos, ¿no es eso prueba suficiente de que cuenta para algo?

—Hagamos o démosle algo para que vea que no sólo está aquí para que le queramos.

El amor. Sin que venga al caso en ese momento comprende cuánto la desea.

—Jabu, cariño. ¿Qué podría hacer para nosotros? ¿Vaciar el cubo de la basura en lugar de que lo vacíe yo? ¿Lavar sus camisas en lugar de que lo haga Wethu y la lavadora? ¿Qué «tareas» va a hacer? No tenemos cabras que ordeñar, ni pollos que alimentar, ni nos hace falta ir a recoger leña Su aspereza es amable, ¿no sonará paternalista?

Aquí. Siempre habrá estos momentos en los que ella no esté «aquí» con él. Y en los que él no esté aquí, ¿no era «aquí» en el clandestino Glengrove con ella, algo ya caducado?

Esa noche hicieron el amor y no la guerra.

El grupo de profesores que lograron reunir consiguió por fin una cita para ir a ver al ministro de Educación. No podía llamarse una delegación, pues eso habría dado a entender que representaban al claustro de la universidad. Por lo visto uno conserva la identidad de disidente, ya sea como revolucionario o como eso que llaman ciudadano cumplidor de la ley ejerciendo el derecho de consulta. Así es como se presentaron con su portavoz de la facultad de Ciencias a la cabeza.

Por desgracia el ministro no puede (¿o será que es precavido?) recibirles, pues está en negociaciones con una delegación extranjera. Se encuentran ante uno de los miembros más antiguos de su departamento, con un dedo metido entre las páginas de un archivo como si necesitara recordar una fecha o un acontecimiento. Lesego Moloji observó después, ante algo más vivificante que un café, que debían de haberlo sacado de una universidad *kraal* en alguna parte por ser un fiel miembro del Partido y para dar la impresión de que el Ministerio está verdaderamente africanizado.

El representante del ministro escuchó con un gesto de atención concentrada y algún movimiento inquieto, que traslucía duda o asentimiento, y a continuación pronunció la perorata que esperaban y que podrían haber recitado por él. La redistribución de los fondos disponibles de la época en que se gastaba diez veces más en la educación de los niños blancos que en la de los negros significaba que un subsidio igual para todos requería recursos mayores de los asignados a su ministerio por el Ministerio de Economía. La necesidad de sufragar una educación justa en menos de una generación después de unos cinco siglos de discriminación (carraspea para aclararse la garganta y pasa las páginas donde puede que haya un decenio fijado por los historiadores cuando los misioneros transcribieron por vez primera la locuacidad de un pueblo en símbolos escritos): sí, es inevitable que los recursos sean insuficientes, pero es el límite que puede permitirse el país.

¿De qué sirve que uno de los del grupo de Steve saque a relucir el dinero invertido en armamento cuando no hay ningún enemigo que amenace al país que tiene el ejército más poderoso del continente africano?, eso no entra en las atribuciones del ministro, estáis en el edificio equivocado, hermano, lleva a tus amigos al Ministerio de Defensa.

El hombre les asegura que el ministro está preocupado por las consecuencias, por la enseñanza universitaria en un momento en que la continuación del notable renacimiento del país (no olvida esa muletilla) necesita ingenieros, científicos, economistas, geólogos..., hace una pausa: que cada cual incluya su propia disciplina.

—La alfabetización. —Steve cree hablar en nombre de todos—. Todo eso es imposible si no se extiende la alfabetización. En cualquiera de las lenguas que hablan los niños y en inglés y en afrikáans, los idiomas en que reciben la instrucción. El vocabulario utilizado en las materias universitarias escapa a la comprensión de los alumnos, y ellos no tienen la culpa. Buscan en Internet, un apaño rápido, las palabras que desconocen y no saben escribir, en lugar de consultar los diccionarios donde podrían descubrir los diferentes significados, contextos y usos de la palabra. —No sabe, y le trae sin cuidado, si se entiende que está utilizando la «palabra» en un sentido creador adaptado, la Palabra no es Dios, sino el Hombre, lo que da a las personas la capacidad de pensar. El representante del ministro no

se ofende por su brusquedad, le pone una mano de político en el hombro al profesor cuando el grupo se marcha. Les ha asegurado que su franqueza y confianza al acudir a su ministerio es el futuro (otra vez jerga renacentista). El Ministerio está consagrado a llevar a cabo los cambios que traerán el desarrollo necesario para la época.

—¿Qué coño quiere decir eso?—apunta Lesego, recurriendo al vocabulario vulgar y limitado del pub en el que se han refugiado. Pero nadie repara en la ironía.

Poco después (probablemente se haya producido un cambio de ministro en una reorganización del gobierno), el Ministerio de Educación anuncia que, a fin de mostrar su aprecio por las personas que trabajan en la educación y la dignidad de quienes están estudiando, los niños pasarán a denominarse oficialmente «educandos». La degradante palabra «alumno» es propia de un pasado discriminatorio. Y lo que se decide en los exámenes finales después de años de ser educando se llama ahora «resultados académicos». Las notas han dejado de existir.

Los amigos de la piscina de la iglesia son unos anfitriones excelentes, las invitadas femeninas reparan en que las antiguas convenciones en la asignación de los papeles domésticos se han abandonado más en la normalidad constitucional de las casas gays que en las heterosexuales. Ceddie, el *cordón azul jambalaya*, cocina mientras Guy el aprendiz (¿también en el orden de las relaciones sexuales en la comuna?) pela y pica las verduras; Justin, que parece ser el diácono (como el padre de Jabu en otra iglesia), prepara las bebidas y pone el hielo en los vasos mientras explica animadas indiscreciones sobre los clientes del negocio de decoración en que trabaja como diseñador de interiores.

—Hago habitables las casas cuando se marchan los arquitectos. —Así se define a sí mismo—. La mujer quiere un espejo de cuerpo entero en el cuarto de baño para verse el trasero y compararlo con los kilos que le indica la báscula, el marido prefiere no ver lo que está desatendiendo para atender a la nueva amante que se ha buscado entre las mujeres cuyos traseros también están empezando a engordar en los asientos de la sala de juntas.

Los demás se ríen de sus cotilleos tolerantes y sin prejuicios mientras él distribuye las bebidas: las *kugels*, el término que designa las golosinas judías y con el que se refiere a las señoronas ricas vestidas con más elegancia de la cuenta, en los últimos tiempos también son indias, negras, la mezcla de colores de la clase media. La política, que se aborda de forma indirecta con las ocurrencias de Justin acerca del lado oculto del progreso, no es el tema de conversación como cuando los camaradas de la Lucha, Steve, Jabu, los Mkize, Isa y Jake, se reúnen, siempre bajo esa rúbrica, que no requiere de marcas para subrayarlo, aunque Isa nunca fue un camarada sino sólo una compañera de viaje reclutada a última hora por ser la mujer escogida libremente por Jake. A veces sirve para aligerar un poco el grupo. Esa característica suya no es necesaria en la comuna de delfines y sus amigos, que todavía están llegando. Animadas anécdotas de dónde has estado y qué has estado haciendo, viajes de vacaciones, la predecible ruptura de esta relación y el sorprendente florecimiento de

aquella, las ambiciones profesionales, Marc acaba de escribir una segunda obra de teatro, ¿alguien conoce un patrocinador que quiera producirla?, ha descubierto a personas de un talento enorme—«¿lo podéis creer?»—entre esos jóvenes negros que te ayudan a encontrar aparcamiento, sin educación, no saben leer un guión y hay que enseñarles de palabra...

—Analfabetos—confirma Jake al acordarse—. ¿Qué pasó con la visita al ministro?

Steve, que está preguntando a Marc de qué trata la obra de teatro, se vuelve y habla para todo el mundo:

—¿No os habéis enterado de la nueva terminología para vuestros hijos?

—¿A qué te refieres?

—Ahora son educandos y tendrán resultados académicos.

—¿Tiene el Ministerio algún plan para que aprendan el abecedario?

Steve se encoge de hombros. Su respuesta es breve:

—Eufemismos.

Jabu teme que esa conversación y las preocupaciones de Steve y Jake echen a perder la feliz comida de los delfines. Mira a Steve como una madre cuando quiere hacer callar a su hijo con una mirada cariñosa.

El se calla a regañadientes y vuelve a hablar con Marc de su obra de teatro. Eufemismo. No es una palabra típica de Jabu. ¿Es que no está en su vocabulario o qué?, en los tres o cuatro idiomas que ella habla y él desconoce y en el léxico que su padre aumentó leyéndole libros en inglés escamoteados de una biblioteca para blancos. Para ella todo ha sido definitivo, impuesto. Su experiencia. Vuelve a interrumpirse: en él todo eso es palabrería. El negro está siendo negro y ya está, lo ha sido; en algunas circunstancias lo sigue siendo.

La comuna gay, como todas las casas en el barrio residencial excepto la de Steve y Jabu, que tienen una pariente viviendo con ellos, tiene una criada llamada «asistente» igual que los colegiales son «educandos», pero la criada de los delfines no trabaja los fines de semana. Isa lo sabe por su propia asistente, que le ha informado de que los hombres de la casa de la iglesia le han concedido esa prerrogativa de la que ella carece. Una palabra aparte a Jabu y las dos insisten en lavar los platos. Los camaradas no explotan a sus anfitriones.

Sin embargo, una cocina es como un cuarto de baño en un lugar público, un lugar seguro donde hacer confidencias; el aire está cargado de olor a comida a pesar del ventilador que los delfines han instalado al convertir el presbiterio en el lugar donde se sacian (algunos de) los apetitos de la carne con el último modelo de microondas, batidora y

un lavaplatos que ayuda a limpiar los restos de la pecaminosa indulgencia.

—Nunca los había tratado tan de cerca. Parecen como nosotros, ¿no crees...?, viven aquí en un área residencial, se ocupan de la casa, se toman la molestia de llamar al fontanero cuando un grifo gotea, pagan la patrulla de seguridad todos los meses. Y todo lo que conlleva estar casado y la vida doméstica en común. Steve y tú, Jake..., cuando salió de la clandestinidad, *Umkhonto*, no me incluyo entre los vuestros, lo digo por Jake; en fin, en cierto sentido también han salido de la clandestinidad. Son vecinos nuestros. Nos prestamos unos a otros la segadora del césped y un poco de agua con gas cuando se nos acaba. Camaradas aburguesados. ¡Oh!, por cierto, hay una cosa que sí les reprocho: se han apropiado de la palabra. Ya no puedes decir que estás alegre,¹ que te gustan los colores alegres, y ¿qué me dices de alegremente?, ya no puedes ir por la vida alegremente porque todo tiene un significado especial. El suyo. No se puede utilizar la palabra para decir que te lo estás pasando en grande. Divirtiéndote.

Isa iba metiendo los platos en el lavavajillas mientras hablaba.

Las dos se reían porque eso era lo que estaban haciendo con aquellos buenos vecinos.

Jabu colocó la pastilla de detergente en el depósito y cerró la tapa, Isa oprimió la combinación adecuada de teclas. El rumor del agua girando en la máquina las aisló e Isa pudo hablar como si nadie la oyera.

—¿Alguna vez has hecho que un hombre te hiciera..., quiero decir eso que hacen ellos...?

Jabu pasa la palma de una mano por el puño cerrado de la otra, con cuidado, como si lo que Isa acaba de decirle no pudiera ser lo que ha entendido.

Nunca hubo un confesionario con cortinas en una Gereformeerde Kerk protestante, pero es posible confesarse bajo las oleadas del lavaplatos. Isa se coloca ante la cortina.

—Yo lo hice una vez. Estaba loca por aquel tipo y me dijo que para saber todo lo que es y puede ser el sexo tenía que probarlo. Fue horrible, Jabu, con un mejunje, vaselina, para que pudiera entrar en mí, y me hizo daño y me dio vergüenza, me entraron ganas de hacer de vientre y él se corrió por su cuenta sin mí. Lo único en que podía pensar era en lo sucio que está ese sitio, y en mi suciedad manchando su cosa. ¿Cómo pueden hacer eso? —Hace un gesto brusco en dirección a la piscina—. Y nosotras tenemos un sitio limpio y suave especialmente para ellos. Para recibirlos.

Jabu sólo acertó a acercarse y cogerla de la mano como si aquello acabara de suceder. Aquella mujer Isa-y-Jake, Jake no lo sabía, ¿llegaría a saberlo alguna vez? Está claro que no, hay cosas que un hombre y una mujer no pueden decirse: lo que acababa de contarle. Es una responsabilidad que desearía no haber adquirido.

Isa estaba preguntando, como para poner fin a ese momento en la cocina:

—Un negro no le haría eso a una mujer.

Una pregunta. O una afirmación para compensar todas las afirmaciones sobre el salvajismo de los negros que había oído cuando vivía entre blancos.

Jabu estaba encontrándose a sí misma como raras veces había tenido tiempo de encontrarse en el pasado: ahora era fácil volver a casa, con una sensación de pertenencia inmutable a pesar de experimentarla bajo un nuevo ser, sin distanciamiento. Tal como había sido y seguía organizándose allí la sexualidad y cómo era lejos de casa, en la universidad de Suazilandia, desde que la reclutaron hasta su detención, en el campamento en el desierto; en los cursos por correspondencia, Freud incluido, en la clandestinidad de Glengrove. Ese orden que le gustaría creer que es un «código sexual». ¿Qué sabía ella?

Los hombres. ¿Habrá algún negro capaz de hacerle eso a una mujer? ¿Quién es ella para decirlo y para alegar una decencia y una sensibilidad mayores en los negros?

Las dos mujeres abandonaron el refugio de la cocina y volvieron a estar en compañía sobre todo de hombres, con la mujer de Mkize al margen de lo que había sucedido entre sus hermanas camaradas y en la domesticidad que tanto les alababan en broma.

1

En inglés la palabra **gay** significa tanto ‘alegre’ como ‘homosexual’.

Todo el mundo se va al extranjero.

Se da por supuesto que Steve y Jabu tienen una vida privada propia y no suelen participar en las muchas celebraciones del clan Reed. Pero cuando lo hacen (es Jabu la que insiste) Jonathan siempre acaba de regresar de un viaje de negocios o de unas vacaciones «en el extranjero» con su mujer. Brenda les habla con todo detalle de Trafalgar Square, de los castillos que han visto, de Montmartre, de las tabernas romanas, del museo del Holocausto en Berlín y de las playas de Portugal.

Sitios donde Steve y Jabulile no han estado nunca. Steve podría haber hecho un viaje de estudios por Europa si eso no hubiese equivalido a perder el tiempo mientras los asentamientos para los negros ardían incendiados por la policía. Sólo unos cuantos negros, venerados como eruditos o cristianos, patrocinados por instituciones o benefactores blancos, salían de Sudáfrica por motivos aceptables para los poderes encargados de emitir los pasaportes; los demás eran combatientes por la libertad huidos para recibir formación militar en Moscú, China, Ghana... Si alguno de ellos procediera del pueblo minero nadie lo sabría. Excepto, tal vez, el diácono y director de la escuela. Su hija había llegado a Suazilandia y a una cárcel sudafricana, eso lo sabía. Ella había sabido de la existencia del mundo exterior por algunas fotos en los libros clandestinos que su padre sacaba y devolvía secretamente a una biblioteca que no tenía derecho a utilizar.

Tanto ella como Steve lo habían visto todo en la televisión, la devastación diaria de las guerras y la Capilla Sixtina. Mientras que, por supuesto, su hermano Jonathan y su receptiva mujer nunca habían visto el interior de una tienda de campaña en el monte o en un campamento en el desierto donde cada noche podía ser la última de tu existencia sin que hubieras tenido jamás la oportunidad de ver ningún otro sitio y las maravillas del mundo.

Todo el mundo se va al extranjero.

Con el nuevo milenio llegó la época en que podían irse y se fueron. El Centro de Asistencia Jurídica fue muy comprensivo y dejó que su permiso coincidiera con las vacaciones de invierno en la universidad, verano en el otro hemisferio. A pesar de que su hermano Jonathan estaba muy enterado de todo lo relativo a las líneas aéreas y los vuelos, Steve, por mucho que insistiera su mujer, no estaba dispuesto a preguntarle, así que la propia Jabu telefoneó a Brenda, y ésta insistió encantada en ir a verla para darle toda la información. ¿Dónde estaba exactamente la casa? Había ido una vez, ¿hace cuanto tiempo?, con un generoso regalo de lo último para bebés cuando nació Gary Elías... ¿No había que desviarse al llegar a una vieja iglesia...?

Aunque Jonny y ella no necesitaban andar escatimando (así se refirió a sus

recursos), siempre procuraba conseguir lo mejor por un precio razonable, y, por supuesto, había otras compañías más baratas que también podía recomendarle, su hija y un amigo habían viajado muy bien de esa manera. Era sábado por la mañana y Steve estaba en el gimnasio; Jabu le ofreció café y las dos mujeres hablaron por primera vez al margen de las celebraciones del clan.

—¿Ya está completa la familia? —Si Brenda estaba pensando como las mujeres de su casa, aunque no con la misma autoridad, que siempre hay que esperar más bebés (¿no es ésa la forma de pensar africana?), viniendo de ella, no se trataba de paternalismo blanco. Más bien al contrario. Está deseando que su cuñada la quiera, es la inversión negra de la familia Reed en la nueva administración. Steve, con aspecto juvenil en pantalones cortos y repeinado después de darse una ducha, llegó justo cuando ella estaba repitiendo sin poder reprimirse el abrazo que le había dado a Jabu en el funeral de su padre. Su silencioso saludo fue tan irreprimiblemente expresivo como excesivo había sido el otro, pero cuando liberó a Jabu las dos mujeres parecían un par de castañuelas.

Tanto ella como él proceden de una época en la que la familia nuclear no era, y no podía ser, la unidad humana definitiva. Este o aquel joven progenitor y camarada estaba en la cárcel, quién sabía cuándo lo pondrían en libertad, este otro sólo había sido padre en el sentido biológico y se encontraba en algún lugar en otro país aprendiendo técnicas de guerrilla o dedicado al extraño uso encubierto de ese departamento elegantemente convencional de las relaciones entre los países, la diplomacia, para conseguir apoyos con los que derrocar el régimen por medio de las sanciones y no de las armas. Los niños quedaban al cuidado de cualquiera de los camaradas que siguiese estando disponible, a veces pasaban de una familia de circunstancias a otra cuando los primeros sustitutos eran detenidos o tenían que huir, aceptar la responsabilidad al otro lado del mar o de la frontera. Esta idea de la familia forjada en los tiempos en que era una necesidad para la supervivencia, sin edictos religiosos (la iglesia metodista del padre de Jabu, la sinagoga de la que la madre de Steve se había declarado partidaria al insistir en que circuncidaran ritualmente a sus hijos), era como un resto de disciplina que quedaba de una lucha por la libertad que, como es lógico, se daba por supuesta, de manera que si un camarada tenía que viajar al extranjero un tiempo por motivos de trabajo, o una pareja tenía la oportunidad de disfrutar de un viaje, alguien del pasado se hacía cargo de los niños. Jake e Isa repartieron los dos dormitorios de sus hijos para añadir a Sindiswa y a Gary Elias a la alegre ocupación de las camas, con los bates de criquet, los monopatinos y los monstruos del espacio en el cuarto de los chicos; y las reinas de belleza y la joyería de plástico en la habitación de la hija.

¿Dónde podía ir uno la primera vez que salía del continente africano..., lejos de Mozambique, Botsuana, donde había estado desplegado (nunca había llegado a ir a Ghana y menos aún a Moscú), y Suazilandia, donde se habían conocido y hecho el amor la primera vez? Ahora tenían un pasaporte válido.

Pues a Londres. Claro. A Inglaterra, de donde procedían los misioneros que habían fundado la escuela donde su padre había adquirido, junto con la devoción religiosa, cierto conocimiento del mundo que había decidido proporcionar a su hija. Los misioneros, que

según aprendió Jabu en la primera charla clandestina con los camaradas de celda bajo una luz que prolongaba toda la noche los interrogatorios del día, habían llegado con la Biblia en una mano y el rifle en la otra para arrebatárles el país. Lo pusieron en el mapa con un nombre geográfico: Sudáfrica. El continente con forma de racimo de uvas que colgaba hacia el Polo Sur, y el peso del territorio en la punta del país de los isizulú, los sepedi, los isixhosa, los tshivenda, sesotho, xitsonga. La misma Inglaterra donde uno de esos ingleses había iniciado una campaña para prohibir el tráfico de esclavos que había enriquecido a muchos ingleses como negreros o como propietarios de campos de azúcar en otros países donde los esclavos trabajaban lejos de la pequeña isla de Inglaterra. Esas contradicciones no parecen tan descabelladas a un africano, sudafricano—en un país que ya nadie reclama, los holandeses, los ingleses y los franceses estuvieron unos años en la región—, porque el presente de la libertad también tiene sus contradicciones. Formaban parte de la vida de las personas que iban al Centro de Asistencia Jurídica para que les compensaran de un despido, de un desahucio, de la ley de la tradición y la religión frente a la ley constitucional. Jabu las veía a diario en su trabajo como ayudante de los abogados que representaban el derecho de los ciudadanos a que se les oyera en los tribunales del país.

Londres no es exótico, como lo sería llegar, digamos, a China, o incluso a Francia o Alemania. Los descendientes de quienes fueron súbditos del señor feudal siempre saben mucho de él y de sus costumbres. Tanto él como ella se habían criado con el té fuerte hirviendo en la tetera; en el caso de Steve, también con el desayuno de huevos con beicon de Andrew. El mismo Londres que el padre de Jabu le había enseñado que era el corazón de la madre patria, el Imperio («más y más vastas serán tus fronteras», entonado en el coro de la iglesia) del que formaba parte su pueblo minero; Londres era el «hogar» al que se referían los ancianos de la familia Reed cuando lo visitaban, aunque hacía varias generaciones que ninguno había nacido ni vivido allí. Los oradores sobre cajones de madera que arremetían febriles contra esto o aquello y que habían convertido los parques en lugares legendarios, o los haré krishna con la cabeza rapada, habituales entre los vendedores ambulantes negros en las aceras de Johannesburgo, aparentemente habían sido sustituidos por punks cuyos peinados de diseño y cuyos aros en las orejas y las narices eran como una reminiscencia de alguna mutilación o adorno tribal de sus ancestros: un indicio de un mundo, un pasado y un presente inquebrantables, en contradicción (una vez más) con los conflictos que estaban rasgando el tejido de la vida igual que una motocicleta la calle de Glengrove Place. Pero los enamorados presentes o futuros—incluso en una democracia permisiva uno no puede manosearse demasiado en público—deben ser como siempre han sido. Aquí, siempre sobre la hierba húmeda, la observación tolerante de Steve sobre el clima y el estoicismo de los británicos hizo que Jabu soltara la exclamación sudafricana que puede expresar empatía más que desaprobación: «¡Qué vergüenza!». Ella desafiaba la lluvia veraniega y el frío con sus sandalias de tacón alto. Steve le había hecho regalos, pero nunca había escogido ni pagado su ropa; de pronto, allí, quiso comprarle «cosas». ¿Qué? Ese no era el acuerdo hombre-mujer establecido entre ellos, entre los suyos, los camaradas. Le compró una chaqueta de esquí, «la prenda más caliente que existe», le aseguró el vendedor.

En un sitio distinto uno se vuelve distinto. Y no es que no sea agradable.

Se alojaron con unos camaradas, unos emigrantes que compartían una vieja casa en un barrio de trabajadores con una pareja caribeña mientras buscaban algo asequible en Kensington (¡vana esperanza!) o en algún otro sitio que no estuviera por las nubes. Las dos parejas eran médicos y tres de ellos trabajaban en el mismo hospital mientras que el cuarto ampliaba sus estudios de pediatría en una institución para especialistas. Los camaradas londinenses no tenían mucho tiempo libre, y Jabu y Steve se alegraron de tener ocasión de pasear y estar solos. Dentro de los círculos respectivos de sus carreras, los abogados, los clientes, los oficiales de justicia iban en primer lugar en la imaginación de Jabu, como los estudiantes y los profesores en la de Steve; el cuidado de los niños, las distracciones de la casa, los vínculos con los camaradas del barrio a menudo les ocupaban cuando estaban solos o acompañados. Excepto en ese bendito lugar: la cama.

Aquí, en Londres, tenían las veinticuatro horas del día para estar solos. No fueron a ver el cambio de guardia, aunque sí siguieron otros itinerarios turísticos, y al escogerlos descubrieron intereses que ignoraban que tuviera el otro. El quiso pasear por los famosos invernaderos del Real Jardín Botánico de Kew, ella ver el último día de la exposición de objetos mexicanos que había visto anunciada en un póster. Fueron al Museo Británico porque les dio la sensación de que era casi obligatorio, y pasaron tres horas totalmente absorbidos por las cosas que había allí, y también por cómo una cultura se construye a costa de otras: los gloriosos frisos del Partenón que un embajador británico se llevó de Atenas y que se exhibían con su nombre como los «mármoles de Elgin». La Galería Nacional ocupaba un lugar preeminente en la lista de Steve; en el hogar de los Reed había un libro de reproducciones de la galería que él se llevaba a su cuarto, consciente de que el misterio del arte podía ser una respuesta a su confusión emocional de adolescente, igual que luego recurrió a la ciencia y finalmente a la revolución política como modo de entender la existencia humana. Ni siquiera el colegio privado para blancos al que lo habían enviado como privilegiado entre privilegiados por encima de las escuelas públicas para blancos había llevado a sus alumnos a los museos de arte como parte de su educación; y Jabu aún había tenido menos ocasión de ir. En los días de la clandestinidad no la dejaban entrar en la Galería Municipal de Arte de Johannesburgo, y él no quería ir adonde no permitieran la entrada a su mujer. Conocían la obra de los artistas blancos y negros que exponían en pequeñas galerías que hacían equilibrios en la fina línea trazada entre lo que obtendría un permiso surrealista (algo que no tuviera que ver con nada que llamara la atención de los censores) y la violación de las leyes del *apartheid* y los tabúes religiosos. Nada de enamorados blancos y negros *sur l'herbe*. Ningún Jesús en la cruz que no fuese rubio y con un pálido cuerpo lacerado. Un Salvador de piel oscura: blasfemia. Uno pintado, para más inri, por un blanco, un traidor, se requisó de las paredes de una galería y se prohibió.

Los siglos de pintores y escultores que habían creado el modo de ver el mundo sobrevivían en obras que ni él ni ella habían visto más que en reproducciones. Aunque ninguno de los dos dijo nada fue como si les hubieran concedido otro par de ojos en la Galería Nacional. Ella se quedó con Da Vinci. Volvió a contemplar *La Virgen de las rocas*. Steve se quedó a su lado: era la vivencia de Jabu. Se volvió hacia él como si se la hubiese regalado, sacada de su pasado, que no sólo consistía en la herencia colonial.

Volver al vestíbulo de la entrada de esos sitios supone regresar a las tiendas de recuerdos y las librerías, con quienes se ponen el abrigo para ir... a la ciudad. Ella compró una postal de *La Virgen de las rocas*. Fue a una oficina de correos en Trafalgar Square, la selló y se la envió a su padre. El diácono de la Iglesia protestante.

—¿Crees que le gustará la Virgen?—dijo él—, es tan católica...

—¿No te mueres de ganas de tomar el té? O un café. Yo sí.

Salió a la calle y miró aquí y allá, como si esperara que alguien fuese a saludarla. Vio un café donde se sentaron tras una ventana empañada y hablaron extasiados de lo que habían visto.

Otro día estuvieron en una exposición de arte africano. Fue como ver en otro sitio, en otro espacio vital, a un conocido íntimo. Sintieron la especial animación del orgullo por un ethos compartido, aunque se tratara del ethos de Jabu y en el caso de Steve sólo lo fuera por adopción, ¡no, ganado con las fórmulas y los productos químicos para la fabricación de explosivos mientras trabajaba en la fábrica de pintura! Los dioses y los guerreros griegos de algunos museos llevan muertos una eternidad, en cambio las esculturas africanas que combinan sin contradicción lo abstracto de la realidad, la totalidad—la estructura ósea de las caras, los pies, los brazos, las perspectivas de los rasgos, perfil y la frente—, la imagen que Picasso tomó de la visión africana, seguían creándolas en su país personas para quienes había sido y seguía siendo la visión.

Probablemente en la escuela de Suazilandia escogieran *Macbeth* entre las obras de Shakespeare porque pensaron que los jóvenes africanos entenderían mejor esa obra que se relacionaba con los jefes tribales de su propia historia. Cuando, bajo la lluvia londinense, él declaró: «¡Deja que llueva!» y confesó, para gran sorpresa de Jabu, que había interpretado a Banquo en una función escolar, decidieron que tenían que comprar entradas para la interpretación en el teatro The Globe que se anunciaba en *Time Out*. Ella ignoraba que The Globe de Shakespeare siguiera existiendo, pero Steve lo sabía como herencia viva de la cultura inglesa de la que procedían los Reed y que pasó indiscriminadamente junto con el imperialismo al que se enfrentaban los camaradas—entonces recuerda *La tempestad* y le cita a Jabu las palabras de Calibán: «Me enseñaste a hablar y la ventaja es que ahora sé cómo maldecir»—, a los invasores europeos procedentes de aquella isla.

En The Globe estuvieron entre el público como en la época de Shakespeare, en el proscenio sin techo. La incesante conversación de la lluvia inglesa ahogó la hermosa interpretación de los actores y dejó a Jabu empapada y perpleja ante aquella adoración primitiva del altar del Bardo.

—¿A qué viene eso de tenernos de pie bajo la lluvia?

Sus camaradas anfitriones les invitaron a un club nocturno del Soho: una cantante de su país que, ¡oh!, ha triunfado en Londres, y que cantaba con todo el instrumento de su cuerpo, además de con su voz, música de Todd Matshikiza, el compositor y músico de jazz

de Johannesburgo que había muerto en el exilio, en algún otro país de África. Demasiado espabilados por el ritmo de la música, tardaron un rato en acostarse antes de dar la noche por terminada. Los caribeños y sus amigos habían dejado copas vacías, pieles de plátano y un mantel de hojas de periódico y una botella de vino abierta como para darles la bienvenida. Steve estaba tumbado en el suelo con la cabeza apoyada en la base del sofá entre los pies de Jabu. Juguetecía con el tacón de las sandalias, arrastradas por las calles londinenses, como contexto nocturno a lo que les estaba diciendo a los camaradas.

—¿Cuándo vais a volver?

Se hizo una pausa. Puede que la lluvia inglesa hubiera cesado fuera. El silencio que se hace cuando se ha dicho algo que no debería haberse dicho, algo que quien habla sabe que es tabú. La mujer, Sheila, empezó:

—Pero ¿por qué?

Y el marido la interrumpió:

—¿Por qué se te ha ocurrido eso? ¿Qué razón podríamos tener?

Para volver.

—A casa. —Jabu no hablaba con nadie en particular, era como si estuviera subrayando lo evidente. Los dos médicos estaban deseando conocer los detalles del número creciente de infecciones y muertes por sida en el país que habían abandonado—. Hacен falta médicos.

—Y vosotros sois buenos—añadió Steve, tal vez fuese el vino el que le hacía hablar con tanta franqueza—. Os habéis formado en nuestras facultades de Medicina.

Puede que fuera un reproche.

—He oído que tenéis médicos de Pakistán e incluso de Cuba. Donde decida ejercer cada cual es cosa suya. Tus obligaciones con el paciente, la profesión..., son las mismas.

Su mujer, Sheila, había acudido al rescate tal vez para impedir que desvelara ante los camaradas, en aquel momento de indiscreción favorecida por los tambores y la bebida, otras razones más personales y discutibles. ¿Acaso no tienen derecho a la ambición y el prestigio profesional, después de tantos años en que no podían tenerlos por su dedicación a la Lucha? ¿Qué debe uno después?

Él dijo:

—Estoy aprendiendo técnicas de cuidado de niños y recién nacidos que no se emplean en nuestro país, faltan instalaciones.

Cuando se fueron a acostar y se dieron un abrazo como de costumbre para darse las buenas noches, él se entretuvo para quedarse con Steve y, moviendo la cabeza como para descartar las excusas de su mujer y las suyas, dijo:

—Te envidio. Y a Jabu.

Su voz sonó como cuando uno susurra en la oscuridad; sólo después apagó la luz.

No habían echado de menos a sus hijos. No tenían que confesar ni reprochar al otro ese comportamiento antinatural. Aquellas dos semanas en Londres, la guarida del imperialismo que tanto ellos como sus camaradas opinaban que aún perduraba mientras los Estados Unidos se convertían en el sucesor imperialista, disfrutaron de una libertad que nunca habían conocido. Libres de la disciplina de la Lucha, libres de la disciplina de las Secuelas, de la necesidad igualmente absoluta de luchar, de oponerse a los prejuicios y la injusticia que persisten, sea con los testigos a quienes ella debe preparar cuando el Centro de Asistencia Jurídica tiene que defenderlos, o cuando los demás profesores lo consideran un izquierdista problemático que defiende farisaicamente a los estudiantes en sus desagradecidas exigencias del sistema educativo superior que les garantiza la Constitución. Tiempo; de estar vivos el uno para el otro, sin ningún compromiso. Es la primera vez que han tenido unas... vacaciones.

Los niños. Sindiswa se había convertido rápidamente en una personalidad dirigente y una invitada ideal, no quiso saber nada de Londres—el lugar de donde venían los regalos, sí—, incapaz de contar suficientemente deprisa con su espléndido torrente de palabras todo lo que habían dicho y hecho en la aventura en casa de Isa y Jake. Isa afirmó que Sindi era una diversión de la que no quería separarse.

Gary estaba mohíno. Tenía el aspecto de quien está en otra parte, desubicado. Si es que puede atribuirse esa sensación adulta a un niño. Con esa culpa sobre sus hombros, Steve y Jabu volvieron al barrio residencial, a los explotados que exigían reparación en el Centro de Asistencia Jurídica y a los estudiantes llegados de la universidad, unas circunstancias que parecían durar siglos comparadas con aquella deserción de dos semanas.

—El alquiler ha subido—le dijo a Jake con un suspiro burlón—, el barrio de tus camaradas y amigos gays se está poniendo por las nubes.

—Sí, hermano, la burguesía creada por el patrono capitalista.. . Bueno, bueno. —Isa y él habían comprado la casa.

¿Fue después de que un mes Steve volviera a pagar en línea el alquiler, entre otras obligaciones, cuando a Jabu y a él se les ocurrió comprar la suya? Podía decirse que era su hogar—Gary Elias había aprendido a andar en él, habían transformado el gallinero en una habitación para Wethu, había marcas de grasa en la pared, detrás del diván que hacía las veces de sofá, allí donde los camaradas habían apoyado la cabeza, el jardín había progresado, bajo los cuidados de Jabu, desde que plantara el hibisco de bienvenida de los delfines—, pero la propiedad no estaba legalmente garantizada. Jabu revisó el contrato: si el dueño decidía vender la casa, podía echarlos con un aviso de tres meses, un aviso de traslado, decía la cláusula. ¿Improbable? Sí, pero si el dueño tenía un pariente o un amigo, ahora que había escasez de viviendas y el lugar estaba poniéndose verdaderamente por las nubes, podría venderlo sin contar con ellos. En el banco les concedieron una hipoteca sin ponerles demasiadas dificultades; ambos formaban una pareja de profesionales de clase media. Pese a que Steve se hallaba en el escalón académico más bajo desde el punto de vista económico; y, en el ámbito legal, el trabajo de Jabu no ofrecía beneficios, aunque en cualquier momento podía dedicarse al derecho mercantil.

—Así que nos hemos comprado una casa mientras millones de personas, incluidos muchos camaradas, siguen viviendo en chabolas de cartón con techo de hojalata. ¿Quién va a hacer un censo de los campamentos de las ciudades?

La frase va dirigida a ambos. También es una acusación. Están sentados en la oscuridad de la terraza donde el árbol del vecino tapa la tapia que marca el límite de lo que acaban de comprar.

El cri cri de las cigarras resuena en el silencio. ¿Qué diferencia hay entre vivir en esa casa como propietarios y vivir en ella pagándole por ese privilegio a otro propietario? Los principios resultan poco prácticos en el compromiso contraído cuando uno se imaginaba un ideal que no existía.

—No es un sitio elegante con no sé cuántas habitaciones. —Jabu le parece indulgente, como si la cosa no fuese con ella. Steve piensa demasiado, antes no era así. En la Lucha actuabas, te dabas órdenes en respuesta a lo que había que hacer, tal día, en tal zona de operaciones.

—Lo justo para los dos niños, la madre y el padre. Y sólo un pariente: Wethu. Somos dueños de ese espacio. Lo sé—dice con un ademán.

—Entonces lamentas que hayamos comprado la casa.

La nuca se le pone rígida, las aletas de la nariz se le abren. No dice nada.

—Cariño—ese apelativo cariñoso lo aprendió del vocabulario afectuoso de los blancos cuando estuvo estudiando en Suazilandia—, hemos pasado por todo. ¿Por qué no vamos a tener un hogar?, no se lo estamos quitando a nadie.

—Bueno, en eso tienes razón, es un poco tarde, ¿cómo saber de quién era este *kraal* donde estaban los tswana antes de que se les echaran encima los mzilikazi, y luego los boérs y los ingleses? —Es la historia de Jabu—. ¿Nunca has visto los restos de la antigua mina de oro, o de cobre, que hay cerca de aquí? Tenemos que llevar a los niños.

—Pero ¿hasta dónde tenemos que remontarnos? ¿Hasta cuándo se supone que...?

—Sí, tienes razón, eso es arqueología, antropología..., la restitución de la tierra no incluye los barrios residenciales de las ciudades, eso está claro..., menuda suerte la nuestra.

A menudo se le ocurren esas contradicciones que hacen reír a Jabu, es una de las cosas que hacen único a su amante.

Su risa dulce hace que Steve se contenga, se quedan allí juntos mientras las cigarras frotan las patas para alzar la voz después de la lluvia. Jabu procede de los desposeídos, no tiene por qué sentirse culpable ni siquiera de traicionar el principio revolucionario de que la propiedad es un robo. Tal vez tenga razón otra vez, a estas alturas eso también es arqueología. Para un blanco, vivir con alguien como ella proporciona una tranquilidad que no puede analizarse. Ni ella. Ni nosotros.

En el caso de ellos, las situaciones personales y públicas se han mezclado desde que se conocieron en Suazilandia y eso no ha cambiado con la llegada de la libertad. Antes del interludio londinense habían circulado rumores de que los acuerdos armamentísticos para las fuerzas de defensa del país estaban «sometidas a posibles irregularidades y delitos». Un eufemismo más para la colección de Steve, esta vez para referirse a la corrupción. Los hombres implicados incluían a los hermanos Shaik entre los camaradas que no eran negros. Los Shaik no eran muy conocidos. Por supuesto muchas personas utilizaban nombres falsos durante la Lucha para que no los identificaran. Las acusaciones se suceden, espinosas y retorcidas, enredando a unos con otros. Un dato clave es que no puede acusarse de irregularidades al sucesor de Mandela, el presidente Thabo Mbeki y sus ministros. La Fiscalía del Estado ha emitido más de cien citaciones, obtenido documentos, tomado declaración a testigos, registrado oficinas en Francia y Mauricio y llevado a cabo redadas en Sudáfrica: una compañía francesa perteneciente al grupo Thomson-CSF y un consorcio de fragatas alemanas eran los contratistas de las compras de armas.

Esto se convierte en parte de la crónica diaria cada vez que el círculo del barrio se reúne. Peter Mkize se muestra pesimista y amargado.

—¿Quién lo habría creído? ¿Para esto luchamos? Decidme. ¿Para esto dejamos que nos quemaran y echaran al río Komati? —Todos admiten su autoridad para decir eso.

Hay que traducir cada frase como si estuviese en un idioma extranjero: uno de los

Shaik es el intermediario con los traficantes de armas, que, según afirma, pagaban sobornos a Zuma.

Steve comparte con Peter Mkize la vergüenza que le produce la raza humana, no como algo personal, sino aún peor.

—¿Por qué íbamos a ser diferentes? México después de sus revoluciones. Rusia después de *la* revolución y del final de la Unión Soviética, revolucionada ahora por el capitalismo...

Marc es el único de los delfines a quien apasiona la justicia más allá de la discriminación de los hombres y mujeres que no encajan con las convenciones emocionales.

—Los peces gordos siempre están ahí. Tenemos que hacernos a la idea. *Ubuntu!*

—¡Debemos tener esperanza..., tenemos que ser diferentes! Pero ¿qué estáis diciendo? *Ubuntu...* ¿Sabéis lo que significa eso? ¿Lo sabéis? ¿Qué está ocurriendo? ¿Es que resulta que porque esos camaradas participaron en la Lucha ahora pueden conducir sus Mercedes y comprar palacios para sus mujeres con los millones que les pagan para sobornarlos unos delincuentes extranjeros? ¡Nos han traicionado! ¿Cómo podéis tomároslo así?

El cuerpo de Jabu tiembla de indignación.

¿Quién puede responder a eso?

Jake lo intenta; la mujer de Steve tiene lo que hay que tener.

—¿Hay alguien que pueda decírnoslo? Alguno de nosotros, quiero decir. Mierda. *Ubuntu*: todos somos uno, yo soy tú y tú eres yo. ¿Qué poder tenemos? Creíamos que lo tendríamos, eso es lo que significaba librarse del *apartheid* y de todos los que lo apoyaban. Cáteles financieros internacionales, neocolonialismo, llámalo como quieras. El negocio de la venta de armas. Los sobornos forman parte de su contabilidad. Manipulan los libros y pagan a cambio de los concursos de licitación. ¡No es igual que vender pizzas para llevar! ¿Qué pueden hacer unos tipos normales ex combatientes como nosotros? Los Shaik que meten la mano en el bolsillo de los Zuma son quienes heredarán la tierra en dólares, libras o euros, según la divisa en que cierran el trato.

Bueno, eso no es una respuesta.

La que algunos están pensando es demasiado endeble: esperar a las próximas elecciones y a las siguientes. Y, según lo que resulte, puede que cambien los responsables, pero con el mismo sistema financiero mundial, gobierne la izquierda o la derecha.

Jabu iba a casa, ese destino inmutable, al pueblo del diácono de la Iglesia metodista y director de la escuela, a Kwazulú, a intervalos tan inconscientes como los cambios de estación. Nadie espera, y tal vez ni siquiera desee, que su marido la acompañe siempre, con la excepción de la visita navideña o con motivo de un funeral, en esos casos el respeto era obligatorio, mientras que las bodas eran un asunto de mujeres. Sindiswa estaba llegando a esa fase en que los amigos del colegio son más importantes que la familia y a menudo prefería quedarse con ellos. En cambio, Gary Elias subió impaciente al coche al lado de su madre previendo el entusiasmo con que lo acogerían aquellos chicos que parecían ser todos primos o al menos parientes suyos. Jabu estaba contenta porque quería que su padre, el hombre capaz de interpretar el ser de los niños, supervisara de vez en cuando su desarrollo. Aunque su abuelo era desapasionado, profesional, experimentado. Había que admitir que Steve por más que fuese un educador, sabía más de jóvenes en edad universitaria y veía a su hijo como si estuviera reviviendo su propia infancia feliz. En su caso, el rechazo—necesario por la impronta de sus manos blancas concebidas en una situación de privilegio—no había llegado hasta la adolescencia. Gary Elias no tendría que «salir» de una situación falsa a otra real: había nacido en la realidad.

El padre de Jabu había llamado para invitar a su nieto a pasar las vacaciones escolares de Pascua con la familia kwazulú de la que era miembro por parte de madre.

—Baba, ¿y no sería mejor en las vacaciones de invierno?, en Pascua estarás muy atareado con la iglesia.

Él lo descartó con su antiguo adagio sacado de un manual de primaria:

—Mejor hoy que mañana.

Ella interpretó que su padre juzgaba que el muchacho estaba listo para asistir a las ceremonias de las dos experiencias que constituyen el legado de la vida, con la mayor confianza en sí mismo.

Así que vuelve a estar en la guarida privada de su padre, llena de periódicos perfectamente doblados y amontonados: por supuesto, su padre es un asiduo seguidor de lo que ocurre con la libertad del país en la que se involucró al arriesgarse a implicar a su hija. Pero están demasiado ocupados en discutir si Gary Elias debe dormir en casa de Baba o quedarse con uno de los hermanos de su madre que tiene niños de la misma edad para hablar de lo que su padre debe de haber leído en esos periódicos. Jacob Zuma, el zulú mtowethu que llegó a ocupar el segundo cargo en importancia del país, vicepresidente del presidente Mbeki, era Umpathí Wesigungu Sakwazu-lu-Natal, el director kwazulú del Consejo Ejecutivo que esos días estaba bajo sospecha de soborno por tráfico de armas.

Ha dejado a Gary Elias con Baba.

De vuelta a la ciudad, a casa, al barrio residencial donde las armas son motivo de

especulación y de preocupación entre los camaradas, incluida ella; nota como un golpecito en el hombro: no le he preguntado. A mi padre. Qué opina de esto. El hermano zulú fue uno de los antiguos luchadores por la libertad, uno de los mejores, cercano a Mbeki, pasó años en Robben Island. ¿Qué significa esto? En el presente.

La eminencia descubridora de talentos, el abogado del Estado que ascendió a juez en los primeros años de Jabu en el Centro de Asistencia Jurídica, había acertado al reconocer su potencial. Su diligencia y habilidad para preparar a los testigos de los abogados del Centro no pasó desapercibida en los tribunales y varios abogados de bufetes comerciales la tantearon para saber si estaría disponible como ayudante de la defensa en alguno de sus casos de derecho consuetudinario. Si el hecho de que fuese negra y mujer influyó en algo, eso demostraría la adhesión de los bufetes—Abdillah Mohamed, Brian McFarlane y Asociados y Cohén, Hafferjee, Viljoen y Asociados—a los estándares de transformación de la práctica legal de una profesión antes restringida a los blancos, lo cual carecía de importancia con tal de que se llevara a la práctica. Lo que sí tuvo importancia fue que en el Centro de Asistencia Jurídica, sabedores de que lo que impedía a aquella abogada brillante y minuciosa dedicarse al derecho mercantil eran sus convicciones de defender a los explotados, la autorizaran a ejercer la práctica privada de vez en cuando. Los ingresos en un organismo que defiende los derechos constitucionales son puramente simbólicos comparados con lo que puede ganar un abogado con la práctica privada del derecho.

Jabu podía haberse quedado en el bufete donde estuvo trabajando de pasante cuando dejó de dar clases en la escuela católica, justo después de que Steve abandonara el negocio de las pinturas para dedicarse a la educación. Eso habría equivalido a dar prioridad al dinero sobre lo que había determinado su idea de estar viva desde que la reclutaron para la lucha por la libertad y desde que estuvo en la cárcel. Igual que generaciones de tíos y hermanos de la familia cercana de Baba habían acabado en prisión por pasear sin su identificación en el bolsillo. Pero la elección—la oportunidad—de trabajar como abogado sin privar al Centro de Asistencia Jurídica de su dedicación, significaba más recursos para cubrir los gastos, las bocas que pedían dinero, de la vida familiar en el barrio residencial. Steve y su amigo Peter Mkize, que había sido mecánico de coches antes de entrar en el *Umkhonto toe sizwe* (donde resultó ser un camarada muy útil para solventar las deficiencias de los vehículos de transporte en el ejército de la guerrilla) decidieron que su coche era un cacharro muy poco fiable y eligieron para ella uno con unas medidas de seguridad que Jabu nunca habría creído necesarias y que era más caro de lo que consideraba adecuado para su poder adquisitivo. Las tasas del colegio habían subido, como por otra parte era lógico, coincidieron Steve y ella, si los profesores de los colegios privados tenían que cobrar un sueldo adecuado, incluso cuando hubiese que apoyar las protestas de los enseñantes de los colegios públicos contra unos sueldos míseros como si fuesen el factor menos importante en un «país en desarrollo», término de las Naciones Unidas para designar al país donde, entre las alturas de los ricos y el cenagal de la pobreza, hay una tierra de nadie.

La Educación. En la asociación de ideales con amor y plenitud sexual y el compromiso con los niños, que constituye el misterio llamado matrimonio, ése es el departamento de Steve, ¿no? Por debajo del trabajo que hace cada uno de ellos y de sus creencias comunes hay un terreno firme. Steve la aparta con un gesto para probar el coche con el sobreentendido de lo que hay entre los dos, su confianza sonriente y el agradecimiento de ella por la supervisión de su seguridad. ¿Qué es el amor? Uno lo aprende con el tiempo. No es eso que lo abrumba a uno al principio... Igual que nadie habría imaginado que los asaltos (constantes en las carreteras) formarían parte de la libertad, aunque tendrían que haberlo hecho porque ésta podía tener consecuencias impensables, ¿o imposibles?, en menos de una generación. Sin aceptar los métodos y los medios

revolucionarios para acabar con la brecha, históricamente tan vasta como el propio universo, entre los ricos y los pobres en el espacio de una vida humana en contraposición a la eternidad.

Steve lo sabe. Jabu se lo ha dicho cariñosamente muchas veces: piensa demasiado. Mejor seguir adelante. Su tesis se ha publicado en una revista científica. Sigue siendo el izquierdista de la facultad..., sí, un residuo de la Lucha en sus actitudes respecto a la orientación de la universidad. Siempre organizando seminarios interdisciplinarios sobre esto y aquello, la relación de los profesores con los alumnos o un nuevo proceso de aprendizaje para ambos, mientras que algunos profesores blancos se han pasado media vida investigando alguna cosa, como estudiantes o en respetados puestos de universidades extranjeras, la Ecole Normale, la Universität Hamburg, el Institute of Advanced Studies de Boston, St. John's, en Oxford, Japón y Dios sabe qué otros sitios de los que ni siquiera han oído hablar los estudiantes. El profesor agregado Reed y su grupo de camaradas sin duda se animan con el nombramiento de un profesor de otro país del continente africano para la cátedra de Economía, una especie de intento de reconocer la interdependencia cultural no como suele definirse con Europa y Estados Unidos. Aquel economista, con sus títulos y su acento de Oxford, pertenecía por su rango académico a la vieja guardia de la máquina del café pese a su elaborada vestimenta de África Occidental y su gorro bordado. Aderezaba su discurso con expresiones y locuciones típicas de su pueblo y bebía con la camarilla de Steve, que lo llevó al bar donde se reunían. Cuando fue a casa de Steve le alegró descubrir que su colega estaba casado con una mujer negra..., por lo visto, en su imaginación seguían presentes las costumbres, si no los tabúes, sexuales del pasado. Enseguida se dirigió a Jabu en su propia lengua como si ella la entendiera; un abrazo verbal entre ellos dos. Fue una especie de cumplido. Jabu miró al resto de los que se agolpaban en la pequeña terraza, el lugar de bienvenida, como si alguien pudiese entenderlo. Peter Mkize estalló en carcajadas:

—Se está deshaciendo en alabanzas, diciendo lo guapa que eres, lo preciosos que son tus ojos y tus...

—No entremos en más detalles—dijo uno de los delfines, poniéndose las manos ahuecadas sobre los pectorales.

—¿Cómo sabes lo que estaba diciendo?

—No lo sé, pero sabemos que es una belleza, ¿no?, tiene unos rasgos...

El hermano de la otra parte del continente bajó la mirada y movió la cabeza a modo de confirmación o de sofisticada contrición. Todos estuvieron de acuerdo en que era una buena adquisición para la universidad, y felicitaban a Steve como si hubiera tenido algo que ver con su nombramiento. No obstante era más que probable que fuese por el profesor Nduka por lo que dejaban matricularse a estudiantes de diversos países del continente africano a quienes subvencionaba alguna fundación internacional o que podían pagarse las tasas, a diferencia de los jóvenes del país, que no tienen ni dinero ni becas suficientes; «la universidad está abierta a todos», le dice Steve a Jabu moviendo los labios. Aunque ella no lo diga, como hizo antes, seguro que estará pensando: «¿Qué vas a hacer al respecto?»

Actúa. Actúa». El y el resto del grupo de la universidad a quienes de nuevo se les plantea la pregunta: «¿Cómo promovéis la cultura integrada de la institución en su identidad africana nombrando jefe de departamento a un nigeriano y os manifestáis con los hombres y mujeres de nuestro pueblo que no pueden pagarse una plaza en la educación superior?».

Aunque algunas iglesias sigan marginando a los homosexuales, el teatro celebró por fin con gran éxito el estreno de la obra de Marc, después de que la reescribiera en sucesivas versiones. Como el Baba de Jabu, Marc tiene una estrategia filosófica que sirve en cualquier circunstancia: cuenta las cosas como son.

El mundo desarrollado probablemente está acostumbrado a ello desde el juicio a Oscar Wilde (aunque él dijera que no tenía nada que declarar que no fuese su propio genio..., y aunque no tuviese nada que declarar que no fuera el amor que no osaba pronunciar su nombre), pero en los países en vías de desarrollo la homosexualidad ha sido un asunto estimulante para las insinuaciones de los cómicos en clubes sórdidos, no un asunto propio del teatro.

Jabu asiste al estreno con uno de los abogados de un caso de custodia de un niño con quien trabaja en el Centro de Asistencia Jurídica, donde ella está, como dice, «de prestado». Steve ha tenido que ir a una cena con un científico que está de visita en la universidad. La obra, que Steve y Jabu han tenido el privilegio de leer obligados por su objetividad en versiones anteriores, es muy diferente cuando se representa con voces y actores reales. En directo, se ve que esquivaba la tentación de las presunciones inversas, como la superioridad sobre las relaciones heterosexuales: aunque en esas otras relaciones amorosas sexuales no haya palizas a las mujeres ni castración, sí hay celos, traiciones y burlas irreverentes de todo y de uno mismo.

No hubo descanso, así que al final el público se quedó un rato en el vestíbulo y el bar para hablar de la obra y del estilo descarnado de la interpretación. Jabu notó un tironcito en una de las trenzas de su elaborado peinado. Alan está ahí, a su espalda.

—Ya veo que le has dado la patada a mi hermano. ¿Quién es ese tipo?

Ella ya es lo bastante sofisticada para responderle en el mismo tono:

—¿Y por qué iba a hacer algo así?, un hombre de una familia tan distinguida como los Reed.

Le presenta a su colega abogado. Igual que cuando cedes a la tentación de hablarle de tu enfermedad a un médico que acaban de presentarte, Alan aprovecha la oportunidad para interrumpir los intercambios entusiastas sobre la actuación, al estilo de Marc.

—¿Cree que legalizarán el matrimonio homosexual? ¿Qué se rumorea entre los

hombres, y las mujeres, de la profesión? —Incluye a Jabu entre ellos con un movimiento cómplice de cabeza.

—Yo diría que es inevitable, pero ¿quién puede predecir cuándo?

—Así que antes o después... —Es toda la información que va a conseguir gratis: un sobreentendido, Alan nota que compártela diversión de Jabu. No la avergonzará presionando al abogado.

Es posible que la actuación unida al aire acondicionado haya creado cierta atmósfera que favorece la franqueza y el ingenio. Jabu pregunta en tono guasón:

—¿Es que estás pensando en casarte?

Alan le da un pequeño abrazo para hacerla callar.

De vuelta en casa, justo después de la iglesia oscura y silenciosa que normalmente exuda luz y la última grabación digital; el único ojo abierto es la piscina que refleja la luz de la calle.

Steve ya está acostado, ha llegado antes que ella. Quiere saber todo lo que se ha perdido. Jabu tiene preguntas que se le han ido ocurriendo.

Se sienta en la cama, le quita el libro y hablan como si hubiese llegado un invitado muy ocurrente.

—No sabría explicarlo..., me ha conmovido, no creo haber sido la única que ha visto que hay maneras inconscientes con las que mostramos nuestros prejuicios y ofendemos incluso a los amigos, a nuestros amigos..., a nuestros propios camaradas. La piscina brillaba cuando he pasado, justo ahora... Y cómo se ríen de todo lo que les pasa. La obra es muy divertida. Al leerla no me di cuenta.

—De cómo se ríen de sí mismos...

—¡Sí! De sí mismos.

—Cuando eres capaz de reírte de ti mismo estás a salvo de lo que digan los demás, tus chistes neutralizan las bromas ajenas, riéndote de ti mismo llegas a hacerte una coraza, el desprecio y el desdén chocan contra ella.

Después, ella se había despojado de la ropa y de las vivencias de la noche y estaba en la cama, el lugar que no comparten con nadie más.

—Si los vuestros... —en cierto modo no era una distinción que ellos utilizaran al nombrar a su madre Pauline, a Andrew, Alan, Jonathan y Brenda, los Reed, ni en las reuniones familiares de los Gumedes, los descendientes blancos y negros recordados en sus

relaciones de clan—, si los negros pudieran hacer lo mismo... Ahora que la antigua ley ha terminado en el cubo de la basura. Coger las armas, ya me entiendes, no los escudos de cuero y las *assegais*, la exhibición tradicional de identidad, la dignidad contra toda esa mierda blanca que siguen ofreciéndoles... —Pero de pronto Steve se contiene. Se corrige con un gemido—. ¿Cómo compararlo con una situación en la que tú y tu pueblo habéis sido usados como un hueco que había que rellenar con ideas ajenas acerca de lo que es un ser humano? La comparación es ridícula. —¿Qué más da quién haga qué y a quién? En la cama...

Ella dirige una triste sonrisa a su Steve, aunque él no lo ve en la oscuridad y no llega a decir: «A quién coño le importa».

Como ambos ejercían profesiones que tal vez no hubiesen escogido si no hubiesen tenido que aparcar sus ambiciones juveniles por la Lucha y sus secuelas en la libertad, superados por las necesidades de la vida privada, a menudo tenían obligaciones fuera del horario laboral, horas que pasaban el uno sin el otro. Las de ella representaban un avance real de algo mejor que la ambición: el cumplimiento de su papel sobre esa base que llamaban la Nueva Administración, la ley; las de él sin el sentimiento de una acción común como alternativa a los viejos límites de la educación; las de ella, alternativas a la defensa de la justicia confinada a aquellos que pueden permitirse pagar la representación legal. Ella estaba implicada en la oposición aceptada entre la acusación y la defensa en los tribunales, aunque estaba de acuerdo con sus colegas y los abogados para quienes trabajaban, pues se encontraba entre camaradas de la Lucha. Incluso aunque la mayoría de los abogados del bufete donde estaba «de prestado» hubieran sido sólo compañeros de viaje desde sus casas, ahora todos estaban comprometidos con la justicia. En el laboratorio, en sus seminarios, él servía a su propósito académico de impartir conocimientos y destrezas; cuando el cartel que informaba de que estaba disponible para atender a los estudiantes en su despacho llevaba a alumnos tímidos y perplejos o gallitos y agresivos a su puerta y a las clases de repaso que él, y lo que quedaba del grupo de profesores que pensaban como él, insistían en impartir a modo de paños calientes de la educación escolar, procuraba motivarlos y se esforzaba todo lo posible. Pero en la sala de profesores estaba en una camarilla del presente entre las estructuras del pasado, echando pestes contra el mantra de la máquina del café, mientras los ritos del autoaprecio académico se elevaban entre fragante vapor.

Asistía a conferencias científicas a las que iba para educarse, lo invitaban a cenas académicas para profesores visitantes porque su tesis había sido aceptada por la universidad: el vicerrector estaba muy orgulloso del departamento de ciencias, de su elección de asociarse con científicos prominentes en el ámbito de la astrofísica y de la imagen del siglo xxi de la naturaleza del universo.

Además de las reuniones formales de los abogados, Jabu comía a menudo en restaurantes con este o aquel compañero de alguno de los casos en los que estaba trabajando temporalmente. Esas noches se llevaba la mano al estómago y cuando se sentaba a la mesa no quería la comida que Wethu y ella habían cocinado para alimentar a los niños y a Steve, que había comido en un restaurante de comida rápida frecuentado por los estudiantes.

En los descansos ella y sus compañeros de mesa charlaban del trabajo o analizaban lo sucedido en los tribunales; Steve y sus alumnos comían una pizza y discutían sobre si la universidad estaba cumpliendo o no sus expectativas.

Del mismo modo que la imagen muscular de un deportista desarrolla cierta conformación, la imagen de Jabu sufrió ciertos cambios. Aunque su peinado seguía siendo la corona africana de trenzas que era la afirmación general de la estética tradicional africana retomada por la mujer libre, había empezado a adoptar de forma inconsciente la otra convención tradicional de la libertad femenina: los pantalones y las chaquetas informales, pero bien cortadas, de los profesionales masculinos. Era una expresión exterior de alguna cosa..., una impresión de que había logrado o adoptado una síntesis entre la relevancia

laboral del pasado y el presente; cosa que Steve no había hecho.

El regreso de la separación diaria no es sólo el regreso a los niños como centro de la vida personal. También supone volver al barrio residencial; era con Jake, Isa, los Mkize y otros camaradas con quienes renovaban el contacto y el espacio requeridos para considerar, con la confianza dada por la experiencia y el entendimiento mutuos, lo que habían pretendido conseguir. Lo que estaba sucediendo en el país. Incluso los ocupantes de la vieja Gereformeerde Kerk que habían garantizado la condena de los suyos estaban interesados en las preocupaciones mundanas durante las secuelas de la lucha por la libertad en la que no habían tomado parte activa, aunque algunos de su misma orientación—tanto blancos como negros—hubieran sido revolucionarios y camaradas en la cárcel y en el desierto. Marc, el autor teatral, probablemente investigando para determinados aspectos de una nueva obra que tenía en mente, encontró dramáticas narraciones de primera mano acerca de lo que aún faltaba por hacer respecto a la degradación de los trabajadores negros que vivían en peores condiciones que «los cerdos que crían los granjeros blancos»; fue Marc quien obligó a los delfines a ver más allá de la particular discriminación sufrida por ellos. La invitación dominical a Jake, Isa, los Mkize, Jabu, Steve y los niños para ir a la piscina se convirtió en un encuentro social y político entre las réplicas cultivadas y los afectuosos chapuzones de la comuna.

En esos encuentros familiares en el barrio, más públicos que privados, se mostraban en cierto modo precavidos. Aunque las decisiones del gobierno que afectaban a todo el mundo, como las relativas a los impuestos, los seguros de salud y el aumento de la criminalidad, se comentaban acompañadas de críticas a los ministros y ridículas imitaciones de algunos políticos, lo que servía para animar las conversaciones y la diversión en general, había aspectos de esos asuntos de los que Jake, Isa, los Mkize, Jabu y Steve no hablaban. No ofrecían una versión política de los votos masónicos. Cuando estaban solos en la casa de uno u otro, discutían esas mismas cosas bajo una luz diferente de la que reflejaba la piscina.

El parentesco de la cárcel y el desierto entre los camaradas era como un tentáculo interior que daba un sentido imborrable a sus vidas. Conocían el afán de protagonismo, la costumbre de hurgarse la nariz, las ventosidades, la insoportable intimidad de la tienda de campaña y la celda, los celos y las tensiones sexuales cuando había entre ellos camaradas femeninos: todos los defectos humanos, los fallos y las pasiones, pero aumentados y distanciados por la Lucha. Juntos podían comentar la venialidad de la vivencia interior, los indicios de que siempre estaba ahí (en ese alto funcionario gubernamental, en la agresiva determinación de ese viceministro para echar a ese ministro, en la pregunta de por qué no sé quién, cuya patética falta de habilidades era bien conocida por todos, había sido ascendido en el Ministerio mientras a no sé qué otro, un camarada íntegro e inteligente, parecían haberlo dejado de lado en un puesto sin importancia en un comité).

No eran hechos ni dudas para el cotilleo matinal de los domingos.

Sin embargo, el nombre de Shaik seguía apareciendo en los periódicos en relación con el tráfico de armas. El primer gobierno democrático había elaborado un Programa de

Adquisición de Armas Estratégicas por parte del Ministerio de Defensa, basado en el principio de que el país necesitaba fortalecer el botín heredado tras la derrota del ejército del *apartheid*. Se habían hecho propuestas de compra de corbetas, submarinos, helicópteros, aviones de pruebas y avanzados aviones de combate a condición de que los fabricantes de armas extranjeros se comprometieran a invertir en el país y a crear empleo. El nombre Shaik—una familia de varios hermanos: Shabir, Yunus, más conocido como Chippy, y Mo— lleva en la primera página de las noticias desde que hace cinco años se inició la entrega de las armas bajo contrato. Hubo algo llamado Comité de Dirección de Auditorías y luego el gobierno firmó la Compra de Armas como un gasto imprescindible de miles de millones. Uno de los Shaik era miembro de dicho comité de dirección.

—Pero ¿quién coño es Chippy Shaik?

—Ahí lo tienes, acabas de leerlo, «Director de adquisiciones en la Fuerza de Defensa» cuando se concedieron los contratos cuyas «irregularidades» se están investigando.

—No..., quiero decir en el *Umkhonto*. ¿Qué era? —Jake se respondió a sí mismo con la mueca de un recuerdo culpable.

Había tantos niveles de actividad en el Movimiento (otro eufemismo, éste para la Lucha)..., puede que alguien estuviera familiarizado con el papel de Shaik, pero, al igual que Jake, ni Jabu ni Steve lo conocían.

Siempre se puede contar con Peter Mkize:

—¿Y qué más da? Ahora resulta que Shaik es, ejem, consejero financiero de nuestro vicepresidente Jacob Zuma. Ya habéis visto lo que se deduce del informe del fiscal general, el coste del trato es varios miles de millones más elevado que los cálculos del gobierno y nadie sabe cuál puede ser el coste final... ¿Por qué? Creo que lo llaman «compensaciones industriales». *Eish!*

Steve sabe lo que todos en el mundo exterior dan por descontado.

—El tráfico de armas es el negocio más sucio que hay. Las «compensaciones industriales» serán las inversiones y oportunidades comerciales que esos amables pecadores ofrecen por el bien del país. Los traficantes de armas saben que pueden olvidarse de esos compromisos. ¿Sobornos a los ministros, a los funcionarios del gobierno que deciden acerca de las ofertas de venta... ?

Jake le interrumpe bruscamente:

—¡ Eso ya es suficiente contribución al desarrollo del país!

El complejo parentesco de los Shaik sigue sin desvelarse.

—Shabir, el hermano del consejero financiero de Zuma, se llevó el contrato aunque su oferta era el doble que las demás y el material de la misma calidad.

—¿Quién se embolsó el dinero?

El latiguillo de siempre.

—Si alguna vez el caso llega a los tribunales tal vez podamos...

—Zuma como presidente electo..., como si se pudiera juzgar al presidente. —Hay una abogada entre ellos—. Ya lo acusaron antes. Y compareció ante los tribunales acusado... de violación.

Ella estaba presente y lo declararon no culpable.

Los camaradas del barrio residencial asisten a lo que es aparentemente una nueva era en las secuelas de la revolución.

—Con el *apartheid* éramos los parias del mundo, con la libertad hemos llegado a ser lo que nunca fuimos: parte del mundo democrático. La corrupción no es ningún demérito. Está por todas partes—apunta Steve.

Jabu parece ensimismada, como si se encontrara entre desconocidos.

El lo nota, por su manera de responder últimamente a las situaciones cotidianas, como cuando se enfada porque olvida quitar un cazo del fuego y se quema la salsa, cuando se irrita consigo misma porque sus trenzas recalcitrantes se niegan a colocarse en su sitio por la mañana o cuando deja por descuido que se acabe la gasolina del coche y un compañero tiene que ir a buscarle una lata a la estación de servicio para que pueda volver a casa desde el Centro. A veces, cuando están solos, se levanta bruscamente con un gesto de rechazo ante un comentarista de la televisión y sale del cuarto; en otras ocasiones está tan atenta a la imagen y escucha con tanta tensión lo que dicen que descuida otras cosas a las que tendría que prestar atención, la conversación, la música, la pelea entre Sindi y Gary Elias. Él intuye y nota contra su piel, como cuando se encuentran en la intimidad, que Jabu está mucho más molesta y ofendida que él.

No dice gran cosa cuando él levanta la vista del periódico.

—¿Has visto esto? «Zuma solicitó supuestamente un soborno de 500000 al año a la empresa francesa que se llevó el contrato para proporcionar los equipos de las corbetas. La compañía de Shabir Shaik era el socio de los franceses que impone la política de Empoderamiento de los Negros».

—¿Qué más nos da lo que hagan los blancos en sus países? ¿Qué nos importa a nosotros? Ya no somos los negros de sus colonias.

Steve repara, sin malinterpretarla, en la yuxtaposición de contrarios: blancos y negros, el «nosotros» que lo excluye a él, a su marido, de su identidad solidaria. Jabu está avergonzada por cómo los negros—entre los que se encuentra ella— se han traicionado a sí mismos; aunque el racismo no forma parte de su vida, ¿lo ha demostrado finalmente la existencia de sus dos hijos?

Las épocas del año que Gary Elias pasa con su abuelo son regulares, placeres que no pierden su atractivo con el tiempo como ocurre con sus actividades e intereses en casa, en el colegio y en el barrio. Al menos en una ocasión, en las vacaciones escolares, su padre acompañó a su madre al pueblo para presentar también él sus respetos: era el marido de la hija no sólo del diácono de la Iglesia metodista y director de la escuela, también de la comuna familiar. Mientras conducía, Jabu le pidió en voz baja que no sacara a relucir el asunto de Zuma durante la visita. Su padre lo conocía y había tenido relaciones con él en el pasado, cuando era miembro del Consejo Ejecutivo de Asuntos Económicos y Turismo en el gobierno provincial de Kwazulú Natal.

Steve había pensado que el asunto de las armas era precisamente muy apropiado para sacarlo a relucir y que todo el mundo en el pueblo estaría interesado. El padre de Jabu, que siempre dirigía la conversación de quienes salían con él—su mujer y parientes cercanos—a dar la bienvenida a los recién llegados, no lo sacó a colación y, gracias a la autoridad que emanaba de él con tanta naturalidad como respiraba, nadie lo hizo. Había muchas otras cosas de las que hablar. Animó a dos nerviosos primos de la edad de Gary a que les contaran lo del equipo para el laboratorio de ciencias donado por una fundación noruega (una noticia dada en reconocimiento a Steve, como hombre de ciencia).

—El mismísimo ministro de Educación estuvo aquí con el embajador noruego. ¿Conoces al ministro, Jabulile?

No había límites para los logros conseguidos por esta hija a quien de un modo u otro él había instruido incluso cuando estaba en la cárcel. Todo el mundo, incluida la superviviente de las dos abuelas de Jabu, a quien llevaron respetuosamente a una silla, fueron a ver a Gary Elias jugar de portero con estilo de triunfador en el equipo infantil del colegio. El consejo del camarada había resultado ser acertado, el niño ya no era un espectador reacio, Jabu apartó la mirada del balón e intercambió una mirada de complicidad con Steve. El habló en el isizulú que había aprendido y todos lo aplaudieron a él y a su hijo. A una señal de la madre de Jabu, sirvieron la comida en una procesión de fuentes y cuencos y sacaron cerveza embotellada y una calabaza llena de licor casero que su padre había descubierto que le gustaba mucho a Steve.

Esas visitas a casa del abuelo han sacado a su hijo de su temperamento taciturno y le han dado seguridad y una sensación de pertenecer a un grupo que antes llevaba sólo en la sangre. ¿Un ejemplo secreto e infantil de la verdad y reconciliación de Tutu?

Y el momento escogido para aquella visita parecía haber infundido confianza en Jabu, que se pasó hablando todo el camino de regreso a la ciudad y al barrio residencial. Recordó historias, acontecimientos de su infancia en el lugar que acababan de dejar; entonces era tan joven que no había reparado en las rivalidades en la pía congregación del diácono, en las luchas de poder motivadas por la constante presencia de los parientes en las dependencias de tejado de paja, ni en la habilidad con que, como entendió después, su madre se las había arreglado para no ser totalmente ensombrecida por su padre; por más que esta hija le perteneciera, porque así lo había decidido ella, sólo a él.

Aunque la cuestión de la relación de Jacob Zuma con Shabir Shaik no saliera a relucir en la casa de su padre, sí hablaron de ella con Jonathan y Brenda, a pesar del tacto con que esquivaban las cuestiones políticas por respeto a las ideas que no compartían con Steve y su mujer, aunque personalmente siempre habían acogido a Jabu calurosamente. En el ochenta cumpleaños de la madre Reed, hay una fiesta en casa de Jonathan. Es Jabu quien ha tenido que pensar en el regalo con que Steve debería honrar a su madre en lo que se consideraría respeto ancestral en la comunidad eclesiástica del diácono. Alguien le dice con amabilidad, como si fuese la persona indicada:

—¿Qué van a hacer respecto a toda esta corrupción? ¿Hasta qué punto es grave o son sólo luchas intestinas como en todos los gobiernos?

Jonathan no espera a que Jabu responda.

—A todo el mundo le confunde el nombre. *Shabir*, gracias a Dios no es judío...

Tiene que seguir diciéndoselo y recordándose a sí mismo. El tráfico de armas es el más sucio del mundo. Un tópico verdadero. En aquel entonces no hubo ninguna reacción, no había tiempo de pensar eso cuando el *Umkhonto* tenía que aprovechar cualquier arma viniera de donde viniese. Tampoco lo tuvieron las potencias democráticas del mundo occidental: estaban demasiado ocupadas abasteciendo de armas, militares y financieras, al *apartheid*.

Qué podían hacer.

En la clandestinidad uno sabía lo que había que hacer.

Se responde a sí mismo en un nuevo tono despectivo: «Reunir una delegación, ¿no? Esto no son tus problemas en la sala de conferencias de una universidad detrás de sus puertas de seguridad, hermano. Y no estamos en tu campamento de Angola, dispuestos a que nuestros camaradas cubanos luchen a nuestro lado. No se debe aplicar el código moral de la Lucha a los trabalenguas de la paz-y-la-libertad».

La pregunta, la afirmación o lo que sea de Peter Mkize, Jabu y Jake, llega sin necesidad de formularla con palabras: ¿qué podían hacer?

Y vuelve a responderse a sí mismo, porque nadie quiere hacerlo o no saben qué decir: «Te unes al coro de la oposición más santurróna, críticas en tu propio beneficio la corrupción gubernamental, la corrupción en el CNA».

Peter habla como si se viera empujado a la traición durante un interrogatorio.

—Zuma fue nuestro jefe de Inteligencia en la clandestinidad.

—¡Y pasó diez años en Robben Island! —Jabu recuerda el calendario de la resistencia armada.

El heroísmo tiene un halo imperialista que los individuos no deben invocar cuando todos los camaradas estaban sometidos a las exigencias de la Lucha: la responsabilidad, el estoicismo y el sufrimiento.

Jake pone los nudillos contra la mesa como si aplastara alguna cosa.

—¿Cómo creer que esos mismos líderes de los camaradas han olvidado lo que fueron y aquello por lo que lucharon y que han cambiado la libertad por sobornos y dinero?

¿Será posible que ocurriese la misma tarde de octubre?

No sólo el barrio *ware* bóer se ha transformado de acuerdo con la corrección política

como expresión de justicia. El barrio de las mansiones—muchas con falsos rasgos de los antiguos países de los que procedían sus propietarios—que había sido propiedad de blancos acaudalados también ha sido invadido, cuando no transformado. Después de que sus habitantes blancos, propietarios de segunda y tercera generación, hayan vendido el hogar familiar por motivos de seguridad y comprado un apartamento en una urbanización cercada y supuestamente protegida de los robos y los asaltos o hayan salido del país para no tener que vivir bajo un gobierno de mayoría negra, ya no hay leyes que impidan que lo adquiera un negro que pueda permitirse pagar una mansión tan suntuosa. A una manzana de la casa donde creció Steve y por donde pasaba primero con su triciclo y luego con su bicicleta, el vicepresidente Jacob Zuma había comprado una de las muchas mansiones que posee en el país y en la que vivía de vez en cuando. Durante la semana en que el ahora ex vicepresidente Zuma, cesado de su puesto por el presidente Thabo Mbeki a consecuencia de que su consejero financiero Shaik declarase ante el tribunal que Zuma había aceptado sobornos de un traficante de armas francés, Zuma estuvo en la casa vecina al antiguo hogar de Steve. Una joven, hija de un camarada con quien Zuma había pasado diez años en Robben Island, y que según la respetuosa costumbre africana lo llamaba *malume*, tío, pidió o fue invitada a quedarse la noche del sábado después de una fiesta celebrada en la casa. La historia es confusa: lo más probable es que ambos mientan, lo único claro es que mantuvieron relaciones sexuales. Ella lo acusó de haberla violado. El, en ese juicio, que llegó a los tribunales tras posponerse de diciembre a abril, declaró que habían sido relaciones consentidas. Zuma encabezaba el Movimiento de Regeneración Moral, una iniciativa del gobierno para prevenir y tratar el vih y el sida. Admite que, aunque sabía que la mujer era seropositiva, no utilizó preservativo; después se dio una ducha como prevención postcoital de la infección. Un regalo para la prensa. Un caricaturista ideó una corona para él que probablemente será siempre su imagen regia: una alcachofa de ducha que vierte agua sobre su cabeza.

He ahí el motivo de las burlas jocosas en el barrio en torno a la piscina. Los delfines se regodean en ese nuevo ejemplo de doble moral, tanto para los acuerdos de compra de armas como para el sexo. Un hombre que había ostentado la segunda posición más elevada en el país, vicepresidente, dedicado en apariencia a luchar contra el vih y el sida, dice a la población que una buena ducha con agua y jabón en el pene es todo lo que hace falta y que los antirretrovirales son innecesarios.

Jake no se resiste:

—Y si descubres que has pillado esa gonorrea incurable, ponte a dieta de remolacha, ajo y espinacas silvestres..., si es que puedes encontrarlas en el supermercado.

Todos vuelven a reírse de lo que se ha convertido coloquialmente en el inapreciable sinónimo del absurdo, la cura natural aconsejada por la ministra de Sanidad al rechazar los antirretrovirales. El otro juicio, el de la corrupción en la compra de armas, ha vuelto a retrasarse (hasta que caiga en el olvido) con complicaciones e irregularidades legales. Jabu es la que mejor puede explicarlo gracias a su acceso a los datos en manos de los expertos legales.

Marc se zambulle en la piscina y sale chapoteando y riéndose, echándose agua sobre la cabeza rasurada según la moda.

—¡Qué argumento tan fantástico! ¡Menudo reparto! Ojalá pudiera...

El autor teatral piensa en un nuevo giro para una trama maravillosa.

Jabu está entre el público asistente al juicio el día en que preguntan a Jacob Gedleyihlekisa Zuma por qué mantuvo relaciones sexuales si ésa no era su intención y él responde que fue a raíz de la afectuosa conversación de buenas noches entre el tío y la hija de un amigo (cuya escasa y provocativa vestimenta se ha descrito ya ante el tribunal), pues en la cultura zulú corresponde a un hombre zulú satisfacer a una mujer que demuestra estar sexualmente excitada.

—No se puede dejar a una mujer en ese estado.

Es ilegal hacer público el nombre de una mujer que ha presentado una demanda por violación. Para proteger el anonimato de la joven se la llama en la prensa y en los tribunales Kwezi, ‘Estrella de la Mañana’.

A la puerta del tribunal, Jabu, una mujer entre mujeres negras, se abre paso entre quienes gritan el eslogan: «¡Quemad a esa zorra!». La imagen, fotografías de Estrella de la Mañana, está en llamas.

El vicepresidente es declarado no culpable en el juicio por violación.

El matrimonio. Una identidad común. ¿Es eso? ¿Qué representa si dejamos fuera las implicaciones sexuales, biológicas e incluso legales, el seguro médico, las ventajas fiscales y demás? Son cosas sobre las que discuten, debaten y bromean los domingos en la piscina de la iglesia los Delfines y los Heterosexuales del grupo.

—¿Así que pedís el derecho al divorcio?

Sea con palabras pronunciadas en la iglesia, la mezquita, la sinagoga, el templo, en un tribunal o mediante unos votos amorosos privados que unen a una pareja del mismo sexo..., matrimonio: es un término para una identidad común que comprende todas las diferencias individuales entre dos personas. Pero no hay que dar por sentado que las diferencias, las otras identidades, no existen; no hay que dar por sentado que son como elementos que se combinan en un laboratorio para producir una sustancia y crear una pintura resistente y decorativa o una explosión según el imperativo de cada época. Tanto ella como él comparten el desánimo político ante el *affaire* Zuma—en este caso en el doble sentido de la palabra: también en el de los cargos por corrupción en el acuerdo de compra de armas que tal vez no lleguen nunca a los tribunales—. Ella es una abogada que se identifica con el recurso a la justicia. El tiene una identidad como profesor, para él la designación «académico» es una distinción de clase social; tanto los niveles inferiores como superiores de aprendizaje los ofrecen los profesores. Aunque haya resultado que un camarada heroico tenía una moral sexual de pies de barro, al menos la universidad está dando indicios de transformarse en lo que él cree que debería ser dicha institución según las necesidades del presente. Steve fue químico industrial en una fábrica de pinturas y se dedicó a producir fórmulas de manera clandestina para fabricar bombas, fue un camarada

(¿no suenan esas palabras demasiado estalinistas después de 1994?) en un ejército de liberación, ahora tiene otra identidad en la síntesis del yo. Lo que en la jerga psicológica se conoce como satisfacción laboral le sirve como distracción de su desencanto político. Al menos puede volver a casa y contar que algunos de los estudiantes que asisten a las clases de repaso están empezando a tener la determinación y las agallas que necesitaron los camaradas en el *Umkhonto* y a descubrir en sí mismos lo que había ahogado una escuela muy poco estimulante. La habilidad de concentrarse, de preguntar, de utilizar ese mausoleo imponente, la biblioteca, además de recurrir a Internet, de educarse a sí mismos con la fascinación innata de descubrir las dimensiones aparentemente ilimitadas del misterio que se oculta a la propia mente. Algunos están adquiriendo un vocabulario de ideas y de palabras más allá del «¿qué tal?» y «mola». Steve podría aprovechar eso convenciendo a científicos dedicados a la investigación nuclear, la virología y la física de partículas de que impartiesen breves seminarios donde los menos privilegiados se atrevieran a plantear preguntas que demostrasen que tenían una percepción de la ecosfera no limitada a los monstruos de las novelas de ciencia ficción. Reciben la revelación de la Malla al descubrir las ideas de un científico llamado Wilczek acerca de lo que existe en lo que suele considerarse espacio vacío. ¿Así que no es un vacío? Hay átomos y núcleos que se mantienen unidos por fuerzas que actúan entre todos los pares de partículas que contienen. Es un medio muy poderoso y estructurado cuya actividad moldea el mundo allí donde sus ojos no ven nada. La maravilla...

Jabu se alegraba por ellos y por él, pues siempre había esperado eso de alguien como Steve. La idea de que ella misma asistiera a una de esas sesiones no llegó a materializarse. Peter y Jake se entusiasmaron con la participación de los alumnos de aquellas clases que habían sido concebidas como paños calientes cuando les invitaron a hacer preguntas a una de esas lumbreras que estaban de visita.

Jabu le había preguntado si podría ocuparse de los niños, las comidas y demás, si ella llevaba a Wethu a pasar el fin de semana en Kwazulú, hacía mucho tiempo que no iba y le debían una visita.

¡Qué si podría! Se rió él rozando su mejilla contra la de ella.

—Los niños lo pasarán en grande sin disciplina y seguro que los delfines me dan comida de su jambalaya.

Steve sabía lo que ella no le había dicho: tenía que estar con su padre en lo que debía de ser para él una traición a los amazulú, el pueblo, deshonorados por el comportamiento de uno que había sido miembro del Consejo Ejecutivo de Asuntos Económicos y Turismo en el gobierno provincial; uno de quien el diácono y director de la escuela había aprendido que la virilidad consistía en matar a un toro con las propias manos.

Condujo todo el camino con el piloto automático mientras ensayaba lo que iba a decir. O más bien lo que sería mejor decir para acogerse, de forma natural y con respeto, a la relación particular que existía entre ellos, el único modo de hablar. Wethu se mostró tan poco comunicativa como ella, aunque no del mismo modo—como si estuviese allí sin estar—, sino con un tipo de ausencia distinta, recorriendo mentalmente el trayecto de una casa enjalbegada a la otra, visitando de puerta en puerta a los hermanos y hermanas, a sus parientes ancianos y a los recién nacidos de sus parientes. A ninguna le extrañó el silencio de la otra.

—Casi hemos llegado.

La compostura de Wethu se trocó en su habitual sonrisa fatigada con un gesto de asentimiento como si cada grupo de árboles, cada plantación de caña de azúcar meciéndose al viento fuese un punto de referencia en un mapa personal. Sólo cuando pasaron junto a una tienda en la carretera o a una vieja iglesia que habían sobrevivido entre sus recuerdos infantiles a las experiencias que habían dejado detrás dichas imágenes, comprendió Jabu que ya no había tiempo de prepararse para compartir con su Baba las preocupaciones que nadie más podía compartir.

Al tomar el desvío hacia el pueblo, vio un enorme cartel de Jacob Zuma que sonreía torcido, pues se había soltado de uno de los postes.

Debía de ser un vestigio del pasado.

La sucia carretera que conducía a la casa pasaba por delante de la escuela, donde había chicos saltando y jugando al fútbol igual que había hecho Gary Elias. Fue como recorrer a pie y no en coche, paso a paso, el camino que la llevaba hasta su Baba.

Ha avisado de su llegada a su madre por el teléfono fijo; él nunca responde a ese teléfono que deja para las mujeres, él tiene su móvil. Así Jabu se asegura de no tener que resistirse a la tentación de abandonar su propósito o degradarlo por el procedimiento convencional de salvar las distancias. A su madre le parece muy natural que el deber filial con las mujeres de la familia cercana haya obligado a su hija a pensar que ya iba siendo hora de que Wethu visitase a sus parientes. Así que un grupo se reúne alegremente en torno a Wethu para darle la bienvenida. Algunos miran furtivamente los cambios en la vestimenta que van señalando con cada visita el cambio de su hermana en una mujer de la ciudad, mientras los brazos de la madre la reclaman. Baba está a un lado, con su llamativa calma habitual y la actitud que siempre reserva para ella. Se dan la mano y él la atrae hacia sí sin dejar que sus pechos y sus cuerpos se rocen.

Charlan de lo de siempre: ¿qué tal la carretera?, no había mucho tráfico; sí, los niños están bien, Steve se ha quedado para cuidarlos.

—Te esperábamos el mes que viene, con Gary Elias. Cuando empiecen las vacaciones en el colegio.

—¡Oh!, claro, también vendremos entonces.

Baba necesita todo el apoyo posible, el pesar no sólo procede de la muerte, sino del efecto debilitador de una conmoción. Jabu nota su rabia en la fuerza de su apretón de mano, y en la impaciencia con que baja la mirada cuando se sientan a tomar el té y un poco de pastel, y un cuenco de patatas fritas (su madre había pensado que tal vez traería con ella a Gary Elias). Wethu es una persona distinta; pero no es el momento de observar y sentirse culpable por haber aislado a aquella mujer de su familia. Su padre deja la taza y se levanta, una señal que todo el mundo acepta cada vez que Jabu vuelve a casa. Padre e hija dejan el grupo reunido en la veranda sin que nadie se dé cuenta.

Al entrar en el despacho donde tanto tiempo atrás él le había informado de que iba a ir a la escuela antes que su hermano Bongani y ella había ahogado un grito y reído entre lágrimas, Jabu nota algo, una energía que viene de él, de su Baba, que no le da el resto de su familia, ni Steven, ni Sindiswa ni Gary Elias.

De la puerta de su espacio privado cuelga el mismo cartel que en la valla publicitaria.

Incredulidad perpleja. Latidos acelerados del corazón: un hombre como su padre, tan distinto de los demás respecto a las ambigüedades y contradicciones que son un sí o no para los otros. El notable director de la escuela, el diácono.

Un resto de fe cristiana en que la Iglesia debe salvar a ese hombre que sonrío con los dientes separados. Eso que llaman un alma descarriada. ¿Una imagen para la redención? Un diácono podría creerlo. Siempre había sentido—¿qué?, ¿vergüenza, pena, culpa?—porque, a pesar de haber formado parte de su congregación desde que fue lo bastante mayor para ir a la iglesia a la espalda de su madre y de creer todavía en el primer revolucionario, el Señor Jesús y su Padre, Dios, nunca dependió de Él cuando estuvo presa, ni en el campamento en el monte, entonces la única fe era la de la Libertad. Jabu no lo entiende, pero Zuma está ahí para ser salvado.

Entra y ocupa una de las dos sillas, tal como se espera de ella. Él ha dado la vuelta hasta el otro lado del escritorio y ha ocupado el sillón con los reposabrazos de cuero desgastados que Jabu sabe que perteneció a su padre, el pastor de la Iglesia metodista.

Lo habitual cuando están por fin solos es que ella espere a que él inicie la conversación.

Está sentado con la espalda muy recta, abre y cierra los labios y la mira. Como si no pudiera encontrar las palabras.

Éstas salen de la boca de Jabu como un torrente:

—He pensado mucho en ti, Baba, no podía hablarlo por teléfono. Estuve en el tribunal y lo oí, lo oí todo. Lo dijo él mismo. Y cuando salí, las mujeres que había fuera chillaban cosas terribles. Que debían quemarla. Las mujeres gritaban que...

El ha oído algo distinto.

—Los periódicos le atacan como animales salvajes. Quieren hacerle pedazos sin más. Lo del tribunal da igual, los jueces le han encontrado no culpable, las mentiras de esa mujer...

—Baba...

—Digo lo que podemos ver, lo que sabemos.

—Lo que sabemos. Baba, ¿qué es lo que sabemos?

—Mbeki y todos esos a los que ha colocado en puestos de importancia harán cualquier cosa con tal de impedir que Jacob Gedleyihlekisa Zuma llegue a ser presidente en las próximas elecciones.

—Zuma. —Jabu lo repite para hacerlo real.

Él se pronuncia sobre eso como confirmación de todo lo que ha dicho y sentido, y que ella debe de sentir también. Están hablando en la lengua que comparten con Zuma: su propia lengua. El padre y la hija siempre han compartido percepciones, las de ella recibidas instintivamente desde la madurez, las de él de los jóvenes a quienes da clase. Su hija. Zuma. Cuando Jabu dice «Zuma». Es la confirmación de todo lo que él ha dicho y está diciendo para ambos. No debería ser necesario que lo hablaran, que dijese lo que sienten, el vicio de la consternación está agarrotado en su interior, la cadencia hablada sólo sirve para liberarlo, como los llantos y gritos de las mujeres a la puerta del tribunal.

Ella repite, una y otra vez, lo que oyó en el tribunal en presencia del juez, los abogados, el público donde estaba sentada, cualquiera le dirá qué es lo que oyeron, lo que oyó, la joven era la hija de uno de sus camaradas, Zuma había pasado diez años encarcelado en la Isla con el padre de la mujer, sabía que estaba enferma...

Baba escucha con paciencia, casi como si lo admitiera. La

Biblia de la Constitución, sus leyes que rigen el comportamiento humano, gracias a la cual (sí) él se alegra de que su hija haya podido estudiar, no puede ocuparse de una cuestión de moralidad espiritual. Por supuesto ella no conoce las almas angustiadas de los hombres, no puede creer lo que sabe, que el poder arrasa el alma y que un hermano, Mbeki (ella lo llamaría un camarada del *Umkhontó*), está dispuesto a golpear a otro para quitarlo de su camino.

Jabu no puede hablarle a su padre de la otra orgullosa afirmación hecha en el juicio: que un hombre zulú «no puede dejar a una mujer en ese estado». Que en la cultura zulú es tradicional satisfacer a una mujer que demuestra estar sexualmente excitada.

Hablar de política, sí, aunque estén en profundo desacuerdo, aunque se produzca una disrupción en esa confianza que no comparten con nadie. Pero lo de la sexualidad, no.

La tarde transcurre en compañía de su madre y las animadas mujeres. Como de costumbre, ahora les corresponde a ellas compartir su tiempo; cada vez es más consciente de que necesita desesperadamente coger el teléfono móvil e ir a algún rincón de aquella casa donde sólo hay intimidad en el despacho de Baba y en el cuarto de baño para llamar a Steve. Y decirle ¿qué? El teléfono fijo está constantemente ocupado: los niños aprovechan que al menos uno de los padres no los vigila para charlar con los amigos sin gastar batería y el móvil de Steve responde con el mensaje (grabado por ella a petición suya porque le gusta mucho su voz) de que no está disponible pero devolverá la llamada. Luego se escabulle en la oscuridad y, entre las voces y la radio, el rap, el gospel y el kwaito que sale de las paredes de adobe de las casas y las pisadas y carreras de los niños que juegan, encuentra la voz de Steve.

—Llegaré a casa mañana, no el domingo.

—Pobrecilla, debe de haber sido duro. Imagino que estará deshecho, por decirlo suavemente...

Jabu no está llorando, pero su voz tiene el tono agudo de las lágrimas.

—Sí, pero no es eso..., lo que nosotros..., está muy enfadado, cree que todo es un complot para impedir que Zuma llegue a ser presidente. Es... inflexible, está furioso por lo de Zuma.

—¿No está enfadado con Zuma? ¿Asqueado?

—No, no, los periódicos, la mujer. Todo son mentiras, un complot.

—Pero le habrás dicho que estuviste allí...

—Se lo he dicho. —Hace una pausa—. Quiero volver a casa.

—Ojalá pudiera ir a buscarte ahora mismo.

Eso es mejor que unas palabras de amor.

Wethu no tiene que perderse la mitad de la visita pues alguien ha de volver a la ciudad el domingo por la noche y puede llevarla.

Sola en el coche Jabu ya no ensaya, como había hecho de camino a su otro hogar kwazulú, lo que iba a decirle a su Baba para compartir con él la deshonra y la traición a los amazulúes cometida por Jacob Zuma, sino que recuerda el despacho y la hora pasada con su padre mientras él daba vueltas a lo de la traición. Totalmente: representar a personas con y sin nombre que no eran parte del cuerpo gigantesco del poder desnudo, sino un poder adornado de toda clase de mentiras y supuestos calumniosos: una mujer pagada para fingir una violación y deshonrar y destruir al gran hombre que es el presidente electo.

Quemad a esa zorra. Su padre no había hecho la menor alusión a eso, aunque había dicho que había leído todo lo concerniente al juicio. ¿Acaso el devoto cristiano, el hijo del pastor, el diácono de la Iglesia de su comunidad, acepta que pidan que se quemase a una mujer como a una especie de hereje de la fe del poder, igual que quemaban a los herejes de la fe cristiana en las Cruzadas?

Había otra cosa que ella no había querido que saliera a relucir al pasar por aquello. Igual que por respeto no podía hablar con su padre de sexualidad, por el respeto que él siente por su hija, y su elección de un hombre blanco como marido y padre de sus hijos, su padre no pudo hablarle de las otras cosas que había leído: detrás de la estrategia de calumniar a Zuma hay blancos dueños de periódicos que están en connivencia con sus rivales negros. Es posible que su padre, que obtuvo para ella las oportunidades justas arrancadas de los privilegios de los blancos, haya considerado a su hija, su creación revolucionaria privada, partidaria de los blancos que temen y quieren destruir a Zuma.

Y Jabu jamás podrá contarle a Steve lo que ha pensado de camino a casa y al barrio residencial en el que ha escogido vivir.

Los paralelos en la vida reducen el impacto obsesivo cuando se encuentran de pronto. Mientras ella conducía de regreso al barrio, Jake lo dejaba a primera hora de la mañana para recoger a un antiguo camarada que tenía que ir al centro. Cuando buscaba un poco de calderilla en un semáforo para dársela al mendigo que había en su ventanilla, dos hombres apartaron a su cómplice a un lado y uno de ellos le puso el frío y duro cañón de una pistola en la cabeza. Su coche es automático, y al acelerar para apartarlos el hombre armado perdió el equilibrio y la pistola se deslizó de la cabeza al cuello, entonces disparó. La bala le rompió una vértebra, los hombres le arrebataron la llave, lo echaron al asiento del copiloto, condujeron hasta un solar en construcción donde lo tiraron entre los cascotes y desaparecieron con el coche.

Cuando llegó Jabu encontró a los hijos de Jake en la casa y a la vivaz y parlanchína Isa con el gesto demacrado de quien asiste a un funeral; unos mendigos acababan de encontrar a Jake y habían llevado a un policía hasta el muerto que se hallaba cerca de donde ellos dormían. Pero Jake no estaba muerto; lo habían llevado al hospital en ambulancia y los cirujanos estaban evaluando los daños. El lenguaje atónito y perplejo de Isa parecía el de alguien al calcular el total de una factura. Steve se había encontrado a Jabu en la puerta y había sido incapaz de devolverle su abrazo; estaba a punto de llevar a Isa al hospital, aunque Jake estaba en el quirófano y no había esperanzas de que pudiera verlo, ni de que pudiera salir con vida. ¿Qué otra cosa podía hacer Steve por ella? No tiene otra respuesta que un profundo suspiro con la boca olvidada, entreabierta.

¿Qué podía hacer Jabu?, quedarse con los niños, darles de comer, al parecer les habían dicho que había sufrido un accidente, un choque en cadena, aunque no estaba malherido. No obstante, por el modo en que se apartaba el mayor, era evidente su desconfianza, ¿cómo no iba a intuirlo si de pronto su madre se había convertido en una extraña? Jabu le dijo la verdad cuando Steve llamó desde el hospital, han extraído la bala; tuvo la esperanza de que el chico entendiera que su padre estaba vivo.

Steve se quedó horas con Isa en el hospital. Comprendió que ella tenía que ver a Jake fuera de aquel quirófano, antesala de la vida y la muerte, reconocible en una cama del pabellón de cuidados intensivos, aunque inconsciente e inmovilizado por un collarín de escayola y vendas, con ambos brazos en cabestrillo y el resto del cuerpo envuelto en una mortaja de sábanas.

Podía hacer la comida para los dos cuando volvieran, convencer a Isa de que tenía hambre aunque no lo supiera. Al principio ella rechazó la panacea, vodka o vino: Steve y Jabu no tenían whisky en casa (la bebida favorita de Jake e Isa).

Luego, cuando Jabu sirvió un plato de espaguetis con una salsa de tomate y albahaca de lata que había encontrado por ahí, Isa se sirvió vino con el instinto inconsciente de su resistencia habitual. Jabu dijo que se quedaría a pasar la noche con ella.

—¡Oh, sabía que...! —Un camarada es más que un amigo—. No hace falta... Me llevaré a uno de los niños a la cama conmigo... no te preocupes. No estoy sola.

Los Reed acompañarían a los crios a la escuela el lunes por la mañana cuando fuesen a llevar a los suyos.

Steve acompaña a Isa y los niños a su casa como si no vivieran dos casas más abajo a la vuelta de la esquina.

Gary Elias se ha quedado a dormir con un amigo del colegio. Sindiswa ha tenido la menstruación ese año y el cambio en su cuerpo, que apenas tiene pechos todavía, la ha arrancado de la seguridad de una infancia feliz—y lo había sido desde que daba patadas en el balcón en Glengrove Place y el motociclista rasgó el cielo como si fuese una hoja de papel— y le ha dejado la vaga idea de que los adultos deben abrirse camino sin que los

padres les hagan las cosas. Le gusta leer y Jake es quien le presta los libros que cree que pueden interesarle, no los que debería leer (como le dice a veces Steve). Los jóvenes no deberían estar expuestos al horror de una violencia tan cercana, aunque esté por todas partes en esta ciudad, en este país y en el mundo que hay al otro lado del espejo de la televisión. Isa ha considerado que lo mejor es contarle a los niños—a los suyos y a los de los Reed—el tipo de herida que tiene Jake y que ha sufrido un asalto.

Antes de irse a dormir—en ausencia de Wethu—Steve, Jabu y Sindiswa lavan los platos y Sindi les dice:

—Todo está unido a la columna vertebral. Lo he visto en un dibujo... ¿Funcionarán sus brazos y sus piernas si está rota...?

Su padre está en el departamento de ciencias en la universidad y tiene que saberlo.

—No conozco lo bastante los intrincados nervios de la columna vertebral..., hablaré con el profesor de la facultad de Medicina el lunes. Es posible que si la fractura está en el cuello sólo afecte a la parte superior del cuerpo.

Aunque ya casi es una adulta, no añade «y al cerebro».

Jake pasó semanas en el hospital y finalmente en rehabilitación antes de recuperar la memoria y el habla, y de poder usar las manos y andar. La compasión le aburría, la familia tenía que demostrar su amor por otros medios (su hijo pequeño dibujó una perversa caricatura de su padre como una marioneta cuyos hilos manejaban las enfermeras). Los camaradas tenían que saberlo, por terrible e imperdonable que hubiese sido el asalto:

—Mi turno. —De manera sesgada, con el gesto torcido de una sonrisa que parece una mueca, los camaradas sabían que él, Jake, ve la bala en su columna como un contraataque. Por todas las balas que mataron, sí, en las épocas siempre citadas, 19 7 6, los cincuenta, los sesenta, los ochenta y el *trek* que lleva hasta 1820, ¿cómo poner límites al pasado?, y las deficiencias al cumplir en la libertad las promesas por las que lucharon. Peter Mkize está junto a la cabecera de Jake en la hora de visita del hospital, su hermano troceado entre la carne del *braai* de los soldados del ejército del *apartheid* y arrojado al río.

Durante las semanas en que Jake está ausente se produce algo inesperado. Entre los camaradas del *Umkhonto* se dijo con inquietud que alguien debería estar con Isa, pero al parecer nadie podía abandonar sus ocupaciones personales en tiempo de paz por un tiempo indeterminado. Abordaron a una asociación de veteranos para preguntar si no habría alguna camarada, una mujer como ella, que pudiera quedarse para ayudar a la mujer de Jake una temporada. No encontraron a nadie.

Fue un delfín, Marc, el autor de teatro, quien se mudó de improviso con Isa y los niños. Sin vestirse de mujer, una mujer como ella. Una persona como ella. Un hombre de la piscina de la iglesia. Los domingos por la mañana.

En la mesita de noche del lado de la cama de Steve hay junto al móvil, esa otra forma de comunicación, un libro que acababa de darle su traductor de estudios africanos, Lesego. Un libro de fábulas africanas izinganekwane-izintso-mi, con las típicas moralejas de las fábulas. Esa peculiar forma de entendimiento perdura cuando lo cierra para dormir. Isa y el delfín. He ahí otra fábula: el país debe salir de algún modo de la violencia. No hace falta pertenecer al *Umkhonto* para ser un camarada. Una nueva identidad en eso que llaman libertad.

El profesor Goldstein, decano de la facultad, está demasiado ocupado con problemas financieros vitales, la sustitución del equipo y lo que algunos profesores consideran un exceso de trabajo, para aceptar una invitación académica al extranjero. El profesor agregado Steve Reed ha sido elegido por el departamento para asistir a un congreso sobre la presencia de toxinas en la producción industrial, los productos domésticos, la industria alimentaria y los cosméticos, como parte de una serie de estudios medioambientales internacionales. El no se lo cree y le sorprende que vaya a ser él el delegado: a Jabu lo que le sorprende es que se tenga en tan poco.

—Pues claro que te han elegido, es tu especialidad, y mira todo el trabajo extra que haces con los alumnos, la universidad. ..., ¿qué otro del departamento...?

Ella ve la elección desde el punto de vista político que ambos comparten: una oportunidad para los estudiantes de que Steve vuelva con nuevos avances que transmitirles en su derecho al conocimiento contemporáneo.

Pero éste es un congreso científico y no está relacionado con la justicia social..., a no ser, claro, que la eliminación de la ingestión e inhalación inconsciente de toxinas sea una parte más del mantra de la justicia para todos.

Steve tiene la dirección del hotel londinense donde se van a alojar los delegados y coge un taxi en Heathrow. El folleto del programa dice que pregunten por el organizador al llegar. El vestíbulo está abarrotado de otros recién llegados que se presentan unos a otros o saludan a conocidos con exclamaciones, como si vinieran de Marte y no de otro congreso anterior; él no conoce a nadie, no sabe cómo presentarse y opta por coger la tarjeta que abre la puerta de la habitación que le han asignado. El recepcionista, tras comprobar la lista de reservas, se ha dirigido a él llamándolo «profesor», en fin, «profesor agregado» suena demasiado largo y un simple «señor» no parece apropiado para el protocolo de un congreso.

Deja la maleta sobre la cama: una cama doble, como si le estuvieran dando a entender que esperaban a dos ocupantes. Las habitaciones de hotel, como las celdas de la cárcel, están tan acostumbradas a una sucesión de inquilinos que tienen el aire de no ser de nadie y de estar dispuestas a acoger cualquier cosa dentro de un amplio rango de vivencias. Algunos han hecho el amor, se han peleado y han muerto en ellas. Saca una carpeta de recortes de periódico que le sería útil pero que había resultado demasiado gruesa para su maletín y coloca la ropa que ha llevado consigo sobre la silla de patas arqueadas. El estilo de esa celda es un disfraz, inglés antiguo, bastante agradable. Lo siguiente es seguir las instrucciones y presentarse a un tal doctor Lindsey Wilson en las oficinas del instituto de investigación.

—Su nombre, por favor.

—Steven Reed.

Tras la habitual pausa para la conexión se oye la voz de una mujer, una voz joven,

que habla un inglés educado, relajado e informal.

—Profesor Steven Reed, ya ha llegado, está en el hotel, bienvenido.

—Gracias, se supone que tenía que hablar con el doctor Lindsey Wilson.

—Yo soy Lindsay Wilson. —Se oye una risa.

—Lo siento, pensé que era usted un hombre...

—Lamento decepcionarle...

—El nombre...

—¡Oh!, lo sé, pero también es un nombre de mujer, sólo hay una pequeña diferencia.

Los dos se ríen de su equivocación.

—No lo sabía... En mi país...

Las consabidas preguntas sobre el vuelo, largo pero cómodo, sí, ¿le gusta el hotel?, pasarán a buscar a los delegados para llevarlos al cóctel de bienvenida a la hora indicada en el programa, hasta entonces.

La Lindsay de sexo femenino es tal como sugería su voz. Entre las instrucciones a los hombres, en su mayor parte mayores que él, y las pocas mujeres que han seguido los pasos de Marie Curie dedicándose a la ciencia, ella es la facilitadora, una especie de rubia franca y escurridiza que parece un icono de la estética actual de su sexo. Muchos sueñan con esa cascada de seda amarilla que cae sobre su espalda. En la multitud incluso él encuentra a alguien conocido, el profesor Alvaro, de Cuba, que había estado una vez en Sudáfrica invitado por la embajada junto con un grupo de La Habana de visita cultural: un camarada. Allí no son camaradas, sino que tienen otra identidad, a pesar del abrazo de reconocimiento en un lugar donde el ritual son apretones de mano y golpecitos en la espalda.

No le quedó claro cuál era la función de aquella mujer que le presentó, igual que a muchos otros, al director del instituto y director del congreso. Al ser ése el país anfitrión, el séquito de bienvenida es británico, con todas las variaciones fonéticas de esa identidad, escocesa, irlandesa y varios acentos no tanto de origen territorial como de clase social. Entre los franceses, los alemanes, los ucranianos y el resto de los delegados su isizulú de andar por casa no resulta muy útil. Pero todo el mundo habla inglés no sólo de andar por casa—«Incluso nosotros, los norteamericanos», le dijo uno de ellos con una sonrisa cautivadora—y todos dominan el vocabulario de su rama de la ciencia para complementar su jerga en latín y griego y facilitar una comprensión más coloquial y general entre disciplinas. Fuese cual fuese su trabajo en el instituto, oyó a la joven hablar con un

investigador italiano en su propio idioma y luego le llegó la cadencia de su voz desde otro rincón del bar mientras charlaba con un trio de franceses en el suyo. Él y Alvaro resistieron instintivamente la tentación de conversar después de tanto tiempo. Como lo habían presentado diciendo que venía de África, muchos le abordaban y le hacían preguntas no restringidas a ningún territorio del continente, por más que él fuese consciente de su propia identidad. Pero, en fin, no es una reunión política. Sin embargo, los que están sentados en aquel asiento en curva con la tapicería gastada acaban hablando del sida.

¿De Sudáfrica? Uno de ellos recuerda la cura apócrifa a base de espinacas, ajo y remolacha. La ministra de Sanidad nos convirtió en el hazmerreír del mundo; la risa puede ser reflejo del espanto, él se ríe con ellos: les interrumpe—reprochándose a sí mismo—y confirma que su país tiene la tasa de infectados más alta del mundo.

—¿Quién descubrió el virus..., la causa..., de dónde procedía?

Alguien suelta un bufido. No está entre los asuntos que discutirán al día siguiente.

—Se supone que empezó en África, sí, las personas se comían a los monos.

—¿Y cómo llegaron los monos a contagiarse el virus?—pregunta un delegado con la cabeza afeitada (probablemente no para disimular su calvicie: es joven) y una barba que puede ser una señal de marcada sexualidad para atraer a las mujeres o a los hombres.

—Esa teoría está superada. —Alguien que no oculta sus opiniones la descarta con gesto de la mano.

Porque es racista: si sólo los negros comen monos es porque no tienen otra cosa. Pero no produce la reacción inevitable en Steve.

El delegado que es la viva imagen de la potencia y la virilidad alude con disimulado reproche al rechazo de la cuestión por un grupo de científicos y a su falta de ese impulso investigador que se supone característico de la ciencia. Su pregunta no es irrelevante en un congreso sobre la presencia de toxinas en la producción industrial, los productos domésticos, la industria alimentaria:

—¿Qué comieron los monos?

La barbilla de un segundo profesor tiembla expresando su rechazo:

—Por lo que he visto cuando llevo a mis hijos al zoo son omnívoros.

—Omnívoros. ¿Qué ingirieron en ese espectro dietético, qué inhalaron a medida que las minas, el carbón, el oro y los vertederos de residuos invadieron su hábitat? El ambiente...

Otros, según la costumbre del discurso académico, se sienten obligados a desviar la

cuestión hacia su propio campo de conocimiento.

—¡Oh!, eso se sabe desde hace mucho, la silicosis...

Justo cuando empieza a animarse la discusión, la tal Lindsay les interrumpe:

—Escuchen, esta noche no hay cena, eso será mañana después de la inauguración, pero, si no les apetece cenar en el hotel, podríamos ir a un restaurante.

Obviamente no se trata de una invitación general, pero tal vez podría interesar a ese pequeño grupo que está charlando animadamente.

Como buena concedora de Londres ha escogido un bistró. El grupo la acompaña, habría sido grosero rechazar su hospitalidad con la excusa improvisada de una cita previa..., acaban de llegar. Con unas palmadas en el asiento invita al contrincante de la barba y la cabeza afeitada a sentarse a su lado, una especie de reconocimiento, y después de echarles una mirada da a entender con un gesto indiferente que cualquiera puede sentarse al otro lado. Y resulta ser él, Steve. Se muestra muy amable con ambos, como si fuesen niños desconocidos y ella una adulta en una fiesta de cumpleaños.

—Parece un tugurio, pero la comida no es tan mala como sugiere el epíteto «intercontinental», no quiero que el doctor Milano se queje de que el osobuco está duro ni que el profesor Jacquard arrugue la nariz al ver la *hollandaise* de los *asperges*.

Resulta que es la asistente personal del director del congreso. Da esa información con mucha formalidad.

—Menudo alivio, pensé que era usted su mujer.

El doctor Milano anima la escena como si el camarero hubiese descorchado la botella de Antinori. ¡Qué ridiculez! Probablemente ronde los treinta, más bien podría ser su hija.

—¿Por qué alivio?

»Que alguien pruebe el vino..., usted, doctor Sommerfelt, nadie confía en que una mujer decida si todo es como debería ser...

—¿Por qué?, pues porque no tendremos que medir las palabras por miedo a cometer indiscreciones que puedan llegar a oídos del director durante las confidencias de alcoba.

—No hablemos de trabajo. Cinco días de sesiones son suficientes, ya habrá tiempo mañana.

El volumen aumenta con la conversación anecdótica. Un físico nuclear de Texas le cuenta a su colega noruego sus aventuras el pasado verano en los fiordos. El virólogo

mexicano descubre que un alemán de Stuttgart también es aficionado a la ornitología.

—¿Sabe, *Hen Doktor*?

—Llámeme Gerhardt, por favor.

—¡Oh!, gracias, puede llamarme Carlos... En mi país se comen a los pájaros, pero yo prefiero estar con ellos, contemplar la belleza de la conformación, la estructura de los huesos y los nervios en los movimientos cuando están en el suelo, no sólo en el aire, los primeros astronautas...

Alguien se confunde sobre la parte de Africa de la que es oriundo.

—Está usted en Makerere, una vez me ofrecieron un año sabático en Kenia, pero por desgracia...

—En Sudáfrica..., no, no tiene importancia.

Tras las rápidas excusas habituales en un inglés de clase alta, el doctor Thomlison confiesa que dirige el departamento de la universidad donde se graduó «hace la tira de años».

—¿Y usted? ¿Estudia aquí o en su país? ¿Es allí donde imparte clases? Tengo la sensación de ser una anticuada curiosidad académica.

—Pues ya somos dos...

—¡Ah!, de modo que también ha vuelto al mismo departamento de ciencias donde estudió.

Entrechocan las copas para celebrar su estatus compartido.

—No exactamente. Hubo interrupciones. —Alza la copa para brindar por ello, el vino no se parece al que beben los domingos en la piscina: es tan instructivo y suelta la lengua de tal modo que recuerda las ausencias en los campamentos y las otras, las detenciones. Todo eso no tiene cabida en la objetividad de la ciencia, cuya historia se hace a fuerza de descubrimientos, no de escaramuzas en el desierto.

El doctor Thomlison alarga el brazo para que le llenen la copa, al diablo con el sentido del protocolo del camarero paquistaní.

—Con que era usted el chico malo que no asistía a clase...

Su copa roza el cuello de la botella, ambos se ríen por motivos distintos de aquella observación amistosa. Thomlison supondrá que se saltaba las clases después de una noche de juerga y prolongaba hasta el lunes los límites juveniles y dominicales de un fin de

semana amoroso.

No puede charlar con el tipo esbelto de la barba por detrás de la espalda de Lindsay Wilson ni por delante de sus pechos, aunque le habría gustado discutir su teoría de la dieta de los monos. Ella suelta sin dirigirse a él:

—Deberíamos celebrar una fiesta del té como la del Sombrero Loco. —Pero la propuesta no incluye al resto de los comensales.

Una mujer que está sentada enfrente de él (tal vez vieja, pero en parte reconstruida por una rama de la ciencia) le quita el salero de la mano y lo mira directamente a los ojos, los de ella no están enmarcados por unas gafas sino por el perfil azul y verde de los cosméticos.

—Sé que puede ser tóxica, pero me apetece, esta napolitana está sosa.

Se inicia así una conversación al ritmo de saborea, traga, sigue con lo que decías y da otro bocado. Ella frena con su elocuencia cualquier intento, descartado por inútil, del hombre que tiene al lado de añadir una opinión o hacer un comentario. Steve tiene que adivinar lo que quisiera decir por las pocas frases que acierta a oír; la mujer inclina de vez en cuando la cabeza en dirección a su vecino y utiliza lo que debe de ser un «Malcolm» íntimamente abreviado para indicar que está de acuerdo o (una segunda pausa y un encogimiento de hombros) en desacuerdo. Quién o qué era el delegado y quién o qué era su pareja no podía decidirlo la identidad de género. La cuestión sacada a colación por la mujer a propósito del salero es si los congresos sirven o no de algo. ¿Eran un proceso o un fin en sí mismo? ¿Acaso alguna vez existía la intención de cumplir con lo que pretendían las actas aprobadas y publicadas del congreso? ¿Alguna vez en que se consiguiera algo? De forma significativa. Lo único que se lograba en cada congreso era establecer la fecha del siguiente. Y el siguiente.

El hombre que tenía al lado consigue por fin decir lo que piensa.

—No vengas si no estás capacitado. Las palabras no...

Ella empieza a hablar otra vez.

Steve dice por debajo de su *bel canto*, con la esperanza de que el otro le oiga:

—Es mi primer congreso internacional, tendré que recordarlo...

No hay mucho más que esperar del día de la llegada; Lindsay Wilson decide quién va con quién en los coches de vuelta al hotel. Steve y el tipo de la barba quedan al margen de la confusión porque viajan en su coche. Pero al parecer el tipo —ahora ya sabe su nombre gracias a los demás comensales: Adrián Bates—no vive con los demás delegados. A Steve lo dejan en la puerta del hotel e incluso recibe un «Buenas noches» ausente del tipo de la barba y el obligatorio «Que duerma bien, seguro que le hace falta» de aquella Lindsay

Wilson que ha resultado no ser un hombre. Se aleja en su misión de llevar al otro hombre a dondequiera que tenga el privilegio de alojarse.

Ese era un Londres distinto del que Jabu y él habían visitado juntos, de sitio famoso en sitio famoso, Hyde Park (con un desvío hacia el Centro de las Artes de África), el Museo Británico, *La Virgen de las rocas*, donde Jabu había tenido esa otra experiencia religiosa que puede obtenerse de una obra de arte y había comprado la imagen de dicha vivencia en forma de postal para enviársela a su padre, el diácono de la Iglesia metodista kwazulú. Cuando se alojaron con camaradas inmigrantes en un barrio obrero y él, que nunca le había elegido y pagado la ropa, se disculpó por el frío y la lluvia, como si fuesen un defecto de su antigua distinción colonial basada en el color, y le compró una chaqueta de esquí, la prenda más caliente que existe, según dijo el vendedor.

En esta ocasión no había obligación de hacer turismo. En los ratos de ocio entre las sesiones del congreso, la mayor parte de los delegados procura relajarse un poco; aunque algunos viejos profesores y unos cuantos jóvenes ambiciosos que se pegaban a ellos por las ventajas o los favores que pudieran conseguir—la toxina de la ambición—se sentaban en una de las habitaciones del instituto para seguir con alguna discusión fuera del tiempo concedido. Álvaro quería comida española a falta de un sitio auténticamente cubano, y él y el camarada africano fueron a lugares recomendados por la embajada cubana, a pie, porque el médico había recomendado a Álvaro que anduviera al menos tres kilómetros al día (¿cuánto es eso en millas inglesas?)

—¿Sabes que en Cuba tenemos médicos excelentes? Si alguna vez tienes una enfermedad grave, acude a nosotros.

—Lo que no te han dicho, camarada, es que si comes tantos platos de paella eliminas el efecto de las millas inglesas.

Se produce un pequeño desvío del programa de la mañana cuando el delegado de la universidad sudafricana se estrena con su disertación sobre el nivel de investigación de laboratorio acerca de la posible, y en algunos casos comprobada, presencia de sustancias tóxicas en la comida tal como se ha definido en ese congreso.

Había abordado la cuestión de manera muy general: considerando si la adición de productos químicos para acelerar el crecimiento y el contenido en nutrientes de las cosechas introduce elementos tóxicos y si los fosfatos añadidos a algunos vinos suponen los mismos riesgos en la mesa. Un delegado canadiense respondió que ése era un enfoque periodístico, promovido por los intereses comerciales de los granjeros que no quieren aumentar los gastos comprando cada año las nuevas variedades mejoradas necesarias para incrementar las cosechas en un mundo hambriento, y en cuanto a lo segundo..., el *agitprop* de los cruzados contra los placeres del alcohol.

Se produjo una carcajada de falsa modestia por parte de los aficionados a dichos placeres. Aunque hecha sin mala intención, aquella acusación de «periodístico» le hizo reparar en su inexperiencia en las escaramuzas de esos congresos internacionales y en la necesidad de que la nueva salvación, el Desarrollo, tenga en cuenta las ideas de un continente considerado un pupilo necesitado de tutela, ¿hasta entonces? Con la excepción de los Robert Broom, Leakey, Phillip Tobias..., que aquí y allá sacaron a relucir que todos

estamos en proceso de ser humanos. ¿En qué nos hemos convertido? ¿Es la evolución un proceso de liberación de aquello que constriñe nuestro ser? Nunca se había parado a considerar el papel que había desempeñado el *Umkhonto* en ese esfuerzo por levantarse, ni lo había visto de ese modo. Tenía que dejar lo que se daba por sentado políticamente para no verlo confinado y contenido por la Victoria: la Lucha como proceso científico de la existencia. Después de un día en que habían acudido en grupos a diversos institutos científicos, el profesor canadiense propuso a unos cuantos, al parecer considerados compatibles, quedar, ¿para qué...?, ¡oh!, para ir a algún bar nocturno, al fin y al cabo están en Londres, no en un laboratorio maloliente. Es un hombre de edad indefinible, labios gruesos y agrietados y una arruguita debajo del párpado inferior que da a entender que siempre está burlándose para sus adentros, aunque esté intelectualmente concentrado. Su tono informal a la hora de dirigirse a Steve es un modo de dar a entender a quienquiera que sea ese profesor africano que nadie lo conoce y que su reputación está a salvo.

—¿Cree que Steinman querría venir? Y el profesor Domanski... o tal vez Jeff Taylor, y para que no seamos todos hombres, ¿ha hablado con Sarah Westling de Gotemburgo?, y, claro..., Lindsay, que ha cuidado tan bien de todos nosotros, la doctora Salim, no..., esa mujer...

A Steve no se le ocurrió ningún nombre.

—No es mala idea..me apunto.

Salen tarde y con cierto desorden, todos tenían otras obligaciones que atender antes; él aprovecha para telefonar a casa; Jabu querrá saber su versión de cómo ha ido su «disertación» (se la había leído, después de que la secretaria del departamento la pasara a limpio). Sin di descuelga el teléfono, Jabu ha salido. Steve le pide que le diga que no le llame, ya telefonará él más tarde.

El profesor de Toronto había alquilado un coche mientras durara el congreso.

—Así aprenderé a manejar por, ¿cómo la llamaban mis abuelos?, la Ciudad Madre. Y, si pierdo mi cátedra de Estudios Ambientales, puedo hacerme taxista londinense, un gremio famoso formado por extranjeros como yo, rusos, africanos, israelíes, paquistaníes...

El profesor Domanski fue otro de los pasajeros en la primera carrera como taxista del canadiense. Bebieron un montón de vino sin hacer bromas sobre los aditivos, Steve estaba en una mesa junto a la profesora sueca que se expresaba como una actriz subrayando el dramatismo de su papel, con unos ojos negros que se creyó en la obligación de justificar:

—Soy medio lapona por parte de padre, por eso no parezco sueca.

—Bueno, yo no soy negro, así que tampoco parezco africano.

Sin embargo, no era el momento ni el lugar para intercambiar confidencias, para

contarle a esa mujer del que sin duda es el país menos racista del mundo que su mujer sí era negra: Jabu. Hablaron un rato de los lugares donde habían trabajado, ella había dado clases en Estados Unidos y trabajado un semestre de bióloga en Ghana. Las personas—recuerdan la época en que los sudafricanos eran del ejército de liberación e iban allí a hacer la instrucción—, el nombre de La Lanza de la Nación, maravilloso. Pero tampoco era el momento ni el lugar para responder a sus ansias de saber: ¿Qué tal se vive ahora en su país? ¿Cómo es la convivencia después de tanto tiempo *apartados*? ¿Qué tal sin Mandela? ¿Cómo es el nuevo?

La música es buena, un grupo instrumental cuya forma de vestir también expresa su identidad, ¿punk indio, africano, retro-skinhead?, el travestismo ya no es sólo cuestión de género. Están dando a cada cual—a Domanski, cuyos días de bailarín hace años que quedaron atrás, al francés Desmoines, que da la impresión de estar en su club nocturno de toda la vida—su propio ritmo, desde el kwaito actual hasta un tango jazzístico de los años veinte, sea a modo de recuerdo de las fiestas en la oscuridad durante los bombardeos nazis o de la secreta despedida de la semana pasada de la amante que los alumnos jamás creerían que tenía su profesor. Las ansiosas preguntas de Sarah Westling sobre Jacob Zuma (ha leído lo de los escándalos, la violación y el tráfico de armas) mientras él brinca y se contonea al ritmo de los tambores..., ¿no podría hablarle del otro, Thabo Mbeki?

Lindsay Wilson está de pie; Steve no distingue su perfil por la melena, que tiene su propia iluminación (natural o producida químicamente por alguna sustancia tóxica) bajo las luces tenues... Steve debe de haberse emborrachado con el vino para estar haciendo bromas tan malas. De pronto ella y el tipo de la barba se ponen a bailar. La conformación sencilla del cuerpo de dos buenos bailarines queda oculta y revelada, oculta y revelada, por los cuerpos de los demás. Pues claro que el machote de la cabeza rapada como un presidiario es un buen bailarín, cómo no.

Ella se está divirtiendo, incluso mira a Steve un instante a los ojos, ¿o quería mirar a Sarah Westling y él se ha interpuesto en su atención profesional por repartir su interés entre todos los delegados en cualquier contexto? Cuando vuelve a sentarse:

—¿Alguien quiere más vino?

Pese a que la fiesta era iniciativa del canadiense y se daba por sobreentendido que iban a pagar a medias, Lindsay seguía siendo la presencia organizadora. Domanski bailó con ella, se oyeron muchas risas y una especie de discusión mientras él trataba de lucirse y la llevaba de aquí para allá.

El tipo de la barba estaba bailando con la sueca; Lindsay Wilson se posó en la silla vacía aleteando los brazos, parecía jadeante tras su ascensión y caída.

Steve le sirvió un vaso de agua. Ella bebió, se atragantó y se recuperó mientras él rescataba el vaso y ella volvía a cogerlo como un niño de manos de un adulto.

—Es como tratar de contener a mi perro, un setter irlandés, cuando quiere revolcarse

por la hierba. Estos polacos...

—Pensé que se estaba divirtiendo.

—¡Pues claro! Aunque se ve que estoy en baja forma. Hace mucho que no bailo.

—Estamos demasiado ocupados.

Ella ha recobrado el aliento.

—¡ Oh! Me gusta conocer gente nueva. Tener la oportunidad de cambiar de amigos, aunque tenga aprecio a los míos, para variar hay que conocer a personas de otros sitios, distintas culturas, relaciones, climas y demás...

—¿Dónde?

—¿Dónde... ?, pues esquiando en Italia, en la misma estación donde aprendí de niña. Y en Jamaica... ¿Ha estado alguna vez? Y en sitios a los que aún no he tenido ocasión de viajar. Pero cuando en lugar de eso vienen personas de todos esos países, gente nueva, no me molesta...

—¿Y los inmigrantes?

Pero ella se refiere a personas con intereses concretos, no a los inmigrantes de Pakistán, Somalia, Irak y Europa Oriental que, como plantas invasivas, se han convertido en parte de la maleza indígena de trabajadores manuales de este país. Es ingeniosa.

—Antes íbamos nosotros a sus países, ahora vienen ellos.

Alguien que ponga orden en su vida. No siempre hay que hablar de política para conocerse.

—¿Se ha recuperado?

Ella se levantó sonriendo como si la hubiera sacado a bailar. Hablaron mientras bailaban, nada menos que de cuando iban al colegio. Dio por sentado que, como ella, Steve había asistido a algún colegio privado familiar y tradicional para chicos igual que ella había ido a uno para chicas. En eso consistió su segregación. Su inocencia, su ignorancia: Steve se sorprendió contándole extrañas aventuras escolares en las que había burlado la autoridad y que habían sido relegadas al olvido en el catálogo de las aventuras que siguieron después en la vida real, como camarada.

—Me queda una amiga del colegio, pero no voy a las reuniones de antiguas alumnas ¿y usted? ¿De qué sirven esas reuniones?

Es como si esa desconocida le estuviera diciendo que no tiene por qué ir a comer los

domingos con la familia Reed por mucho que Jabu se lo reproche. La exoneración llega frívolamente de esa proximidad casual..., el baile no es un abrazo, sino una especie de acecho, al estilo de lo que reclama la música en ese momento.

—¿Qué planes tienes para el fin de semana? —El programa del congreso incluye un descanso de las sesiones de trabajo; es primavera, hay varias propuestas, viajes culturales para los que no quieren aprovechar la ocasión para visitar a algunos amigos—. ¿Ya te has apuntado? Por supuesto supone seguir con las mismas personas, una prolongación de las sesiones...

De acuerdo con esa condición.

—Había pensado ir a ver a los amigos con quienes me alojé en mi anterior visita a Londres, tengo que pasarme a verlos..., si es que están por aquí. Y también estudiar un poco en la biblioteca del instituto, hay cosas el lunes para las que no creo estar preparado..., no sé si daré la talla entre tantas lumbreras. Quiero estar seguro de las preguntas que haré y de las que tendré que responder.

—Eres muy minucioso. —Ladea la cabeza sin tomárselo en serio—. Si tus amigos no están y te apetece, puedes venir a nuestra casa en Norfolk. Son aficionados a la hípica, mi hermano tiene un caballo de carreras retirado y un poni para los niños. Mi padre y mi madre reciben a muchos invitados los fines de semana. Podríais venir unos cuantos, seríais bienvenidos.

Nuestra casa. Un marido y una familia. Steve no ha conocido al marido, que probablemente tenga sus propias preocupaciones y no esté obligado a relacionarse con los asistentes al congreso.

—Gracias, se toma usted muy en serio lo de entretener a los delegados... Llamaré a mis amigos y averiguaré si van a estar en Londres. De lo contrario, muchas gracias.

—Jeremy te prestará su viejo penco, ¿montas?

No esperó a que le respondiera, la *bossa nova* se había interrumpido de pronto, justo cuando iban a volver a la mesa y el canadiense le llamó con un gesto mientras una cantante cuyas facciones sugerían un origen vagamente oriental acariciaba el micrófono y susurraba con una voz pura que contrastaba con esa imagen fálica.

—El taxista está dispuesto a llevarles al hotel cuando se cansen.

Sin embargo, pidió otra botella de vino y se puso a recordar anécdotas de los colegas, algunos de Sudáfrica, premios Nobel de Medicina, uno era de física—didáctico, pero con gran inteligencia crítica—, ¿seguía con vida?, no, ¿no había emigrado a no sé qué proyecto de investigación en Alemania? Hace años éramos todos unos gallitos, nos creíamos todos unos Einstein.

Exceptuando al amable y cortés Philip Tobias, a cuyas sugerentes conferencias había asistido Steve, por más que el origen de los homínidos no tuviese nada que ver con sus interrumpidos estudios de química, conocía a todos los grandes—a todos los importantes—, aunque sólo por su obra..., a algunos los había citado en la tesis doctoral que le valió la plaza de profesor agregado.

—Claro, no tiene usted bastantes años..., cuando yo estudiaba, usted aún llevaba pantalones cortos.

Lo dice más por adularle que por condescendencia. Sus propios días de estudiante se han borrado. Huido en Suazilandia, o en el Bloque de Detención D. Bebe un poco de vino y se toma el piropo como haría una mujer: alegrándose de aparentar menos años de los que tiene.

El canadiense pagó la cuenta con su tarjeta de crédito y todos le dieron su parte, o si no llevaban cambio, vociferaron con exagerado decoro—ninguno estaba borracho, pero nadie estaba sobrio—y le aseguraron que harían cuentas al día siguiente. Todos se separaron para ir al taxi y los otros vehículos que los habían llevado allí, su cuidadora (qué palabra tan deliciosa) les lanzó un beso al aire que rozó la mejilla de hombres y mujeres, pero no los acompañó. La vieron en la puerta, contoneándose, bostezando con ganas de volver a entrar, Lindsay Wilson y el tipo de la barba, bailando.

Por la mañana reparó en que no había llamado a casa.

Pero ya era muy tarde. El teléfono habría sonado al lado de Jabu en el más profundo círculo del sueño.

Cuando la llama temprano por la mañana, le hace un resumen de los entretenimientos académicos y ambos se divierten cotilleando... Jabu tiene prisa y, aunque está deseando oírlo, el relato de la parte más seria tendrá que esperar.

Ese día las sesiones se diversificaron y profundizaron en la cuestión de las toxinas no sólo en el ámbito doméstico, la industria alimentaria y la cosmética. Los productos industriales, un término muy amplio que apenas incluye los desechos de las centrales nucleares. Un delegado que hasta entonces se había quedado al margen escuchando a los demás, cogió el micrófono y tuvo que hacer una pausa para dejar que lo aplaudieran: debía de ser alguien inaccesible en su campo. Haciendo caso omiso de los aplausos, el hombre habló con una elocuencia distante.

—A todos nos asusta la extinción. Y eso es lo que significa para la mayoría la amenaza nuclear. La amenaza nuclear, que no es el Big Bang, mata despacio. Los datos mundiales, nuestra información y no digamos el conocimiento de la amenaza nuclear, que no es el Big Bang, son incompletos y probablemente lo serán siempre. En este simposio

tenemos la oportunidad, y la obligación, de escuchar a nuestros colegas de distintas regiones del planeta hablar de los riesgos del medio ambiente que les rodea, cualquier experiencia en su propio país que añada algo a los datos...

Del apocalipsis a la mierda de los residuos nucleares. Se produce un murmullo: está todo en los libros, pero el famoso orador les interrumpe:

—Estamos aquí para dar coherencia a los datos dispersos.

El profesor que dirige las sesiones sonrío aquiescente y levanta las manos abiertas a una deidad familiar.

Murmullos, alguien se levanta y habla de las plantas en peligro de extinción en el medio ambiente que «le rodea», y en ese caso la expresión tiene un sentido literal y no es una simple asociación de ideas conceptual (se oye un gruñido de reconocimiento por parte del profesor) pues la contaminación de los residuos nucleares impide el crecimiento de plantas y cosechas.

El agua se convierte en el tema de discusión. (Allí está representada helada, en botellas de plástico sobre la mesa de conferencias). Un profesor inglés:

—Una vez sofocado Chernóbil, el principal efluente nuclear es lo que respiras, no lo que puedas ingerir o tragar.

Un gesto al delegado que procede del hábitat donde los cocodrilos mueren en ríos contaminados, esa cadena alimenticia está rota.

Steve no tiene que preparar lo que dice, como hizo con su presentación; los hechos acuden fácilmente a su memoria. Puede contarle: una planta nuclear cerca de la costa y otra en construcción para el desarrollo de la industria producirán una enorme descarga termal de agua caliente procedente de la refrigeración de los condensadores que alterará la temperatura marina y destruirá las algas. Los productos químicos y biocidas utilizados para el tratamiento de las tuberías de la planta nuclear se verterán al mar y matarán las larvas de los peces..., tendrá un gigantesco impacto que alterará la emigración estacional de las ballenas.

Ha respondido a la pregunta siguiendo la costumbre adquirida en la Lucha de responder a lo que se espera de él en la disciplina de una situación determinada.

En el vestíbulo, después de que concluya la sesión, le hacen más preguntas, oye comparaciones con el estado de la naturaleza en unas islas, y—entre interjecciones sobre la posibilidad o no de aliviar esa situación—descubre que Lindsay Wilson ha aparecido por allí para cumplir con su obligación de controlar las actividades, pasa cerca de él y se vuelve para preguntar como si tal cosa.

—¿Estarás listo a eso de las dos de la tarde el sábado?

Tiene razón.

No ha llamado a los amigos con los que se alojó la otra vez.

Ese gesto de la cabeza captado de refilón en el vestíbulo: los padres reciben a muchos invitados, a ella y su pequeño grupo. Aunque era primavera en el hemisferio norte, hacía frío (para los cánones de las estaciones africanas) cuando salió del hotel por la puerta giratoria. Se arrebujó en la chaqueta de pana que en casa le servía de protección todo el año. El coche estaba en la puerta, ella le hizo un gesto y las borlas de su gorro de lana se movieron de uno a otro lado. El coche estaba vacío. No esperó a que saliera nadie más del hotel. No se entretuvo y se abrochó el cinturón de seguridad.

—Domanski no viene. Creo que se ha reencontrado con un antiguo amor que, según creía, se había ido a vivir a Perú o un sitio parecido hace años. Muchos delegados son de un país distinto de su lugar de trabajo o de residencia...

—Sí, ventajas de las guerras y revoluciones, al menos para esos países.

Ella se ríe de esa idea absurda, en un país que ha ganado todas sus guerras. ¿Desde hace cuántos siglos? ¿Invasiones? ¿Los vikingos? Nadie ha tenido que emigrar. Excepto para extender las fronteras de Inglaterra.

Cuando el cuerpo sabe adonde ir y los músculos y los nervios están sincronizados se nota. Y lo mismo ocurre al conducir, hay un objetivo conocido tras la conducción del vehículo. ¿Se dirige a la calle donde va a recoger al tipo de la barba? Pero los impulsos que controlan de manera subconsciente el vehículo no lo llevan de izquierda a derecha por las calles vecinas, se desvía hacia la autopista. La Barba no está esperando en casa de nadie. No lo dice, pero es evidente.

Lindsay cotillea con gracia sobre los delegados de un modo natural para dos personas de la misma generación..., bueno, él es un poco mayor, pero son de la misma época, tienen la misma relación con la vejez, y en el congreso hay profesores muy mayores. Uno quiere una bicicleta estática en la habitación, aunque el pobre se arrastra por ahí con un bastón, el otro quiere pedir hora en una clínica auditiva para que le hagan unas pruebas con el audífono que, según le han dicho, son únicas.

—Soy una especie de azafata para todo, enfermera, asistente, no sirvo comidas, pero doy instrucciones para que lo hagan. Y no sólo con los viejos... Adrián Bates sólo come derivados de la soja..., imagina la cara del cocinero cuando se lo dije.

Sería tentador confirmar que eso lo convierte en un bailarín de primera, ¿no?

El campo está empezando a cobrar vida, los magníficos árboles tiemblan con hojas

nuevas y los charcos de la lluvia tienen la quietud del hielo fundido.

—Nuestra casa está en una zona de Inglaterra muy apacible. Nada de pasarse la primavera muertos de frío y con la nariz goteando.

Se desvía por una ciudad catedralicia para darle un toque cultural al viaje. Su piedra gris es una afirmación de autoridad disfrazada de belleza.

—No es raro que los ingleses conquistaran medio mundo.

—¿Eres religioso?

—Las religiones son la causa de demasiados conflictos.

No hay que tomarse la cuestión demasiado en serio.

—Yo soy católica no practicante y divorciada. No creo que a Dios le preocupe mucho.

Es de esas personas a quienes las preguntas no le parecen indiscretas, no se siente amenazada ni tiene nada que ocultar. ..., da gusto estar con ella. Lo que se dice una mujer relajada y tranquila.

—¿Siempre te has dedicado a esto?, me refiero a lo de ser una especie de relaciones públicas en congresos académicos y demás.

—Cuando acabé la carrera, probé varios trabajos.

—¿Qué has estudiado? Déjame adivinar. Políticas. Idiomas. Te he oído hablar italiano y francés...

—No. Ciencias. Soy de los vuestros, pero como te he dicho me equivoqué, me interesan más las personas. Aunque al decano le gusta poner en mi currículum que soy al menos una iniciada en relaciones públicas. Aunque no será mi carrera definitiva...

—¿Qué planes tienes?

La palabra está mal elegida, ella mueve la cabeza brevemente mientras conduce, no es de las que hacen planes.

—He dirigido un club de buceo en las Bahamas.

—¿Cómo aprendiste a llevarlo?

—Con otra persona, era muy cansado en muchos sentidos, el calor, la organización y el peligro de que algún cliente descuidado no volviera a salir a la superficie, pero era

divertido. Hasta que se acabó el dinero... y otras cosas. He pasado un año en Francia con el British Council... —Y cómo si le hubiese hecho la pregunta indicada—¡Ah!, y ahora tengo la oportunidad de viajar con una comisión comercial a China.

—Así que te llevas a casa un diccionario de chino los fines de semana.

—No es mala idea. Debería hacerlo. Lo único que he hecho es comer más a menudo en restaurantes chinos y practicar mi pronunciación con los camareros. No se ríen, sino que me enseñan muy serios.

Steve no se siente obligado a darle conversación, y se producen varios silencios mientras observa los campos, los pueblos donde ya no hay jugueterías sino supermercados cerca del pub, y ella parece cómoda con su presente ocupación, que consiste en conducir, una actividad tan inconsciente como respirar.

—¿Siempre has dado clases en la universidad? ¿Estabas seguro de lo que querías hacer?

—Trabajé en una fábrica de pinturas. Era químico industrial, un trabajo seguro en aquella época.

Ella pensará que se refiere a que era un modo como otro cualquiera de ganarse el pan mientras era joven e indeciso. No estropees esa excursión tan agradable con una desconocida extrañamente compatible. No sospecha ni podría sospechar nada, sabe que es un delegado que fue a la misma clase de escuela que ella, la fórmula inglesa para dejar atrás de forma natural y hacerse adultos, como había hecho ella. ¿Qué es eso...? Una abstracción, el nazismo, el fascismo, el *apartheid* y la historia, puede que alguna vez haya asistido a una manifestación en Trafalgar Square, podía hacerlo, y ahora no le queda otro remedio que aceptar que corre cierto peligro de que un desconocido de al Qaeda la haga saltar por los aires de forma absurda en el metro. Un desconocido más entre los inmigrantes a quienes sin duda conoce por su carrera como intermediaria entre el instituto democrático y la sociedad. No introduzcas eso en el coche, donde ahora sólo hay un poco de aire fresco que entra por la ventanilla del conductor.

Ella le está diciendo que lo que quiere de verdad es tener una casa de campo, un sitio donde instalarse por su cuenta, aunque le encanta la casa familiar, donde siempre puede llevar amigos. Una casa cerca de la ciudad para ir los fines de semana. Pero supone que no tiene mucho sentido ya que va a vivir fuera varios años...

Cuando una forma oscura, una liebre o un perro, cruza de pronto la carretera y su voz sigue el volantazo de la mano izquierda, el coche se desvía, él la coge del brazo para corregir la trayectoria del vehículo y ella derrapa, el animal ha escapado, la mano izquierda de Lindsay aterriza con los dedos extendidos sobre el muslo de Steve, mientras la otra mano recobra el control del volante. El aparta el brazo y pone la mano un momento sobre la mano que hay en su muslo, como si hubiese recibido un golpe. Ella sale despacio del zigzag trazado por los neumáticos.

—Ni lo has rozado. Está vivo. Lo he visto.

Aplomo. Ninguno de los dos propone parar a comprobarlo. Es cierto que lo ha visto desaparecer entre los arbustos.

—No creo que fuese una ardilla—se limita a decir ella. ¿Acaso las ardillas son especiales para Lindsay? Cuando recupera el control del coche, se vuelve hacia él y esboza una mueca—. Lo siento. Creo que nos vendrá bien un café, ¿paro en el próximo pueblo para recuperarnos del susto? Ya estamos cerca, a una media hora...

—Lo has hecho muy bien, soy yo quien tiene que disculparse por cogerte así del brazo, debo de haberte hecho un moratón.

—Te lo diré después, cuando esté en la bañera, ahora tendría que arremangarme. Los dos hemos actuado con mucha calma.

De todos modos tomaron un café en un bar rural, servido por lo que un extranjero apreciaría en el campo inglés: un anciano de rostro rubicundo con un acento de alguna región que Steve no había oído en aquella otra ocasión que estuvo en Inglaterra. Había un loro en una jaula mordisqueando los barrotes. Ella le habló: «Hola, Polly, dos cappuccinos, por favor», y él respondió con una vulgar invectiva aprendida de algún borracho: «Cierra la puta boca, cabrón, que te DEN, vete A la mierda», maldiciones que se pierden entre sus risas. Todo es parte de los incidentes del viaje. Pasó con el crepúsculo.

Por la ventanilla del coche aparece una vieja granja encajada entre dos grandes árboles inclinados que él supone que deben de ser robles...

—No son tan viejos—le explica ella sin sentimentalismos—, mi bisabuelo decidió intentar ser granjero cuando volvió de la Primera Guerra Mundial con los pulmones fastidiados por un ataque con gas. Mi abuelo prefirió la Bolsa y fue una suerte para todos. Nadie ha vuelto a cultivar nada desde entonces. La mayor parte de las tierras se vendieron, claro.

Vista por primera vez como salida de un cuadro, una plantación de frutales, una línea de árboles que se curva en torno a un campo donde dos caballos retozan en compañía de (por comparación) un torpe burro; la línea de árboles parece seguir un arroyo; la casa no tiene el tejado de paja, pero sí una solidez rural aumentada por varios añadidos evidentes. Había tres coches y una furgoneta aparcados en varios ángulos y la sombra de unos niños iluminados por la luz de la casa se coló entre ellos detrás de un balón.

—¡Ah!, esta noche están todos—dijo ella al reconocer los vehículos y a los niños. Al parecer era costumbre que nadie, tampoco ella, avisara si iba a pasar el fin de semana. Aun así, Steve se siente un poco cohibido al entrar en esa casa llena de desconocidos y con las puertas abiertas.

—¿De verdad no pasa nada?

Ella fingió sorprenderse.

—Pues claro.

Dejaron en el coche la bolsa de Steve y lo que quiera que ella hubiese llevado para el campo. Todo el mundo estaba comiendo y bebiendo en una sala amplia y resonante con un fuego que alimentaban con gruesos leños dos niños adolescentes y una chica con botas de piel de cordero. Lindsay le cogió de la mano para presentárselo a un hombre corpulento, evidentemente su hermano, con el cabello tan rubio como los mechones que le caían a ella sobre la frente y la mejilla desde el incidente de la carretera; así que el cabello rubio era heredado y no químico. El hermano, Jeremy, le dio la mano y le sujetó el antebrazo con cordialidad (no el doble apretón de los negros, *eish*), aunque no pareció prestar mucha atención al nombre del visitante de ese fin de semana.

—¿No están papá y mamá?—preguntó ella.

Así que el anfitrión era el hermano.

—Sírrete antes de que no quede nada..., esta familia es voraz. El vino está ahí, si lo prefieres también hay cerveza. Mi hermana siempre bebe Guinness, sabe dónde encontrarla.

Llegaron varias mujeres del otro extremo de la mesa. Soy Tracy... Ivy, Isabel. Soy la Hermana Fea (una belleza) de Lindsay; una niña pequeña pintarrajeada con el lápiz de labios de su madre insistió, ¿quién eres...? Steve. Gracias... Steve Steve Steve, repitió como un loro.

Por su acento sudafricano notan que, aunque no sea uno de sus amigos extranjeros (Domanski canceló la visita), es una variedad colonial.

—¿Eres australiano?

¡ Oh...!, éste o aquél tenían un primo en Sudáfrica, dedicado a las comunicaciones—¿o era a la automoción?—en Ciudad del Cabo. Un jovencuelo tenía allí a su hermano con el equipo de rugby de Liverpool. Una mujer de rizos grises, con aire de haber conseguido algún otro logro, acudió a su lado mientras se servía una copa de vino, debía de haber algo en él que le había hecho suponer: «¿Conoce la obra de ese artista de su país, Karel Nel, que hace poco expuso en Londres, en Cork Street? Un talento extraordinario, astrofísica en el arte». Steve no lo conoce personalmente, pero Jake los había llevado a Jabu y a él a una exposición de sus obras en su taller. Entre el murmullo de las voces y el ambiente de la concurrencia comiendo, se produjo un vínculo momentáneo de una vivencia particular, la visión de un artista, entre desconocidos.

Libre de los «cuidados» de la mujer que lo había llevado allí, Steve se sintió cómodo con esa familia acostumbrada, como la de su barrio residencial, a recibir a visitantes de paso. Ella estaba poniéndose al día de las novedades de uno y respondiendo a las preguntas de otro sobre lo que estaba haciendo últimamente; oyó retazos de su descripción de los

diversos delegados del congreso entre alegres interjecciones. Al cabo de un rato se acercó a donde él estaba—como hacía cumpliendo con su obligación en las sesiones del congreso para asegurarse de que todo iba bien—y vio que se había servido jamón, encurtidos, rosbif y un poco de quiche que había en una caja mientras escuchaba el relato de Jeremy de un extraño robo en su casa de Londres en el que sólo se habían llevado su equipo de deportes, los palos de golf, las raquetas de tenis y el equipo náutico de su hijo.

—En estos tiempos los ladrones están muy especializados según la demanda de las tiendas de empeño. Tracy sospecha que contaron con la ayuda del hombre que viene a limpiar las ventanas, un tipo muy amable a quien le prepara un café en cuanto llega...

El hijo de alguien, con un aro en la oreja y un tatuaje que parece un sistema venoso paralelo en el dorso de la mano (la insignia familiar de los estudiantes blancos en casa, los aros no son discriminatorios, pero los tatuajes no se ven bien en la piel negra), quiere saber si hay buenos sitios donde bucear en Sudáfrica.

Sudáfrica.

Aprovecha una oportunidad para escabullirse del grupo en busca de un poco de silencio para utilizar el móvil. Sigue por un pasillo y deja atrás el estrépito de las voces y los utensilios de cocina, esquiva un dormitorio con la puerta abierta donde una mujer está deseando buenas noches a un niño, pasa junto a otra puerta abierta, un despacho pequeño, evidentemente el refugio de alguien que tiene que estar en contacto con las oficinas de la City—hay ordenadores, calendarios con fechas subrayadas al pie de logotipos de compañías industriales y agentes de seguros—. La llamada al barrio residencial, que ha recordado como si estuviera dentro de él. La voz de Jabu, no hay distancias.

—Jabu, hola, no te imaginas desde dónde te llamo, cariño, una antigua granja inglesa utilizada como casa los fines de semana, hay un montón de personas, al estilo de las familias africanas, aunque, claro, en realidad no vive nadie en ella.

—¡Oh, qué bien! ¿Cómo has ido a parar allí?

—El congreso se interrumpe el sábado y el domingo, hay excursiones, invitaciones, y ésta es la familia de la asistente del director, una relaciones públicas que tiene que ocuparse de todos. Nos ha invitado a unos cuantos, pero los demás no se han presentado. Por una vez no está lloviendo, pero por supuesto aún no he tenido oportunidad de pasear, tienen caballos, podría montar si supiera... Dile a Gary que los niños tienen un burro para practicar, seguro que le gustaría...

—No se lo diré, o seguro que se enfada por no habértelo llevado contigo. Además ha venido a dormir un amigo suyo..., pero, Stevie, ¿lo has visto...?, un granjero le ha disparado a un hombre al que encontró en su maizal, dice que pensó que era un babuino. —No le hace falta aclarar que el granjero era blanco (cómo no)—. El Centro de Asistencia Jurídica está preparando una demanda en nombre de la familia, era un bracero de otra granja que iba a ver a un amigo...

—¡Oh, Dios mío!—(aunque desde los días en que su padre lo llevaba a la iglesia no ha creído que exista)—, sólo leo periódicos ingleses y no hablan de esas cosas, hay demasiadas historias de terror, en el Congo, en Sudán, en Irak. La semana que viene iré a la Embajada, tengo que leer nuestros periódicos...

¿Va a formar parte del equipo del Centro?, pero cuando empieza a preguntarle se oyen ruidos en la línea y a Gary Elias jactándose.

—Papá, he quedado primero en la maratón infantil, nadamos, fuimos en bicicleta y corrimos tres kilómetros...

Luego Jabu llama a Sindiswa para que hable con él.

—¿No se suponía que habías vuelto ya? —Por supuesto, Sindi está tan absorbida por su vida de adolescente que le trae sin cuidado cuándo se vaya y cuándo tenga previsto volver; es el inicio de una saludable independencia que Jabu no recordaba..., al menos con Baba. Jabu no recupera el teléfono, los dos dan por sentado que volverán a hablar sin interrupciones.

—Besos a todos—y entre el ruido de voces, a Jabu—: Volveré pronto.

Y de vuelta al presente, la animada compañía, dos ancianos con jerséis de punto escocés están discutiendo sobre el fracaso de cierta inversión bursátil (una inversión que no tiene nada de rural), mientras Jeremy se ha puesto a hablar—Tracy, su mujer, apunta afectuosa y burlona que está «fantaseando»—de volver a criar ganado en lo que queda de la granja.

—Mejor que sigas con tus caballos.

Todos, incluso el invitado de la joven a quien ellos llaman Lyn, ayudan a recoger los platos y las botellas de vino. Mientras se dan ruidosamente las buenas noches, ella aborda a su hermano.

—¿Hay alguna habitación vacía?

El mira de izquierda a derecha y se encoge de hombros.

—Tendréis que conformaros con el molino, los crios son ya mayores y no pueden dormir con papá y mamá. Las habitaciones están hasta los topes.

—¿Hay mantas y demás?

—Pues claro. Siempre. Las camas están hechas, que yo sepa.

El molino. ¿Qué molino? La función de un molino, la idea de un molino como lugar donde pasar la noche. Ella abrazó a todos, se demoró para escuchar algo oculta por la

cortina de sus cabellos y, animada por las confidencias, gritó:

—¡Vamos!

Lo lleva hasta el coche, tienen que subir y conducir hasta el molino. Sólo los faros iluminan, como los ojos de un monstruo, la oscuridad lejos de la granja, un sendero de grava crujiente y la mirada del monstruo se posa en un refugio al lado de un ¿camino brillante? Un río. Debe de ser una continuación del que creyó ver tras la curva de árboles cuando llegaron al anochecer. Steve renuncia a toda responsabilidad: está agradablemente cansado, ha comido y bebido vino. Ella está al mando. Los ojos del coche les guían hasta una puerta, Lindsay la empuja, se abre y sus dedos encuentran el interruptor, una habitación cobra vida, aunque de momento es difícil formarse una impresión de lo que hay en ella. Vuelven al coche para coger las bolsas, ella apaga los ojos del vehículo, cierran las portezuelas y entran en la habitación para él, con él. Lindsay contaba con esa sorpresa y esa pausa inquisitiva, agradable para ambos.

—¿De verdad es un molino? ¿Una aceña?

Sueltan las bolsas en el suelo.

—Lo fue. Igual que todo lo que hay en esta zona. Nadie sabe cuándo funcionó por última vez. Mañana verás la rueda. Es un pena que no estemos en verano, hace demasiado frío para bañarse. El agua está limpiísima, me encanta dormir aquí, ha sido una suerte que no hubiera sitio en la casa.

No es más que una habitación. Es como acampar al aire libre: hay dos camas como los sacos de dormir de una tienda de campaña.

—Pero ¿no irás a decirme que habéis traído la electricidad desde la casa?

Está hablando por hablar.

—Hay un generador, incluso podemos encender un radiador. ¡Ah!, y no tendrás que salir del molino en plena noche, detrás de esa cortina hay un pequeño aseo.

—Habéis pensado en todo. Aunque no me advertiste que esta invitación iba a ser una aventura en el campo inglés.

Ella saca un radiador de debajo del único mueble que hay además de las camas: una mesa con una palangana y una jarra con un diseño floral, como las que se ven en los anticuarios. Por suerte, no encuentra el interruptor del radiador y él justifica así su habilidosa presencia masculina.

Lindsay vacía sus cosas encima de una de las camas. Así que ésa es la suya.

Steve abre su bolsa y mira lo que ha llevado. Unos pantalones cortos de pijama.

Nunca usa la parte de arriba. Tal vez sea mejor acostarse tal como está. Ella señala hacia la cortina, él asiente y Lindsay termina de sacar sus cosas y pasa al otro lado de la cortina, se oye cómo se lava los dientes y una breve pausa antes de que vuelva a salir con una especie de pijama de conejitos arremangado por los tobillos y descalza, encogiendo los dedos sobre el suelo de cemento.

—Milagro, hay un par de toallas.

En un rincón donde apenas puede moverse y encajado como en una maleta hay un lavabo, un depósito y una ducha sobre el desagüe, unas toallas en un gancho y una jarra medio llena de agua que Steve utiliza para lavarse los dientes y que no sabe a agua del grifo, se pregunta si será agua del río. Se oye el ruido al tirar de la cadena después de orinar; evidentemente ella no tenía necesidad—no es probable que se avergüence de algo tan natural—o a lo mejor ha aprovechado mientras estaban en la casa. Las mujeres son más discretas respecto a sus funciones corporales; lo eran incluso en el desierto bajo el fuego enemigo.

Lindsay no está en la cama. Está buscando con aire de frustración entre las cosas que ha dejado sobre la colcha.

—Aquí se pierde la noción del tiempo.

Ha salido con la camisa y la parte de abajo del pijama, esos pantalones cortos tan poco apropiados, sin cremallera, parece que esté en una piscina.

—Me entran ganas de abofetearme. He olvidado que había prometido al profesor Jacquard posponer su entrevista en la televisión.

—¿Quieres enviarle un SMS?

Si se ha dejado el móvil en el coche, el suyo está en la bolsa.

Lindsay es muy responsable: se ha fallado a sí misma más que a Jacquard. Se ha convertido en otra persona. Alguien distinto.

—No. No, se pondrá furioso si lo despierto, ¿qué hora es? ¿Medianoche? Mierda, ahora no irá al estudio y se organizará un lío de mil demonios, mi amigo el productor no tiene el número de su móvil y no puede llamarle al autobús a Stonehenge o a dondequiera que haya ido de excursión.

Alguien distinto: en esto, en ese momento. Ella le lanza el móvil, que vuelve enseguida a la bolsa..., se ríen de aquel olvido y confirman su pacto cuando ella le rodea los hombros con los brazos, los brazos de él recorren la curva de la espalda hasta la cintura. La felpa del pijama de conejitos le recuerda a un cuento infantil. Hace unos años Sindiswa usaba pijamas así. Pero los cuerpos de un hombre y una mujer son imanes. Ella se aprieta contra él y mientras se mueven juntos hacia atrás y hacia adelante entre risas, Steve nota

cómo se alza, oportunista, su pene. Ella podría apartarse. Se aprieta aún más. Los labios aquí y allá, acariciando, luego lo que es siempre el verdadero descubrimiento, su lengua en la cueva de la boca, y el permiso de entrada ganado allí a la cueva de placer desenfrenado entre las piernas.

Fue fácil. Ella se quitó el pijama con un movimiento levantando un pie y luego el otro para liberarse. El la sostuvo con una mano y se ayudó con la otra para quitarse la camisa. Por último, se quitó los pantalones cortos; ella lo sujetó un momento, declarado sin el escudo del prepucio. ¿En qué cama? Por supuesto, ella decidió: en la otra, en la que en apariencia le había asignado a él, la suya no estaba disponible. Antes de ser bienvenido dentro de ella, centró su atención, como fascinado, en los pezones rosados de sus pechos, lamio en torno a ellos, se los metió en la boca, rodeó sus areolas. Ella murmuró, así que te gustan sonrosados (algún otro amante debe de habérselo dicho). La lengua de Steve no estaba para hablar en ese momento.

¿Quién era el amante apasionado, ella o él, en generosa rivalidad? Cuando ella innovaba en esto, él se descubría innovando en aquello que no había imaginado. Las invasiones de la pasión eran un laberinto donde ella admitía no sólo lo que su cuerpo estaba preparado para recibir, sino también la capacidad erótica que siempre había estado oculta en el interior de Steve. Así que él también era otro.

Estaban casi dormidos cuando él salió de ella y sus cuerpos se acomodaron sobre las caderas, enfrentados como si el estrecho espacio de la cama los abrazara. Un momento antes de despuntar el día—debió de ser entonces, la luz de primavera aparece pronto en el hemisferio norte en preparación para el largo invierno—él despertó y oyó en el silencio el rumor del río. Puede que poco después lo oyera ella, se movió con los ojos cerrados y lo buscó a tientas. Adormilados, volvieron a hacer el amor.

Ella se levantó primero. A un desconocido no puedes decirle «Vuelve a la cama, quedémonos un poco más, el día con los demás aún no ha empezado». Se pasó las manos por los cabellos luminosos como una ráfaga de viento.

—Va a hacer un día precioso para ti. He contratado el sol todo el día.

Se inclina sonriente, con las rodillas desnudas juntas para recoger la ropa desperdigada y poner un poco de orden.

Sus nalgas y la curva de las caderas al ir a la ducha..., un jadeo de felicidad, el agua debe de estar fría a pesar del generador.

Sale con la toalla enrollada por debajo de las axilas; la desnudez oculta para él.

—Me recuerda el internado: «Las duchas frías son buenas para la salud».

Sonríe. Brrrrr.

Es una de las vivencias de clase media que Lindsay sabe que comparten.

—El desayuno es una fiesta. Todos van a la cocina y se preparan lo que les apetece, ¿tienes hambre? Antes venía una señora del pueblo y nos hacía unos revueltos fabulosos con huevos de sus propias gallinas, pero ahora está jubilada. Eso sí: no pidas arenques, los trae Tracy o no sé quién y no soporto el olor.

El quiere levantarse y darle un beso en la frente, pero ella ha hecho que el gesto parezca superfluo.

Aunque Lindsay haya contratado el sol, debe de haber llovido por la noche, incluso después de la ducha notó el frío del mundo exterior bajo la escasa protección de su camisa; pero por qué ir a buscar la chaqueta. Ella, con el gorro de borlas que apenas ocultaba la catarata de cabellos rubios, dio por sentado que Steve preferiría ir dando un paseo hasta la casa y no coger el coche. Se detuvieron, como le había dicho, para que viese la rueda del molino; la vieja rueda colgaba ociosa con la mirada perdida sobre el río que supuestamente debía utilizar.

—Vamos.

Lindsay se volvió y echó a correr sobre el rastrojo para que él la persiguiera, así el frío se convirtió en un motivo de exaltación física a su lado. En la cocina impregnada de aromas agradables—tostadas, café—sólo había un gato que no paraba de maullar. Alguien había desayunado ya y los demás debían de seguir en la cama. Ella lo preparó todo y él se disculpó de no saber cocinar.

—No tienes por qué.

Puede que fuese el típico comentario feminista mordaz: quienes cocinan son las mujeres y las esposas. Le habló al gato (a quien llamó crápula) en el mismo tono familiar con que se había dirigido al loro, y el gato respondió como si hiciese mucho que se entendían. Al otro macho le dio unos tomates con instrucciones de que los cortara por la mitad para freírlos.

—Es mi tigre, no podría vivir sin él y sin mi perro. ¿Tienes hijos?

—Dos. Un chico y una niña de catorce años.

Eso no cambia nada. Una niña pubescente, una mujer como ella. Fue como si lo dijera en voz alta.

—¿Un niño? ¿Se parece a ti? —Pero no es una pregunta, sino un reconocimiento de cómo ve ella al delegado del congreso.

Steve no piensa preguntarle si tiene hijos, aunque esté divorciada.

Lo que hay entre ellos no tiene nada que ver con nada. Ninguna relación con nadie, ningún compromiso público o privado y ninguna fidelidad. Lleva la tabla con los tomates temblando precariamente hasta la sartén. Ahora, el fugaz beso en la frente, la informalidad intercambiada por los delegados al final de la fiesta del canadiense en el club nocturno.

Jeremy apareció vestido con un elegante batín de cuadros escoceses. Compartió el desayuno con ellos mientras discutía con su hermana los planes del día para su invitado, ella se indignó cuando él sacó afuera al gato por participar en la conversación y volvió a meterlo enseguida.

Irían a ver los caballos, si es que le apetecía a su amigo (¿Steve?, sí, se acuerda del nombre...), tal vez podrían dar un paseo por la granja, y siempre está la posibilidad de ir al pub del pueblo si sigue haciendo sol.

—Lo hará, lo hará, ya me he encargado de eso...

Antes de salir de la cocina quedan en verse al cabo de media hora.

—Espera, Lyn, tu amigo no puede salir así a estas horas, ¿se puede saber en qué estás pensando?, es africano... —Desapareció por el pasillo y volvió con una guerrera de oficial del ejército—. No es precisamente de Savile Row, alguien dedicado a la segunda profesión más antigua del mundo debe de haberla dejado aquí hace años, pero impedirá que pesques una neumonía.

Ella no habría podido sospechar por qué se rió y echó la cabeza atrás con incredulidad al imaginarse con un uniforme militar, él que había tenido que huir a Angola y Namibia de eso mismo en su versión *apartheid*. Los dos hermanos andaban tan deprisa por la granja que enseguida entró en calor y se la pudo quitar y echársela al hombro. Jeremy llevaba unos bombachos y una silla de montar, ella sujetó las riendas del caballo y él montó con mucha elegancia, el hombre y el caballo trotaron y luego saltaron una serie de troncos de árbol. Lindsay sacó al burro para presentárselo, *Eeyore*, y echó una carrera a uno de los niños que montaba a pelo en él, con el inesperado resultado de la victoria del burro.

El pub tenía bancos desgastados por el uso, unas mesas combadas al aire libre y varias macetas con colillas entre los tulipanes que sacaban la lengua a punto de florecer, pero no había nadie sentado fuera; dentro, había algunas personas del pueblo. Jeremy se paró a saludar a uno.

—Ron cuida de los caballos durante la semana.

—Y del burro.

—Sí, ha bajado de estatus en la jubilación, después de ser maestro de hípica en un elegante club de campo.

—No soy yo quien ha bajado de estatus, sino los caballos, que tienen que estar en el

establo con el burro.

Sin embargo, el pub también acoge a los acaudalados dueños de las casas de campo de los alrededores. En la pizarra con el menú del domingo habían escrito con tiza «ostras, cerdo» y el «famoso pastel de carne y riñones» especialidad de la casa. Tracy le recomendó el asado de cerdo más que el pastel. La cháchara del camarero y dueño del pub dirige las voces, los pedidos, las botellas de vino y las cervezas, y trata con familiaridad a los londinenses y los lugareños. Repara en la cara nueva.

—¿Por qué no prueba mi pastel de carne y riñones? no encontrará nada igual en Londres ni en ningún otro sitio.

Y el desconocido cambia de elección.

La cordialidad de aquellos parroquianos dominicales hace que cualquier contacto inesperado no parezca excepcional. Un mechón de aquel cabello brillante cae sobre la boca ocupada mientras come a su lado y ella lo aparta igual que lo apartó con suavidad de su cuerpo. Alguien de los de la granja tiene el periódico dominical y las secciones van pasando de mano en mano... Hay acuerdos financieros, enfrentamientos entre palestinos e israelíes, reuniones del Consejo de Seguridad de la onu, todo tan distante como las noticias de Sudáfrica que ni siquiera llegan allí. Lindsay pide una botella de un buen Chianti después de la Guinness y el delegado que había llevado consigo interrumpe animadamente su conversación sobre el tema del congreso.

—Si queréis puedo disertar sobre las toxinas de la cerveza Guinness y el vino tinto italiano.

Jeremy se inclina para llamar la atención del propietario.

—¿No te parece demasiado rústico? ¿Te estás divirtiendo?

—Mucho, gracias...

Todos los que estaban en la antigua granja estaban acostumbrados a ver pasar individuos que eran importantes para su trabajo.

No ha sido el tipo de la barba. Ha sido él.

La comida dominical duró hasta media tarde, los parroquianos iban de un grupo a otro cuando oían una conversación que despertaba su interés o aprovechaban la ocasión para hablar con alguien con quien no habían podido ponerse al día de las noticias de la City. Retazos de vocabulario financiero, dialecto golfístico, desacuerdos sobre si Pavarotti era tan bueno como otro Cantante de ópera a quien acababan de oír, los susurros de un par de médicos comparando las propiedades de nuevas medicinas, una conversación no apta para legos.

Ahora la familia estaba volviendo a la granja y los autóctonos al pueblo. De regreso al molino guardaron silencio ante el espectáculo de una temprana puesta de sol en la faz primaveral del cielo... Lindsay tenía razón en lo de que el sol estaba garantizado. No hablaron mucho, conscientes de la presencia del otro. En el molino, el río ya estaba medio en sombras y tenía abierto un párpado para ver los colores del crepúsculo. Ella se detuvo en la puerta, tomó aliento y le preguntó bruscamente.

—¿Tienes que volver? ¿Esta noche? Dijiste que tenías que revisar unas notas. Si quieres, no me importa levantarme antes de que amanezca, podríamos irnos a primera hora de la mañana. Y llegar a tiempo.

Por supuesto, .ha calculado el tráfico, la hora exacta a la que empiezan las sesiones, nadie conoce mejor el programa del congreso que ella.

Una sonrisa cómplice para sus adentros.

—Tampoco me daría tiempo de llegar a la biblioteca. Escucharé con mucha atención lo que digan los otros y me arriesgaré a improvisar mis preguntas, estoy aquí para aprender de mis superiores. —Antes de que ella pueda decir nada, añade—: Hablo en serio.

Al fin y al cabo, esa mujer que tiene delante representa a la fundación académica por la que está allí.

Ella abre la puerta de un empujón y pasan adentro, la decisión está tomada: ¡se irán por la mañana! Es el pacto que desconocían, se abrazan y se besan por un tiempo que no se mide con los segundos que indican los relojes. A ninguno de los dos se le ocurre volver a la casa, la comida ha sido lo bastante abundante para que no tengan hambre. Con todo el mundo. La habitación está helada y se desvisten el uno al otro en el juego del deseo, escalofríos entre la distracción del calor de la boca. Ella se mete en su cama y él echa la guerrera del ejército sobre las mantas, para tatarle los pies, antes de ir con ella.

Redescubrimiento familiar—y totalmente desconocido— dentro de ella, como si fuese la primera vez. Sin embargo, el desenfreno de ambos fue el mismo, un rasgo innato en los dos. Como si no se extasiaran de forma diferente, como hombre y mujer, sino en una única sensualidad.

Así que es lunes. Lunes: se separaron al ducharse y, mientras se vestía, él se quedó oyendo el rumor del río, notando su propia reticencia, la incongruencia de encontrarse con aquellos miembros de la familia cercana que puedan haber decidido quedarse también y partir a primera hora por los motivos que sean.

—¿Vamos a ir a la casa? Para decir—(el huésped a los anfitriones)—adiós.

Lindsay arrugó un poco la nariz.

—No hace falta.

Dejaron atrás lo poco que se veía de la casa familiar aquella mañana neblinosa conduciendo con las luces encendidas igual que cuando encontraron el molino la noche de su llegada.

Ella habló del programa del congreso para los pocos días que quedaban, de que, puesto que el tema era (hace un gesto quitando la mano del volante) la ciencia de nuestros días en su «contexto más amplio», deberían haber ido una noche al teatro, a un concierto, algún aficionado al deporte entre el profesorado podría haber optado por un partido de fútbol... Los dos se esforzaron en adivinar qué podría haber sido: los clubes nocturnos formaban parte del ambiente, claro, pero eso lo organizaban los propios delegados... Lindsay miró el reloj, debió de hacer un cálculo rápido; cambió la ruta de regreso a Londres. («Vamos bien de tiempo...») para enseñarle una abadía que, según dijo, era su edificio favorito en el mundo hasta el momento. Y ¿el suyo, hasta el momento? El admite que no ha viajado mucho hasta el momento.

—No te preocupes: ahora estás en el circuito de los congresos, que permite viajar a los grandes intelectos a muchos países y lugares del mundo, incluso el espacio está cada día más cerca...

—Es el primero al que asisto y sólo he venido porque el jefe de departamento estaba demasiado ocupado.

Esas confesiones desarman a cualquiera, parecen poco serias y quien desconoce las circunstancias se ve obligado a negarlas.

—No te creo—se ríe ella, y quita otra vez la mano del volante, luego duda, como si fuese a posarla un momento en el muslo de él igual que hizo después de esquivar a un animal en la carretera, pero vuelve a ponerla en el volante.

Lo que había habido entre ellos no tenía nada que ver con la coherencia de la vida. Una realidad fuera de la realidad. Sólo real en sí misma.

Cuando vuelve a estar solo, junto a la documentación que hay sobre la cama del hotel londinense ve la guerrera de oficial del ejército (ha olvidado devolverla).

Una realidad. Tal vez lo que debería ser el amor sexual.

¿O ha sido un vislumbre de la alternativa, de lo que la vida podría haber sido de no ser por la Lucha, si hubiese sido el producto de un colegio privado sólo para blancos, con los céspedes importados de la Madre Patria, y lo hubieran educado para una profesión bien retribuida?

Los últimos días del congreso aportaron algunas resoluciones respecto a las obligaciones morales de la ciencia que no pueden responder siquiera a las inimaginables posibilidades de la investigación en los laboratorios del siglo xxi para salvar el medio ambiente del planeta Tierra. Sólo si los gobiernos del mundo invierten medios y dinero

podrá resolverse el problema. La realidad definitiva, la supervivencia.

Eso podía llevárselo consigo a África.

Podía llevarse ese resultado de las deliberaciones en su equipaje personal.

Lindsay Wilson se ocupó de la supervisión de los delegados hasta el final, digna e informal, encantadora incluso con los más exigentes. El, con un instinto para el engaño que ignoraba poseer (las mentiras que contaba en los interrogatorios para proteger a los camaradas no tenían nada que ver con eso), observó con ella la misma actitud que los demás. Excepto el tipo de la barba, Adrián Bates.' El se sentaba junto a la relaciones públicas en las comidas, y le llevaba una copa del bar mientras conversaba con otros delegados en el descanso, después de que convenciera al director de que debería permitirles oír a la Royal Philharmonic bajo la batuta de Zubin Mehta. El tipo de la barba, claro, no vivía en el hotel. Lindsay Wilson lo había instalado en alguna otra parte, cuando dejó al otro delegado a su cargo en la puerta del hotel. El tipo de la barba no había gozado de la hospitalidad del fin de semana en la casa familiar. Pero su familiaridad parecía una prolongación.

Ideas que surgen en un contexto donde no había habido ocasión ni lugar.

Lo que ocurrió—lo que sucedió de forma innegable entre él y esa mujer cuyo velo de cabello rubio había caído sobre su rostro y su pene—fue sencillamente un paréntesis privado, desconocido para quienes estaban con ellos. Una prolongación. Cuando oían la voz del otro o cruzaban una mirada. Steve aprendió eso de ella.

Las despedidas fueron cordiales entre abrazos e intercambio de direcciones electrónicas y números de teléfono, se dieron muchas tarjetas de visita como si todos tuviesen algo que vender. Algunos tenían peticiones especiales y acudieron a ella uno tras otro para dar o pedir información. El no tenía excusa. Cuando llegó el autobús del aeropuerto, ella movió la luminaria de su cabeza como solía hacer para llamar su atención.

—Profesor Reed, tengo las fotocopias de los papeles que quería de la biblioteca.

Y se dirigió hacia las oficinas con él detrás. Como si recordara, en su precipitación, sus modales, se apartó para dejarle pasar a él primero, y como si volviera a tener prisa cerró la puerta después de entrar. El autobús absorbió el rumor de las voces y el ruido de las pisadas. Ella le hizo una señal bajando un instante los párpados y apretando los labios: el autobús no se iría sin él. Se abrazaron y se besaron igual que en el molino. Esa fue su tarjeta de visita. Salieron del despacho por separado. Primero ella. Lindsay se despidió de Steve con un ademán cuando subió al jadeante autobús entre los otros dos delegados que llegaron con retraso (uno de ellos Domanski).

Mientras Domanski se instalaba a su lado enredándose con su maletín, las bolsas y los periódicos, Steve la vio ahí fuera. Su gesto de despedida era para todos.

La llegada al aeropuerto es un abrazo de bienvenida combinado.

Gary Elias, Sindiswa, Jabu le abrazan a coro, Sindi y Jabu comparten sus mejillas, el chico se engancha a su cuerpo. Como es domingo están todos, así que se los lleva a una de las pizzerías y cafeterías del aeropuerto preferidas de los niños en lugar de ir directos a casa.

La casa en el barrio residencial le reclamaba, y no vio nada distinto. ¿Por qué creyó que lo habría? Jabu, con su curiosidad natural convertida en atención analítica de abogado, tenía preguntas sobre varias cuestiones del congreso que le habían interesado al ver el programa bosquejado en la invitación. La contaminación del agua en áreas rurales y urbanas se estaba convirtiendo en causa de litigio en los casos de derechos humanos aceptados por el Centro de Asistencia Jurídica. ¿Cómo se llamaba el tipo que habló del mar con tanto conocimiento de causa y no se limitó a los ríos?—en Ciudad del Cabo se sigue discutiendo sobre las ballenas que de vez en cuando aparecen varadas y muertas en la playa—, ¿cómo podía ponerse en contacto con él? Sabía que uno de sus colegas quería hacerlo y sería muy útil.

Jabu iba recogiendo su ropa interior y sus camisas a medida que él deshacía la maleta y sacaba los periódicos. Pero, al ver los periódicos, dejó la ropa sucia a un lado y preguntó:

—¿Otra vez lo de los monos y el sida?

Y él la hizo reír contándole que un joven profesor muy moderno (no mencionó al tipo de la barba) propuso la teoría de que las toxinas en la comida habían causado la misteriosa enfermedad que llamamos sida en la familia de los primates y que alguien le presionó para saber exactamente en qué consistía su dieta. Otro profesor, para descartar esa tesis, respondió con una observación sobre algo que todo el mundo sabe. «Por lo que he visto cuando llevo a mis hijos al zoo son omnívoros».

Sindi y Gary vuelven a sus propias preocupaciones. Sindi al secreto de su propia habitación de la que salía siempre, con la regularidad del grito del muecín en la mezquita, el ritmo adolescente del grupo pop preferido por sus amigas, Gary a limpiar su bicicleta en el jardín donde estaba Wethu con unas conocidas. Aún no ha llegado la primavera en el hemisferio sur y nadie va a nadar a la piscina de los delfines. Los periódicos dominicales, cuyas páginas intercambian como siempre él y Jabu, ya no tratan de lo que le contó por teléfono el domingo anterior. Ella le cuenta los datos que ha averiguado acerca del granjero blanco que mató de un tiro al hijo de su criado porque, según dijo, pensó que era un babuino. Es una extraña y lúgubre conexión con la historia de los monos omnívoros. El hombre afirma que sólo se estaba protegiendo de un primate que iba a comerse su maíz.

Wethu no se sentó a la mesa—aunque no es una criada, se toma el domingo libre como hacen los criados en casa de los blancos—. Pero con independencia de cómo conciba su relación con el hogar de una hija del diácono de la iglesia de su pueblo, pariente suyo, ésta incluye ir a dar las buenas noches, aunque sea domingo y haya pasado el día por su

cuenta, asistiendo a la iglesia (no a la que los habitantes de ese barrio—vergüenza debería darles, Dios les castigará— han convertido en una piscina) e invitando a unas amigas a pasar la tarde en el jardín que comparte con la familia de la hija del diácono. Una hija de su clan es hija suya igual que el marido de la hija, y su descendencia forma, parte de su familia. No tiene reparo en ir a ver a Sindi, que ha vuelto a su habitación justo después de cenar. Wethu es una excepción y siempre es bienvenida, al contrario que el fisgón de Gary Elias, que tiene que quedarse fuera. Se oye un dúo feliz de voces por encima de la música y Wethu sale encantada.

—¡Esta Sin di!—les dice encantada a Jabu y Steve—. Y ¿qué tal te ha ido en Inglaterra? Has debido de pasarlo muy bien, Londres, yo nunca iré... ¿Has hecho muchas fotos?

—*Eish!* ¡Se me olvidó la cámara!

Pero ella le guiña un ojo, sabe que está bromeando porque no ha cumplido su promesa.

Y Jabu corea a su pariente.

—La próxima vez. Ha estado trabajando con personas muy importantes, Sisi, estoy segura de que salieron por la tele..., no nuestra tele.

No le envió a Wethu la postal prometida, debería haberlo recordado. Buckingham Palace y no ese paisaje en primavera.

Jabu nota el cansancio producido por el *jet lag* que también le afectó a ella al regreso de su primer viaje a Londres. No hace falta decir que es muy pronto para acostarse. Después de abrazar a Gary y de ir a darle un beso a Sin di, le pone la mano a Steve entre los omoplatos. Sobre la cama hay unos pantalones cortos de pijama. Ella ha ido a darse un baño, luego le preparará la bañera, la mezcla exacta de agua fría y caliente, como a él le gusta. Steve va a lavarse los dientes mientras ella está allí; siempre, desde que estuvieron en Suazilandia, el brillo del agua sobre las formas suaves y oscuras.

Los pezones son dos bayas negras.

Se besaron en esa cama recuperada y reconocida, pero ninguno de los dos supo quién era el que no quería hacer el amor: sólo el brazo de ella sobre su pecho y su brazo en torno a ella.

Él sabe—sabía—que resulta atractivo a las mujeres..., algo que se adquiere en la adolescencia o no se adquiere, y no siempre implica ser guapo (aunque ellas parecen opinar que no es del todo feo). En su época de estudiante había tenido unas cuantas..., no sabe si

llamarlas «aventuras», la palabra de moda entre la clase media blanca, y en los breves intervalos en la Lucha, algunos momentos de alivio y placer robados a las muchas privaciones que implicaba la dedicación a la causa. Esa fe hacía que incluso los hijos de los hombres y mujeres pasaran a segundo plano. La libertad lo exige todo. El premio, ninguno de esos apartes apresurados suponía nada, en el mejor de los casos el regalo—a veces no sin ternura—de eso que se llama «un polvo rápido». Pero todo había sido antes. Una vez que se «había acostado»—otro de los eufemismos educados para el acto indescriptible, desde la exaltación y el éxtasis hasta la profanación de la violación—, una vez que había hecho el amor en Suazilandia con la camarada recién reclutada que acababa de graduarse como maestra, era improbable que perdurara algún indicio de una atracción efímera. Ella lo aceptó para que entrara en ella, en cuerpo y alma, fuera del alcance de todas las diferencias que percibían en ellos las categorías ajenas, los dos buscaban respuestas a las mismas preguntas en las circunstancias que había decretado su existencia—incluso se casaron como símbolo particular del significado de ese estado—; él no había hecho el amor con ninguna otra mujer.

¿Qué nos unió?, la Lucha.

¿Fue ésa la atracción?

En busca de razones para lo del molino.

Y ella, Jabu, «su Jabu»—eso es verla como un accesorio, sin tener en cuenta su eficacia independiente en el mundo, el tiempo y el lugar en que viven, que son casuales—; nunca lo pensó, pero los almuerzos con un exitoso abogado en la práctica privada son muy diferentes a los que comparte con sus nuevos camaradas en el Centro de Asistencia Jurídica. Ha habido una vez. Sólo una. Algo que no fue almorzar. Una aventura «dentro de la empresa». Una hora borrada que nada tiene que ver con su vida normal.

Así pues, ¿buscando justificaciones?

Hay otra manera. Confesar. Debe decirle lo ocurrido en el congreso, no los resultados de las ponencias que tanto quería que le contara. Anularlo. Acabar con todas esas especulaciones bajo el talón de la sinceridad, contarle a Jabu lo del molino. Ensayar cómo

decírselo.

¡Ah, esa última indulgencia! Ella no lo sabe, la heriría y la haría desdichada, ¿cómo saber su reacción...: un reproche a sí misma, cómo le había fallado a él?

El momento llegó y se fue..., lo habría sido si Jabu no fuese tan locuaz.

—Luego empezó una discusión justo en la puerta entre un tendero y los hombres que salían de la iglesia, les reprochó que dejaran sus mantas y la basura delante de su tienda y que estuvieran arruinándole el negocio, fue terrible..., yo estaba justo ahí..., tienes que verlo, cuando tengas un rato esta semana...

Está hablando de donde están juntos, en el presente. La compasión de una iglesia protestante (la fe de su Baba), no demostrada por los católicos, los judíos y los musulmanes en sus centros de culto, había dado refugio a emigrantes de varios países con problemas en sus fronteras desde que empezó el flujo de personas, un cristianismo adaptado a las circunstancias de nuestro tiempo. Pero ahora se estaba convirtiendo en una perturbación de la vida en la ciudad, una intrusión y una invasión para los ciudadanos honrados que pagaban sus impuestos, una amenaza para los negocios y la salubridad. La iglesia convertida en dormitorio se desbordaba hasta la acera donde las personas dormían como cadáveres bajo mortajas de cartón recogido en la calle.

Ella lo llevó a ver esa forma de realidad. La calle a la que llegaron no parecía la ciudad que le era tan familiar, el cambio de funciones había destruido el escenario habitual.

Ahí estaba el edificio de los Juzgados, espléndida expresión arquitectónica de la dignidad de la ley y los derechos humanos. Ahí estaba la dignidad de ladrillo rojo de la vieja iglesia metodista. La fachada de la entrada a los Juzgados ignorada, oscurecida por un grupo de ocupantes, cuyos precarios refugios había desmontado la policía, amontonados como ropa de cama para volver a ser utilizados, y no como basura a punto de ser recogida. Algunos hombres y mujeres se sentaban en el suelo rodeados de niños que querían un poco de la comida para llevar que tenían los adultos: éstos eran los afortunados que habían conseguido unas monedas lavando un coche o mendigando (la naturaleza del trabajo de Jabu la mantiene al día de cómo viven los indigentes). Otros llegaban con sus platos de metal llenos de comida donada por la iglesia. Pasan sin verle ni oírle: es como si no existiera. Jabu les saluda en su propio idioma, por él y por ella: «*Sanibona-ni bafowethu nondade!*». Cuando le responden en la lengua de un país vecino, ella lo entiende y vuelve a hablarles usando el idioma de ellos. El es el Extranjero.

¿Qué hacemos contemplando como turistas a esas personas del Congo, Zimbabue, su parte de África? Aunque ella esté legitimada y él esté asociado a ella por sus palabras y su piel negra.

Deberían entrar en la iglesia, saludar al pastor, Jabu es hija de un diácono de la misma Casa de Dios, aunque no sea practicante. Han visto al pastor en los periódicos muchas veces..., un hombre blanco que estuvo implicado una vez en un escándalo que la

prensa se niega a olvidar, sea cierto o falso. ¿Quién puede juzgar en la balanza moral del bien y el mal, las mentiras y las verdades cuando él mismo, el camarada del *Umkhonto*, deja a esas personas sin refugio mientras este pastor los mantiene vivos hasta que haya paz y puedan volver al país en el que se han visto obligados a dejar sus vidas? Pero esa congregación numerosa y diferente de la iglesia implica que tienen que tener algunas de las formalidades de una institución empresarial. Hay un par de representantes de la iglesia (¿oficiales? O policías disfrazados) que les preguntan, dirigiéndose antes al intruso blanco: «¿Tiene cita con el pastor? ¿A qué organización pertenece? ¿Es periodista?». Debe de haber una lista de personas indeseables, podría ser uno de los tenderos.

El no puede entrar.

A ella, mujer y negra como ellos, no le hacen caso; les habla en tono coqueto y sumiso para hacer valer su derecho y la ley de la casa de Dios: no pueden negarse a dejar entrar a un cristiano en su iglesia. Se muestran escépticos, aprecian lo que toman por una insinuación sexual, pero tampoco la dejan entrar.

No está en la naturaleza de los camaradas dejarse desanimar cuando creen que deben hacer algo.

—¿Cuál es el número del teléfono móvil del pastor? Por favor, dádnoslo. Nos recibirá. —Les está hablando en inglés. Marcando distancias, una hermana con educación, cree conocer a los peces gordos que la dejarán entrar donde quiera. El hombre sonríe y se encoge de hombros, no necesita responder: «No».

Lo inesperado es que hay—por imposible que parezca— cierto ambiente hogareño en la pobreza organizada del lugar. Un bebé que mama del pecho de su madre, sentada con las piernas cruzadas en una manta; parece tan pequeño, cómo saberlo: podría haber nacido mientras ella se refugiaba en la iglesia del pastor. Hay un anciano que lía cigarrillos con trozos de papel de periódico y tabaco que saca de una pequeña pila de colillas, empujadas por el viento como si fueran hojas. Rodean a una mujer que ha visto la oportunidad de aprovechar el deseo femenino de tener buen aspecto al estilo habitual de la ciudad, aunque no estén en la ciudad, y se ha puesto manos a la obra: una denta está sentada en una caja mientras le hace unas trenzas más elaboradas que las que antes llevaba Jabu, compuestas del pelo de la cabeza y varios objetos como peines, pinzas y una especie de colas de rata. Se nota su rechazo a aceptar la negación de los pequeños detalles.

Ella y él son extranjeros allí. Incluso ella. La piel negra no es suficiente. Se vuelve hacia una salida de esa escena en territorio ajeno que desemboca de pronto en una calle ancha—boulevard, dice el cartel—, un pasaje de tiendas elegantes cerradas que se ha convertido en la versión de los indigentes de un supermercado. Zona tomada. Dos jóvenes bailan ante una tienda de baterías de teléfonos móviles de segunda mano. Pantalones vaqueros deshinchados de segunda o tercera mano, con los daños naturales que imitan algunos de sus estudiantes blancos, están expuestos sobre la acera junto con *dashikis* arrugados, vestidos que recuerdan la forma de sus antiguas propietarias y ropita de bebé que ha sobrevivido generaciones.

Todo el mundo está intentando vender algo. Los alegres refugiados convertidos en comerciantes saben muy bien que no tienen nada que ese hombre y esa mujer puedan necesitar. ¿Acaso hay cierta vitalidad cuando no tienes nada que ganar ni que perder?

De vuelta en el territorio del barrio residencial, él les describe todo aquello a Jake, Isa, Marc y Peter Mkize, que ha ido a recoger a su hijo después de una tarde de entrenamiento de técnica de placajes de rugby con Gary Elias. Isa chasquea la lengua, se interrumpe...

—¿Habéis leído que en los campos de concentración las personas fabricaban instrumentos con cosas de la basura, interpretaban música, incluso había comediantes con los hornos de gas de fondo... ?

—No es lo mismo.

Jabu nunca está dispuesta a aceptar que los ejemplos de brutalidades cometidas por los europeos sean parte de la condición humana que los negros deben compartir inevitablemente como africanos, igual que se han aficionado a los ordenadores, Internet, Facebook y Twitter. Lo que los blancos se hicieron unos a otros, aunque fuesen las víctimas del Holocausto, tal como acaba de ver en las personas desplazadas por la situación en sus propios países africanos y en éste en el que se convierten en refugiados, es un espíritu funesto. Nada que perder.

—¡Pues claro que no! En el Holocausto morías en hornos de gas. Liquidado y *klaar*. Morías por ser judío. Aquí vienen de Zimbabue donde puedes morir lentamente porque tus hermanos te lo roban todo, al estilo Mugabe, para quedárselo ellos.

—¿Y sus hermanos aquí en África?

—Sus primos, no tienen el mismo padre y la misma madre.

—¡Muy bien! La misma sangre africana...

Ya estamos otra vez..., la acusación que no se puede esquivar o dejar de lado.

—*Eish!* Pues claro, ¿qué os pasa a los del *XJmkhonto*, por qué los veteranos no hacéis algo por esos hermanos que nos dejaron operar en sus países durante la Lucha?

—Así que no basta con hablar. ¿Qué sugieres que hagamos, hermano? Ir a la iglesia e invitarlos a quedarse en nuestras casas con nosotros? ¿Estás dispuesto a compartir esta habitación...?

El delfín Marc se ha convertido en un camarada más allá de las reuniones en la

piscina, donde el vínculo es simplemente vecinal, puesto que fue el único de los vecinos que se ocupó de cuidar de Isa y su familia mientras Jake estuvo en el hospital después del asalto. Esa semana es él quien les habla de lo que ha visto durante una esperanzada visita a un patrocinador de una de sus obras que vive en un complejo urbano (exclusivo, lo definió) amurallado, con guardias de seguridad y puertas electrónicas.

Buganvillas púrpuras asoman sobre una tapia y un hombre de uniforme en una garita estilo cenador murmura para sus adentros mientras teclea en el móvil. La calle es ancha y está bien cuidada.

Al otro lado había una valla de alambre de espino en un descampado cuyos límites no se distinguían con claridad y donde había surgido una especie de refugio organizado, una dependencia de ladrillo, un resto de lo que hubiesen construido allí, tapado por cartones, plásticos, planchas, mantas viejas, como si fuese algo orgánico, una enredadera silvestre brotada del suelo.

De la valla de espino colgaba una antigua puerta medio caída.

—Desde qué llegué estuve pensando qué demonios sería eso, ¿residentes ilegales? ¿Allí?

Le respondió uno de los guardias del complejo residencial: personas de Zimbabue que antes vivían en el asentamiento de Alex. Los vecinos estaban hartos, ocupaban las casas, les quitaban los trabajos en el asentamiento, había muchos problemas.

Lees sobre la violencia, no se trata de asesinatos por dinero; la supervivencia es otra cosa. Esto es la riada que inunda las aceras al salir de la iglesia metodista. Aquí nadie te impide entrar. Los hombres de dentro no prestan atención a los intrusos, los blancos deben de ser alguna autoridad, inspectores llegados para acosarlos. Si la mujer negra ha ido a darles algo a las mujeres, aquí no las hay. Puede que se alojen en otra parte, las únicas que pueden satisfacer las necesidades de los hombres llegan de noche.

Los intrusos van a las tiendas donde un hombre está lavando ropa en un cubo, hay pantalones y camisas colgados a secar en las cuerdas de la tienda. La radio de un Volkswagen destartado es el origen de la bulla que se oye, aunque no se percibe la animación del supermercado de los indigentes en la ciudad.

—*Dumela*, hola.

Le responde uno de los hombres inclinados sobre el capó del coche, al parecer dando consejos sobre lo que conviene hacer mientras otro espera a la defensiva junto a la solapa levantada de una tienda de campaña. Habla un buen inglés—cuando Mugabe, un ex profesor, llegó a presidente en la Rodesia británica convertida en Zimbabue, lo primero que hizo fue eliminar el sistema educativo colonial y establecer un nivel de alfabetización y conocimientos aritméticos más alto que el de la Sudáfrica posterior al *apartheid*—. Está diciendo:

—Nos han dicho que tenemos que irnos a finales de mes. ¡Volved! ¡Volved! En Zimbabwe no hay nada. Ni escuela. Ni hospital cuando te pones malo. El dinero es papel con el que no se puede comprar ni una barra de pan. Prefiero volver a Alex. No me importa...

Un camión pasa dando tumbos por la puerta y se dirige a la dependencia de ladrillo. Mientras tanto, su informante sigue hablando: su mujer y sus hijos están en el antiguo asentamiento de Alexandra de la época del *apartheid*, alguien les ha escondido allí. ¿Y él? Tiene un trabajo, hace dos años que es ayudante de electricista en una empresa de construcción... Los hombres vuelven despacio del camión llevando en equilibrio un bote de hojalata, igual que los de la iglesia. Es el camión del Ejército de Salvación que les ha llevado la comida.

—Sí, a diario.

El hombre no se va con los demás que han sacado la cabeza del capó y tirado el cubo de agua con jabón mientras su dueño se seca las manos en los pantalones. Saca de una bolsa que lleva enganchada al cinturón un poco de comida del Kentucky Fried Chicken: tiene un trabajo que todos ambicionan, aunque la habitación que compartía con hermanos de Zim se quemó, tuvo que sacar a los niños entre las llamas..., pero tiene dinero para comer.

En los botes de hojalata hay unas gachas pegajosas, un trozo de pan y un poco de col.

No quieren molestar más, aunque es evidente que han reparado en que los blancos y la mujer que se ha presentado como una hermana—incluso habla su idioma—no están allí para desahuciarlos. Por algún motivo son distintos a los del otro lado de la calle, donde los que viven detrás de esa tapia están haciendo que los jefazos de la ciudad den a la policía la orden de desalojar a los de Zimbabwe.

Un grupo acompaña al informante, se han presentado unos a otros, llevan a los visitantes entre las tiendas desordenadas cuyos ocupantes salen curiosos para intercambiar unas palabras: «¿Cuánto tiempo lleváis aquí?» (No se interpreta como «en este país»). «Llevamos en este sitio más de tres meses». «¿Adonde iréis?». Responden que tendrán que volver a Zimbabwe, no hay nada...

En la mayoría de tiendas no hay intimidad que respetar en «este lugar»; eso se ha perdido con todo lo demás...; dentro, el suelo está cubierto por lo que debían de ser colchones de colores ¿donados, junto con las tiendas, por alguna agencia internacional de refugiados?

El profesor lo averiguará, es un investigador nato. El autor teatral, hombre acostumbrado a mostrar personalidades, verá los restos de las identidades individuales en los escasos objetos, las posesiones de la vida personal, un par de elegantes zapatos en punta, una fotografía de una mujer desnuda en una pose erótica sacada de una revista

colgada de la pared de tela de saco, una especie de certificado en una carpeta de plástico, perchas de alambre con camisas de rayas, de cuadros o de dibujos afro, firma del ocupante de la tienda o del donante de ropa usada. Y, por supuesto, en las tiendas ven la última conexión de los desplazados y marginados, la prueba de su existencia en el mundo: los teléfonos móviles.

No se ahorran nada. No se acercan, pero hay aseos, cabinas de las que escapan riachuelos de orina. La marquesina con el cartel bloque de abluciones está cerrada. No hay agua. Por eso el hombre estaba lavando la ropa en un cubo..., pueden sacar agua de algunos de los grifos que hay aquí y allá entre las tiendas. Los montones no son de basura, sino de objetos guardados entre los que asoma la pata de una silla, como el periscopio de una vida.

Lo dejan todo atrás. Al menos, se han enfrentado a ello.

Lo han visto todo.

Pero, al rodear la puerta caída para volver a la calle, se dan cuenta de que no es así.

Ella le da una mano a él y al delfín la otra, la diferencia entre amante y vecino carece de importancia ante lo que los tres ven en la calle. Describiendo curvas y fingiendo chocarse hay niños blancos en bicicletas con los elegantes uniformes de un colegio privado carísimo que sus padres pueden permitirse pagar. Otros alumnos con el mismo uniforme que salen por las puertas del complejo entre saludos del guardia se unen felizmente a sus zigzagueos.

Son colegiales negros. Los hijos de una nueva clase media.

Son inocentes; sus padres son blancos y negros del exclusivo complejo cuyos residentes deben de haber declarado que la presencia de indigentes supone un peligro y un riesgo para la salud del barrio. Una devaluación de su propiedad en el mercado inmobiliario. Han conseguido que se emita una orden de desahucio contra los del otro lado de la calle.

¡De todos modos no habrían podido permitirse pagar ese colegio! Pero él había pensado..., se lo dijo a Jabu cuando pensaron en otro muy diferente, la primera vez, que el uniforme era demasiado ostentoso. Una trivialidad. No podíamos haber esperado encontrar nada tan parecido a lo que queremos, una educación democrática.

¿Y si hubiese un campamento de refugiados al otro lado de la calle del Colegio Aristóteles y los alumnos se dedicaran a presumir con sus bicicletas de montaña y sus uniformes... ?

¿Adonde quiere llegar?, siempre espera algo nuevo de Jabu, esto empezó para ellos hace mucho tiempo en Suazilandia. Jabu sabe que lo está diciendo por los dos.

—No..., no es lo mismo, no puedes decir eso, mira lo que habría ocurrido antes. Los chicos del campamento y los del colegio han jugado juntos al fútbol, el colegio les ha invitado a utilizar las instalaciones, la piscina...

—¡La típica evasión de responsabilidades al estilo liberal! No cambias la vida de los marginados, sólo haces que sea más soportable durante unas horas.

—Sí. Sí, eso es. Igual que mientras esperan la nueva justicia, la globalización, la Unión Africana..., qué sé yo..., para que atiendan sus demandas...

—«Una concesión». Otra cosa que te dan desde fuera...

Pero Jabu es abogada, utiliza el término de manera objetiva igual que en los tribunales, la parte perjudicada tiene derecho a aquello de lo que se le ha privado de forma injusta. A diferencia de Steve, ella sabe lo que una simple concesión—una bibliotecaria que presta libros en secreto a un hombre que no tiene derecho a hacer uso de la biblioteca—puede suponer en la vida de un hombre y en consecuencia en la de su hija.

Las contradicciones están delante de sus propias narices. Ahora. Los colegios como microcosmos del mundo. Gary Elias está haciendo campaña, con la libertad para expresarse que Jabu y Steve esperan de sus hijos, para dejar el colegio que escogieron para él, el Aristóteles, donde le han visto desarrollarse bien y salir de la concha de su introversión. ¿Era congénita o culpa de ellos, algo en su naturaleza? El instinto de entablar con los hijos la relación más profunda que han conocido aparte de la intimidad sexual de la que proceden: la de camaradas. Introversión. ¿Algo en los genes? Sindi tiene el mismo adn, de Pauline y Andrew Reed, desde la mezcla de sangre durante las Cruzadas, los ingleses que formaban el público del Globe de Shakespeare, la diáspora de los judíos zaristas, hasta las guerras tribales entre los Chaka y los Mzilikazi y los pastores evangelizados, los antiguos africanos y el linaje colonizado de Elias Siphwe Gumede, diácono, director de la escuela. Sindi en el Colegio Aristóteles abraza el mundo en que ha nacido.

Gary Elias ha escogido el colegio masculino de un barrio residencial que era exclusivo (la actual etiqueta social) en la época en que Steve estudiaba y estaba separado por sexos. Quiere ir a ese colegio masculino, un antiguo colegio de blancos, porque su

mejor amigo, Njabulo, el hijo de Peter Mkize, estudia allí. Por supuesto, el colegio ya no es racial, de lo contrario no habrían aceptado al hijo de Mkize, ni tampoco a Gary Elias, oscurecido por la sangre de su madre. Gary Elias no ha sido desdichado en el Colegio Aristóteles, que ha demostrado ser un buen colegio, tal como prueba el cambio en su personalidad. Pero la explicación, también evidente, era que estaba en ese intenso estado de amistad con Njabulo que tiene lugar en la infancia y es más fuerte que los vínculos familiares, hasta que los cambios en las gónadas producidos en la adolescencia ocupan su lugar. Sindiswa, ofendida por la falta de lealtad a su colegio, le atacó para disuadirle; pero era su hermana... Sus padres (hay tantas facetas en las que ser responsables como individuos) acudieron a Peter y a su mujer (una «pareja mixta» con otra receta: Peter es zulú como Jabu y Blessing es Khosa) para informarse del colegio de Njabulo. Los camaradas les tranquilizaron, su hijo estaba recibiendo una buena educación y—son francos—no hay problemas con los chicos blancos, todo el mundo se lleva bien.

Tenían que entrevistarse con el director.

—Se nos olvidó preguntarle a Peter si es negro.

—¿Qué más da?, el director del Aristóteles no lo es...

A ella le divierte, como un reproche a la pregunta.

Compan los escudos y el uniforme del colegio, su padre profesor agregado le lleva a clase el primer trimestre, el primer día, él ha insinuado con mucho tacto que no fuese su madre; y a partir de entonces los Mkize llevarán a Gary con Njabulo.

Para Gary Elias, se nota en el desayuno, esas mañanas son un motivo de alegría.

¿Qué opinaría su Baba—el director de la escuela—del cambio?

El rostro de Jabu es el de alguien que no se ha parado a pensarlo, pero su padre y ella tienen un pasado y su opinión cuenta.

—No sé lo que opinaba del Aristóteles. Sólo quiso saber si el nivel era alto. El resto—tiene los dedos entrelazados y los pulgares extendidos—nos lo deja a nosotros. A ti y a mí. —Lo subraya en términos formales a los que no están acostumbrados—: El padre y la madre.

Es evidente que el crío está ampliando su experiencia, las primeras semanas en un ambiente exclusivamente masculino por decisión propia, una aventura al margen de las decisiones de los adultos en la infancia, que para ellos se ve desbordada por la distorsión en todo el país del comportamiento normal adoptado después de su siniestro pasado. El área donde siguen viviendo casi todos los negros y los diferentes matices de negro (mezcla de

Sindiswa y Gary Elias), a pesar de que si pudieran permitirse otro sitio podrían vivir donde quisieran, es donde han ido a parar los emigrantes refugiados porque allí su color no destaca entre la multitud. Quienes se hacen en las ya de por sí abarrotadas chabolas y van a buscar agua del grifo que apenas basta para la comunidad local son hermanos africanos. Si eres blanco y no metes la nariz en sitios como la iglesia metodista y el campamento ilegal del otro lado de la carretera, no tienes por qué reparar en esta invasión a menos que te importunen los cada vez más numerosos mendigos que pululan por los centros comerciales con la mano extendida. En los asentamientos y las chabolas la presencia de refugiados es incalculable, quién sabe, llegan de manera ilegal a través de las vastas fronteras que es imposible controlar, algunos cruzan el río en la época en que lleva poca agua. A diferencia de los propietarios de las casas elegantes, los pobres en sus campamentos ilegales no tienen esperanza de que una orden oficial los libre de los invasores.

No hay otra autoridad que la de su propia mano: los cuchillos, las hachas, las pistolas robadas de las bandas locales, el fuego. Algunos somalíes huidos del conflicto de su país llevan consigo sus instintos comerciales y abren tiendas que son reducidas a cenizas con las nuevas armas tradicionales de Sudáfrica utilizadas durante la Lucha, los neumáticos incendiados.

Y los invasores se defienden.

En las clases de repaso, las asignaturas académicas son reemplazadas por la preocupación del profesor agregado de la facultad de Ciencias y de sus estudiantes por la violencia más allá del campus que les llega a través de la televisión. Lesego Moloji, de estudios africanos en la facultad de Humanidades: los refugiados ya no son hermanos, sino extranjeros.

Esta vez, cuando Jabu oye lo que se ha dicho en la universidad, no pregunta qué van a hacer los profesores y los estudiantes al respecto.

¿Qué van a hacer, qué pueden hacer los camaradas, los miembros del *XJmkhonto*, al respecto (acaso se puede llegar a ser un ex miembro)?

Han hecho lo que tenían que hacer en la Lucha y, a menos que sean concejales o parlamentarios, no tienen nada que decir sobre el gobierno del país libre. Los camaradas somos nosotros: Peter Mkize, Jake y todos los demás, los compañeros del barrio. Marc, en torno a esa piscina que está por encima de cualquier color, cualquier raza y cualquier sexo, lee en voz alta los periódicos del fin de semana.

—Xenofobia..., el país entero se ha vuelto xenófobo..., no sé si se puede decir así, sin más...

—Bueno, y cómo...

Jake hace un gesto:

—Peter, xenofobia, ¿africanos que odian a otros africanos?

Jabu interrumpe, está acostumbrada a la precisión:

—¿Estáis seguros de que es eso lo que quieren decir?

—Da igual, todo el mundo lo usa para referirse a lo que está pasando. Igual que antisemita, antimusulmán..., ¿se te ocurre otra manera?

De regreso en casa Jabu y Wethu preparan la comida, él ha entrado en la cocina a meter cervezas en la nevera.

Wethu está dando vueltas a la salsa sobre el fogón de gas y demostrando su propia vehemencia de púlpito mientras empuña la cuchara de madera y lo salpica todo de salsa. Pasa del isizulú a un inglés repleto de coloquialismos que ha aprendido en la ciudad, para incluirlo a él en su congregación.

—Tienen que *voetsak*, devolver a esa gentuza a Mugabe, sólo han venido a robarnos los bolsos por la calle y, qué vergüenza, mira lo que le hicieron al señor Jake, querían matarlo para quedarse con su coche. Si sigue vivo para ver crecer a sus hijos ha sido por la voluntad de Dios, ni siquiera puede andar bien, lo veo pasar por la calle, *eish!* Mienten al decir por qué han venido, los jóvenes no son más que *tsotsis*, *Wonk.e umuntu makahlale ezweni lakhe alilungise!* Todo el mundo debería quedarse en su país para arreglar las cosas, nosotros no huimos, nos quedamos en Kwazulú cuando los bóers y los blancos en las minas de carbón no pagaban a nuestros hombres lo suficiente para llevar a los niños a la escuela y todos enfermaban en las minas, nos quedamos para ayudar al país... Si no se marchan, tendremos que echarlos...

Como alguien que estudió por correspondencia antes de la era de Internet, Jabu tiene su biblioteca de libros de referencia (al estilo de su padre). Están en lo que se supone que es su escritorio en el dormitorio, aunque no hay sitio para trabajar: los diccionarios de Steve lo ocupan todo.

«Xenos. Indica la presencia de una referencia a lo que es extraño, foráneo, diferente. Del griego, Xenos, extranjero».

«Xenófobo. Caracterizado por el miedo a las cosas o personas extranjeras».

«Xenofobia. Odio intenso o irracional a los extranjeros». Es el único de los tres diccionarios que tiene interés pese a su concisión. Pero los refugiados no son invasores de

algún otro continente, portugueses, holandeses o británicos. Son el continente, africanos que ocupan un lugar en un mundo que se está formando.

La unidad africana. *Eish!*

Ella se asoma para llamarlo, la comida está en la mesa.

—¿Qué estás haciendo..., has olvidado cómo se escribe algo, profesor?

—Buscaba «xenofobia»...

—Yo te diré cómo se escribe. —Jabu sonrío. Ve que algo le ronda por la cabeza, pero no es momento de hablar. Tiene que comer y salir corriendo, debe llevar a Sindi al Aristóteles, donde van a hacer un ensayo general de la obra escolar. Sindiswa hace de Antígona, la representante del heroísmo invocada en cualquier sitio y en cualquier momento, tal como la representaron los camaradas en la cárcel de Robben Island. Sindi interpreta una adaptación a la historia reciente africana.

Jabu ha ido con su hija a ver el ensayo y Gary Elias... ¿dónde está...? ¡Ah, con los Mkize! Los círculos de la vida entrelazados.

La cama está ahí; quítate los zapatos y tumbate un rato. La almohada conserva el olor de su mujer, distinto de su perfume, ella sigue presente. Acéptalo: xenofobia. Todos decimos lo que está ocurriendo: una situación epidémica por la que estamos pasando.

Pero ¿no es eso una huida, una negación?, el país encuentra un diagnóstico que no admite los hechos, la verdad (pero dejémonos de términos absolutos y grandilocuentes), la realidad.

Los negros de todos los tonos de piel, los sudafricanos de los asentamientos y de las chabolas no atacan y pegan fuego a sus hermanos africanos por ser extranjeros: como último recurso ante su situación, se limitan a defender desesperadamente sus medios de subsistencia, su propia supervivencia. No hay un tejado que no deje pasar el frío y la lluvia, sin electricidad, no hay intimidad ni siquiera para cagar, no hay caminos para ir a unas clínicas donde no quedan medicinas, hay poquísimos trabajos para todos los que no cesan de buscarlos...; es lo que tienen, y quienes carecen de todo están llegando para competir por eso.

He ahí la causa de lo que sucede. No es un odio irracional al Xenos, «al extranjero, foráneo o diferente». Son familiares, africanos, negros como yo. Jabu sigue allí con él, aunque esté asistiendo a la transformación mítica de Sindi, Antígona actualizada, la época de la Lucha, el regreso del cadáver de su hermano de Robben Island. Si uno conoce lo bastante al otro, en cuerpo y alma, se puede hablar con él, o con ella, incluso cuando no está presente. Jabu está dispuesta a ver, a admitir su explicación, todo el mundo se lava las manos con un término que parece englobarlo todo.

El. Dentro de esta realidad, no está consiguiendo y no conseguirá nada..., marcharse. ¡Marcharse! ¿Cómo será la vida de Sindiswa y Gary Elias? Marcharse.

Y ¿el pueblo zulú de Elias Sipiwe Gumede?, los suyos..., el mismo pueblo, la misma gente y se atacan unos a otros como tradicionalistas tribalistas contra nacionalistas africanos del cna ..., aunque un bando no suponga una amenaza para el otro en Kwazulú. Bueno, eso es una rivalidad política, una lucha de poder. Los refugiados no tienen ninguna. Nota más que oye el teléfono móvil contra el muslo. Se remueve en la cama y mete estómago para sacar a aquel intruso del bolsillo del pantalón.

Jonathan. Es Jonathan. Lo había olvidado. Su hermano que antes de decir lo que quiere suelta siempre una letanía familiar, cómo estáis, cómo estamos, lo que hace uno, dónde está el otro. ¿Por qué sentir impaciencia?, así es cómo se comunica uno cuando no tiene contacto real; cuando Jonathan me llama Stevie, somos niños peleando en la hierba.

En fin, su madre va a vender la casa y se va a mudar a algún sitio cerca de Ciudad del Cabo, aún no está decidido, Jonathan le está buscando apartamento, está harta de la Inseguridad, ha habido un robo a dos casas de la suya, no creo que te lo haya contado, ya sabes lo independiente que es Pauline.

Pero el motivo de la llamada es que el chico a cuya ceremonia ritual de entrada en la edad adulta asistieron él y Jabu está listo para empezar sus estudios de posgrado en Ingeniería. Jonathan y Brenda quieren que vaya al extranjero; ¿en qué país, en qué universidad recomendaría el académico de la familia que busquen plaza? Brenda se fía de los consejos de Steve, es el único de la familia en cuya opinión confía.

Además admira tanto los logros de Jabu, la quiere mucho.. está segura de que Jabu entenderá sus precauciones.

Ingeniería: es una ciencia, pero no se imparte en la facultad de aquel a quien han pedido consejo, y de quien probablemente suponen que tiene influencia a través de sus contactos académicos.

El chico ha hecho los estudios en Ciudad del Cabo, ¿no tiene Stevie un colega allí que podría ser útil?

No en Ingeniería. Aunque hablará con uno de los profesores de Ingeniería de su universidad y espera conseguir alguna información. Entretanto, puede decir con un impulso sincero:

—Me alegro de que quiera ser un ingeniero altamente cualificado..., hacen mucha falta..., los necesitamos.

Su hermano le interrumpe:

—Y con esa cualificación podrá hacer carrera en el extranjero.

Puede que Jonathan esté hablando de una decisión.

Pasan los meses. Jabu ha asistido con Sindi a otro ensayo de la función escolar, el entusiasmo de ambas ilumina la habitación como si fuesen compañeras del colegio. Jabu, la intérprete objetiva de la ley, es ese otro tipo de camarada, la de sus hijos, cosa que él no es, ni sabe ser, ni siquiera con el de su mismo sexo, Gary Elias.

—Sindi está estupenda. No pensé que pudiera entender tan bien Antígona, sí, sí, tienes que oírla..., y el colegio también, el profesor de literatura y el de gimnasia, que también está en el grupo de danza, dirigen juntos...

La niña está boquiabierta de alegría, no puede contener los halagos y la satisfacción de su madre.

—¿Qué habéis hecho Gary y tú? No se habrá pasado la tarde delante del televisor, ¿verdad?

—Puede ser..., está en casa de los Mkize.

—Tendría que haber venido con nosotras a ver a su hermana..hay un chico que interpreta a Creonte, seguro que lo conoce.

Pero Gary Elias se habría sentido incómodo y rechazado en el colegio que ha afrontado al marcharse.

En ese periodo de la versión emergente de sí misma, Sindiswa lleva rizos al estilo rastafari como los que llevaba Jabu en lugar de su peinado al estilo afro la primera vez que él la vio. Añaden un gesto de desafío al rostro de Antígona (no tan bello como el de su madre, diluido por la sangre Reed):

—Nunca, si hubiese tenido hijos o si mi marido hubiera estado agonizando, habría asumido este doloroso papel contra la voluntad del pueblo. ¿Que en virtud de qué ley digo esto? Muerto un marido, otro habría podido tener, y hasta un hijo de otro nacido, de haber perdido el mío. Pero con mi padre y mi madre ya en el Hades, no hay hermano que pueda nacer. —Cierra los párpados un momento—. ¿...por haber transgredido una ley divina?, ¿y cuál? ¿De qué puede servirme mirar a los dioses... ?, cuando haya sufrido mi castigo conoceré mi pecado, pero si son mis jueces quienes están errados, no les deseo mayores males que los que me imponen en contra de toda justicia...

Como su padre no va al colegio griego, Sindi cree que no debe de conocer la historia:

—El hermano de Antígona, Polinices, muere y el cruel rey Creonte ordena que no le

den sepultura por haber participado en una especie de revolución. Antígona lo entierra a pesar de que está prohibido y la condenan a muerte.

¡ Oh!, la trama es mucho más complicada, pero sus padres estuvieron en la lucha contra el *apartheid*, así que...

Steve nota que Jabu lo está observando a él y no la actuación, como si se hubiese aprendido el papel de memoria. Como si le recordara a aquellos que nunca supieron si los camaradas estaban enterrados y que habían tenido la esperanza de que las confesiones en la Comisión de la Verdad les permitieran encontrar y reclamar lo que quedara de ellos. Exacto.

—Ve a buscar a tu hermano, Sindi, ya es hora de que vuelva... y diles a Blessing y a Peter que a ver cuándo quedamos.

Quiere que los Mkize tengan ocasión de disfrutar del brillo de Antígona en el interior de Sindi, la niña que ha compartido la infancia con sus hijos en el barrio..., y Marc tiene que ver un ensayo, se va a quedar boquiabierto..., podría darles algún consejo.

¿Cómo se dice...? Simultaneidad. Mientras el colegio organizaba una función para que los niños comprendieran que la condición para vivir en ese país en el futuro era la justicia, Jonathan le estaba contando el éxito de los planes de otro para marcharse.

—Ha llamado Jonathan, su hijo, Ryan, va a emigrar. Lo han aceptado en la universidad que les recomendó mi contacto en Ciudad del Cabo... Un chico con suerte.

—Querrás decir que se va a estudiar fuera. Eso no es emigrar...

—Ya sabes. La idea es ésa. Tener un título para encontrar trabajo en una empresa en el Reino Unido o en Estados Unidos.

Los pasos y las voces del hijo y la hija que discuten al entrar en casa. Gary Elias dice:

—¿Qué es lo que queréis? —Y a su madre—: *Ilantshie-khaya kwaNjabula beye mnandi impala!* La comida estaba buenísima en casa de Njabulo, su tío ha venido del pueblo, te manda saludos y unas cosas de Baba, Sindi se ha puesto a presumir recitando no sé qué, ¿por qué la habéis enviado? *Umthumeleni!*

¿Qué vas a hacer al respecto?

Otra vez.

En esta ocasión es la cuota que les corresponde de refugiados que duermen en los portales y ensucian los barrios; es un cambio climático como el del dióxido de carbono que está por todas partes; es el ambiente, en mayor o menor grado. Hay que seguir respirando. ¿Qué pueden hacer las universidades aparte de estudiar e investigar el fenómeno en el departamento de ciencias sociales, políticas, historia y humanidades: la ley de los derechos humanos es eterna y está por encima de sus distorsiones en los códigos de los distintos países, sociedades y circunstancias. Un seminario en el departamento apropiado, con un nutrido número de conferenciantes de otras facultades, dirigido por el rector nigeriano con el decoro intelectual interrumpido sólo de vez en cuando por un desliz emocional en el fraseo africano de su voz.

Y, a la hora de comer, un encuentro de los estudiantes y algunos miembros del claustro en un vestíbulo medio lleno.

Otra vez. Convencido por los alumnos de clases de repaso (que se han convertido en voluntarias también para los de segundo año), es uno de los profesores sentados a la mesa que dan golpecitos al micrófono como si se aclarasen la garganta antes de dar su opinión sobre el asunto. Xenofobia. Ésa es la identificación, la palabra, en los carteles que cuelgan del Consejo de Estudiantes. Steve es el único de los profesores (Jean McDonald de economía, Lesego, de estudios africanos y los dos alumnos de último curso) que la cuestionará por poco acertada.

Entre el público, los alumnos se sientan atentos, hay una chica con un chador muy erguida en la primera fila y un chico al fondo comiendo comida para llevar, es democráticamente correcto, no hay por qué pasar hambre. No puede decirlo (aunque está tentado) porque la audiencia se reiría y convertiría al alumno en el foco de atención: la simple presencia de una necesidad básica satisfaciéndose de forma poco apropiada es un ejemplo de la necesidad que se evade bajo la rúbrica del cartel.

—Xenofobia... es nuestra manera de distanciarnos del hecho de que los nuestros, en nuestro propio país, en nuestra propia casa—cierra inconscientemente la mano: un puño—, subsisten como refugiados de nuestra economía, en paro, sin casa, se ven obligados a sobrevivir a fuerza de ingenio, mendigando, ayudando a aparcar a cambio de unas monedas (todos los que tenemos coche hemos pagado ese dinero), o vendiendo fruta en los semáforos, si eres mujer con un bebé o un niño de pocos años que juega junto al bordillo. Es fácil tildar a nuestra gente de xenófoba cuando recurre a la violencia para defender su único espacio, su único medio de supervivencia contra los competidores por esos recursos ínfimos. No es odio al extranjero. ¿O es que ahora la violencia se llama xenofobia?

Se oye una especie de aplauso, la confusión de las palmas de las manos al chocar unas con otras, algunos pies cuyo impacto en el suelo se amortigua porque las suelas gruesas de las zapatillas deportivas no tienen la fuerza del cuero, algunas voces se alzan

como dardos en su contra. Jean McDonald es la moderadora de manera informal. Aprovecha su micrófono.

—Está usted subrayando el hecho de que no estamos cumpliendo con los derechos de los ciudadanos desfavorecidos de nuestro propio país..., si no podemos hacer eso, pues no tenemos los recursos y la voluntad política, ¿cómo vamos a ocuparnos de los refugiados que son una amenaza incluso para ese estado... de necesidad?

—¡El capitalismo! Hace que se siga produciendo riqueza para los blancos, exactamente igual que con el *apartheid*...

—Occidente apoya a los dictadores negros cuya opresión conduce a la guerra..., las personas tienen que marcharse o morir...

—¿Y qué hay de los peces gordos? ¿Aquí? ¿Acaso no están viviendo a lo grande mientras los jóvenes extraen el platino y el oro, produciendo dividendos, ocupando puestos en los consejos de administración, en empresas de Empoderamiento de los Negros?

—¡Tonterías! ¿De qué estamos hablando? ¿Así que éstos son... africanos? Tonterías. Proceden de otros países, hablan otro idioma, tienen otra cultura, son extranjeros...

—¿Que no son extranjeros? ¿Son una excepción por ser negros?

Una chica blanca cuyos pechos erguidos tiemblan mientras habla:

—La Unión Africana. Hay una Unión Europea y muchos prejuicios en Inglaterra cuando los emigrantes llegan y se quedan con el trabajo, los sindicatos...

—No si hacen el trabajo que los británicos no quieren hacer, todos los fontaneros son polacos.

La profesora McDonald permite que hablen los estudiantes. Libertad de expresión, aunque eso suponga que no vaya a haber ninguna resolución coherente para la prensa universitaria. Sin embargo, el profesor Lesego Moloji aparta su asiento y se pone en pie sujetando el micrófono como una vara de mando. Llama con un gesto a un alumno negro que tiene un cartel desplegado sobre las rodillas. El estudiante se vuelve hacia sus amigos para ver qué es lo que se espera de él. Allí no hay por qué aceptar órdenes: la universidad no es el colegio, pero ese profesor es un hermano, otro tipo de autoridad. El chico se levanta y hace lo que parece que se espera de él, lleva el cartel al proscenio donde le espera Lesego. El profesor vuelve a la mesa pero se detiene delante de sus colegas de espaldas a la sala, está escribiendo con trazos grandes en el cartel extendido sobre la mesa. Se vuelve. Muestra el cartel. Ha tachado con un rotulador grueso la palabra xenofobia, el cartel dice ahora pobreza.

No es una respuesta: ¿qué vas a hacer al respecto? Los escasos despojos por los que matan las personas. Sin embargo, la brusca confrontación hizo que el tono inquieto y pendenciero de los alumnos diera paso a una verdadera atención, querían oír lo que quienes tenían alguna cualificación por sus estudios—ciencias sociales, economía, política e historia—tenían que decir acerca de la condición de la que muchos procedían y para la que estaban adquiriendo teorías de «escuelas de pensamiento» de los profesores que ahora estaban intercambiando con ellos convicciones sobre el estado del país como si estuviesen en el mismo nivel de responsabilidad democrática.

Ese encuentro a la hora de comer no sólo rebautizó a los refugiados como una identidad, sino que desvió el foco hacia el espacio exterior de la Tierra, que separaba a los pobres de los ricos—un trabajador en una fábrica de un nuevo o antiguo multimillonario con la promesa de nuestro lema «una vida mejor para todos». En cierto modo se produce una reacción lenta, un despertar. Ese encuentro. Y el seminario sobre la ecosfera. El grupo de alumnos de ciencias ambientales está haciendo salidas de campo para ver con sus propios ojos lo que están estudiando, el drenado de las zonas húmedas para las prospecciones mineras... Steve le está contando todo eso a Jabu y sonríe.

—Ayer en el rellano de las escaleras había una especie de carrito ambulante de helados. Ensucian el campus por principio, se rebelan por lo de las becas estudiantiles, muy bien, eso es una cosa, pero atascar las alcantarillas, echar trozos de pizza al seto..., el grupo de estudiantes conservacionistas han puesto ese... objeto... donde dé vergüenza no tirar la basura al ir a clase.

A Jabu le han ofrecido un empleo en uno de los tres bufetes de derecho mercantil en los que el Centro de Asistencia Jurídica le ha permitido generosamente trabajar de vez en cuando. Han reparado en su aguda comprensión del proceso legal en las circunstancias actuales, o quizá el bufete necesitaba reforzar su imagen con el nombramiento de una abogada negra: igualdad racial y sexual. Puede que Steve lo piense para sus adentros: no todo el mundo reconoce la habilidad y devoción a la ley de una sudafricana que había vivido en el lado equivocado de la misma en una celda. Pero no lo dice. El nombramiento es un avance en su carrera para ser abogada del Estado. Algún día. Es lo que quiere para ella, igual que su Baba quiso que tuviera una educación.

—Por supuesto, podré seguir trabajando en el Centro.

¿Se está cuestionando a sí misma?

Una falta de dos meses. La ginecóloga alza la vista de los análisis: embarazada. Ha sido una estupidez no haber ido enseguida al médico. Parecía tan improbable. O un vestigio atávico. Las mujeres de Baba miran su vientre plano con gesto de entendidas: los maridos quieren hijos que los perpetúen. Su marido es distinto. No tiene por qué saberlo. No entiende cómo ha ocurrido, han tomado las precauciones habituales, no han hecho el amor

de manera impulsiva y arriesgada.

¿Quiere un tercer hijo? Tenemos otras formas de realizarnos. El, en esta etapa de cambios en la universidad; por supuesto, su marido es demasiado optimista respecto a lo de que algún día ella llegue a ser abogada del Estado, lo desea porque la quiere..., pero tendrá que adquirir mucha más experiencia, la variedad de los casos de derecho común y constitucional es enorme y aún tiene mucho que aprender.

¿Otro? Sindi destaca a diario, es la mejor de la clase, y está en el colegio indicado para prepararse para el mundo actual.

Gary Elias. Tal vez tengan problemas para entenderle; en cualquier caso, parece haber hecho bien al escoger su colegio, últimamente ya no es tan introvertido, aunque se encierra más en sí mismo cuando está con los Mkize que en casa.

La médica es una camarada, de la época en que estuvieron en la cárcel, la prisión femenina donde la supuesta supervisora aceptaba libros del padre de una de las presas porque era diácono en una iglesia metodista. En las breves oportunidades que tenían de hablar en el patio, esa camarada había imaginado el futuro sólo como su pasión de estudiar medicina. El aborto ya no es ilegal, ni un asunto peligroso y clandestino, excepto para la Iglesia católica y otros edictos religiosos y tribales. Ahora se practica con destreza gracias a la libertad de la camarada adquirida como ginecóloga.

No pueden hacer el amor esa noche, los hombres no llevan la cuenta, pensará que tiene el periodo, su deseo se apagará con el sueño. Aunque la nevera hace un ruido extraño en la cocina... Wethu se ha quejado, tenéis que comprar otra más grande, hay demasiadas cosas dentro.

Simplificar las tareas que acompañan el propósito de vivir—trabajar para que haya justicia en los tribunales, trabajar para que en los laboratorios de la facultad de Ciencias se garantice el derecho a saber—comprando los sábados comida suficiente para toda la semana.

Una vida normal. (¿Por fin?). ¿Qué es eso? ¿En qué momento y lugar?

No importa. Una vida donde lo personal sea lo prioritario.

Pero... sería, es, clandestino. Como el piso en Glengrove Place. No «lo mismo», más bien «como»: se parece en algo. (El aislamiento de Glengrove era por decreto). Hay un espacio exterior en la Tierra entre los nuestros y los demás, ¿qué nave espacial podría lanzarse para que formase parte del país? Mientras ella aporta su granito de arena a la justicia, él aporta el suyo a la educación.

Un recurso ante todo. En el tiempo libre que les queda él lee más que nunca y de manera distinta a ella, la ley implica empaparse de la jurisprudencia de cada caso concreto para averiguar por qué la defensa o la fiscalía han adoptado una estrategia concreta.

En el colegio tradicional elegido por la familia Reed a Steve le enseñaron latín, pero no griego. Sin embargo la elección de Sindi-Antígona de la variante demótica local del idioma y su interés cada vez mayor en charlar durante las comidas de la política y la filosofía que conoce como mito griego le llevan a tomar una decisión. Estudiar otra época en busca de ilustración—y ayuda—para el presente. Saca de las bibliotecas de la universidad las obras que no tuvo el privilegio de leer en su privilegiada escuela para blancos. Y a las que le impidió acceder aquella fe urgente de su juventud que le impulsó a mezclar elementos químicos para fabricar explosivos en lugar de pintura. Al igual que para la mayoría de los blancos supuestamente cultivados de su generación, los nombres de los antiguos sabios griegos eran etiquetas para describir características, derivadas de autores cuyas obras y pensamiento desconocían. Llamas a alguien epicúreo, sin mayúsculas, si le gusta el buen vino y la buena comida. Un fundamentalista amante de los lujos. Igual que algunos ministros del gobierno actual son aficionados a los puros cubanos, no como muestra de hermandad con Castro, sino por ser un derecho reservado hasta ahora a los capitalistas.

Lleva a casa una traducción e interpretación de Epicuro del departamento de filosofía para leerla tranquilamente el domingo después de los periódicos. El reparto del culebrón de ministros, funcionarios y parlamentarios implicados en la corrupción de la venta de armas queda relegado unas semanas a las páginas interiores como si fuese una noticia caducada y otras vuelve a la primera plana. Jabu no tiene información confidencial que respalde su intención de contar lo que iba a hacer la justicia con los estudiantes del colegio mayor de esa otra universidad donde se abusaba de las señoras de la limpieza negras. Lo que ocurrió parece haberse borrado. Entretanto el colegio mayor está cerrado.

Ahí está. Epicuro creía en un universo no creado ni dirigido por ningún creador, sus enseñanzas morales afirman la libertad para luchar por las propias aspiraciones, mejor, aumentar los placeres, una condición que sólo puede lograrse por medio del autocontrol en las relaciones con los demás, respetando los principios de justicia que garantizan la existencia de esa condición. El derecho a la felicidad.

Eso es una vida normal después de la Lucha.

Uno nunca está solo en una habitación, siempre hay presente alguna otra forma de vida. Jabu va a cerrar la ventana para que no entre la lluvia y un pececillo de plata se desliza de uno de los libros en los estantes.

Ella intenta aplastarlo con la base del pulgar, pero, claro, está diseñado para escapar..., desaparece. Saca los libros del montón donde se ha ocultado y varios animalillos más caen de las páginas. Es más difícil que cazar moscas. Si se alimentan de papel será más fácil conseguirlo en las hojas sueltas que entre las tapas de los libros. Hay otro estante al lado que Jabu y Steve compraron en una carpintería a medida que pertenecía en parte a un camarada indio que ha llegado a ser un exitoso empresario. Los documentos y artículos académicos de Steve se amontonan ahí. Qué festín. Empieza a buscar, saca una pila de hojas y unas páginas sueltas, unos recortes de periódicos caen al suelo. No se ven pececillos de plata, pero tendría que volver a organizar los papeles, ordena al menos el estante que ha desorganizado y recoge lo que ha caído al suelo. Los recortes son finos y vuelven a caer. Parecen anuncios; todos resaltan su producto en tinta negra: AUSTRALIA. Las fechas de publicación, algunas de hace un año, otras más recientes, están escritas con su letra, LA LLAMADA DE AUSTRALIA, EMIGRACIÓN A AUSTRALIA, AUSTRALIA. ¡Australia necesita tus conocimientos hoy! ¿ESTÁS DECIDIDO A IR A AUSTRALIA? Empieza a coger unos y otros..., tiene que ir más despacio, lee los textos mientras su imaginación se concentra en otra cosa, intrigada, intenta responder a la pregunta de por qué habrá recortado y guardado eso. ¿ESTÁ INTERESADO EN VIVIR EN AUSTRALIA DE MANERA TEMPORAL O PERMANENTE? NO BUSQUE MÁS . Explore oportunidades ocultas. Tasas de éxito fiables y espectaculares. Para INFORMACIÓN Y ASESORAMIENTO EN LINEA... EMIGRACIÓN A AUSTRALIA. Unos asesores celebrarán un seminario gratuito. El seminario tratará de los últimos anuncios de inmigración y de lo que puede ofrecer Australia. Estamos especialmente interesados en personas con títulos universitarios. Habrá un abogado especializado en inmigración para responder a todas las preguntas..., gastos no incluidos..., AUSTRALIA. Seminario. Las plazas son limitadas, llame para reservar plaza. Disponible para resolver dudas sobre nuestra próxima reunión sobre las distintas rutas de emigración. Haga clic en los seminarios de inmigración. Participe en un seminario gratis sobre...

Si Steve está pensando en escribir sobre el fenómeno de las personas cualificadas que abandonan el país (algo para la universidad), ¿por qué no me lo ha dicho, como hace siempre? Sabe que me interesaría que me enseñara estas cosas.

Lo tenía escondido como las cartas de amor de otra mujer.

Jabu se negaba a aceptar una explicación que le parecía increíble y terminó ante la puerta de los Anderson, como si pasara por allí por casualidad. No reparó en que a esa hora de la tarde era improbable que hubiese nadie en casa: ellos estarían en el trabajo y los niños en la escuela. Jabu misma no habría vuelto al barrio si el caso sobre una disputa de propiedad en que trabajaba como ayudante de uno de los abogados del bufete no se hubiese

suspendido y no hubiesen pospuesto la discusión hasta el día siguiente. Pero al cabo de un rato Jake abrió la puerta. Llevaba la ropa y el pelo revueltos, debía de estar descansando, habría vuelto pronto, desde el asalto sufría migrañas a menudo.

—Isa aún no ha llegado.

Pero de forma inconsciente se alegró de que estuviera él, el camarada, un hombre como Steve. Charlaron un rato. Le preguntó a Jake cómo estaba y cómo se encontraba. El hizo un gesto para disculparse por ir tan desastrado. Jabu le mostró los recortes.

—¿Los conoces? —Los sostuvo entre el pulgar y el índice como las cartas de una baraja.

—Pues claro, se publican de forma habitual en los periódicos. ¿Por qué?

—Los he encontrado hoy, se han caído de entre unas revistas y otras cosas que guarda Steve.

El los observa y se toma su tiempo para entender lo que le está diciendo.

—¿Y? Debe de guardar todo tipo de recortes, muchas veces nos pasan cosas que creías haber olvidado..., mezclas las fechas..., necesitas...

—Si está escribiendo algo para los veteranos del *Umkhonto*—se le acaba de ocurrir esa posibilidad—a mí no me lo ha contado. —Lo dice en tono de pregunta—. No nos hemos fijado mucho en los que toman el avión a Perth, quienesquiera que sean.

¿Por qué le enseña Jabu esos recortes? ¿Qué quiere que le diga? Steve está cabreado. Todos estamos cabreados con lo que ocurre en el país.

Jake arquea las cejas y se frota la cara con una mano para quitarse el cansancio o el rechazo.

—¿Cómo quieres que lo sepa?

Lo sabe. Pasa el fajo de recortes—las pruebas que ella ha visto—de una mano a la otra. Y se las devuelve a Jabu.

No tienen nada más que decirse.

Su mujer abogada le mostró las pruebas esa noche después de convencer a Gary Elias de que se acostara, de que Sindi se marchase a su habitación a escuchar a Michael Jackson y Wethu a su gallinero con la televisión que Steve le había comprado para

compensar la pérdida del contacto con sus familiares en Kwazulú. El lugar, la habitación, donde está a punto de plantearse, de ocurrir, ese asunto tan trascendental, adopta una familiaridad desconocida que caerá en el olvido cuando los pececillos de plata hayan devorado los recortes y el cambio de existencia que proponen se haya llevado o no a la práctica. La habitación de la casa del barrio residencial en la que han pasado tanto tiempo desde Glengrove Place, las sillas compradas para proporcionar la comodidad añorada, los cuadros pintados por artistas con vivencias similares, uno en Brasil, los otros en Africa, compartidos con los ocupantes de la casa, la chaqueta del colegio tirada por ahí, los libros bocabajo, la bandeja rota con las gafas de sol entre las tazas de café, una botella de vino casi vacía y un bolígrafo con la cabeza de Mickey Mouse: los testigos. Jabu miró a su alrededor para hacer inventario mientras sacaba algunos de los recortes de Australia del *dashiki* de algodón que le gustaba llevar en lugar de la toga.

—Se han caído mientras limpiaba esta tarde. Estaban entre tus papeles.

—Sí.

Ahora ella está esperando que recuerde: una curiosidad normal, algo de lo que hablar en la piscina de los delfines.

El había levantado la bandeja, había cogido el bolígrafo de Mickey Mouse, equilibrando el peso con la otra mano. Dejó el bolígrafo en la mesa.

—No estaba hurgando entre tus cosas...

Los camaradas respetan la intimidad por muy larga y cercana que sea una relación. El siguió de pie con la bandeja, de pronto se había convertido en responsabilidad de Jabu hablar y decir lo que tuviera que decir.

—Pero... —Lo más importante es que no es una discusión—. Nunca me has dicho nada, quiero decir, que guardabas esto de Australia. ¿Para qué... ?

Otro silencio. Él clava la mirada en ella, no se ven con la familiaridad que tanto aprecian y que a veces dan por supuesta.

—Iba..., voy a hablarlo contigo.

—Australia... —Jabu está moviendo no sólo el hombro sino el cuerpo. No quiere continuar—. Dime que no estás pensando de verdad en emigrar a Australia. Nosotros...

—Lo he estado pensando. Por nosotros, por Sindi y por Gary Elias. Sé lo que opinas, yo también lo pienso, o lo pensaba.

Llevó la bandeja a la cocina y ella oyó cómo la dejaba en la superficie metálica junto al fregadero.

Volvió con la declaración y se quedó de pie mientras la desenrollaba.

—¿Para esto hicimos lo que hicimos? La Lucha. Los camaradas..., ¿para que vuelva a haber jefes idénticos a los del *apartheid* y Nuestro «renacimiento». Corrupción en la venta de armas, ¿cuál es el procedimiento en tus tribunales?..., el lugar de ensueño..., el vertedero de la iglesia metodista que es sólo uno de los pozos negros de personas que nadie quiere y con las que nadie sabe qué hacer... (los «derechos» son demasiado pomposos para aplicárselos a los refugiados), chabolas donde se supone que tienen un techo y unas paredes donde siguen viviendo en la mierda; podría seguir, como hacemos los camaradas. Estoy en el recinto de la universidad, colegios que no tienen profesores... ni lavabos..., niños que van a estudiar sin comida en el estómago.

En la quincuagésimo segunda reunión anual del Congreso Nacional Africano en Polokwane: Jacob Gedleyihlekisa Zuma, conocido como Msholoji, jefe de Inteligencia del *Umkhonto we Sizwe*, que había estado preso diez años en Robben Island y operó en el exilio desde Mozambique y Suazilandia.

Salió elegido presidente del cna por mayoría en contra de los votos de una facción escindida y de los partidarios del presidente del país Thabo Mbeki, que lo había cesado de vicepresidente dos años antes por corrupción, el presidente Mbeki hizo el juicio moral de que cualquiera que fuese el veredicto—la decisión del tribunal fue sobreseer el caso— la implicación en un caso de esta naturaleza bastaba para incapacitar a cualquiera de desempeñar el segundo cargo más alto del país.

Se produjo una celebración tumultuosa, sobre todo por parte de los jóvenes, que entonaron con Zuma su canción favorita *Awuleth umshiniwami*, tráeme mi metralleta, un grito de guerra del *Umkhonto we Sizwe* que (aunque no se usara literalmente) sin duda iba a proporcionarles trabajos, casas, coches y el disfrute de la buena vida cuando—una vez más se da por supuesto—fuese el presidente del país. Había testificado en los tribunales que sabía que la joven con quien había mantenido relaciones sexuales en la acusación por violación era seropositiva: en su discurso de la victoria en el congreso de Polokwane declaró que «todas las estructuras del gobierno deberían participar activamente en la lucha contra el vih y el sida en todas las facetas de la estrategia nacional: la prevención, el tratamiento y el apoyo a las familias afectadas e infectadas».

Zuma presidente del Partido.

—Tu padre estará entusiasmado.

Si lo dijo por compartir irónicamente sus sentimientos, fue un error. Ella volvió la cabeza con un gesto familiar que ponía fin a la conversación. Steve comprendió que había sido una estupidez: ¿cómo iba Jabu a deplorar el resultado como él y a aceptar en la intimidad de la relación con su padre la alegría de éste?

Lo que sí podía hacer era preguntar a un amigo (aunque no camarada) de la universidad que le había hablado a menudo de su casa en la playa, si por casualidad no estaría disponible para alquilarla durante las vacaciones de Navidad y Año Nuevo. La casa era propiedad del suegro de su amigo, y como la familia iba a viajar al extranjero, llegaron a un acuerdo.

Se tomó la libertad de anunciar las vacaciones en la playa como un regalo en lugar de una decisión que tenían que tomar él y ella... Jabu no pudo rechazar la oferta al ver lo emocionados que estaban los niños, Gary Elias anunció en el acto que iría a hacer surf, tenía un amigo que le dejaría prestada una tabla.

De momento, se da por supuesto que no habrá visita navideña al hogar de Kwazulú:

—Gary irá a ver a sus primos en las vacaciones de Semana Santa.

Año Nuevo.

Era una de las muchas playas con senderos de arena limpia que llevaban al mar y ese cielo que se ve en los folletos turísticos para los visitantes extranjeros. La casa estaba a sólo un paseo entre los arbustos. De no ser por los periódicos y la radio—en el retiro del suegro no había televisión—, Polokwane, Zuma y demás podrían haber quedado en el barrio residencial. Australia.

Steve llegó a la sombrilla clavada entre muchas otras, con zumos de fruta y helados del chiringuito.

—¿Y los periódicos?

No tuvo que volver. Jabu fue corriendo por la arena.

Los dos leyeron con una compulsión que casaba bien con la sed con que Sindi y Gary dieron cuenta del zumo y el helado. El mar y el cielo se borraron con la letra de imprenta: la escisión del Partido confirmada en el congreso de Polokwane, la rivalidad incluso sobre el nombre escogido por la facción escindida para su nuevo partido, «Congreso del Pueblo»—cope—, apelando tanto a las masas como a la capacidad de satisfacer sus necesidades. Congreso del Pueblo.

—Pues vaya..., ¿cómo vas a tomar el nombre de un suceso real y específico de la historia del cna de hace no sé cuántos años?¹

Eso es lo que era.

Ella se sube las gafas de sol.

—¿Por qué no? Es una afirmación, lo que prometen que será, Además, ¿qué importa el nombre? Sólo los partidarios de Zuniu se enfadan porque creen que cualquier cosa que

apele «al pueblo» es de su propiedad, creen ser los dueños incluso de las palabras.

—Es una amenaza. Mira lo que hemos perdido..., a Lekota para empezar.

Los dos están convencidos de la integridad política, la inteligencia y la honradez de Mosiuoa Lekota, un hombre de la Lucha, conocido como Lekota el Terror, hasta que con la paz y la libertad el apodo recordaba demasiado al terrorismo, pese a que se lo habían puesto por su fama como jugador de fútbol.

—Desaparecido el Terror... el CNA tendrá que pagar la factura de las luchas internas, las puñaladas por la espalda, quién acepta sobornos de quién, todo el asunto Shaik mancha al partido... cope. Ese nombre no es trivial, es un indicio de la toma de poder por el fracaso de los ideales de nuestro partido. ¿Promesas?

Y la última palabra tiene un tono que cuestiona su significado. La elección de un nuevo presidente, un nuevo gobierno, nuevas promesas. Sólo un año después de ese Año Nuevo celebrado en la playa.

—No necesitamos promesas...

—Y menos si nuestros dirigentes no las cumplen ni pueden cumplirlas...

Sindi se levanta para ir a darse un baño.

Se coloca bien el biquini. La adolescencia de Sindiswa llama su atención hacia otra corriente de tiempo, anda con el mismo movimiento de nalgas que Jabu cuando la vio por primera vez en Suazilandia, ese contoneo de las mujeres negras que resulta tan atractivo. Su hija en este momento.

Gary Elias está pescando con unos amigos que hizo de inmediato en la playa. Son de color, como él, y mezclados, aunque eso para ellos no tenga nada de particular. El recuerdo inconcebible de otra infancia: jugando en playas sólo para blancos. Y por fin Sindi y el niño están recibiendo una educación decente, pero sólo porque sus padres podemos permitirnos (dejando de lado algunos principios de los camaradas) llevarlos a colegios privados. Abiertos para cualquier niño cuyos padres puedan pagarlos.

Están solos bajo la sombrilla. El da un trago a la botella de zumo y se la ofrece a ella.

Como si Jabu no se diera cuenta.

—¿Ha pasado algo en la universidad?

El rumor de las olas y el silencio de su retiro. ¿Es que no lo entiende? No es eso. Uno no llega de pronto a esa fase de considerar, en cierto momento de su vida, las múltiples vidas de Sindi, Gary Elias, Jabu y uno mismo. ¿Un disgusto por alguna decisión académica

tomada por el decano en quien confía? No. Algo que han destapado..., como eso que los profesores de ciencias resolvieron tan bien al descubrir que uno de sus alumnos más brillantes trapicheaba con drogas en el campus. La defensa del culpable: tenía que pagarse el colegio mayor. No. ¿O es que han dado a un colega un puesto de responsabilidad por encima del profesor agregado? No. No es eso. Jabu siempre ha deseado para él cosas que Steve no ambicionaba.

Zuma va a ser presidente el próximo año. La escisión apenas es un partido todavía, no es probable que el cope reúna en los meses previos a las elecciones votos suficientes para erosionar los apoyos de Zuma, que ha sido elegido por el cna. ¿Cómo no van a votar los camaradas del partido del monte, la cárcel y el desierto al Congreso Nacional Africano por el que lucharon en el *Umkhonto'í*

—¿Qué ocurrirá bajo la presidencia de Zuma y después? ¿Quién continuará si es derrotado después de su primer mandato, quién entre los seguidores que cantan a su metralleta verá el poder a su alcance y querrá tomarlo él mismo? Les ha prometido todo, ¿cuánto va a darles? La Ijona,² Jabu no pertenece al grupo de jóvenes de Mandela Tambo & co. que transformaron el Partido según las necesidades de formar el *XJmkhonto* porque era el único modo de acabar con las leyes racistas. *Awuleth' XJmshini Wami*, lo que le cantan ahora los jóvenes, será una canción distinta para Sindiswa y Gary Elias y sabe Dios, suponiendo que exista, si el fracaso de Zuma no conducirá a una nueva dictadura Ubuntu.

Ella está esperando

—Sindi, Gary, están creciendo, para eso...

Ella sigue esperando: Australia.

—¿Deberíamos quedarnos, cuando lo estamos viendo venir? ¿Es que están creciendo para vivir otra Lucha, en esta ocasión de hermano contra hermano, que hará que lo de el Congo y Zimbabue parezca una reyerta en un bar? Al menos que ellos tengan algo distinto. Algo distinto. ¡No podemos imponerles nuestra «*Amandla!*», los lazos con un país en el que no creemos...

—Pero ¿significa eso que... la labor de los camaradas, al menos al principio, ha sido inútil? ¿Has olvidado que estás en una universidad donde los estudiantes negros no podían diseccionar cadáveres blancos aunque los blancos sí podían diseccionar cadáveres negros? Nadie podía casarnos. Sindi pronto podría tener un novio blanco y nadie se pararía a mirarlos, no tendrán que ocultarse de la policía, puede que Gary se enamore de una chica negra, como yo...

—¿Una nueva clase? La clase que hay por encima de la división racial y la guerra de razas, sí una élite, la nuestra, mientras la masa de hermanos y hermanas, los negros, siguen debajo. ¿De verdad crees en la sociedad sin clases que estamos construyendo? ¿En nuestros viejos sueños de libertad? Hemos despertado. Tenía que ocurrir. Siempre habrá una jerarquía profesional, ¿no te parece? Las profesiones liberales y la mano de obra, por no

hablar de los magnates blancos y negros, los barrenderos (alguien tiene que limpiar...), cualquiera de esos obreros y el abogado, el profesor agregado, el editor, el cirujano... ¿No vivirán siempre en planetas diferentes, donde el prestigio se suma al dinero, la clase económica? Ahora la Lucha es por el poder político y va a ser entre hermanos. Y lo que no puede decirse: el color de la piel.

Cuando la amenaza se ha vuelto innegable surge el instinto de confirmar la intimidad mediante la confesión de un error.

—No sé por qué... pero fui a enseñarle a Jake los recortes. Estaba solo, no se encontraba bien...

Steve no le pregunta qué dijo Jake. Al parecer acepta que se trató de un impulso, puede que la culpa sea suya por tener la impresión de que era demasiado pronto para enseñarle los anuncios de los periódicos con ofertas de trabajo en otro país.

Ya está hecho. Los camaradas siempre han sido francos entre ellos, había sido una condición para la supervivencia y sobrevive como una de las formas de honradez necesarias para justificar una «vida normal». Para algunos esa vida estaba adoptando la forma—¿el deber?—del nuevo reino político, los ministerios, las responsabilidades en el Parlamento y el gobierno. Hay que concederles cierto crédito aunque se esté convirtiendo en una opción para que los elegidos de la nación del arco iris sobrevivan en el lujo.

1

Las siglas del nombre del partido coinciden con el verbo inglés *to cope*, que significa ‘enfrentarse’ o ‘habérselas’ con algo, y al mismo tiempo hacen alusión al Congreso del Pueblo celebrado en 1955 y en el que el cna adoptó la Freedom Charter, en la que se basa al actual Constitución.

2

La Liga Juvenil del Congreso Nacional Africano, fundada en 1944 por Nelson Mandela, Walter Sisulu y Oliver Tambo.

Un salto a lo más profundo. Steve lo saca a colación: Australia. Están con los camaradas del barrio, en la piscina de la iglesia, un domingo en que su hermano Alan se ha unido al grupo. Resulta que conoce a los delfines a través de los círculos gays.

Steve da por supuesto que Jake se lo ha contado a Isa, que Isa se lo ha contado a los Mkize y que ellos han seguido la cadena: Jabu se presentó con un puñado de recortes y encontró a Jake en casa con una de sus migrañas. Por lo que se refiere a la honradez, es improbable que los delfines tengan interés en estigmatizar a alguien por abandonar el país, igual que si se trasladara a otra ciudad en busca de mejores oportunidades o por algún lazo de tipo personal.

Hay franqueza en los vínculos entre los camaradas. Jake pregunta lo que Jabu no se ha atrevido a investigar:

—¿Has ido a alguno de esos, cómo los llaman, seminarios?

No lo dice con tono de reproche.

—No... No estoy interesado en las oportunidades en el mundo de los negocios. —Suelta una risita que nadie secunda. Aunque no hay rechazo ni negación acerca de sus planes—. Me he apuntado a uno el mes que viene...

—¿Hay que apuntarse? ¿No se puede asistir sin más? ¿Tantas personas interesadas hay?

Jake está boquiabierto ante su propia ingenuidad.

—El éxodo. La huida de Egipto.

Claro como uno de los eslóganes de su agencia publicitaria: Alan.

—Éste es sobre las profesiones...

—Así que los australianos quieren llevarse a nuestros maestros, profesores e ingenieros civiles, ópticos, médicos, enfermeras y demás, pasando por nuestros técnicos de refrigeración, operadores de grúas... —Jake recuerda al azar los recortes que ella le enseñó.

—Bueno, hay muchos mecánicos y operarios en paro, están cerrando muchas fábricas.

¿Está Jabu demostrando sencillamente lealtad a su marido, a pesar del disgusto que se llevó al encontrar los anuncios de Australia, o es que se ha dejado arrastrar ella también? Aunque Jake no vio que pidieran abogados.

Una noche en la cena, mientras todos están sentados a la mesa sirviéndose espaguetis de una fuente, Jabu anuncia que ese fin de semana va a ir a Kwazulú, ya han pasado varios meses desde la última visita. Wethu se entusiasma.

—*Bheka Baba!* —¡A ver a Baba! ¡Su niña tiene razón!

Sindiswa sólo va a Kwazulú cuando se sobreentiende que tienen que ir todos. Gary Elias, el acompañante habitual de Wethu en las visitas, contraataca:

—¡Oh, no!, este fin de semana no, vienen unos tipos de Pretoria, nuestro equipo juega contra ellos... Tengo que estar aquí para animar a los nuestros. ¿Quién me va a llevar al campo el domingo?

—Yo, claro. —Steve no va a ir a Kwazulú, no se espera que comparta los deberes filiales.

Después de cenar, los niños y Wethu ven un episodio de una serie policiaca que están siguiendo en televisión y Jabu se queda en la cocina con las dos tazas de café que prepara cada noche para la patrulla de seguridad del barrio que él sospecha que está integrada por veteranos *impimpi*.

—¿Hay alguna celebración especial en el pueblo este fin de semana?

—No que yo sepa. —Coge las tazas y con un gesto amable le indica que abra la puerta de la cocina.

Ha ido a la puerta principal a darles a los hombres su refrigerio.

Regresa al cabo de un instante y espera mientras él cierra la puerta con llave. Steve se vuelve y sonrío: ¿ha olvidado algo? Pero ella no está buscando nada por la cocina.

—Creo que tengo que contarle lo de Australia.

—Pero ¿por qué? ¿Para qué?

Steve le pregunta qué tiene eso que ver con su padre.

—Lo que opina de marcharse. De que nos marchemos. De que me marche.

—No entiendo qué tiene que ver eso con lo que estamos pensando... No sé qué mosca te ha picado, no vamos a subir al avión mañana, hemos tomado un montón de decisiones, siempre hemos considerado las posibilidades. No sé por qué tiene que saberlo él..., es cierto que se ha convertido en la comidilla de los camaradas y que no sé cómo pero la noticia ha corrido a través de Twitter, Face Talk o qué sé yo hasta la facultad. Pero ¿cómo iba a llegar al pueblo..., la escuela o la iglesia?

Mientras habla piensa en qué le importa a nadie que ella se marche. ¿Qué opinaría el clan Reed de que él se marchara?, un hijo ha optado por un título superior que le permitirá acceder a un puesto en otro país a pesar de que aquí hacen falta ingenieros civiles. «Que ella se marche», su Baba. Sí, su Baba. Lo que opina Baba de cualquier decisión que toma en su vida, la vida que él ha propagado y que está tan dentro de ella como lo estuvieron Sindiswa y Gary Elias; es importante para Jabu. No es cuestión de influencia; entre ella y Baba, su mujer camarada y su Baba, hay una identidad. ¿Definitiva?

Lo que se conoce como ingreso de estudiantes mestizos en la facultad de Ciencias ha aumentado lo bastante para compensar a los que han suspendido el primer año o han abandonado la idea de llegar a ser químicos industriales, ingenieros y científicos profesionales, sea porque se les ha terminado la beca o porque los paños calientes de las clases de repaso no han bastado para compensar la mala preparación en matemáticas recibida en las escuelas de las que procedían. La investigación, el estudio del cambio climático y las alternativas a los combustibles fósiles como fuentes de energía se han convertido en parte del currículum. La Escuela de Negocios de la universidad tiene el mayor número de matrículas, ya no se considera una carrera inútil si no eres blanco y no tienes contactos paternos que te lleven a la gerencia de una empresa, a la banca o al comercio. Ahora hay directores negros de consorcios mineros, complejos comerciales y compañías de seguros. Resulta alentador, aunque los profesores son conscientes de que asistir a clase, trabajar en los laboratorios y las bibliotecas, codo con codo con los ordenadores y en el bar de la universidad forma parte de la transformación, siempre que los alumnos vivan en casa o en un piso en la ciudad. Los colegios mayores propician la intimidad de las duchas, las camas contiguas, la necesidad de compartir las posesiones personales, los colores de piel y las costumbres de unos jóvenes que nunca han vivido en un espacio cerrado. Ha habido algunos incidentes por disputas en los colegios «mixtos»—en el antiguo sentido de la palabra—, unos ponen música de rock mientras otros intentan estudiar, no sé quién atasca el lavabo al peinarse: nada que pueda atribuirse al racismo.

Año Nuevo.

El informe del periódico sobre lo sucedido el año anterior en una universidad, en una zona del país que aún conserva el nombre de la antigua república bóer—Free State—muy anterior al *apartheid*, de la época del desafío de los bóers a sus compatriotas colonizadores británicos, apenas resulta creíble en la versión revelada por quienquiera que haya sido el informante o informantes.

En internet hay informes compilados por periodistas durante meses a partir del testimonio de individuos reacios a dejarse entrevistar, y también... fotografías. De algún modo han conseguido vídeos tomados al parecer por algunos de los participantes en lo que quiera que fuese aquel evento. Unos estudiantes blancos de la universidad tradicionalmente afrikáans de Free State demostraron estar libres de racismo y prejuicios de clase al invitar a los limpiadores de la universidad, negros, a una fiesta que señala la iniciación de los nuevos

alumnos, por lo general un ritual clandestino. Las cuatro señoras mayores y el hombre cuyo papel en la educación superior de esos alumnos era limpiar lo que ellos ensuciaran, bailaron borrachos y luego fueron obligados a comer de rodillas de una olla de estofado en la que había meado uno de los alumnos.

Qué era el progenitor.

Sí, sí. Hay que saberlo. Se remonta hasta ahí. Más allá de la historia antigua y no de batallas, reyes, tiranos y esclavos. Mucho más atrás..., hasta la evolución. Aunque no acerca de cómo los monos empezaron a ponerse de pie y perdieron la cola. Muy lejos: hasta la anatomía íntima. Si eres mujer, Jabu es una chica, hay una iniciación en tu cuerpo. Ocurre el día que tienes tu primer periodo. (Qué se debe sentir al ponerte la mano entre las piernas y notarlo). Te has convertido en mujer. En los hombres, para nosotros, no hay nada tan drástico como sangrar. La erección del gusano que usas para mear ocurre al parecer en el útero y en la infancia puedes hacer que ocurra jugando con él. Debiste experimentarlo cuando la atención de tu mano se volvió urgente y se produjo placer y derramamiento de fluido. Bueno. Entonces dejaste de ser un niño: un hombre.

Rituales que tiene el cuerpo.

¿Hubo otros alegres ceremoniales en los dormitorios del colegio donde se educaron los Reed al menos durante dos generaciones? No lo recuerda, así que no debieron de ser muy relevantes, ni por buenos ni por traumáticos. En cualquier caso debió de sentirse totalmente seguro y aceptado en aquella urbanización blanca y masculina para los hijos de quienes eran verdaderamente importantes.

La universidad. ¿Podría llamarse reclutamiento extracurricular? No es tan serio. Una iniciación, empezar a entender las contradicciones entre los modos de vida y no digamos de pensar..., eso es iniciación política. En realidad no surgió de las biblias de la revolución: más bien de las huidas a Suazilandia, de la puesta en práctica de tentativas que la teoría llamaba liberación, contradicciones resueltas por medio de la acción, se puede escoger uno u otro lado, no tienes por qué formar parte del bando en que naciste. Tener agallas no significa obedecer. Después, la prueba en la fábrica de pintura y la fabricación de explosivos para volar centrales eléctricas y sabotear el *apartheid*. Iniciación: lo que hiciste tú mismo.

Y el *Umkhonto*. Los camaradas que participaron en ataques por primera vez, en el desierto y el monte, para matar a los soldados del *apartheid* y que los mataran a ellos: qué iniciación necesitaban en un colegio mayor.

La iniciación religiosa. Pero, claro, cómo vas a recordar lo que lloraste cuando te circuncidaron—¿cuándo lo hacen los judíos..., antes de pasadas dos semanas?—por el capricho atávico de tu madre casada con un gentil (un cristiano no practicante). Los

musulmanes lo hacen en un momento de la vida, el matrimonio, cuando al menos tiene sentido convertirse en adulto mediante algún tipo de prueba: los hombres no pasamos por el parto. Y la justificación para los no creyentes: no es una mutilación, sino una ventaja higiénica. Al parecer hay disparidad de opiniones entre las mujeres lo bastante francas en la libertad sexual: las relaciones con un pene circuncidado son más o menos excitantes que con un prepucio intacto. ¿Qué diría ella? Eso implicaría otras experiencias. ¿Antes de mí? Desde entonces. A tu propia mujer no le preguntas esas cosas.

Igual que entre los judíos y los musulmanes, la iniciación entre los africanos es tribal. Los Amaxhosa circuncidan en la adolescencia o una vez alcanzada la edad adulta, cuando se considera al hombre preparado para el matrimonio, los zulúes ya no. Probablemente no sea una de las tradiciones observadas por su Baba.

No sólo el café está caliente en la sala de profesores. Westling, de la facultad de Psicología, debería tener algo revelador que decir sobre lo de Free State. Está profesionalmente por encima del asco y el juicio. No tiene que ser quirúrgico. Por lo visto todas esas iniciaciones implican esa otra variante: la humillación. Es preciso demostrar que uno puede soportar las burlas y pullas de sus semejantes. Y después emborracharse con ellos. En eso consiste, eso es lo que significa llegar a ser uno de ellos, comportarse como los adultos, igual que llegado el momento iniciarás al siguiente estudiante.

—Pero ¿fue eso exactamente lo que pasó en esa universidad? No.

Lesego lo tiene claro.

—¿Qué tienen que ver los que limpian el suelo y la mierda de los lavabos con que los estudiantes lleguen a ser hombres? No fue ni pudo ser una iniciación. Decídmelo, una iniciación ¿a qué? ¿Acaso esos estudiantes los aceptaron como uno de los suyos? Después de despreciar a esos hombres y mujeres que limpian su suciedad y de engañarles para que hicieran algo inimaginable. El peor insulto fue invitar a esas pobres negras a una fiesta de estudiantes, emborracharlas, hacerlas bailar para ellos y luego hacerlas comer de una cazuela en la que había meado uno de los estudiantes. Está todo ahí, grabado en vídeo.

Pero los colegas no están dispuestos a hurgar en su repugnancia y, aunque nadie lo dice, se da por supuesto que algo así, tan inimaginable, sólo podría ocurrir en esa provincia y esa universidad.

La repugnancia. La repugnancia no basta.

Está lloviendo y en lugar de estar en la piscina de la iglesia los camaradas están en casa de Jake e Isa.

—¿Quiénes son esos gamberros superiores que reciben educación superior..., no, terciaria según la nueva administración: así parece menos discriminatorio entre quienes tienen oportunidades y quienes no las tienen? ¿Quiénes son esos que se creen superiores y que están más degradados que cualquier degradación a la que inicien a sus

«inferiores»?—pregunta Jake.

Hay cosas que uno sólo puede discutir consigo mismo. Apenas repara en su propia voz.

—¿Tan mal han tratado a esos jóvenes?, no les llamemos animales, porque los animales son inocentes, cazan y atacan para sobrevivir. ¿Acaso sus padres les torturaron a diario con ingeniosos métodos del *apartheid* hasta que llegó a infiltrarse en su ADN? ¿Les obligaron a repetir esa odiosa farsa?

Jabu responde desde el otro lado de la habitación para que todos lo oigan.

—¿Así que no pueden evitarlo?

¿Qué había que decir..., excusas? ¡No puede haber ninguna justificación basada en el comportamiento de sus abuelos, tíos, padres, que fueron torturadores en la Sección Especial, la policía y el ejército! ¿Acaso hay alguna marca en la piel que deje la cicatriz de una indecencia y una extorsión inimaginables? Así nadie es culpable y cualquiera puede desprenderse de la responsabilidad como de un abrigo ensangrentado.

Sólo Pierre, el delfín afrikáner, puede hablar de Free State: bóers. Afrikáners. Pierre acepta la responsabilidad de lo que los suyos se han hecho a sí mismos.

También produjeron un Beyers Naude, que se negó a predicar en una Gereformeerde Kerk segregada.

En ese único refugio de lo que ocurre en otra parte, en otra universidad..., otra vez en la cama, lejos de cualquier intromisión, Jabu estaba tensa. Steve le acarició la cadera donde había puesto la mano. Ella se apartó como si fuese a hablar y a decir algo que no se hubiese oído entre tantas voces.

¿Cómo no entenderla? El y los demás a duras penas creen lo que se ha hecho en nombre de los blancos. Ella forma parte de las ancianas limpiadoras, de los hombres a quienes han engañado para que beban con los hijos de los antiguos amos y les han invitado a comer un estofado con todo lo que engulleron, las vidas de los suyos, el rechazo de los blancos de la parte que les toca a los negros de la abundancia de la vida.

Hacer el amor con ella sería una cura tierna, la aceptación más respetuosa de lo que ella no podía decir sin maldecirle en el sentido inefable que representa el color de la piel de Steve. Pero por una vez, la primera desde que el deseo del chico atrevido y de la joven se cruzaron en Suazilandia e hicieron caso omiso de los Reed y de Baba, él no podía esperar que Jabu lo aceptara dentro de ella. ¿Cuánto tiempo tendrá que pasar...? Ahora es el país, no Free State, no, no, es demasiado fácil atribuirlo al color y la raza, Jabu tiene múltiples

identidades en la vida, en sus convicciones, su ética y sus creencias, aparte de las congénitas. Un amor entre ellos, entre ella y su Baba, que no ha suplantado el otro amor de la mujer con su pareja. Su vínculo con su Baba ha sobrevivido a la desilusión y el dolor de aquella otra visita el día en que volvió a su hogar en Kwazulú después de asistir y presenciar el juicio por violación y encontró a su padre indignado por el juicio y triunfante porque se hubiesen sobreesido las acusaciones contra Zuma.

También es fácil echar en falta en sus múltiples identidades algo que más vale echar en falta. El vínculo, la fuerza por debajo de cualquier otra adquisición de la identidad, con eso que se llama «tradición» (¿acaso los colonos no decían que las costumbres no eran más que su propio modo de ocuparse de la vida y de la muerte?). El vínculo, no en el sentido emocional sino de una historia viva en el presente que él no puede compartir con ella y su Baba. Debe enfrentarse a ello, le guste o no..., aunque sean camaradas y amantes con su historia claramente compartida en la Lucha..., para Jabu marcharse es otra cosa. Llámalo Australia. Como quieras. El no está dejando atrás lo mismo que ella.

Su padre sabe que se va a marchar.

—¿Qué dijo?

—Nada. Al principio casi pensé que no me había oído bien... —El padre más lejos que nunca. Ella le explicó la decisión que habían tomado, lo de la facilidad de las comunicaciones; lo de crecer no como niños sino como adultos—. No, es sólo su manera de no dejarse apremiar, ya sabes, de tomarse su tiempo..., para entender lo que se ha dicho. Abrió la puerta de la habitación y envió a un crío a por el té, y sólo cuando empezamos a beber me dijo: «También te vas tú con tus hijos...». Como si preguntara a un hombre en la familia que ha encontrado un trabajo en la ciudad. Le repetí lo de las oportunidades de las que hemos oído hablar y contestó que Australia, Inglaterra, Estados Unidos o Ghana era «todo igual».

Las oportunidades. Citado de los recortes..., tal vez su Baba responda a esas razones a las que ella no parece haber respondido; al fin y al cabo fue su Baba quien reparó en que enviarla a educarse en Suazilandia era una oportunidad para ella.

—Y luego se enfadó, así que... —Se pellizca un momento la nariz en busca de concentración para repetir fielmente lo que dijo su Baba, aunque por supuesto debieron de hablar en isizulú—. Empezó a hablar en inglés: «Muchos blancos se están yendo, he leído que lo llaman “reubicación”, la misma palabra que utilizaban cuando nos ponían a los negros en los asentamientos de las afueras de las ciudades».

—¿Eso fue todo? ¿No preguntó nada más sobre tu...?

Sobre qué; ella se enteró por los recortes, ¿no?

Jabu sonrió con los labios cerrados e hizo una pausa... antes de evocar a su padre, el partidario de Zuma:

—*Uzikhethela wena impilo yakho!* Es tu vida, te dejé escoger, tienes que vivirla tal como es ahora.

Lo que está diciendo la camarada Jabu es que, aunque sea una traición a su Baba, a pesar de su amargura, de su rechazo, de su traición a sí misma, Ubuntu, su país: una mujer en la comunidad de su Baba vivirá según decida su marido.

Australia, me voy con él, dejo el país, Kwazulú, te abandono. La mujer va donde va su marido, así ha sido siempre, pero él lo sabe, Baba lo sabe, hizo su propia revolución al educar a su hija para que fuese independiente. No se dejaría engañar, aceptaría que ella estaba emigrando..., lo contrario de lo que impulsó a los extranjeros a conquistar un continente que no era suyo..., como una mujer obediente a su marido. Baba seguirá obligándola a enfrentarse con él en un terreno común si no igual—es el padre, la siguiente autoridad después de la Palabra de Dios—, ha cuidado de ella. Jabu tiene que defenderse a sí misma por la elección hecha para los niños, suyos y del linaje de Baba, niños de África, de la nación zulú.

Protegerse a sí misma de los vínculos de una naturaleza que su marido debe entender, debería haber entendido siempre, vínculos de los que él carecía. Nacer aquí no basta. Ni siquiera en la igualdad de la Lucha.

Sindiswa está a punto de cumplir catorce años. Cuando le preguntan qué quiere como regalo de cumpleaños responde que uno de esos nuevos teléfonos móviles en los que se pueden ver películas y leer libros y pasar las páginas, su teléfono ha quedado anticuado.

—¡Oh, por favor! —¿Es que debe ser como los demás crios (y como sus estudiantes), con un pinganillo al oído y hablando aparentemente solos en voz alta?

Steve conserva su móvil «anticuado» en el coche—¿para emergencias en caso de asalto?—. Hay interrupciones en la verdadera comunicación en la sala de profesores justo cuando alguien está argumentando algo que vale la pena oír y lo reclama un sonsonete que surge de debajo de la ropa como si le hicieran ruido las tripas. Cuando un estudiante va a verle para preguntarle por una fórmula que no acaba de entender—para eso está él ahí, un profesor siempre disponible—, ha impuesto la norma de que apaguen el dichoso artillugio. El profesor Reed no es enrollado, aunque dicen que fue uno de los blancos que estuvieron en el *Umkhonto*.

—Todo el mundo tiene uno—protesta Gary.

—Exacto.

Brenda ha llamado en nombre de Jonathan, al fin y al cabo Steve es el hermano de su marido, aunque sus vidas se separaran en los años malos, todo el mundo coincide en que estuvieron ahí, aunque no se implicaran personalmente más que por ser blancos. Brenda lleva la cuenta de los aniversarios familiares y de los cumpleaños igual que los calendarios marcan las navidades y ahora las festividades musulmanas, hindúes, judías y demás. Pasará un momento por casa a llevarle una cosita a Sindiswa, nada de juguetes, ya es mayor, ¿qué le gustaría?

—Tu tía...

Sindi sale de su habitación con un gesto de curiosidad.

—¿Del pueblo de Baba?

—Tu tía Brenda.

Charlan, Brenda simula entender a los jóvenes que están a punto de convertirse en adultos (y le funciona).

Le devuelve feliz el anticuado teléfono fijo a Jabu. Entre la mujer del hermano de Steve y su hija se ha creado una conexión natural.

—¿Por qué Jonathan y tú no os quedáis a comer cuando paséis a felicitarla? Me

temo que no habrá ninguna fiesta, porque lo creas o no va a llevar esta tarde a sus amigos del colegio a celebrarlo en el McDonald's.

En el auricular resuena el rechazo de Brenda.

—¡Pues claro que lo creo!

—Nada más a comer. El domingo. ¿Cuántos seréis?

—Sólo Jonny y yo. Ya sabes que Ryan está estudiando fuera y los demás tienen planes para el fin de semana.

—Podríamos organizar una *braai*—sugiere Jabu. ¡Esta descendiente de guerreros amazulúes es tan sudafricana!

—Lo que te sea más cómodo, cariño...

A Jabu no le molestan los encuentros familiares, ni siquiera por la parte de Steve (¿por qué hará él esa distinción?), aunque los verdaderos parientes de ambos son los camaradas. Esa progenitura es la de los supervivientes que siguen con vida, Ruth voló en pedazos al abrir un paquete que le habían enviado como regalo, Albie perdió un brazo y la vista de un ojo... ¿Quién si no? Los grandes.

Salen a comer a la terraza, la mesa de jardín está cubierta con un mantel. Jonathan se ofrece voluntario para cortar la pierna de cordero, aunque también hay *putu* con judías y patatas asadas al estilo Reed (o lo que Jabu llama al estilo blanco). Steve cede el privilegio a su hermano. Mientras Jonathan comprueba el filo del cuchillo, le habla de su hijo Ryan.

—Parece que ha estado trabajando mucho este curso... ¿Sabías que entró en la London University School for Engineering? Y aún ha encontrado tiempo de enamorarse de una chica, la hermana de una de sus amigas estudiantes. La va a traer para enseñarle, no a nosotros, sino África, el año que viene, las piscinas y los leones.

Brenda está divertida y orgullosa.

—Sindiswa, más vale que te prepares para ser dama de honor. Una boda en la familia. Preferiríamos que se graduara primero, pero eso no tenemos que decidirlo nosotros.

Le ha dado a Sindiswa un paquete con una cinta. Sindi está sacando algo donde guarda el principal regalo de su cumpleaños: el iPhone que ha escogido. Es una elegante funda para el móvil. Sindi debió de decirle a Brenda en la cocina que Steve no quería que «fuese por ahí hablando sola».

—Pero estos chismes son educativos y una salvaguarda para los padres, tu hija podrá llamarte si tiene algún contratiempo esté donde esté, nunca se sabe en esta ciudad tan peligrosa.

Los periódicos matutinos que salió a comprar aparte de los dos a los que está suscrito. En todos ellos está la foto de Zuma en primera plana.

Después de preparar el café, su parte de las tareas de la comida, se excusa sin que nadie lo oiga entre el rumor general de las voces—Jonathan está haciendo rabiar a Gary Elias respecto a sus habilidades deportivas, Brenda hace gala de su don de gentes y saca a relucir asuntos y cotilleos sobre famosos que animan también a Jabu y Sindi en su feminidad aunque no en la liberación—, va al comedor y enciende la televisión, se oye el rugido: «*Awuleth' Umshini Wami*».

Pasan semanas sin que hablen de si él sigue pensando en la posibilidad-oportunidad de Australia. La vida normal absorbe toda su atención y energía. Lo inmediato sigue su curso. Hubo una conexión fuera de lo acostumbrado cuando su universidad organizó una escuela de invierno sobre la relación entre el derecho y las ciencias sociales, y ella, Jabu, la luchadora por la libertad-y-abogada, fue uno de los participantes invitados, junto a varios oradores procedentes de otros países de África, Estados Unidos, Brasil y la India. Steve salió de la facultad de Ciencias el día que ella presentaba su ponencia sobre la relación entre el derecho y el acceso público al poder y la oyó hablar entre las interrupciones por los aplausos sobre los puntos que exponía. Ver y oír junto al público a alguien a quien conoces sexual e intelectualmente mejor que nadie, con su temperamento y sus rarezas, equivale a constatar que nadie conoce del todo a nadie. Steve había asistido a algunos de sus casos, pero allí era sólo un miembro de un equipo legal, una ayudante de los abogados, una presencia combinada. En esta ocasión está delante de un micrófono, sometida a la atención de todos, y él se ha convertido extrañamente en un asistente más, ve su cuello largo sobre el pequeño hueco entre las clavículas cuando levanta la cabeza para agradecer algo al público; la imagen icónica de la tela elaboradamente enrollada que da altura a su cabello, unos cuantos bucles con cintas de colores asoman de ella y se mueven mientras habla. Lleva un atuendo africano, no el traje de chaqueta que usa en los tribunales. ¿Cuál es verdaderamente el suyo? ¿Por qué se ha vestido así para una ocasión cuyo asunto es el derecho? Hay que estar entre el público para reparar en el porqué, y en lo que deberías saber y lo que no.

En las vacaciones escolares de julio, Gary Elias fue como de costumbre a pasar unos días con su abuelo y los chicos de su familia de Kwazulú. Era un privilegio que le colocaba por encima de su hermana, que era chica, y quiso compartirlo con Njabulo. Ellos—la autoridad de sus padres, que también eran siempre sus amigos—objetaron que Njabulo podía tener otros planes, y cuando Gary, enviado por Steve y Jabu, fue a preguntar a Peter y Blessing si el muchacho podía ir con él, resultó que así era. La familia iba a ir a ver a la hermana de Blessing, cuyo marido había conseguido un empleo en el complejo parlamentario—gracias a un contacto en el cna, les cuenta Peter en tono confidencial—, ¿no querría ir Gary con Njabulo? El rechazo de Gary es patente en sus ojos abiertos y su cuerpo tenso cuando regresa de ver a Blessing y a Peter, oh, después de todo ¿no sería mejor idea..., una oportunidad que Njabulo fuese con Gary al pueblo de su abuelo? Kwazulú. Las raíces de los Mkize se arrancaron hace tiempo de allí y se trasplantaron a una zona más industrializada del país. Pero Njabulo optó por el mar. Y nadie se planteó que Gary Elias renunciara a su principado en el reino de Baba.

Jabu estaba guardando la ropa y lo que necesitaba Gary Elias, cuando Steve entró en la habitación de su hijo.

—¿Quieres que vaya con vosotros... ?

Ella alarga la mano libre para buscar la suya, la aprieta un instante y luego necesita las dos para plegar una camisa.

—No hace falta.

Australia se ha interpuesto entre ellos: la mera presencia de Steve bastaría para llevar ese país ante Baba. Si está sola podrá inspirarle cierta confianza, aunque sea falsa, de que no va a suceder.

Jabu se puso pronto en camino acompañada por la cháchara de Gary Elias y de Wethu. Lleva un chal que va a regalarle a su madre y un libro para Baba, una reimpresión de *An*

African Tragedy, de Dhlomo, que puede que no tenga; después de comer con la familia, las tías agasajaron como siempre a las visitas de la ciudad, y ese mismo día Jabu regresó con Wethu. Australia no estuvo presente, tampoco fue convocada a la intimidad del cubil de Baba.

Steve y Sindiswa habían preparado la cena, o más bien comprado comida para llevar, en un supermercado propiedad de un griego sudafricano cuyos hijos tal vez sean compañeros de Sindi.

—¡Se nota lo feliz que está Gary Elias! Ni siquiera quiso ir a despedirse de su Babamkhulu. Estaba demasiado ocupado con los chicos. *Hai!* Aquí nunca lo he visto así, son sus mejores amigos..., y no veas qué escándalo organizan al verle, *eish!* —Wethu habla en zulú y en inglés porque Steve sólo entiende zulú a medias. A esas alturas Wethu ya se ha adaptado al país en vías de transformación, según cuenta el gobierno—. *Eish...!*—. Todos somos sudafricanos. Vuelve del pueblo a su cobertizo adaptado en el barrio residencial y se siente en casa en ambos sitios.

SE BUSCAN EMIGRANTES

PARA ESTIMULAR LA ECONOMÍA

Había asistido—la palabra es inadecuada para un acto que carecía de relevancia en su vida y en la de su familia—a un seminario gratuito. Se buscan emigrantes para estimular la economía. La halagüeña deducción para quienes estén dispuestos a abandonar su país por otro distinto es que no serían emigrantes recibidos caritativamente, sino que estarían sirviendo a las necesidades de ese agradecido país. Los asesores australianos están interesados sobre todo—son los primeros de la lista—en quienes tienen título universitario. La verdad es que Steve había asistido como en secreto..., una forma clandestina de conciencia: ¿qué estás haciendo aquí? Entre la atenta concurrencia en la sala de conferencias de un hotel de cinco estrellas sólo reconoció una cara mientras trataba de clasificar a los asistentes, hombres de negocios con traje y corbata, otros con ropa informal declarando su diferencia..., un profesor de alguna facultad de la universidad. No lo conoce de nombre, pero lo ha visto por ahí, igual que él debe de haberle reconocido. Hermanos bajo la toga académica invisible sobre sus hombros. Difícil de clasificar porque aunque lleva un elegante *dashiki*—no de los baratos que se venden en el pasaje cerca de la iglesia metodista—también lleva pantalones de raya diplomática y un elegante maletín de cuero. ¿Por qué tanta sorpresa? Si millones de negros invadieran Sudáfrica empujados por la pobreza, ¿por qué no iba un burgués negro a querer emigrar? Allí. Algunos ya se han ido a Occidente, médicos que consiguen salarios más altos y mejores condiciones laborales en los hospitales.

Una de las circunstancias imprevistas en las posibilidades clandestinas de la idea que todavía no había descartado era que aún no tenía a nadie con quien hablarlo; una inhibición. Ni siquiera ella.

Los representantes australianos que dirigían el acto hablaron de forma cordial y nada pomposa, incluso al advertirles de que «hay ciertas condiciones», y fueron amables con quienes plantearon preguntas difíciles, relativas a la educación, los seguros médicos y los impuestos. Nadie preguntó por la criminalidad, sea como sea la situación segura que es mejor que lo que van a dejar atrás los emigrantes potenciales. Huir. ¿No era ésa una razón moralmente aceptable que contraponer al patriotismo?

Un abogado experto en inmigración, cuyo número de colegiado les suministraron, estaría disponible para consultas personales. «Gastos no incluidos».

Peter y Blessing repiten una frase dos veces a modo de saludo cuando dejan a Gary

Elias después de recogerlo en el colegio que él mismo escogió. Era miércoles, entrenamiento de rugby (ese juego inglés) después de las clases, así que era tarde.

—¿Está ya en casa el camarada Steve?—grita Peter desde el coche.

Ella estaba en la terraza ayudando a Sindiswa con un trabajo del colegio, con la esperanza de ganar la discusión y que la niña acudiera a la enciclopedia en lugar de recurrir, como una segunda naturaleza, a Internet para no tener que pasar todas esas páginas.

Atraviesa la casa para salir a la puerta principal.

—Aún no ha vuelto. Pero pasad.

—No, no queremos molestar, Jabu.

—Me alegro de que me libréis de los deberes de Sindi... Sed bienvenidos, *nafika kahle!*

El ruido de las puertas del coche, Njabulo y Gary Elias desaparecen de inmediato para ir a ocuparse de sus cosas, el golpe del balón ovalado se oye por toda la casa. Los tres se besan en las mejillas como hacen los camaradas para reconocerse. Luego Jabu hace un gesto con la mano: Sindi está con su ordenador en Internet... Intercambian pullas paternas acerca de las opiniones de sus hijos sobre la educación y se ríen en tono crítico; Blessing está celosa y orgullosa.

—Pueden aprenderlo todo, nosotros teníamos que limitarnos a nuestros libros.

Los preciosos libros descodificados en la cárcel. Sin ellos ¿cómo habría llegado Jabu a ser abogada? Se oye el crujido de unas ruedas en la grava de la entrada: Steve acaba de llegar. A menudo es un recordatorio: qué atractivo le parece a veces, otras ocasiones apenas reparan el uno en el otro; hoy es como si se hubiese ido muy lejos y acabara de regresar como todos los días.

Lleva las pilas para la radio que ella le ha encargado, además de sus papeles de la universidad y una primera edición del periódico vespertino bajo el brazo, aunque todas las tardes el chico del reparto les lleva un ejemplar. Lo deja sobre la mesa de caña y cristal (superviviente de Glengrove Place) al lado de Peter, como si fuese para él.

—¿Novedades de lo que piensa hacer el rector?

No hace falta precisar que se refiere al rector de aquella otra universidad.

—Van a «resolverlo» en la propia universidad, ante un comité disciplinario. ¿A qué te suena eso...?

—¡Oh!, dirán que ha sido una broma estudiantil. —Los labios de Peter retuercen la

palabra hasta hacer que suene rara.

—Seguro, el alcohol, un *jol* que se les fue de las manos.

Jabu está empezando a decir:

—¿No los van a expulsar?

La voz de Blessing la interrumpe:

—¿Ni siquiera al tipo que... ? —Hace un gesto elocuente.

Steve coge el periódico, que se limita a exponer los hechos.

—El comité disciplinario decidirá sobre las «acciones oportunas».

Además de los trabajos de sus alumnos que se ha llevado a casa para corregir, hay otro periódico, menos cauto a la hora de contar lo que va a juzgar el comité disciplinario, asamblea o lo que sea. Es un periódico al que descalifican los políticos que no quieren ver publicadas en letra impresa algunas cosas de las que dicen o hacen. Lo abres y ahí está la foto tomada del vídeo que uno de los estudiantes grabó—¿cómo recuerdo..., como trofeo?—y no tuvo el sentido común de destruir. Caras regocijadas y sonrientes aplauden el chorro de orina que cae sobre el *potjiekos* que sostiene alguien de espaldas a la cámara. Tiene las piernas abiertas.

—No quiero verlo. —Blessing se tapa los ojos con la mano.

Peter suelta una risa que suena como un ruido desagradable.

—No sé por qué os ponéis así..., ¿es que no os lo esperabais? Es lo que ellos entienden por pasar un buen rato. —De pronto adopta un tono más serio—. Y si el rector expulsa a un par de ellos, ¿a quiénes? ¿Y que separe a los demás, mande a unos cuantos a un colegio mayor y al resto a otro? ¿Que los castigue obligándoles a vivir con estudiantes que los consideran gentuza? Alguien habrá en ese sitio que sepa lo que es eso, incluso en la «universidad» de Free State. Pero ¿qué más les da a ellos? Deberían expulsarlos y no volver a aceptarles en ninguna universidad.

Rabia. Repulsión que no puede satisfacerse con un simple castigo interno y una reprimenda a los culpables. La ley y la justicia, tal como Jabu ha aprendido en sus estudios de derecho por correspondencia, se basan en el principio de criminal y víctima.

—Nadie, ni siquiera los periódicos que ha traído Steve, habla de los limpiadores, el escalón más bajo. ¿Quién piensa en los hombres y las mujeres invitados a la «fiesta»? ¿Quién se pregunta si el comité universitario y su justicia académica son justicia para esas personas? La ley la garantiza nuestra Constitución. Esa es la única justicia. (Los camaradas—y sin duda Steve—tienen que entenderlo. Ha ejercido su autoridad como si

llevara la toga que usa en los tribunales). Un comité universitario, una junta o asamblea, llámalo como quieras, no puede emitir una sentencia basándose en la Declaración de los Derechos Humanos. Los estudiantes tienen que responder ante la justicia. Una acusación criminal. Ni más ni menos...

Su relación, amantes y camaradas, vuelve a cobrar vida. El confía de pronto en esa faceta de Jabu, después de su retraimiento del primer día. Un abogado trabaja para las víctimas, no es una de ellas, independientemente de cualquier otra identificación personal.

—¿Qué opináis vosotros? —Los demás se vuelven hacia ella, con ella. Es el reconocimiento de algo que los camaradas tuvieron que aprender: aprovechar las cualidades ajenas para aumentar su eficacia en la Lucha.

La ansiedad de ver hechos en lugar de un apaño basado en el rechazo y el asco; ella ve que tienen mucha fe en su familiaridad con el proceso de la justicia. Los veteranos del Centro de Asistencia Jurídica sabrán qué cargos criminales pueden y deberían presentarse y cómo y quien debería presentarlos.

Hace mucho que Jabu ha superado lo que tuvo que admitir, se ha enfrentado a aquella ocasión en que fue a ver a su padre después del juicio de Zuma y encontró en casa de su Baba, en su hogar, el cartel celebrando el sobreseimiento del caso. Si vives con alguien, durante sucesivas fases de la vida en común es imposible saber cómo él o ella han llegado a aceptar la desilusión y el dolor, y sólo intuyes que ha ocurrido. Ella ha vuelto a visitar el pueblo donde el diácono de la Iglesia metodista, el director de la escuela, decreta el modo de vida de la familia cercana, su síntesis de lo que se conoce como valores tradicionales y su legítimo derecho a lo que se ha ganado a un precio tan caro tras siglos de pérdidas e indignidades (desafías la tradición y envías a tu hija a educarse en la cultura de los colonizadores). Sin duda apoyó a Zuma para su triunfal elección como presidente del cna en Polokwane, como preliminar para convertirse en presidente del país, ofreciendo el peso de su voz a la campaña entre los parientes y el pueblo. Pero al parecer no espera obediencia de su hija. Se produjo la acostumbrada bienvenida a la hija y al nieto que encaja felizmente tanto en el colegio de estilo colonial de la ciudad como entre sus primos en el campo de fútbol. Se ofreció a enseñarles a atrapar el balón y correr con él como se hace al jugar al rugby.

Así que Jabu es dura. Más que un Reed. Aunque los dos hayan pasado su iniciación entre detenciones y campamentos. No..., no es dura, esa amable mujer suya, con carne blanda en las caderas y ahora más en el trasero, en confirmación de su feminidad negra. No ha adoptado ningún otro ideal; no está condicionada como su madre, que hace dieta para seguir pareciendo joven en distintas etapas. No, no es dura, sino fuerte de un modo que él no podrá serlo, claro. Es otro tipo de condicionamiento, su familia, su Baba, todas las generaciones que la preceden, han sobrevivido a esos siglos en los que todo estaba determinado para humillarlos y destruirlos. ¿Su sangre judía? Si fuese el hijo superviviente

de unos judíos alemanes que hubiesen acabado en los hornos crematorios, o si fuera palestino en Gaza, tal vez podría ser tan duro como ella.

Ahora Jabu tiene los recursos que se ha ganado, ahora puede, después de ser tan víctima como las mujeres de la limpieza, utilizar todas esas ventajas combinadas en su interior.

Les informa de que será un proceso largo, los culpables tienen muchos recursos para retrasar la aplicación de la ley: la Comisión Judicial podría tener que implicarse antes de que haya una demanda pública de justicia ante el Tribunal

Constitucional. Tal vez él pueda movilizar a su universidad más allá de la certeza de que semejante horror nunca podría haber ocurrido allí.

Qué seguridad. Cambio, cambio, había que darle la vuelta al pasado, pero lo que se arrastra entre los escombros puede salir a la superficie en cualquier parte y bajo cualquier forma, incluso en instituciones que están sufriendo una verdadera transformación: hay más negros en la facultad de Ciencias este año que el anterior. Tiene que recordárselo para consolarse ante el asco.

Los dos son conscientes de que él no lo ha descartado ni ha dejado de considerarlo. ¿Significa eso que ella está convencida de que no sucederá ni puede suceder, pero debe darle libertad para investigar lo que sabe que está poniendo ante ella y ante su hija y su hijo? Recibe más información que solicitó por correo electrónico del departamento de inmigración del gobierno de Australia.

Sí, sí, hay ciertas condiciones. Una respuesta positiva. Un indicio. Se la lleva a su abogado, mujer y camarada para que lo interprete para todos, Steve, Jabu, Sindiswa y Gary Elias, pues a todos les concierne. Así es.

Septiembre, primavera, época de rebrotes.

La Liga Juvenil del Congreso Nacional Africano tiene un nuevo portavoz, afirma que la Liga no volverá a utilizar el grito «Matar por Zuma», aunque «no se detendrá ante nada con tal de que Zuma sea elegido presidente del país».

A Peter Mkize lo ascienden a director general de un grupo de empresas de comunicación, móviles y módems de transmisión de datos.

Ahora Blessing tiene su propia empresa de catering con Gloria Mbanjwa como socia, que antes trabajaba de camarera en el café que frecuenta Isa; una oportunidad en una empresa de Empoderamiento de los Negros.

Isa ha abierto una galería que vende arte indígena, con uno de los propios artistas.

Jake está en el negocio de los seguros, donde las perspectivas son buenas: uno de los ministros del gobierno actual (es posible que deje su cargo el año que viene después de las elecciones) tiene acciones en la compañía y ocupa un puesto en el consejo de administración.

La posición de Jabu entre los camaradas ex combatientes, con su carrera, tan prestigiosa y con posibilidades de ser próspera, consagrada a la justicia en el pasado y el presente, le ha permitido ser la primera en ver algo similar a la política del Empoderamiento Económico de los Negros, aunque sólo sea en el barrio residencial.

Cuando se reúnen los amigos del barrio pueden hablar con confianza de sus frustraciones, de las situaciones imprevistas, de los éxitos inesperados de su pieza en el rompecabezas, y discutir dónde encajará en el mapa de la nueva vida. No obstante, no todos ven la misma cartografía. Ésas son las montañas que hay que escalar..., no, son los pozos negros que hay que drenar, no, son pastos verdes cubiertos de rocío.

—¿Qué hacéis con la comida que sobra cuando preparáis esa comida tan elaborada para los del gobierno? ¿Pueden comer los empleados lo que les apetezca? ¿Comida para llevar?—pregunta Isa señalando a Blessing con el dedo.

—Se envía a un orfanato, una residencia de la tercera edad o una escuela...; ya sabes, lo que quede más cerca, tenemos la furgoneta.

—Caviar para los niños. —Jake se burla afectuosamente de Blessing.

Peter interviene:

—No os dará envidia que me traiga a casa todas esas cosas.. . Os llamaré la próxima vez que le encuentre una botella de vino debajo del delantal.

También hay un desarrollo de otra naturaleza que parecería totalmente personal si no fuese porque todas las situaciones del pasado son personales para la camaradería de los excombatientes del barrio. Ultimamente Marc no estaba con los delfines cuando los Reed llevaban a sus niños a darse un baño los domingos. Faltaba en las alegres bromas de los adultos en torno a la piscina de la iglesia; dieron por sentado que con su éxito creciente estaría ocupado montando su nueva obra en algún festival, en otra parte del país. Una noche se presentó tarde, cuando Steve y Jabu estaban a punto de irse a la cama, y les contó que se había enamorado de una mujer. Iba a irse a vivir con ella: su primera vez. Necesitaba hablar. Nunca había sido bisexual. Era un descubrimiento accidental..., ellos lo entenderían. Aquel que se había convertido en su camarada había dejado de ser un delfín.

Llega el verano y Jacob Zuma vuelve a los tribunales: las acusaciones de corrupción contra el presidente del Congreso Nacional Africano son sobreesidas por el Tribunal Supremo. Luego se hacen públicas las declaraciones según las cuales el sobreesimiento se hizo pese a que el juez creía que habían existido injerencias políticas por parte del acusado y había actuado con el convencimiento no de que las acusaciones fuesen ilegítimas sino de que el Estado quería borrar dichas acusaciones...; fue «algo accesorio a la cuestión legal»: la fiscalía no había dado oportunidad a Zuma de escoger abogado antes de decidir acusarle.

—Eso no tiene nada que ver con la culpabilidad o inocencia de Zuma en las acusaciones presentadas contra él... ¿Qué coño significa?

Ahora es Jake quien se presenta en casa de los Reed. Jabu ha vuelto del trabajo, la camarada abogada, y es a ella a quien muestra la hoja arrancada del periódico.

Steve lleva cervezas y patatas fritas a uno de los lugares habituales de discusión en el barrio: la terraza.

—Uno es culpable o no lo es, ¿no es eso lo que decide un tribunal? ¿Qué significa ese trabalenguas de prueba y contraprueba?

—Espera, amigo, ni tú ni yo somos abogados, pero hay que tener en cuenta las circunstancias atenuantes, recuerdo esa vez que, ¿cómo se llama?, Fikile...

—Los atenuantes, sí, las acusaciones llevaban un año en marcha sin que se celebrase el juicio.

Entretanto, ella ha vuelto a leer en el periódico el informe que conoce del ejemplar del Centro de Asistencia Jurídica. Hubo peticiones para que se formase una comisión de investigación. Lo cual significa que no se estaba emitiendo un juicio sobre el asunto del tráfico de armas: Zuma también está implicado en eso por las alegaciones de sus rentables

ofertas con Shaik y la compañía de armas francesa.

—Mirad, Zuma ha tenido encima la amenaza de su procesamiento durante años.

—Una comisión de investigación. Nada de lo que preocuparse, dilaciones, dilaciones, y todo quedará en nada.

Jake hace un gesto con el brazo hacia el futuro que se extiende ante ellos: para eso fueron los años en la cárcel, el exilio, las muertes en las escaramuzas en el desierto.

El propio Zuma pasó diez años en la Isla.

Wethu ha visto a Marc en la puerta y le ha hecho pasar por el jardín, los hijos de los Reed, los Anderson y los Mkize llegan de la calle con sus corceles, unas bicicletas adornadas con sus iconos.

—¿A qué vienen esas caras tan largas? ¿Habéis perdido dinero en la Bolsa? Tendríais que alegraros de poder participar en sus alzas y bajas. ¿Es que no oís la radio?, el programa de esta tarde era sobre cómo apreciar el whisky y disfrutar de la malta de los cristalinos arroyos de la bella Escocia y no de esa cerveza que tragáis fermentada con la orina de los riachuelos de los campamentos de las ciudades.

Ha ido a invitarles a la iglesia, no a la piscina, sino a la iglesia anglicana donde va a casarse y luego a una fiesta con los delfines.

—Han perdonado mi deserción, ahora no sólo los matrimonios del mismo sexo son kosher.

Las risas cambian la expresión de todos.

Isa da la vuelta para abrazarle con gesto cómplice, se ríen como si compartiesen algún secreto. Sí, claro, él, el delfín, fue quien acudió a cuidar de ella y de los niños cuando Jake estuvo en el hospital después del asalto y ningún camarada estaba disponible. Cuando los vecinos se marchan con el novio el buen humor se mantiene. Jabu, que rara vez se entromete en la vida privada de los vecinos del barrio, dice en voz baja.

—¿Tú crees que ella... lo hizo esa vez que... ?

El vuelve a partirse de risa y es su turno de abrazarla.

—¿Me estás diciendo que nuestra Lisa le inició?

Y tras recuperarse se pregunta a sí mismo: ¿por qué los heterosexuales estamos tan alegres? ¿Acaso es un trofeo para nosotros? ¿Es que seguimos teniendo rastros de desdén por el tercer sexo y nos alegramos de cualquier conversión a nuestra clase como si fuese el único modo de vivir y de ser?

Una semana después de que Jacob Zuma saliera libre no de una acusación de violación sino de corrupción, el Consejo Ejecutivo Nacional echó a Thabo Mbeki de la presidencia del país. Lo que suena es el teléfono fijo, no la canción de Michael Jackson en el móvil de Sindiswa. Jake:

—¡Zuma ya tiene el sitio libre!

La temporada navideña: no en cuanto al clima, en el hemisferio sur es verano. En lugar de nieve para el trineo, la época de paz y buena voluntad trae también la época de hacer balance del año académico. El total de matrículas indica que el 97 % de los niños del país asisten a la escuela, el 40 % son gratuitas. Las estadísticas más recientes muestran que el 67,4% carecen de ordenadores y el 79,3 % de bibliotecas. El 88,4 % no tienen lavabos utilizables.

Con el sistema educativo «basado en los resultados» (¿que ha sido de las «notas»?) según el Plan Nacional de Ayuda Financiera a los Estudiantes la matrícula de alumnos negros se ha duplicado este año: ahora los estudiantes negros pueden ingresar en la universidad con calificaciones más bajas que los estudiantes mestizos, los indios o los blancos—la jerarquía de la libertad—. Nadie repara en la voz grave de Lesego y si lo hacen, lo oyen subestimando su propia universidad. Entre las despedidas en la sala de profesores y las preguntas de adonde va cada cual, al mar o a la montaña, corre el rumor de que nuestras universidades van a perder acreditaciones en el resto del mundo porque aquí se acepta a los alumnos sin la cualificación adecuada.

Mientras toman las copas veraniegas en casa o en la piscina de la iglesia del barrio residencial, no es el profesor camarada quien interrumpe el ambiente vacacional, sino Marc, que está allí con su novia y saca a relucir el asunto:

—¿Cómo sabemos que a los alumnos no les dan los títulos basándose en el mismo principio? Ahí tenéis el *resultado* de la educación basada en los resultados...

—¿Y cómo quieres abrir la educación superior a los negros si no haces algunas concesiones...?

—Pero ése es el punto donde estábamos hace meses, o incluso hace un año. —Desde que sufrió la herida en la columna Jake tiene el tic de sacar pecho—. ¿Podéis decirme dónde está el «avance» en conceder becas a alumnos que van a ejercer profesiones sin la preparación necesaria? ¿Qué sentido tiene eso? Así habrá unos cuantos que estarán encantados de decir: «Ya veis lo torpes que son esos negros». No es más que perpetuar el racismo de la «inferioridad del cerebro de los negros», es *apartheid* disfrazado de Empoderamiento Económico de los Negros.

Entre los decibelios de las voces esas preguntas van dirigidas a Steve, el profesor universitario. Los camaradas saben lo de Australia, pero ¿qué tiene que ver él con lo que ocurre y va a ocurrir con la educación?

Y ¿qué derecho tiene a ser preguntado o a responder? ¿Están fingiendo ignorar lo de Australia para no tener que juzgar a uno de los suyos?

Dando por sentado que el camarada sigue pensando en Australia, aunque aún no haya tomado una decisión, en la universidad, Lesego, de estudios africanos, y uno o dos profesores más especulan a veces sobre quién podría tener la oportunidad de ocupar su puesto en la facultad de ciencias, pase lo que pase será una ocasión. Todo lo que ocurre en

eso que llaman la nueva administración del país entra en erupción y luego persiste, se convierte en algo cotidiano. El país está en plena adolescencia.

La temporada navideña.

Por casualidad, vuelve a primera plana uno de esos sucesos violentos cuyas consecuencias resume Jake con otro gesto, el de mover el brazo: dilaciones, dilaciones, dilaciones, y todo quedará en nada. La iniciación de los limpiadores negros por los estudiantes blancos a la barbarie de la cultura blanca parece haber seguido ese camino. Ha habido de vez en cuando alguna que otra referencia en páginas interiores a las intenciones de la universidad de «abordar el incidente». Al parecer se debatían entre si permitir o no que los alumnos continuaran sus estudios; nadie aludió a si la preocupación de la universidad incluía las consecuencias del «incidente» para los limpiadores. Pero, justo cuando estaba a punto de concluir el año, el incidente volvió a resurgir: mientras blancos y negros sin trabajo aceptaban un empleo de Santa Claus en los supermercados con la ritual barba blanca, uno de los estudiantes filtró o vendió una copia del vídeo y aparecieron nuevas fotografías en los periódicos. Los saludos de los invitados, el circo de bromistas borrachos jaleándose unos a otros, las cabezas sobre la cazuela de la que los invitados se vieron obligados a comer; una vez más la espalda del alumno meando para preparar el *potjiekos*. No ha quedado en nada: un recordatorio. Aunque tal vez en el momento menos apropiado. Todo el mundo está ocupado en otras cosas.

Para Steve el recordatorio fue algo casi personal. Aunque de manera casi fortuita, había hecho, después de varios contactos interrumpidos con los asesores australianos, un lento avance hacia las autoridades académicas y una finalidad: una solicitud a universidades concretas. Credenciales académicas, presentación del currículum y cosas así, pudo y pidió al profesor Nduka que le escribiera una carta de recomendación: Nduka, el hombre que por motivos personales se había ido de Nigeria para trabajar en el extranjero. No pudo recurrir a aquellos que ocupan puestos en el gobierno y cuya recomendación cuenta de verdad, los camaradas de la Lucha que lo habían conocido en esa época y podían dar fe mejor que nadie de las cualidades de ese camarada que quiere dejar el país.

Un *impimpi*. En la nueva vida: un reflejo suyo en el escaparate.

Las solicitudes para un puesto en la facultad de Ciencias son muy bien acogidas en las tres o cuatro universidades con las que ha contactado. Los asesores le proporcionan folletos que describen el clima, la flora, la fauna, las instalaciones deportivas, las actividades culturales que suponen decisivas para un intelectual de intereses amplios en la comunidad donde está situada cada universidad. El dice:

—Universidad de Adelaida, Australia del Sur; Melbourne, estado de Victoria; Universidad James Cook, Queensland.

Una pausa.

—Déjame el mapa.

Sindi tiene un atlas entre sus libros del colegio y se lo presta a su madre sin curiosidad, habla boquiabierta y en tono conspiratorio por el móvil cuando la llaman para pedirselo. Los niños no saben lo de Australia, han tenido la precaución de que no se enteren..., aún es demasiado pronto.

Reconocen que sólo Sidney y la Gran Barrera de Coral significan algo visualmente. Pero eso no quiere decir que no haya instituciones reales, universidades en lugares desconocidos: es una posibilidad confirmada. No han hablado de oportunidades de practicar la abogacía. Es como si aceptaran que las oportunidades de ella están ligadas a las de él.

Steve había visto en esos primeros anuncios de bienvenida a Australia que necesitaban ingenieros civiles, ópticos, enfermeras, mecánicos de sistemas de aire acondicionado, operadores de grúas, pero nada de abogados en la lista. En las horas de intimidad que les quedaban no habían hablado de lo que podría hacer ella allí para no ser sólo la mujer que lleva uno con su equipaje. Ni de si su título de derecho se reconoce en el sistema judicial del país. Ni de si le dirían «Australia tiene abogados suficientes, gracias». Ni de si su experiencia en el Centro de Asistencia Jurídica supone una ventaja en un bufete mercantil o en un servicio social creado para garantizar la defensa de quienes no pueden permitirse pagarla.

—Podrías preguntar. —Jabu le cede sus posibilidades.

Así que han estado viviendo de acuerdo con la ley de Baba que afirma que una mujer debe vivir según las decisiones del marido.

—Mira, será mejor que lo preguntes tú misma, que al fin y al cabo eres quien está familiarizada con los entresijos de la ley. Hay un seminario la semana que viene en no sé qué hotel...

—¿Qué día es? El martes... no, el miércoles tengo que ir a los tribunales.

Su contestación, práctica y casual, fue la respuesta: Jabu está de su parte, sea cual sea la decisión acerca de la posibilidad: Australia.

Sin que nadie sepa la importancia que tiene para ellos, el seminario del jueves de asesoría sobre Australia se celebra en un hotel, que debía una de sus cinco estrellas a una sauna tailandesa y un centro de masaje karma del que ninguno había oído hablar.

La sala de conferencias no estaba llena de oportunistas, sino de hombres y mujeres en apariencia de mediana edad con preguntas minuciosamente preparadas; hombres y mujeres con aros de oro en las orejas, por lo visto Australia es famosa por no estar chapada a la antigua si tienes las habilidades que ellos necesitan, y ahí estaba el hijo de alguien a

quien el Empoderamiento Económico de los Negros ha discriminado por su falta de pigmentación acompañado de una anciana de rostro desafiante. Jabu era la única negra. Iba vestida con su complejo atuendo africano, la tela en torno al cabello de un color más sobrio de lo habitual y sin que se escapara ningún mechón. Las personas en la sala la miran de reojo; pocos quieren que conste que ellos también están renunciando a su primogenitura. ¿Derrotados? Desertores, así se llama coger el avión a Perth.

De todas formas Jabu sorprende (ahora se vuelven para mirarla) por la precisión de las preguntas generales que plantea y de las que ellos también quieren conocer las respuestas, como si actuara en representación suya, y mejor, en la presentación de unas cuestiones sobre las que les falta jurisprudencia. De un modo u otro la ley está presente a su favor. Resulta que es abogada y está casada con ese tipo blanco que se sienta a su lado. Es un profesor universitario que mantiene correspondencia con algunas universidades que ya están interesadas en él; sus preguntas no se refieren sólo a eso, si no a si los empleos tienen restricciones temporales o son permanentes. Y a cuál es la situación respecto a la integración en asociaciones profesionales, ¿pueden los emigrantes ingresar en sindicatos? ¿No son contratos basura, sin beneficios?

¿Acaso no está metiendo la pata al sacar a relucir la política? Como él tiene una mujer negra (mira su atuendo Lo Negro es Bello) no le van a discriminar en los trabajos para profesores... Entonces, ¿por qué quiere emigrar esa pareja?

Pero la sala de conferencias no es sitio para que los futuros emigrantes se pregunten unos a otros, no es la manera correcta. Steve consigue su información y Jabu la suya, y les indican que hay más en los folletos.

Ha sido una experiencia mutua que les ha ayudado a romper el silencio tácito, ahora pueden hablarlo. Al bajar en uno de los ascensores el hombre que iba acompañado de la anciana pregunta a Steve:

—¿Así que ha conseguido que le respondan de varios sitios? Tiene usted suerte. «Explore las oportunidades ocultas», «toda clase de visados», «asesoramiento sincero y detallado», «éxito espectacular», bía, bía, bía. «Bienvenidos», dicen, y los tipos de estos seminarios no hacen más que animarte, pero aún no he conseguido respuesta de ninguna de las empresas con las que me han puesto en contacto. Estoy planteándome probar suerte en Nueva Zelanda, ¿qué le parece ese país? Claro que es usted profesor universitario, supongo que tiene más posibilidades que yo con la letra pequeña y esas «ciertas condiciones». Cada vez que vengo a una de estas reuniones el asesor me cuenta una historia diferente, ya no sé si de verdad son de allí o son unos abogados locales...

La mujer tiene los párpados caídos y las comisuras de los labios alzadas de quien ya ha oído todo eso antes. Habla para todos los confinados en el ascensor:

—Mi emigración sí que va a ser definitiva.

Suena demasiado solemne, alguien bromea en tono amable y paternal.

—¿Es que va a viajar como turista a la luna? ¿A su edad? —No. La cremación. Uno asciende convertido en partículas infinitesimales al infinito.

Están en el coche de Steve cargados de regalos y contribuciones a la comida navideña, por una vez la familia al completo: Gary Elias, camino de su segunda casa; Sindiswa, que ha aceptado después de que le garanticen que estarán de vuelta en Nochevieja cuando la han invitado a una fiesta sus compañeros del Aristóteles, y Wethu, que canturrea un himno que pronto estará cantando en la iglesia metodista del diácono.

El propio Baba llamó para invitarles; Jabu no creyó probable que los Reed tuviesen algún compromiso, aunque los camaradas, los del barrio, los delfines y el nuevo grupo de la piscina tras la deserción de Marc, sí tenían planes. Sin embargo, pareció dar por descontado que si Baba telefoneaba irían a verle. El caso de violación estaba olvidado y el de corrupción había quedado atrás aunque la apelación seguía su curso; Jacob Zuma sigue siendo, es, el candidato del Congreso Nacional Africano a las elecciones presidenciales del próximo año.

En el pueblo han sacrificado un buey, la carne no está en bolsas de plástico del supermercado, sino que sale directa de los grandes recipientes de hierro que penden sobre el fuego que han encendido las mujeres. A Sindiswa, que no va a menudo a Kwazulú, eso no le parece exótico; en la fiesta de cumpleaños de uno de sus compañeros griegos pusieron un cordero en un espetón al que él y sus amigos dieron vueltas dirigidos por su padre.

Steve se pone a jugar al fútbol con Gary Elias, los primos y otros padres del clan. Muchos de los hombres que viven en las ciudades industriales, mineros y obreros de la construcción, son del pueblo y han vuelto a pasar las navidades. Forman su propio enclave y beben las latas de cerveza que han llevado, así como *imbamba* generosamente fermentado.

Están afablemente borrachos y en un discreto aparte unos cuantos rodean con gesto protector a una mujer que llora entre las risas y la cháchara de quienes se divierten: su hijo ha muerto en no se sabe qué ciudad en la que encontró trabajo. Jabu va con su madre y otras mujeres a consolarla.

Steve está en el descanso del partido.

—¿Ha sido el sida?

—¿Quién ha muerto?

—El chico que falta.

Jabu desvía la mirada hacia los trabajadores de la ciudad. Steve y ella han seguido las estadísticas del sida, podría citar las últimas cifras de infectados, pero hasta el momento no había sabido de nadie que hubiera muerto. En el Centro de Asistencia Jurídica conoce a hombres y mujeres—son muy discretos por miedo a la deshonra—que son seropositivos y toman antirretrovirales e incluso a algunos que padecen el sida. Personas a quienes despiden del trabajo por estar infectadas con el virus: ella participa en varias acciones judiciales contra patronos que pasan por alto ilegalmente los derechos constitucionales de

los trabajadores.

¡ Vete a saber cuál de sus estudiantes es seropositivo, lo sepa o no!, un profesor de otra facultad ha hecho público lo que él ha llamado su «estatus» y ha animado a los estudiantes de todas las facultades a hacerse las pruebas, y si son positivas, iniciar el tratamiento cuanto antes; si son negativas, deben despertar y asegurarse de que toman toda clase de medidas al hacer el amor para protegerse de la infección y proteger a sus parejas, del sexo que sean.

Hay dos camaradas—no del barrio sino del pasado compartido—que han salido del armario y están siguiendo un tratamiento que tal vez los mantenga con vida sin desarrollar el sida. ¿Los delfines? No vayas a creer que es una plaga homosexual transmitida a los heteros.

Todavía acalorado por un partido de fútbol que nadie se ha tomado en serio—como las absurdas competiciones que había a veces en los campamentos antes de pasar a la acción—, Steve va a dar el pésame a los trabajadores. Pero proceden de distintos trabajos en diversos puntos del país industrializado y la mayoría no conocían al muerto, si hubiese sido alguno de sus compañeros lo habrían llorado en su tumba; es el dolor de la madre revivido por la ausencia de su hijo entre los que han vuelto para celebrar la Navidad. Todos acogen con cordialidad al hombre blanco casado con la hija del diácono y director de la escuela, y charlan con él e interrumpen las anécdotas que otros están contando sobre la vida en los pueblos y en las ciudades, sobre pensiones en las que es preciso sobrevivir a la violencia, acerca de los precios de los pisos, cuando consigues encontrarlos: hay una anécdota muy graciosa en una mezcla de isizulú e inglés de uno que ha encontrado una habitación compartida en lo alto de un rascacielos que antes era de blancos ricos. Era donde vivían los criados, pero ahora los caseros no tienen criados y el dueño del edificio alquila habitaciones a todo el mundo: hay una tienda de venta de licor sin licencia que regentan unas mujeres los fines de semana, niños, hombres y sus novias, *Izifebe Onondindwa*.

Sindi habla en el isizulú que aprendió de su madre cuando era un bebé en Glengrove Place con un grupo de chicas y descubren que comparten las mismas bromas y quejas sobre sus novios, aunque la libertad de la que ella goza en su colegio es inimaginable en el equivalente femenino del colegio para chicos que dirige Elias Siphwe Gumede.

En lugar de volver a casa en Navidad, los zimbabuenses huyen de su país por decenas de miles, y acaban en aquella otra iglesia metodista, en las aceras de la ciudad, en los solares vacíos de las afueras. Dentro de una semana habrá elecciones y otro gobierno *postapartheid*; la escisión de los héroes del **cna** para formar un partido rival ni siquiera se menciona: éstos son chicos del pueblo de Kwazulú que han vuelto y están tomando una bebida casera. Todos brindan por la gran promesa..., las promesas del ídolo, Zuma. Jacob Zuma cambiará todo lo que no ha cambiado y hará que la vida de todos sea mejor. Msholzi, su apodo afectuoso: es uno de ellos, un trabajador más; Zuma, uno de los suyos.

Su Baba ha concedido a su marido el tiempo y la atención que reparte entre todos los que participan de la hospitalidad tradicional, tanto de la celebración cristiana como de los

festejos amazulés. Tiene un tema de conversación masculino: va a comprarse un coche nuevo.

—El tipo del garaje dice que ya no vale la pena reparar mi viejo coche y que cambiarle los neumáticos, ya se sabe cómo son nuestras carreteras, sería tirar el dinero... Dicen que hay que comprar un coche nuevo cada seis años.

—¡En ese caso, el mío tendría que estar ya en el chatarrero! Me paso casi tres años.

—¿Y has llegado bien con Jabu... ? Claro..., por supuesto, si llego a cambiarlo, me quedaré con las ruedas, hay un modelo japonés o a lo mejor sigo con Ford.

Por su gesto se nota que ambos están pensando en otra cosa, pero así pueden charlar en terreno seguro. Nadie se arriesga a mencionar el juicio por corrupción que pende sobre la segura elección de Jacob Gedleyihlekisa Zuma, como si cualquier alusión fuese una ofensa al anfitrión, o una falta de tacto respecto a las opiniones políticas, cualesquiera que sean, del marido de su hija. La reacción de su hija cuando fue a visitarle después de que absolvieran a Msholozzi en el juicio por violación: ella habrá influido en su marido. O puede que sea él quien haya influido en ella. Mi propia hija.

Pasaron una noche agradable en casa de los padres de Jabu, lógicamente tardaron en dormirse por los cánticos y gritos de alegría y el zumbido de la radio. Los niños se repartieron según su propia elección entre los parientes de su edad, que estuvieron encantados de hacerles un hueco. Naturalmente, Gary Elias compartió la cama que ocupa siempre en sus visitas.

Ella no tuvo ni que preguntarle a Steve si asistiría con la familia al servicio religioso de Navidad dirigido por el diácono en la iglesia.

—¿Voy bien así? —Se había puesto una chaqueta a pesar del calor y la corbata que había metido en la bolsa, al recordar las formas guardadas en la Iglesia anglicana cuando iba con su padre.

No estaba mal; ella había llevado su atuendo panafricano, y aunque eso la distinguía de los sencillos vestidos tradicionales de las otras mujeres que están al día y de las faldas a medida y los sombreros con flores de la época del decoro colonial que llevan algunas ancianas, su belleza, como tributo a la adoración del Niño Dios de su continente africano, fue recibida con admiración. El director de la escuela. El diácono, en la línea de distinguido liderazgo de su familia en su iglesia, había educado a su hija para enfrentarse al mundo, pero ella no había olvidado volver y llevarles algún símbolo de sus logros.

Steve lo pasó bien. De verdad. Se sintió... en casa. En casa de su mujer. En su sitio. ¿Será porque la vida personal puede llegar a estar, y de hecho está..., por encima de la fe...

de la fe política? (Esa herejía...).

Ha superado (sin darse cuenta) su rechazo, no, no era eso..., su distanciamiento de Jonathan y los Reed. Una reconciliación lograda por Jabu, ¿por su vida en común? Sí, una camarada; aunque ella nunca ha jurado lealtad a su fe —la Lucha— como si fuera una religión o un sustituto de la fe religiosa. ¿Es libre? Qué fácil escapatoria. Pero ella no utiliza escapatorias fáciles.

Es extremadamente difícil aceptar una prioridad entre una elección de existencias en el tiempo escaso que dura la vida. ¡ Oh!, que le den a la filosofía. Ahí está el legado africano de Kwazulú ejemplificado por su padre, con quien está ligada a pesar de la separación producida por el cartel de la valla.

Esa noche la ve leyendo y tomando notas sobre la información suministrada por los asesores australianos acerca de la jurisprudencia y el sistema legal de aquel país. Se dirige a ella por su nombre completo: ¿se ha decidido Jabulile Gumede por Australia? Discuten los aspectos prácticos del asunto, han hablado de colegios, de si instalarse en una ciudad encajaría mejor con el estilo de vida en el que han pensado que si se instalaran en un barrio de las afueras, un barrio residencial que no sería el barrio de ahora.

No es una decisión, ni una aceptación por su parte.

Cuentan con que en algún momento, cuando vuelvan a casa (le han prometido a Sindi que llegarán a tiempo para la fiesta de Nochevieja de sus compañeros del colegio), pasarán una tarde o una velada con la madre de Steve—tal vez la última antes de que se mude a Ciudad del Cabo—y con los Reed que hayan ido a verla.

Jabu ha quedado con ella, por la noche. Jonathan y Brenda están en la casa, igual que Chantal, la hija de Jonathan y Brenda, que abraza a su prima Sindiswa con la misma efusividad que su madre aunque sólo la ha visto un par de veces en su infancia, y Ryan, el hijo que está estudiando Ingeniería en Inglaterra, un título que le permitirá trabajar en su país o en cualquier parte. No ha esperado a graduarse, se ha casado, su mujer medio galesa medio inglesa, Fiona, le acompaña; al final Sindi no tendrá que ser dama de honor. Ryan habla con confianza de la vida en Londres, se ha aclimatado en todos los sentidos, incluso su inglés sudafricano ha perdido naturalmente sus antiguas inflexiones que proceden del modo en que utiliza el idioma la Babel de ciudadanos, isizulú, setswana, sepedi, isixhosa y afrikáans: todas las notas suenan en la variedad de tonos de la lengua.

Su mujer trabaja en una galería de arte de Cork Street y tiene un hermano que es primer violinista en una orquesta de cámara que da conciertos por todo el mundo.

—No sólo estoy familiarizado con las resistencias y tensiones de las estructuras de la ingeniería, nunca nos perdemos una exposición de arte, las tendencias, las ideas diferentes, lo que es el arte, me refiero a cómo se están introduciendo las nuevas tecnologías igual que se introdujo en tiempos el pincel, y luego está la música, claro: gracias al hermano de Fiona tenemos la puerta abierta a todos los conciertos, todo lo nuevo

que está sucediendo en la música, es fantástico, de post-Stockhausen a post-Jackson. —De pronto, como si recordara las preocupaciones de Steve y su guapa, sí, lo es, mujer negra, añade—: Y no tenemos que pensar en por qué estamos disfrutando de todo eso mientras muchos malviven en chabolas.

Arruga la nariz y luego descarta el asunto con un movimiento de cabeza como si no quisiera volver a hablar de ello en toda la tarde.

—¿Qué hay de los musulmanes en Inglaterra?—pregunta Jabu en el tono que usa para interrogar a los testigos.

—Bueno, hay y ha habido incidentes desagradables, por supuesto, siempre encuentra uno salvajes que desahogan sus frustraciones con quienes son diferentes.

Arquea las cejas para dar a entender que no se cuenta entre ellos.

Australia borró del mapa a los aborígenes. Casi. Así uno no tiene que sentirse culpable por sus privilegios. Los pocos que quedan, los descendientes, son como especímenes y no participan en la vida real.

Steve no está escuchando la conversación entre Ryan y Jabu.

Tampoco Jonathan, que está diciéndole:

—Estoy buscando el modo de financiar la compra de una casa para la joven pareja en Londres o dondequiera que consiga un empleo, probablemente en una gran empresa de construcción..., tal vez incluso en un municipio o, ¿cómo lo llaman ellos? Un condado. Mi abogado está tratando de resolver todas las dificultades, los permisos para enviar dinero desde aquí, hay una ley que permite comprar propiedades en el extranjero, ya sabes..., aunque bajo ciertas condiciones. Los funcionarios escudriñan hasta la última rendija de tus finanzas. En cualquier caso, tengo amigos que se las saben todas.

Así que el hijo no va a volver. A casa.

Estaba claro cuando Jonathan fue a pedirle consejo sobre la mejor facultad de Ingeniería para su hijo. El hogar de uno es transferible. Siempre lo ha sido. Mucho antes de que las tribus descendieran del norte ecuatorial, los holandeses que seguían las exploraciones de la Compañía de las Indias Orientales Holandesas, los franceses y su vinicultura, los gobernadores coloniales ingleses, los aprendices indios que trabajaban en las plantaciones de azúcar de los blancos, los ingenieros de minas escoceses, los judíos que huían del racismo zarista y luego de la persecución nazi, los italianos a quienes les gustó el país después de pasar una temporada en él como prisioneros de guerra, los griegos cuya odisea iniciada por la pobreza trajo hasta aquí junto con todos los demás de orígenes lejanos que decidieron hacer de Sudáfrica su hogar. No se las han arreglado para eliminar del todo a los africanos san y khoi a quienes arrebataron su tierra.

Uno puede instalar su hogar en cualquier parte. Es la historia de la humanidad. Pero resulta menos complicado si la población indígena ha sido más o menos eliminada.

¿Se ha enterado Jonathan de los contactos con los asesores australianos, tal vez a través de un amigo que los haya visto en uno de los seminarios? ¿O es que le ha leído el pensamiento?

—¿Y no habéis pensado en Inglaterra? Allí tienes buenos contactos, ¿no?, después de aquel congreso al que asististe. Seguro que podrías encontrar trabajo en alguna universidad. Pero supongo que tus lazos aquí..., no hay razón para... Brenda y yo..., con esta terrible violencia que no para de crecer, lo hablamos igual que todo el mundo, pero si vas al meollo de la cuestión yo digo: en todas partes pasa lo mismo. Dios sabe qué país es seguro, y tengo el pálpito de que cuando termine la recesión mundial, el negocio y las inversiones van a florecer; en fin, que hay que aguantar. La industria metalúrgica no nos va mal ni siquiera ahora, nos las hemos arreglado para redistribuir al personal..., no hemos despedido a tantas personas. Pero eso no soluciona la cuestión de sacar el dinero para comprar la casa de Ryan.

Se ríen, pues Jonathan es consciente de que su hermano Steve no es la persona más adecuada a quien pedir consejo al respecto.

Inglaterra. Otras asesorías. Sí. ¿Por qué no has pensado en Inglaterra si tienes tan buenas ideas y estás dispuesto a llevarlas a la práctica? Contactos. Los influyentes profesores del congreso en el que todo lo dirigía eficientemente una encargada con nombre de hombre en su versión femenina. Volver al «hogar» de la familia paterna de los Reed. La vida en Inglaterra: unos días en un viejo molino reconvertido en residencia privada.

Despiden el año en la casa de Jake-Isa, donde todos estaban invitados, Blessing y Peter Mkize, Jabu y Steve y los delfines, entre ellos el renegado Marc y su mujer. Los camaradas del pasado en la Lucha y ahora en la comuna del barrio residencial, lo pasan bien juntos igual que siempre hay alguien disponible cuando alguno de ellos está en un apuro.

Al bailar vuelven a ser los amantes clandestinos en Suazilandia, donde Baba la había enviado a educarse y el estudiante universitario se escondía de la Sección Especial. Esquivaron a Marc, que baila y se arrima a su mujer en las fiestas igual que hacía con uno de los delfines en la piscina de la iglesia... ¿Su amante?

Jabu susurra después de una copa o dos de más.

—¿Qué crees que tiene ella que...?

Se refiere en concreto a lo que atrajo a Marc, a qué hay en quien no es un hombre...

¿Sí? No es fácil para él, a quien atraen sólo las mujeres, ponerse en el lugar de—¿qué...?—el sentido corporal y estético de Marc.

Le susurra al oído. Habla el vino.

—Tiene una cintura muy fina y flexible.

Contactos. (Jonathan los había sacado a relucir). Inglaterra.

La que tenía la versión femenina de un nombre masculino tiene una cintura que la mano recorre desde las intimidades de la axila hasta el hueco de la cadera.

El tiempo carece de materialidad, la llegada del nuevo año es aural, gritos y fuegos artificiales que llegan del barrio y de toda la ciudad, el sonido de los tambores y el pedorreo obsceno de las vuvucelas, el clon de supermercado de los cuernos de buey que se hacían sonar para honrar a los dignatarios tribales, nada que ver con su evolución de plástico que ensordece a las muchedumbres cuando se marca un gol en el campo de fútbol. De dondequiera que estuviesen en el patio, los hijos han aparecido entre los adultos que se besan y abrazan triunfantes por haber sobrevivido a otro año y expectantes por ver qué les traerá el nuevo, y quienes viven el uno para el otro se buscan para darse un beso especial. Están abrazados como un solo cuerpo, pero se besan por primera vez..., nunca antes se habían besado en el tiempo presente, en este año, él ve lágrimas que aumentan sus ojos a modo de celebración. Ella se ríe y vuelven a besarse.

Es la última vez. Será el último cambio de tiempo en el barrio y en su vida normal.

Asunto: Australia: NUESTRO PUEBLO

Es el encabezamiento de las páginas de información que llegan en línea a su despacho de la facultad. Australia, el continente más pequeño y el sexto país más grande del mundo etc. (todo está en los recortes que ha leído antes). Pueblos indígenas vivieron en ese continente desde hace sesenta mil años; sus vidas cambiaron irremisiblemente cuando los británicos se adueñaron de Australia en 1788. La dominación británica empezó en forma de colonia penitenciaria a la que se enviaba a los presos desde Gran Bretaña. A los colonos libres de ese país se les unieron otros de diversas partes del mundo y malayos, japoneses..., que iniciaron las pesquerías perlíferas. En los años treinta la población indígena se había reducido al veinte por ciento de su tamaño original. Hoy poco más del dos por ciento de los australianos se identifican como indígenas (por lo visto, «aborigen» se ha convertido en una palabra tabú, como «cafre»). La inmigración a gran escala empezó después de la Segunda Guerra Mundial..., y después de la abolición de la política de la «Australia Blanca» llegaron emigrantes de muchas partes de Asia. Los últimos patrones demuestran que cada vez llegan más personas de África.

En los años que siguieron a la colonización europea la población indígena disminuyó de manera significativa debido a una creciente mortalidad. En 1967 se modificó la Constitución australiana para incluir a los indígenas en el censo nacional. (¿O sea que las cifras anteriores debían de ser cálculos estimados?)

reconciliación. Seis años después de iniciado el siglo xxi esa población había aumentado en un once por ciento hasta 450000, dentro de los veintidós millones del total del país. En 1992 el Tribunal Supremo de Australia convirtió a Eddie Mabo en el primer indígena con derechos de propiedad sobre la tierra. La sentencia de Mabo condujo a la aprobación de la Ley de Propiedad Indígena de 1993 que reconoce a los nativos la propiedad de distintas tierras en el continente. En 2008 el primer ministro australiano se disculpó ante los indígenas por la «generación robada»: los niños indígenas que, entre 1910 y 1970, fueron separados a la fuerza de sus familias, causando un gran sufrimiento y una pérdida incalculable a los indígenas australianos. La educación, la salud, la vivienda. En comparación con los australianos no indígenas, muy pocos alumnos indígenas asisten y completan su educación en el colegio... El hacinamiento se asocia a los malos datos de salud, una encuesta realizada entre 2004 y 2005 reveló que el veintisiete por ciento de los indígenas vivía en condiciones de hacinamiento.

Los sudafricanos blancos no se disculparon ante los sudafricanos negros por los abusos a los que los sometieron desde el siglo xvii hasta el refinamiento final del *apartheid*. No se disculparon por nada: no tuvieron necesidad, recibieron la retribución más importante: su último régimen fue finiquitado por la Lucha.

En Australia había seres humanos hace sesenta mil años.

Los san, que vivían en lo que hoy es Sudáfrica hace doscientos mil años, se unieron a los khoi, un pueblo de la Edad del Hierro del norte del continente africano; ambos se las han arreglado para sobrevivir bajo los blancos que apenas los consideraban personas: algunos han debido hacerlo reproduciéndose clandestinamente con otros negros, con los esclavos malayos de los blancos ¿e incluso con blancos? Consiguieron el derecho a voto como todos los demás en 1994. Ahora tienen emisoras de radio que transmiten en lo que queda de su propia lengua. Viven sumidos en una pobreza degradante la transformación de la libertad del país al que pertenecen más que cualquier otro de su población.

Así que no es emigración. ¿Qué queda detrás? No es otro país, si eres un aborigen.

En casa, en el salón, Steve tiene la información a mano para enseñársela. Ella ha trabajado hasta tarde en el Centro de Asistencia Jurídica, ha aceptado un caso contra varias compañías mineras que durante años han despedido sin compensación, o con compensaciones simbólicas, a los trabajadores intoxicados por asbesto y con tuberculosis contraída por las condiciones bajo tierra.

Jabu aparta la información para más tarde con un gesto.

—¿No ha ido bien? —Sabe que han perdido el caso en dos instancias inferiores, ahora va a recurrir al Tribunal Constitucional.

No parece haber oído la pregunta. Le está contando algo que no tiene nada que ver con su día de trabajo.

—Paré en el supermercado a comprar las uvas que le gustan a Sindi y uno de esos hombres que venden escobas en la calle se me acercó cuando me iba. Me disculpé como siempre, no necesitamos ninguna, y me dijo: «La hija del director Gumede, te conozco...», me reconoció de casa, incluso por mi nombre. Es uno de los ex alumnos de Baba, pero no ha encontrado trabajo desde que terminó el colegio hace dos años. Salió del colegio de Baba sabiendo leer y hacer cuentas..., lo único que puede hacer para ganarse la vida es intentar vender escobas de paja que, según dice, hacen unas refugiadas de Zimbabue.

Jabu parece inalcanzable. Cómo decírselo, cómo darle el otro folleto, el hombre es uno entre miles. Pero es uno de los alumnos de Baba, educado por Baba para hacer frente a las nuevas oportunidades. Jabu le está describiendo cómo se le acercó con la máscara de mendigo que va con el oficio igual que la del predicador o el juez. Steve repara en que Jabu se siente culpable. ¿Por qué? Es culpable de pertenecer a la nueva clase de negros que no viven en la calle. De no ser camarada de los chicos del pueblo a quienes Baba no ha podido dar la libertad que sí pudo darle a ella. Culpable de falsas pretensiones.

Eso es lo que este país está haciendo a los suyos. Es culpable de que la vida mejor para todos no lo sea para ellos. Si resistes lo bastante puede que las cosas cambien, es un caso que todavía no ha llegado a los tribunales. Aunque Jabu ha emitido su propio veredicto.

Mientras siga viviendo aquí.

Está recopilando recortes de periódicos y documentos impresos de Internet, no sólo sobre Australia, sino sobre aquí y ahora. Jabu no le pide explicaciones, ha entendido que probablemente él también se ha dado cuenta de que es inútil. Está en negociaciones con universidades australianas.

A menos..., ¿le seguiremos? Lo que ocurra, no sólo va a ocurrirles a quienes dejemos atrás, Baba en Kwazulú, e incluso la familia Reed, de quien Steve está distanciado. La transformación está a punto de producirse. La fecha de las elecciones de este año se anunciará pronto, ya se oyen las promesas de quienes aspiran a presentarse al Parlamento. Las cambiantes alianzas de los políticos, los modelos de poder: la nueva Lucha. Los cambios que se aproximan son inevitables. En el Centro de Asistencia jurídica, la discusión es de carácter legal.

—Demasiados traseros blancos en la magistratura y muy pocos negros, ésa es la primera cuestión...

—Los juicios que afectan a los ministros del gobierno y los altos funcionarios están influenciados por el gobierno...

—Alto ahí..., ésa es la impresión, sí...

—Y si hay, como debe haber, un equilibrio democrático en la proporción adecuada con la mayoría negra..., eso acabaría con los indultos para los amigos...

—En conclusión. No disimules los apaños y llama a la corrupción por su nombre. —Es uno de los abogados de quien Jabu ha aprendido mucho y que tiene derecho a hacerle reproches.

—¿Qué futuro tiene la Comisión Judicial? ¿Quién sobrevivirá? ¿Seguirá siendo la Comisión un cuerpo independiente capaz de nombrar jueces con quienquiera que sea el presidente...?

Interrumpen a su colega.

—¿Cómo que con quienquiera que sea?

(Alguien suelta una carcajada: todos saben que será Zuma).

—El presidente pondrá a sus cuatro elegidos para sancionar lo que elija la Comisión..., ni siquiera se dignará dismantelarla, sino que él mismo dará el visto bueno a los candidatos.

—¡Él mismo! Zuma ha estado al margen de la ley. Ésa es su única cualificación para saber quién es apto para ser juez y quién no.

Enseguida salen a relucir nombres de algunos que comprenderán la necesidad de que

los hombres del presidente no vayan a la cárcel. Ella traslada esa inquietud al barrio, a las conversaciones en el dormitorio por la noche y a las discusiones con los camaradas a quienes eso puede afectarles. Steve tiene preparado un recorte del periódico vespertino en la mano que todavía no ha añadido a la caja que guarda en el estante de donde cayeron los folletos de inmigración a Australia. Nueve millones de analfabetos en una población total de cuarenta y nueve millones. Es una cifra para pararse a meditar en ella antes de pensar en el chico de Kwazulú vagando por la calle con escobas de paja al hombro.

Ninguno de los dos se sorprende, pero aunque él sea profesor agregado en una universidad, la abogada se extraña incluso menos.

—Fue una de mis primeras funciones cuando empecé a trabajar. Me pasaba horas con los testigos leyéndoles en voz alta, explicándoles el significado de cada término y de cada palabra. Muchos no sabían leer. Lograban escribir su nombre con dificultad. Recuerdo que pensaba que el bolígrafo era como un asa que no sabían sujetar..., era horrible, muy embarazoso para ellos y para mí, que también soy negra. —Hizo una pausa y se pasó el dedo índice y el pulgar desde la comisura de los labios hasta la barbilla—. Si hubiese sido blanca, habría sido natural que supiera cosas que ellos ignoraban. —Otra pausa—. Vete a saber cómo sería para Sindi y Gary Elías, por su aspecto los dos lo parecen.

Al menos parecen otros africanos, negros emigrados y aceptados para emigrar. Es algo que no ha salido a la superficie, ¿está pensando en Australia en lugar de concentrarse en los testigos de la defensa de los derechos constitucionales en el tribunal? Australia se ha convertido en un elemento de la vida normal. ¿Cómo verán allí a unas personas que son tanto blancas como negras?, aunque no blancas y aborígenes, claro. Y, por supuesto, ahí está Obama, desde el año pasado, cómo le vean a él puede ayudar a la identidad en el mundo.

En la reunión con el vicerrector, cuando se inauguró el primer trimestre del año nuevo en la universidad, el camarada Lesego, de estudios africanos, llevó la voz cantante. Resultados de matriculación: sólo el sesenta y dos por ciento de los «educandos» han aprobado. Ninguna mejora. Pero alzó la voz a la vez que las manos al recordar que el sesenta y nueve por ciento de los estudiantes matriculados en la universidad el año anterior eran negros y más de la mitad, mujeres. Se produjo el aplauso que su gesto requería.

Otra mano alzada más que levantada: los profesores no son «educandos» buscando atención para hablar en clase. Ahí vuelve otra vez.

—Aquellos que se cuentan entre el sesenta y dos por ciento que han solicitado matricularse en la universidad este año lo hacen según los criterios de admisión diferenciados entre los resultados académicos más altos exigidos a los blancos e indios y los más bajos a los negros. Pensemos en las consecuencias que tendrá eso para quienes vamos a darles clase.

Pero no era el momento ni la ocasión para que Lesego desenterrara semejante cuestión. El trimestre tiene que empezar con optimismo. Cuando fue con Steve y otros

colegas a beber una cerveza en el pub utilizó el mismo vozarrón al alzar la copa.

—*Eish!* ¡Por que haya más horas de repaso! ¡Y mejores resultados!

La espuma desbordaba la copa y aligeraba la perspectiva de una mayor responsabilidad.

¿Estaría él allí para hacer lo que pudiera y debiera hacerse?

Daba la impresión de que sería Melbourne y no Adelaida. La «remuneración»—término compuesto—ofrecía un buen nivel, estatus académico además de un excelente salario y una ayuda para la vivienda y para el traslado. Había habido un malentendido sobre las preguntas concernientes a la abogacía: Jabu no era profesora, no había perspectivas de que hubiese una plaza en la universidad para ella. No obstante, Steve había hecho algunas gestiones sin decírselo a ella para que sus colegas del departamento de derecho se informasen sobre el ejercicio de la abogacía en aquel país lejano.

A veces tenía la sensación de que Australia... era el regreso, una repetición del congreso en Inglaterra: algo que existía en él y que subyacía sin salir a la luz en sus conversaciones con ella..., cuando Jabu estaba al alcance de la mano igual que estuvo en el molino la mujer con la versión de un nombre masculino. Un engaño subconsciente a su propia mujer. Subliminal, no en el recuerdo, una especie de constante en los defectos del ser.

Promesas. Promesas.

Todavía no hay fecha para las elecciones. Pero los manifiestos electorales empiezan a brotar y a echar hoja. Recortes de periódico. El decimotercer día del primer mes del año un informe del Congreso Nacional Africano promete rescatar a Sudáfrica de la recesión global y recortar el desempleo a menos del quince por ciento en 2014.

Están con Jake en casa de los Mkize viendo a un ministro del gobierno en la televisión. «Cambio y continuidad» (¿contradicción?) para tranquilizar a los inversores que temen un giro a la izquierda..., pero un cambio más rápido (al mismo tiempo) asegurando al cincuenta por ciento más pobre de la población que el mantra «suministro de servicios», agua, electricidad, recogida de basuras, se acelerará. Casi la mitad de los «educandos» del país han abandonado el colegio el último año. El número de estudiantes universitarios que

no logró graduarse fue alto. Una renovación general del sistema educativo, 15000 «educadores» (¿no profesores?) para reforzar el rendimiento en matemáticas, ciencias, tecnología y desarrollo del lenguaje (¿alfabetización?) en los colegios. Garantizar que los profesores llegan puntuales a las clases.

Jake cruza las piernas.

—Nada de escaquearse al garito de bebidas ilegales para pescar *babelas*.¹

Negaciones. Negaciones.

Separado por una escisión en el Partido, uno de los líderes más populares de la Lucha, Mosiuoa Terror Lekota, ha dejado el cna para ponerse al frente de un nuevo partido, el Congreso del Pueblo, con su elegante acrónimo de doble sentido: cope . El cope defiende la eliminación de la política de discriminación positiva que obliga a emplear a los negros cuando compiten en igualdad de condiciones con los blancos por un puesto de trabajo.

La pantalla se apaga.

Peter ha desconectado la voz y la imagen.

—La discriminación positiva son sólo más trabajos para los primos y que los cuñados entren a formar parte de la élite negra, nuestros hermanos, que se han unido a la élite blanca.

Un columnista escribe como si hablara para el que recorta el artículo. La fiscalía, el gobierno y los líderes del CNA deberían tomar nota de los infinitos juegos de poder de los diversos partidos políticos: procesar o no a Zuma.

Jabu no necesita leerlo.

—Ya va siendo hora de que se defienda en los tribunales, ha olvidado que dijo que eso era lo que quería: debería dejarse de tácticas dilatorias. El Tribunal Supremo tendría que juzgar a Zuma, acusado de corrupción, malversación y evasión de impuestos, la semana que viene. Si los partidos de la oposición no están preparados para un juicio ahora, no lo estarán nunca. Zuma probablemente querrá que el Tribunal Constitucional revise la sentencia del Supremo. Que ese árbitro de los derechos humanos decida de una vez por todas si hay razones para creer en la teoría conspiratoria de los seguidores de Zuma de que las acusaciones son puramente una venganza fruto de las rivalidades en el propio cna a fin de impedir que llegue a ser presidente.

¿La semana que viene? Hay otra alternativa..., dilaciones, dilaciones. Cuando sea presidente no podrán acusarlo. Todo quedará en nada.

Gary Elias y Sindiswa ven muchas celebraciones en masa que para ellos sólo existen en la pantalla; pero este evento es aún mayor que el partido internacional de fútbol en el que jugó Maradona. Ni siquiera con una infinidad de cámaras puede englobarse el conjunto.

Un comentarista logra hacerse oír.

—Ochenta mil personas, es una conjetura no una estimación.

A sus hijos la imagen y el sonido les resultan familiares, mientras que a los padres les parece una especie de consecuencia, de otro tipo, de las multitudes que protestaban en contra de las leyes del *apartheid*, las detenciones y las armas utilizadas por la policía. Es el lanzamiento del manifiesto electoral de Jacob Zuma y el cna. La fecha de las elecciones sigue sin concretarse, pero está en el aire, igual que la alegría triunfal, como si el resultado ya se conociera. Zuma canta *Awuleth' mashini wami*, el coro que se alza con él es una exaltación de sí mismo y de la multitud.

La cohesión, la transformación en masa de lo que eran individuos, puede ser edificante o verse como una agresión. Dependiendo de si estás con la masa o la rechazas. Gary empieza a bailar al estilo Zuma, doblando la rodilla divertido. Sindiswa tiene un libro del colegio sobre las rodillas, lo mira sin prestar mucha atención y va al ordenador.

Los camaradas no están acostumbrados a ser espectadores. Steve hace un gesto de ¡basta! con el mando de la televisión en la mano. Jabu frunce el ceño para decir que no estoicamente. Aunque no estén allí pertenecen al partido local. Comparten la responsabilidad como cuando participaban en alguna acción. Va a haber muchos más mítines del Partido en estas elecciones y no todos serán canciones pop de alabanza.

Jabu cuenta con que los Mkize, Jake e Isa, asistan con ella y Steve al mitin que va a celebrarse en la ciudad. Se oye la voz grave de Jake distorsionada por el teléfono móvil.

—No quiero oírle cantar, quiero oírle en los tribunales.

Isa se ríe y transmite su mensaje: pues claro que irán.

El lugar es un antiguo depósito de tranvías, de cuando la ciudad tenía tranvías... sólo para blancos. Debíó de ser mucho antes de que esa discriminación se llamara *apartheid*, antes de que se utilizara esa palabra. El camarada Jake, que no es judío, insiste a menudo en referirse equivocadamente a la situación entre israelíes y palestinos. No tiene nada que ver con la justicia de devolver Cisjordania y Jerusalén Este a Palestina. Ambos pueblos tienen derecho desde hace mucho a reclamar el mismo territorio, mientras que los blancos de Sudáfrica no tenemos ese derecho, no compartimos un origen común con los aborígenes locales..., a menos que uno acepte el descubrimiento paleoantropológico del origen de todos los homínidos en la cuna de la humanidad, en este país africano.

Es una nave enorme abarrotada hasta los topes. Dejan paso al grupo en el que hay

algunos blancos, ya sea en divertido reconocimiento de la novedad o como síntoma de la supuesta reconciliación. Una mujer a la que han empujado responde a la disculpa de Isa.

—Bienvenida, hermana.

Este acto electoral tiene lugar en una de las áreas «seguras» del país, donde están convencidos de conseguir los votos. «¡Matar por Zuma!», han declarado algunos jóvenes.

Isa mira a su alrededor y lo repite moviendo los labios. Jake le da un codazo.

—Bueno, supongo que el «Tráeme mi metralleta» de Zuma se considera una especie de permiso.

—¿Ves algún kalashnikov? —Peter se asoma desde el lugar donde los camaradas del barrio han encontrado sitio y la multitud se ha apretado para hacerles un hueco. No hay nada de particular en el aspecto de los congregados, todos llevan vaqueros como los amigos del barrio; se ven los peinados habituales, más puntiagudos que el de Jabu, algunos peinados afro teñidos, aros en la nariz y las orejas. Isa aprecia la participación política.

—Así somos..., no hay diferencias entre un grupo pop y la Liga Juvenil, que supera en sabiduría a los líderes del Partido.

—La herencia no es un mero compendio de viejas grandezas del que no debe surgir nada nuevo.

—Stevie... —Es Blessing, con la cabeza ladeada—. Es una pena que no haya que ponerlo por los suelos.

—Mandela y Tambo, los jóvenes, cambiaron el cna de Luthuli, el gran hombre de la realidad de su tiempo..., a quien acusaban de «llamar a la puerta de atrás»; se impuso la juventud y condujo al Partido al *Umkhonto*.

—¡Eso es! ¡Eso es! Necesitamos un grupo de jóvenes lo bastante exaltados para hacernos despertar, saber que es ahora, *a luta continua*, pero que aquí es una nueva lucha y está globalizada, en Internet, en los blogs...

Peter lo repite en una mezcla de isizulú e isixhosa, a beneficio de los que comparten su asiento y a los que oye hablando en su lengua.

—¿Así que tenemos que coger el kalashnikov para luchar por unas elecciones libres y justas?

No ha esperado a que Peter terminara la traducción para deleite de los beneficiarios.

Su vehemencia no pasa desapercibida a Isa; Steve repara en la expresión de perplejidad que hay en su rostro habitualmente tan expresivo.

Zuma no ha ido a hablar a ese mitin. Kgalema Motlanthe, presidente en funciones desde la dimisión de Thabo Mbeki, ocupa el estrado. Jabu grita lo bastante alto para que le oigan:

—No ha podido venir porque tenía que cerrar un trato de tráfico de armas.

Motlanthe repite las promesas del Partido, no cautiva, no canta ni baila. Los discursos han cumplido su función, deja el electoralismo a la muchedumbre. Un hombre ha subido al escenario un reluciente sucesor callejero en forma de bulbo del tambor de piel de vaca y alarga el brazo como una grúa para subir a su lado a un niño agarrado a un tambor de los antiguos. El hombre se pone a tocar con la furia de un predicador, la histeria de la victoria que traerá un acontecimiento futuro, y se vuelve para ordenarle al niño que alce la cabeza demasiado grande para su cuerpo y golpee el tambor con sus manos diminutas y expertas. Al oír los gritos de guerra de la multitud todas las mujeres se han levantado y están contoneándose, son los pechos y los vientres del movimiento antiprivatización, de la nacionalización de las minas de oro, platino, uranio y carbón. El sobrio eco del depósito de tranvías se convierte en su propia voz.

A su lado Jabu canta con sus hermanas, desde donde está sentada; uno de los hombres que comparten su asiento se pone de pie para gritar «*Amandla!*», dando por sentada la camaradería se agacha para pasarle un brazo por encima a Peter Mkize y otro al profesor a quien han prometido un puesto en Australia. «*Amandla!*». Sale de allí con el hermano, Jake, Peter e Isa. Pero no Jabu; ¿es que ahora no tiene derecho? Sin embargo ella no puede evitar cantar. «*Awethu!*», responden los otros al griterío de la multitud. El poder para el pueblo.

¿Se quedó Isa desconcertada por su presencia? ¿Fue eso lo que notó antes, cuando se quedó tan perpleja? ¿Qué tienen que ver las esperanzas en estas elecciones con Steve y Jabu?

La vida sigue adelante. Haya o no haya un futuro en común. Es una vida de disensiones cuando las elecciones anunciadas para el 22 de abril pueden traer cambios personales y sociales que unos percibirán como justicia y progreso y otros como una derrota y un peligro para dichos valores.

Los sindicatos de la Alianza del Congreso controlada por el cna publican un folleto atacando al cope. En él se acusa a los héroes de la Lucha, el presidente del cope Mosiuoa (Terror) Lekota y su vicepresidente Mbhazima Shilowa, de haber abandonado el Congreso Nacional para «seguir los dictados de la clase capitalista».

Y ya hay una especie de división en el propio partido escindido: un pastor del que sólo parecen haber oído hablar los miembros de su congregación, un tal reverendo Dandala; su rostro es el que aparece en lugar del de Lekota en los carteles electorales del cope . ¿Así que ahora el líder del partido es él?

—¿Cómo han podido echar a Terror? ¡Para qué! Es demencial...

Steve tiene la respuesta, Jabu debería haber caído en ello.

—Para robarle a Zuma un buen puñado de votos..., los campesinos cristianos que seguirán a un líder de la Iglesia, la voluntad de Dios, *eiheh*.

Epoca de elecciones. El cna en Free State considera que es el momento de decidir acerca de otro tipo de iniciativa, la «iniciación» de los estudiantes en esa provincia no ha caído del todo en el olvido: es hora de que un rector negro «deshaga el daño» causado a la universidad. Se hace presión política para encontrar uno. Se pondrá fin sin ambages a la pesadilla racista del año anterior. El rector Flourie, blanco, debe ser reemplazado; pero el cna se queja de que la universidad no ha hecho demasiados esfuerzos para atraer a un candidato «progresista». Los cuatro estudiantes que aparecieron en titulares en todo el mundo por orinar en un estofado para negros irán a juicio—más tarde—en agosto de ese año, acusados de *crimen injuria*.²

Agosto. El mismo mes. Los abogados de Jacob Zuma han propuesto formalmente la fecha del 12 de agosto para solicitar que se ponga fin de una vez por todas a las pesquisas por corrupción. Ha prometido que en dicha solicitud dará detalles del complot político que hay detrás de las acusaciones hechas contra él por corrupción, malversación, blanqueo de capitales y fraude.

El precedente en otros países es que no puede procesarse al presidente por supuestos delitos cometidos antes de su llegada a la presidencia. La elección del nuevo gobierno y un nuevo presidente tendrá lugar el 22 de abril.

Agosto: cuatro meses más tarde. Esa acusación sí quedará en nada.

Continúan los añadidos al dossier de recortes de periódico. Sobre todo relativos a la educación. En una universidad de tecnología los estudiantes dicen estar horrorizados por las

balas de goma disparadas contra trabajadores de la universidad que habían rechazado un aumento de salario. La universidad dice que: «Al intentar igualar los salarios con otros recursos humanos los desafíos siguen siendo primordiales». Las mujeres que viven en un albergue donde ochocientas personas comparten cuatro cuartos de baño en una de las antiguas «ubicaciones» de Johannesburgo están pidiendo una vivienda digna, y al igual que los obreros industriales utilizan las calles para protestar, pero con el registro más agudo de las voces femeninas y el espectáculo diferente de los cuerpos femeninos.

Un grupo exultante ha anunciado la fundación del Partido Dagga* que se une a la lista electoral. Shabir Shaik, el amigo de Zuma y consejero económico en el caso de corrupción por venta de armas, ha sido puesto en libertad por razones médicas ante su inminente fallecimiento y se le ve conduciendo en coche por su ciudad. En una universidad, distinta de la del *potjiekos* de iniciación, el rector se ha alineado con el cope y ha pronunciado un apasionado discurso de apoyo en una convención del partido; de resultas, el Congreso de Sindicatos Sudafricanos, que forma parte de la alianza controlada por el cna, afirma que hará campaña hasta lograr la dimisión del rector. En otra universidad, Estudio por la Democracia declara que los rectores no deben ser partidistas; el portavoz de un comité parlamentario por la educación afirma que no hay ninguna ley que prohíba exponer las opiniones políticas.

Hojas caídas, papeles que caen del estante. Entre las malas noticias, el autor del artículo cita una carta abierta escrita a Nelson Mandela por un poeta emigrado desde hace mucho tiempo, un afrikáner militante por la libertad y encarcelado varios años durante el régimen del *apartheid*. Breyten Breytenbach a Mandela. «Debo decirte algo terrible: si un joven sudafricano me preguntara hoy si debía quedarse o marcharse, mi amargo consejo sería que se fuese. Dado el previsible futuro, si quieres vivir una vida plena y útil con algunas satisfacciones, y si puedes soportar la pérdida, si puedes amputarte a ti mismo, vete». Otro afrikáner, Max du Preez, responde en su columna del periódico: «No sólo es posible vivir una vida plena y útil en la Sudáfrica actual, sino que es más fácil vivirla aquí que, digamos, en Francia o en Estados Unidos... o en Australia, Canadá o el Reino Unido, algunos de los lugares predilectos entre los sudafricanos blancos». Y ahí están las últimas líneas del recorte arrugado: «No dejes que la mala política te expulse del país de tu corazón».

Época de elecciones. Los camaradas del barrio no tienen muchas de las conversaciones que acostumbran a tener los padres acerca de los hijos, excepto a propósito de lo que significará la perspectiva política—ya no sale el sol *poslapartheid*, sino que se han desatado las tormentas de la libertad—para esa generación. Cuando los determinantes de la coexistencia exigen toda la atención, se pasa por alto si este niño demuestra aptitud para las matemáticas o si aquel otro es un poco taciturno.

Pero el colegio privado para chicos al que eligió ir Gary Elias para estar con su amigo Njabulo Mkize encuentra un hueco en la primera plana entre los titulares de la

huelga de los trabajadores municipales que han dejado las calles cubiertas de basura, la huelga de los empleados de transporte que dejan tirados a los oficinistas o los apagones. (Y ahora no se deben a explosivos caseros del *Umkhonto* colocados en centrales eléctricas). Un grupo de alumnos veteranos que vivían en la residencia del colegio alinearon a los nuevos contra la pared para una iniciación. Les golpearon con palos de golf y bates de criquet hasta que les sangraron las nalgas; una madre ha presentado una denuncia contra el colegio; a su hijo lo obligaron a frotarse una potente sustancia, Deep Heat, utilizada para aliviar el dolor muscular, en los genitales.

Njabulo y Gary Elias no son alumnos internos y no viven en el colegio. Por supuesto, cada noche vuelven al barrio, sin percances, con Blessing y Peter, Jabu y Steve.

¿Qué clase de garantía es ésta?

La casa de Jake es el tribunal para cualquier cosa que afecte a los camaradas, aunque los hijos de los Anderson no asisten al mismo colegio que los hijos de los Mkize y los Reed. No obstante, es el ecuaníme superviviente de la violencia en tiempo de paz, a quien robaron el coche y dejaron tirado inconsciente en un solar abandonado y a quien ayudaron unos indigentes, así que se puede contar con él para que juzgue las situaciones de manera objetiva; lo que ha logrado superar le sirve para ayudar a los demás a ver las cosas con claridad.

Peter Mkize ha ido al colegio a hablar con el director; le han asegurado que el profesor encargado de los alumnos internos ha sido «suspendido» y que han «trasladado» al líder de los alumnos veteranos.

—¿Adonde?—habría preguntado Jabu, como hace ahora—. Sólo hay una residencia.

—Con eso basta. Todo está arreglado. Liquidado y *klaar*. —El que habla es Marc, que no tiene hijos. Marc y Claire (el cambio de pensar: «Marc y su mujer») se han pasado por allí por casualidad después de que Jake invitara a los Mkize y a los Reed sin más explicaciones.

Los chicos cuyo futuro se discute están participando en una maratón ciclista organizada por el colegio a fin de recaudar dinero destinado al fondo que ha creado para donar material deportivo a las escuelas rurales y a los campamentos, que no pueden permitirse comprar palos de golf y bates de criquet.

—¿Y cómo es que los chicos de la residencia tenían palos de golf...? No sabía que los colegios privados prepararan a los futuros ejecutivos de los consejos de administración.

—Pero, Jabu, no olvides al camarada Thabo Mbeki, cuando era presidente revolucionó el estatus de los negros en el campo de golf al pasar de caddy a jugador, con un hándicap muy bajo—se burla Jake.

—¿Crees que deberían expulsar al líder? —Isa parece extrañamente avergonzada de

los Mkize y los Reed, con quienes ha compartido tantas cosas. Los jóvenes Anderson no van a ese colegio y no corren el riesgo de ser iniciados ni de iniciar a otros..., al menos que ellos sepan.

—¿Qué haríais si fuese vuestro hijo?—pregunta el dramaturgo poniéndose melodramático—. Me refiero a cómo te sentirías al saber que tu propio hijo se ha vuelto tan cruel, ¿de dónde ha salido?, debería haber heredado tu honradez..., tendrías que saberlo, ¿o no?, que no era un niño a quien le permitirías torturar a un gatito.

—No se trata sólo de ese al que han «trasladado». Era una pandilla, ¿puede un colegio expulsar a un grupo cuando probablemente la mayoría de los que viven en esa residencia han pasado por la misma prueba, están orgullosos de ello y esperan que los demás también lo hagan... ? Es uno de esos rituales masculinos, *eih*, en los que el hombre debe volverse lo bastante cruel para poder alistarse y matar en la guerra por su país. Peter..., los negros tenéis vuestras iniciaciones, la circuncisión o comoquiera que lo llaméis, en el desierto, y piensa en los casos en los que sale mal, la víctima sufre horriblemente para «convertirse» en hombre.

—Los zulúes no practicamos la circuncisión, Steve, ¿es que no lo sabes...?

Reproche: ignorancia de blancos.

Un padre cristiano, sin embargo ritualmente, de niño, convertido en hombre, al estilo judío, era eso lo que mi madre no podría haber sabido: preparación para la Lucha... y por fin un hombre por culpa de las contradicciones de una decisión.

—La violencia es... guay, incluso cuando el protagonista sale victorioso al final siempre es por medio de la violencia..., es lo que ven los chicos en la televisión. Dejamos que la vean horas y horas... —Peter está moviendo la cabeza con los ojos cerrados, luego los abre de pronto—. ¿Qué ocurrió el año pasado no en un colegio..., en una universidad? Bueno, eso no está en la televisión, ¿creéis que esos chicos no han seguido esa mierda de lo que hay que hacer con los hermanos mayores en los colegios cuya sucia iniciación ha quedado impune...? ¿Eso es virilidad? Siguiéron...

—De manera subconsciente—apunta Marc.

—*Eish*, no sabría cómo explicarlo, quizá algún otro... Algo en el... en lo que respiramos. —Es Blessing, que escucha más que habla—. No hemos preguntado a nuestros hijos lo que quieren que hagamos respecto al colegio. ¿Cómo se sienten?

No es fácil encontrar el momento adecuado, la hora del día para sacar a colación el asunto con Gary Elias. Su asunto. Jabu está pasando los cordones por los orificios de una de las botas de fútbol mientras él hace lo propio con la otra, y naturalmente, sin elección, se descubre preguntándole:

—¿Qué tal en el colegio ahora? ¿Han cambiado los profesores?, ¿son más estrictos?,

¿conocías a alguno de esos chicos?

—¡ Oh!, son alumnos matriculados internos, no van a clase ni con Njabulo ni conmigo, aunque Raymond, uno de ellos, es el máximo goleador del equipo.

—¿Te sorprendió que hiciera... cosas así? ¿Os entristece a Njabulo, a tus otros amigos y a ti? Es vuestro colegio. Es terrible que haya pasado eso.

—El director nos reunió a todos en el salón de actos... Ya os lo conté a papá y a ti. Estaba el padre Connolly de la Iglesia católica y el reverendo Nkomo, el pastor del colegio, estuvieron rezando, y ahora cada mañana a la hora de los rezos matutinos esos chicos están ahí y los miramos... —Respira lentamente sobre las manos que atan con habilidad los largos cordones. De pronto levanta la cabeza. Está sonriendo a su madre para consolarla—. Están locos. —Se refiere a ellos con enorme desdén.

Hay que decirlo, aunque ya tiene la respuesta. (Gary, ¿no crees que deberíamos cambiarte a otro colegio?) Al menos ha reaccionado con asco al declarar que los perpetradores son dementes, ¿es que no tiene miedo de ser una víctima cuando pase de curso y cumpla la edad a la que tiene lugar esa «locura»?

O (cómo pensarlo) de convertirse en un «hombre» ritualizado capaz de someter a otros a tortura.

La libertad por la que combatieron los camaradas.

—Nuestro chico es fuerte. —Está contando cómo el momento adecuado llegó por sí solo-. No tiene miedo. Y no hay que preocuparse. No será un matón. No participará en esa «locura» y no quiere huir a otro colegio. Noté que ya sabe que lo sucedido es algo con lo que se puede encontrar en cualquier sitio. Al crecer y abrirte camino en la vida...

Incluso en Australia. Steve no cree que su mujer le haya pasado por alto como padre: le ha despejado el camino.

—Eso no pasaría en el Aristóteles. Pregunta a Sindi; alucinaría, como diría ella, sólo de pensarlo...

Está entre ellos, donde sus cuerpos y sus hombros se rozan en la cama de noche y sus manos se encuentran, preparándose para dormir. Una conformación llevada de la clandestinidad de Glengrove al barrio y a dondequiera que vayan.

—Supongo que tampoco tiene mucho sentido cambiar

lo de colegio cuando sólo le queda este curso. —Ha sido él quien ha tomado la

iniciativa, aunque ellos se lo hayan permitido—. Ojalá hubiese conseguido ese puesto. Ha sido mala suerte que llegase tarde al inicio del curso académico, todo ese papeleo y los correos electrónicos...

—Hemos sido tontos al pensarlo, es absurdo.

¿Sacarlo del colegio? ¿Matricularlo en otra parte? Nuevo entorno, nuevos profesores, nuevos niños... y Sindi y él van a tener que enfrentarse a todo eso, a un nuevo país, a personas que ni siquiera hablan..., no, ¿cómo es?, sí, que ni siquiera pronuncian como nosotros.

Ella suelta un pequeño ronquido que invade la clandestinidad de la oscuridad.

* *Cannabis*, en afrikáans.

2

En el sistema jurídico sudafricano el *crimen injuria* incluye todos los casos en los que la humillación a la víctima, en particular en sentido racista, se suma al propio delito.

—Vamos a oír a Terror.

Primero una pierna, luego la otra, se seca el brillo de las gotas mientras sale del baño. Es una afirmación.

El se está afeitando.

—Sí.

Y no es sólo que exprese su acuerdo, sino su consentimiento. Ella no cuestionará, en ningún caso, el derecho a asistir a mítines en los que se hagan declaraciones acerca del presente o el futuro del país. La cuestión que había causado aquella mirada de perplejidad en Isa durante el mitin del CNA.

No van a preguntar a los Anderson ni a los Mkize si van asistir al mitin del Congreso del Pueblo.

Hay algunos rostros de camaradas a quienes conocen entre la multitud ni tan numerosa ni tan palpablemente unida como en el acto electoral del CNA. Con el valor de romper con la fortaleza política de la Lucha compartida, se intercambian gritos desafiantes, se oye el agudo y desacostumbrado timbre de la deserción, inevitable en la conciencia humana por muy convencido que uno esté de la legitimidad originada por las traiciones del partido original a sus promesas políticas. Hay presentes algunos blancos; unos cuantos prominentes, ¿también desertores de otros partidos? ¿Tanteando o ya comprometidos con el COPE? Y tal vez reliquias que consideran que no han encontrado antes un hogar político propio: bruscamente conscientes de la realidad del país nunca vista antes. ¿Será que ahora no se puede ser apolítico, aquel viejo salacot del colonialismo?

Lekota habla con las peculiaridades de su personalidad —el Terror del campo de fútbol—y el habitual puño alzado de la retórica consagrada a la victoria, pero con más sorna e inteligencia que reproches, y no baila, ni salta, ni entona ninguna canción llamando a tomar las armas, aunque pronuncia el grito y la respuesta propiedad de todos los que desafiaron el *apartheid*, su «*Amandla!*», que despierta el «*Awethu*» de sus seguidores. El reverendo comoquiera-que-se-llame está a su lado; habla a su vez, invocando los valores cristianos del COPE entre la inquietud de los asistentes al mitin de Lekota.

Quienes los rodean hacen preguntas, halagos e improperios vuelan hasta el estrado, pullas que no dan en el blanco, unas cuantas se unen respetuosamente a la invocación del reverendo de Dios como miembro del nuevo partido; las más pertinentes encuentran a Lekota dispuesto a responder.

—¿Es cierto que el cope dice que los negros no deberían conseguir trabajos a diferencia de los blancos? —El hombre se refiere a la afirmación del partido de que la raza como determinante de la política del Empoderamiento Económico de los Negros acabará

produciendo una élite negra.

Lekota aprovecha la oportunidad.

—Si definiendo eliminar la discriminación positiva es porque no es una respuesta real para nosotros, para nuestro pueblo. No es una verdadera respuesta. Darle el puesto a un hombre o una mujer negra porque sus manos son negras como las mías no convierte nuestra economía en igualitaria y abierta a todos, si ese hombre o esa mujer históricamente no han podido adquirirlas destrezas necesarias para ese trabajo, para ejercer su empleo con los conocimientos que requiere, y los jóvenes todavía no han adquirido dichas destrezas y conocimientos para coger lo que es suyo... No mejoraréis el nivel del vida de los trabajadores y los pobres hasta que la igualdad en nuestros niveles educativos haga innecesaria la discriminación positiva por el número de negros cualificados y capaces de ocupar puestos directivos. Nuestro país necesita a todo el mundo con independencia del color de la piel. He ahí la cuestión. En eso consiste la justicia.

A través de los oídos, unas frases resultan de inmediato más reveladoras que otras para la imaginación. Al oír el «*Amandla!*» de clausura que se alza desde la multitud hacia el estrado, los líderes responden a coro: «*Awethu*». Lekota baja del estrado y se mezcla con la concurrencia, abraza a unos conocidos y agradece su presencia a otros convertidos en hermanos y hermanas tras oírlo en su nueva identidad política. De camino a la salida, entre grupos que, en su ansiedad por ser escuchados, hacen caso omiso de la obligación de despejar la salida, puede haber reconocido o no a Jabu, que había formado parte de un equipo de abogados al que había consultado en una ocasión. En cualquier caso, se vuelve un instante, para asegurarse de que la ha visto y recordarla (tal vez tenga la facultad de Madiba de reconocer rostros entre la multitud al cabo de los años).

Ella aprovecha la ocasión.

—Cuando era joven ese libro que escribió usted en la cárcel... *Cartas a mi hija*, supuso mucho para mí..., influyó en mí. —Por supuesto (ella lo ve en sus ojos) eso implica un reconocimiento más allá de la identidad de sí mismo que acaba de crear en el estrado..., pero un joven con rastas negras le tira del brazo—. ¿Por qué no ha hablado de la corrupción de Zuma?

Y antes de que pueda responder (para gran decepción de quienes han oído la pregunta) alguien se lo lleva hacia otra parte.

Hay una especie de aserción moral, de responsabilidad, que hace que la decisión de abandonar el país no signifique que no puedas ir a oír cuáles son las hipótesis de los partidos rivales respecto a lo que ocurrirá si consiguen llegar al poder, o aferrarse a él. No se ha convertido en una abstracción. Lo que oyes allí confirma o contradice dicha decisión. Sin modificarla. Tal vez se contradiga en tu interior, para siempre, sin negar su validez. Esa es la realidad de todas las decisiones. No hay por qué andarse con subterfugios por ir a oír a Zuma o a Terror.

—Jabu y yo estuvimos en el mitin electoral del cope la semana pasada. ¿No tuvisteis curiosidad? Parece que los otros partidos ni siquiera tendrán la oportunidad de catar el poder si no hacen alianzas que contradicen sus objetivos individuales. ¿De dónde vienen?; el cna es el único lo bastante grande para dar cabida al nacionalismo, el comunismo y el liderazgo tradicional... hasta ahora.

Sabe que Lesego votará al cna, se escinda o no.

Lesego y él están almorzando juntos como todos los viernes en lo que antes se conocía como Chinatown (los chinos, que habían sido segregados, pero estaban más cerca de los blancos en la escala de color, se han mudado a zonas más caras tras la llegada de la libertad) y ahora es una calle de comerciantes indios cuyas tiendas, igual que los puestos de comida para llevar, están cerrados mientras duran las oraciones de mediodía en una mezquita cercana. Sólo queda un restaurante chino. Lesego habla de Lekota como si estuviese muerto, bueno, «fallecido», el eufemismo generalmente utilizado tal vez sea apropiado en sentido político en el caso de Lekota.

—¿Qué tenía que decir Lekota? Supongo que leería su discurso... ¿Fue mucha gente?

—Estaba lleno. Aunque, claro, no es un hombre orquesta como Zuma.

Llegaron los rollitos de primavera y las bocas se silenciaron.

—¿Había alguno de los nuestros?, ¿lo interrumpieron los jóvenes?

Traga con fruición el bocado impregnado de salsa agridulce.

—No que nosotros viéramos. Alguien le planteó la gran pregunta y Terror respondió bien, o más bien la llevó a su terreno.

—¡ Oh!, habilidad no le falta...

Lesego empezó su sopa de won ton, probó una cucharada y se detuvo para añadir unas gotas de salsa de soja, mientras escuchaba el relato de cómo había respondido Lekota a la pregunta sobre su intención de abandonar la discriminación positiva. Entre cucharada y cucharada una vez blandió la cuchara, como diciendo sigue, sigue.

—Así que Jabu y tú asististeis. Se lo oísteis decir a él mismo.

Y mientras el colega que se lo había contado volvía a su sopa, Lesego empezó a hacer gestos inconclusos sobre el cuenco vacío..., abriendo las manos alzadas, moviendo los dedos e inspirando profundamente por la nariz.

Guardó silencio como si fuese él quien estaba ocupado con la sopa. Cuando vio que Steve terminaba la última cucharada y tuvo la seguridad de que le prestaría atención, se

inclinó un poco sobre la mesa y luego volvió a recostarse en el asiento.

—Ése será uno de los clavos de su ataúd. Ya lo verás. El Congreso de Sindicatos Sudafricanos le está atacando directamente. Ese bebé estará muerto y enterrado antes de que pueda lloriquear en el Parlamento. He conseguido un ejemplar del folleto que han sacado los sindicatos, afirma que el cope podría causar un daño enorme a los trabajadores si llegase al poder. Asegura que acabaría con los logros conseguidos por los sindicatos y los pobres desde mil novecientos noventa y cuatro, incluso aunque obtuviera pocos votos y sólo unos escaños en el Parlamento. Frenaría las políticas de creación de empleo y para acabar con la pobreza, ¡ acusa a Lekota y a su vicepresidente Shilowa (un importante hombre de negocios, según dicen) de haber dejado el partido para seguir los planes de la clase capitalista, el capital internacional y sus aliados locales! El folleto está pensado para dejar las cosas claras y que los votantes no se dejen engañar por el cope. Lekota les ha dado una caja de munición contra sí mismo al querer acabar con nuestra medicina africana, la discriminación positiva, ese *rnuti* nacional. Amigo mío, es una herejía hacer una lista de nuestras heridas abiertas.

Ahí en el suelo. Lesego debe de haberle deslizado el folleto por debajo de la puerta mientras iba al laboratorio a dar una clase después de comer. ¿Era una señal, una especie de dubitativo aliciente tomado del hecho de que Steve y Jabu fuesen a oír los discursos electorales del Partido (algo congénito en quienes participaron en la Lucha, se haya convertido en lo que se haya convertido ahora) y luego asistieran al acto electoral del partido escindido?, como si los camaradas no fuesen a irse a ninguna parte. Excepto a donde lleven las elecciones al país. De otro modo ¿qué sentido tiene sentarse entre personas cuyas vidas están siendo decididas?

Sus cualificaciones legales son insuficientes para Australia: parte de la información acerca de diversas cuestiones va y viene, los requisitos para solicitar un visado: visado permanente, visado laboral; probablemente si sólo quieres visitar el Palacio de la Ópera con sus alas semejantes a las de un pájaro (hay fotos en todos los folletos) dispuesto a levantar el vuelo desde el puerto de Sidney, asistir al festival de Adelaida y pescar en la Gran Barrera de Coral, sea posible conseguir uno de turista sin más requisito que un carnet de identidad, la prueba de que dispones de fondos suficientes y un certificado médico de que no padeces ninguna enfermedad contagiosa—¿cuál es ahora..., la gripe porcina?—. Por supuesto, los australianos tienen razón (en lo de las cualificaciones profesionales), no quieren picapleitos que ejerzan la profesión sin estar familiarizados con el sistema legal del país. Además informan a Jabu de que las leyes pueden variar en algunos aspectos en las distintas provincias. Da la impresión de que va a ser Melbourne, pero aún no está decidido. Migrate@20z.c0.za había informado a Jabu de que tendría que cursar asignaturas adicionales por correspondencia desde Australia tras inscribirse en una junta de convalidaciones. El material de estudio le llega eficazmente por correo electrónico, pero de vez en cuando se lleva un poco a la biblioteca de la Agencia Legal para comprender mejor las diferencias exactas entre las cláusulas de la Constitución Sudafricana bajo las que vive y sus equivalencias en aquel otro país.

En cuanto a las cualificaciones académicas de Steve, si el puesto se confirma, podrá solicitar un visado permanente y ella y los niños podrán emigrar con él. Jabu podrá estudiar las nuevas asignaturas mientras resida en Australia como familiar suyo.

Les dijeron que el proceso duraba más o menos un año y se hacía coincidir con el año académico en Australia, que, al igual que en su universidad en Sudáfrica, empieza en enero y dura hasta noviembre. Es demasiado tarde para este año: año de elecciones. No hay prisa.

Ella se lleva el material y las notas a la mesa de la terraza los fines de semana y se dedica a estudiar cosas que no tienen aplicación en la vida que la rodea y que llaman su atención de vez en cuando: Sindiswa cogiendo las páginas de moda y de cotilleos del periódico del fin de semana descartadas por su padre, los acólitos sonrientes en compañía de alguien que debe de ser famoso. Gary Elias tumbado en la hierba con una botella de Coca-Cola, bebiendo por turnos con un nuevo amigo, hijo de un paisano de Kwazulú a quien ha conocido Wethu y que trabaja en la gasolinera local.

Steve se sentía un poco incómodo por que su abogada tuviera que volver a estudiar, mientras que sus cualificaciones como químico industrial y profesor se daban por buenas. Pero al verla en la terraza reparaba en su concentración; Baba le había transmitido el amor al estudio en sí mismo, incluso de algo como lo que está estudiando ahora, igual que quien hace ejercicio regularmente lo hace por instinto, aunque no tenga que participar en ninguna competición deportiva. Jabu encarna el concepto de la ley derivado de la colonización y la autoridad tradicional: la imagen cultural de ese peinado majestuosamente erguido con los mechones de cabello trenzados que le caen sobre los hombros, como un recuerdo ancestral. Vuelve, África.

Los documentos están esparcidos sobre el asiento del acompañante para poder echar un vistazo a las distintas cláusulas de camino a casa, cuando tiene que detenerse en los semáforos.

En el siguiente está detrás de una fila de coches que tienen que esperar muy juntos pues cada vez que cambia la luz verde solo deja pasar a unos cuantos... Ese día hay una huelga, en esta ocasión de trabajadores municipales, y la manifestación ha dejado esparcida la basura de los camiones que bloquean una calle paralela. No hay nada que hacer, aunque por una vez tiene con qué ocupar su impaciencia: puede quitar las manos del volante y pasar las páginas de los apuntes que se ha llevado para estudiar y verificar las notas al margen, tomadas al encontrar las coincidencias que buscaba en los tomos de la biblioteca del Centro. Aprieta un botón y baja las ventanillas para que entre la brisa mezclada con el mal aliento de los tubos de escape, aun así entra un poco de fresco y algo más..., una respiración agitada y una imagen:

La boca abierta.

El agujero al que apunta el dedo índice de una mano, la muralla de la garganta por donde entra la comida. En las calles hay vagabundos que trazan círculos sobre sus estómagos en señal de hambre, resulta evidente que algunos al menos han encontrado bebida. Éste, éste es un dedo índice huesudo y articulado que se introduce repetidamente en la boca hacia el pasaje vacío. Su dueño no es más que unas mandíbulas que han distorsionado los otros rasgos; no tiene cara. Ese movimiento del dedo le parece la versión definitiva del insulto de ese mismo gesto utilizado en el aire para poner fin a las disputas. Gime ante la inutilidad de su respuesta, saca el bolso de debajo de los papeles que está estudiando para emigrar y busca la cremallera del monedero..., de pronto se oyen agresivas las bocinas, los coches de delante se han puesto en movimiento, la luz verde por fin es para ellos, en el autobús de detrás el chófer levanta los brazos, el casco espacial de un motociclista le está gritando que se mueva de una puta vez..., aprieta el acelerador, la boca se aparta de la ventana, de algún modo esa sombra como un vestigio de lo que son todos los que van en sus vehículos—están hechos de la misma carne— debe de estar colándose entre ellos. Si la hubiesen atropellado, habrían vuelto a detenerse. Una cosa es medio vivo y otra muerto. ¿Qué podría haberle dado si hubiese abierto a tiempo el monedero? El dedo negro como el suyo. Mientras conduce de vuelta a casa hacia su propia solución ofrecida por Baba, que le dio una educación de blancos y la oportunidad de casarse con Ellos, siente lo que no había sentido ni siquiera en la cárcel: odio a los blancos. Los carteles electorales que cuelgan de las farolas pasan por la ventanilla. Terror, Dandala, Zuma, Zuma, Zuma. ¿Qué harán para borrar—el término utilizado es *reparar*—lo que hicieron los blancos y deben cambiar los negros, la boca abierta a la que apunta el dedo?

Un incidente privado perdido en las estadísticas. En la piscina de la iglesia, el domingo, la vida continúa y se habla de los apagones de la semana anterior, del martirio que está sufriendo no sé quién en el dentista, de la noticia de que la última obra de Marc

podrían interpretarla actores de los pueblos rurales con un talento sorprendente, ¿por qué esos ignorantes directores norteamericanos traen a negros americanos para interpretar a los africanos en sus películas? Peter está preguntando a los camaradas con la confianza que dan las vivencias compartidas:

—Se van a perder cuarenta mil puestos de trabajo. ¿Y ya está, hermanos? Qué lástima. Eso no es nada. Después se perderán otros catorce mil en las minas. «Debido a la caída de la demanda global de minerales». Nuestra riqueza son los minerales.

—Así que el gobierno afirma que el empleo ha caído un poco menos del veintidós por ciento, aunque hay más de trece millones de personas sin trabajo.

—Qué más da, ¿conoces esa nueva idea de si estás o no desempleado? Cualquiera que no haya encontrado un trabajo en cuatro semanas está oficialmente desempleado. Así que, cuando no tienes un céntimo para coger el autobús para seguir buscando empleo, te quedas fumando un par de cigarrillos a la puerta del supermercado. *Eish!*

Todos están pendientes de la profusión de cosas que salen a la luz por debajo de la vida diaria con la llegada de las elecciones de quienes tomarán el poder para controlar esa misma vida diaria.

—¿Qué está ocurriendo en la Alianza? —La abogada tiene la calma de preguntarlo.

—El Congreso de Sindicatos Sudafricanos va a obligar al cna a un pacto político, se acabaron los arrumacos y la economía mixta...

—¿Y qué otra cosa pueden hacer? Saben que no tendrían la menor oportunidad con una ruptura, no *á la cope*, sino a lo grande, como un partido de trabajadores al que tal vez se uniese su hermano pequeño, los comunistas. Cuentan con que Zuma, el hombre del pueblo, vire a la izquierda por lo que aún no ha hecho la Alianza...

Jake concluye la frase con una carcajada.

—¿El mismo hombre del pueblo que se ha sentado con las grandes industrias y corporaciones para decirles que no se asusten y que no habrá cambios en su política? Eso significa que no piensa nacionalizar las minas. Si saben lo que les conviene, seguirán los dictados del pueblo y votarán al cna, así es él...

—Pero ¿qué pensará el pueblo..., de qué lado está Zuma, de los colonialistas-capitalistas o de los trabajadores?

Se oye decir que tal vez de ambos; quizá llegue a saberse cuando se celebre el juicio por corrupción, si llega a celebrarse.

Ya lo leerá en Melbourne.

Isa aprieta las manos entre las piernas embutidas en un par de pantalones vaqueros.

—Mira, no sabe cerrar la boca, Zuma necesita el apoyo del grupo de los jóvenes que podrían irse con el Congreso de Sindicatos Sudafricanos, ¿por qué no? ¿Qué perspectivas tienen, por qué no más manifestaciones con los huelguistas, hay muchas donde elegir, quemar neumáticos en la carretera, vociferar por los servicios municipales, para que vacíen los cubos de mierda y funcionen los grifos?

No es la camarada más indicada para decirlo.

—Esta semana hubo una en la ciudad, no sé qué sindicato organizó un caos.

—«Mataré por Zuma», el cna debería expulsar a Malema, le llaman Cara de Niño pero no tiene nada de inocente.

Igual que el chillido de un pájaro que sobrevuela la piscina se oye la voz de uno de los delfines al saltar al agua; los chapuzones dominicales han declinado, igual que pasó con los servicios religiosos de la Gereformeerde cuando la iglesia se transformó en una comuna libre de trabas políticas y sexuales, los vecinos del barrio van allí para hablar, no para bañarse en la piscina. Aquel joven desafía la obligación y se zambulle satisfecho.

Jake, no sólo el mayor, sino el más respetado por su capacidad de análisis, está diciendo:

—Sí, necesitamos a los jóvenes, incluso a ese niño..., si Mandela y Sisulu no hubiesen roto con las peticiones de Luthuli, no habríamos tenido el *Umkhonto*, ¿no? Pero aquellos jóvenes no malgastaban sus energías vilipendiando y ridiculizando a sus oponentes, que es la táctica de Julius Malema. Si se sienten antiblancos, y Gareth tiene razón, ¿por qué no iba cualquier negro después de los bóers, los británicos y toda la patulea que vino del mar (yo mismo descendiendo de ellos) a robar al país? El objetivo de los jóvenes de los cincuenta fue recuperar el poder.

El trabajo de un abogado es escuchar; Jabu sale con algo en lo que tal vez no hayan caído los otros.

—A Zuma le encanta tener a alguien dispuesto a matar por él con tal de llegar a presidente. Tendría que tener cuidado con los planes de Julius Malema, no vaya a arrebatarse el poder uno de estos días.

Blessing ofrece una tregua..., parece fuera de lugar.

—Cuando sea presidente..., me refiero a Zuma, ya no tendrá que seguir peleando por serlo. Podría ser bueno para nosotros.

¿Qué está diciendo? ¿Qué quienes condenan la política de injurias también están injuriando al hermano que será sólo el tercer presidente de la libertad? ¿Impulso o

imparcialidad? Lo más probable es que tenga un Baba, una autoridad distante, a quien le turba contradecir.

Están leyendo en voz alta los folletos de una pila que ha llegado con una carta amistosa enviada por una organización cívica educativa con la que se puso en contacto Steve. En Australia. Pone la mano sobre una de las páginas abiertas.

—Este es el mejor para él.

—Y para ella. Es mixto.

—Sí, sí..., pero es el momento indicado para él..., con la oportunidad de ir a un país nuevo todo será diferente. A su edad se es más maleable—ella había olvidado que la enviaron sola a Suazilandia—, estaremos todos juntos.

—No le gusta ir a clase con niñas.

Recuerda lo del Aristóteles. Otro lugar en otro momento.

—Dale un año, un año más, y correrá detrás de las curvas. —Se ríen—. Ventajas de que aún no lo sepa.

¿No deberían llamarlo del jardín donde están jugando con unos palos hechos con un cajón de fruta? Njabulo y él están enseñando al protegido de Wethu a jugar al criquet, el juego es popular en su colegio, donde los bates también son armas para otro tipo de iniciación, ¿no tendría él algo que decir? Ellos respetan los derechos de los hijos, ¿no?, no sólo en lo que se refiere a la protección establecida por la Constitución que Jabu conoce como el abecé.

—Saber lo que piensa... teniendo en cuenta...

La nueva vida que les van a ofrecer a él y a su hermana.

Su madre..., Jabu, se pronuncia como autoridad.

—Es decisión nuestra. Lo matricularemos en el colegio mixto. A él y a Sindi.

El tono es definitivo, no al estilo de una sentencia emitida en un tribunal, sino como algo fundamentalmente paterno de lo que ella se ha dado por enterada.

—Lo pensaremos con calma estos días.

Al fin y al cabo están en el interregno de Pascua, cuando se supone que Gary va a pasar el fin de semana con Baba en Kwazulú.

Y sin embargo, entonces.. .Jabu ha amontonado los prospectos, portada sobre portada con los impresionantes edificios de los colegios y sus jardines, y el emblema del canguro como el león en África; alza la mirada, pero no para mirarle a él, no.

—No quiero ir—dice ella como si hablase para sus adentros—. ¿Te importa ir a ti? Mi madre me dijo anoche por teléfono que va a haber un mitin, por las elecciones, lo ha organizado él, presentará a los oradores y dirigirá el coro de la iglesia, canciones de la libertad según me contó, si Msholozhi no asiste en persona irá uno de sus allegados. ¿Te importa llevar tú a Gary... ?

El momento ante la puerta de Glengrove Place. Pero esta vez no hay umbral que cruzar con la novia en brazos. Ella le pide que lleve al chico el fin de semana a su hogar kwazulú.

No quiero ir.

Su Baba. La consecuencia es ésta: no se puede cuestionar ni disuadir, Steve comprende que sería una intromisión en el compromiso de su amor, la confianza mutua, en áreas a las que ni él ni otros tienen acceso. Está apelando al misterio de la intimidad sexual, desconocida.

Lo único que Steve podía preguntar en respuesta a sus necesidades, la necesidad específica de Jabu en los lazos rotos con su padre, era qué razón podía alegar como excusa. Pero la tiene: está sumida en un caso difícil, no puede faltar a las sesiones de preparación que le exigen los otros abogados, ¿qué otra excusa podría darle?, el diácono de la Iglesia, el director de la escuela para chicos, respeta estrictamente la preeminencia del deber.

Sindi por supuesto tiene otros planes. Wethu tampoco va a ir. Se ha hecho tan popular en la liga de mujeres de la iglesia escogida por ella en la ciudad que han insistido en que la necesitan con ellas para resucitar a su salvador de entre los muertos.

Ahí está el cartel que Jabu le contó que había visto después de asistir al juicio por violación. Lo colgaron entonces para celebrar el veredicto y ahí sigue; han colgado muchos otros, incluyendo una foto de una de las bodas de Msholozhi, que lo retrata a él y a una de sus mujeres con pieles de leopardo. Incluso sin la hija que había dado legitimidad a la presencia del hombre blanco en la familia al casarse con él, le recibieron cordialmente, igual que al nieto del diácono y director de la escuela. Elias Siphwe Gumede observó un protocolo masculino, le saludó antes de interrogarlo con la mirada: ¿se había entretenido su hija sacando algo del coche?, las mujeres siempre se enredan al llegar a los sitios..., y aquí está el chico, qué alto, ha vuelto en vacaciones para abrazar a su Babamkhulu al estilo efusivo de la ciudad—y ¿por qué no?— que los demás nietos no osarían utilizar con él. Los saludos se hicieron en su idioma, Steve se quedó sonriente a un lado y oyó las afirmaciones del abuelo de que el niño se alegraba mucho de volver y el torrente de nombres por los que preguntaba el chico: «¿Qué tal está Sibiso?, ¿ha venido Xamana?».

—¿Dónde está tu madre? ¿Se ha entretenido con las mujeres?

Su zulú le bastó para entender eso. Empezó en isizulú, pero tuvo que pasarse al inglés:

—Babawami, Jabulile me ha dado un recado especial para usted (¡ calla un momento, Gary!), me ha pedido que le diga, que le explique, que no ha podido venir aunque le habría encantado estar aquí con usted y con su madre..., tiene un caso muy importante entre manos y tiene que pasar el fin de semana con los abogados para prepararlo, me pidió que la disculpara, aunque dijo que su Baba lo entendería.

No vuelve a casa en Pascua, perdón, perdón (de niña, ella habría utilizado esa cantinela con la cabeza gacha), eso es lo que le inspira su mentira.

—¿Qué juicio es ése? ¿Has traído periódicos?

Ninguna mentira resiste por sí sola; siempre conduce a otras. Pero la necesidad exige tener labia.

—No, aún no ha llegado a los tribunales y los periódicos no han publicado nada, me los habría dado..., pero no hay nada que..., o eso me ha dicho. —Y la siguiente mentira para compensar cualquier mal humor o ausencia que ensombrezca la ocasión—. Al menos le ha traído a Gary Elias, ella insistió, ¡y ya sabe cómo es Jabu cuando se propone alguna cosa!

—Aquí siempre seréis bienvenidos. —Sacado de un libro de frases. Como para dar a entender, entre los dos hombres de Jabulile, que sin ella, él no cuenta.

Elias Siphwe Gumede ya está preparado para la preeminencia de este fin de semana: no se trata de la celebración devota de la resurrección de Jesús de la tumba, a la que su hija asistía respetuosamente cada año en atención a su padre, aunque para ella la única resurrección fuese la de la Lucha de la tumba del *apartheid*: ésta es la Pascua en la que su padre será el hombre que ha llevado a casa más que un acto electoral: un mitin para la congregación de Jacob Gedleyihlekisa Zuma.

No hay partido de fútbol para Gary Elias y el equipo de chicos de la familia. El descampado donde estaba el campo de fútbol es un anfiteatro de tabloncillos montado por los jóvenes que han vuelto de las minas de carbón y las fábricas de las ciudades (todavía en manos de los blancos y los indios), los ancianos que han vuelto para morir en el lugar donde nacieron, y los colegiales para quienes eso no es más que otro juego.

—¡Estamos todos, chicos!

Gary Elias corre a reunirse con ellos, el dignatario cuyo apellido lleva hace un gesto sobrio y da una orden permisiva.

—*Hamba ushone.*

El Viernes Santo no se bebe como los fines de semana en los bares de la ciudad y los

garitos clandestinos; aquí el diácono puede salir de su casa y fulminar con su autoridad a los hombres sentados en torno a la botella a quienes siempre se une el marido de su hija cuando la lleva a casa. Pero uno de los del grupo que siempre le da la bienvenida se entera de que ha llegado y envía un crío a decirle que hay una fiesta privada en la casa de adobe de alguien, que está más o menos fuera del alcance de Baba.

Msholozzi, en lo que habría sido la representación de su clan, no honró con su presencia a Elias Sipiwe Gumede, su influyente organizador de campaña en el pueblo y las comunidades cercanas, entre ellos los habitantes de las chozas en las cercanías de las minas de carbón. El sustituto no llevaba pieles de leopardo (tal vez no gozaba de ese nivel de autoridad tradicional), sino un traje oscuro bien cortado, corbata y unos elegantes zapatos acabados en punta, como si ya fuese ministro del futuro gobierno de Zuma. Habló en tono impresionante resaltando toda la belleza de la lengua materna de Jabu, que ella a veces dice que se está perdiendo con la adopción de la jerga del pop, el habla *tsotsi*, la sustitución de las formas propias del isizulú por expresiones norteamericanas e internacionales, una práctica que denuncia y en la que ella misma cae a veces.

El isizulú que se oyó en el campo de fútbol convertido en estadio, con esas pausas como para cobrar aliento, que en realidad están hábilmente dosificadas para fomentar los gritos, cánticos y vítores, era lo bastante claro para poder entenderlo a pesar de su limitado conocimiento de la lengua que su hijo habla sin el menor esfuerzo nada más llegar al pueblo. Como era de esperar, la avalancha de palabras contenía la misma letanía de los discursos de Zuma, quién de su entorno osaría desviarse de lo que tanto éxito tiene, incluso sin sacar a relucir la canción de guerra *Awuleth' umshini watni*. El brebaje casero bebido en secreto con los otros hombres tal vez fomentara su comprensión de aquello, puede que fuese una respuesta para no sentirse desplazado... ¡Qué diría Jabu de eso!

Como de costumbre, cuando llegó el día y el momento de dejar ese hogar para ir al otro, hubo que llamar a Gary y buscarlo por todas partes. A lo largo de sus visitas se ha ganado un lugar especial entre los demás chicos, que se arremolinan y empujan en torno a él, se golpean en broma y se ponen la zancadilla hasta que está dentro del coche, y las bromas siempre continúan a través de las ventanillas mientras se alejan. Un rostro acalorado que muestra su animación, una presencia sudorosa y feliz al lado de su padre. Su último grito:

—*Ngiyokubona ngontulikazi... Nagokhisimazi! Kihisimazi! Shu!*

¡Nos veremos en julio...! ¡ Y en Navidad, en Navidad! *EISH!*

En julio, sí. Pero en Navidad... Si se confirmaba el puesto en Melbourne—sólo faltan algunos detalles menores, pero la certeza está ahí—, se irían a finales de noviembre... En Australia contaban con que la familia emigrante llegara con unas semanas de antelación para instalarse y familiarizarse con el modo de vida antes de que la universidad y el colegio de los niños empezaran en enero. Un año nuevo.

Mientras continúan los preparativos formales para los padres, en la alegre presencia pública de la época electoral en un país libre, para los niños sigue la vida normal; es probable que para Gary Elias, e incluso para Sindi, Australia sea sólo una abstracción (como «cuando seas mayor») sin efecto alguno en el día a día del colegio y las distracciones del fin de semana. No han conocido la pérdida. Sería difícil que entendieran, ahora que el momento de la partida queda aún muy lejos, lo que supondrá dejar a sus amigos del alma y compañeros.

¿Y qué hay de la casa? Jake, que fue quien se la encontró, les ha preguntado como si fuese un detalle olvidado en el conjunto de la decisión, con todas las implicaciones en las que no pueden entrometerse los camaradas.

—Sí. Claro, la venderemos... para que se pueda ocupar a finales de este año. Pero ¿los agentes inmobiliarios no quieren siempre ventas inmediatas?

—También podéis alquilarla. —Jake ofrece esa alternativa. ¿Se niega a creer que su marcha sea definitiva y sin vuelta atrás? ¿O es que ha pensado ya en alguien que quiere alquilarla? Sacar a relucir la cuestión es un indicio de falta de sensibilidad en una amistad, ¿es que a Jake no le afecta su marcha?, ¿o se trata de un reproche indirecto? Australia.

Cuando le habla a Jabu de la propuesta de Jake resulta que se refiere a otra cosa: el hogar de su hija y de su hijo...; para ellos su hogar fue Glengrove Place, el primero, el original. Deberían tener en cuenta lo que significa éste para Sindi y Gary; prepararlos más para el cambio, no de manera explícita, aún no está del todo decidido, pero que Australia forme parte de la vida presente.

Una vez más, la cuestión del momento adecuado... para que no sea difícil. La comida favorita es siempre el recurso de los adultos para garantizar un buen humor compartido, tal vez proceda del vínculo entre la madre y el bebé cuando mama de su pecho. Gary Elias y él fueron a un restaurante de comida para llevar y compraron unas pizzas al gusto de cada cual, entre ellas una para Wethu, que había ido a no se sabía dónde con las mujeres de la iglesia.

La madre exhibe la confianza que muestra en los tribunales.

—Hemos encontrado un colegio que nos parece adecuado para vosotros, os enseñaré las fotografías, el plan de estudios y lo demás, hay asignaturas optativas para elegir aparte de las normales, teatro, música, incluso un grupo de tecnología en el departamento de ciencias, exploración espacial, se llama astrofísica, estrellas y planetas, y, por supuesto, todo tipo de deportes, hay un gimnasio estupendo al lado de la piscina.

Pero no. Gary Elias es rápido.

—¿Un colegio para mí?

Ahora es el turno del padre.

—Para los dos. Para Sindi y para ti.

El no puede creerlo.

—Yo quiero ir a un colegio para chicos.

Sindi sonríe con complicidad a su madre, por un momento se parecen aunque Sindi no es tan guapa, sólo un hombre ( l) admitiría que la mezcla de adn esa vez no ha funcionado tan bien desde el punto de vista est tico, aunque funcione a menudo. El guapo es el chico.

—Un colegio mixto como el Aristóteles. —Su madre y su padre saben que ella no aceptaría que la separen por sexos, es un sistema educativo anticuado, su padre no da clases en una universidad para alumnos de un solo sexo.

El chico tiene que tener una respuesta masculina.

—Ahora tengo que matricularte para el año que viene. Pero cuando estemos all , probablemente en noviembre, iremos al colegio y podrás juzgar t  mismo. He tenido muy buenos informes de uno de mis futuros compañeros en la universidad, tiene dos hijos en ese colegio..., y no tiene hijas, así que...

Tendría que hablar a solas con el crío, solos los dos, los próximos meses; el educador es él, sí, pero Jabu es quien afirma su convicción de camaradas y amantes de que hay que poner fin a todo tipo de segregación. Bajo cualquier rúbrica. El *apartheid* Se ha acabado.

— Y t , Sindi?

—Mis amigos creen que tengo mucha suerte de tener esa oportunidad. Viajar a sitios nuevos..., ya sabéis a qué me refiero. —Lo dice como una mujer a quien han felicitado por tener una figura envidiable.

Lo que Steve quiere averiguar es hasta qué punto acepta, en mitad de la conmoción vital de la adolescencia, abandonar todo lo que le ha sido familiar durante la infancia: Australia. Le han dado libros—ha sido aficionada a la lectura desde que aprendió a reconocer palabras a los seis años—, periódicos de las glorias del país proporcionadas por los organizadores de los seminarios.

Cuál es el proceso de aceptación. La observación acerca de la «envidia» de los amigos de Sindi era en realidad una observación ante la emoción de unas vacaciones, no ante una deportación. Gary gritando desde el coche en Kwazulú, Navidad, Navidad..., volvería para las vacaciones de verano.

La idea de pertenecer al lugar es un cruce de caminos privados y carreteras públicas un mes antes de que se celebren unas elecciones y el país (¿de verdad puede llamarse honestamente una nación sólo quince años después de siglos de vivir divididos por el cuchillo, blancos y negros?) tenga un nuevo gobierno. Jacob Zuma, en la campaña electoral, afirma que el cna es un «hijo de la Iglesia». El apoyo del liderazgo cristiano está de acuerdo con el compromiso contraído cuando se fundó el Partido: tres presidentes fundadores eran sacerdotes. Dos mil asistentes a la iglesia rezan de la mano con él.

Los dirigentes eclesiásticos han dicho que animarán a los suyos para garantizar una victoria del cna en las urnas, y también se ocuparán de luchar contra la decadencia moral. En la misma página del periódico que acaba de coger Jabu —no están de humor para hablar del rechazo de su hijo—está la noticia de que la Fiscalía del Estado sigue considerando si anular o no las dieciséis acusaciones por soborno, fraude y malversación contra Jacob Zuma.

—No consigo entender quién está en contra de quién, ni si la fiscalía va de verdad a por Zuma o está entorpeciendo la labor de la justicia. Se niegan a decir si explicarán los motivos para retrasar el juicio.

Su abogada particular tiene la cabeza ante él.

—Hace unos días un hermano de Shabir Shaik les habló a unos alumnos de la universidad de la posibilidad de que se anulen las acusaciones contra Zuma. Suena como si la familia Shaik dispusiera de información privilegiada. Lo que le ocurra a Zuma también le ocurrirá a Shaik, está en libertad condicional por una «enfermedad terminal» en lugar de cumplir su sentencia a quince años de cárcel por corrupción y fraude, pero si juzgan a Zuma seguro que procesarán también a su consejero financiero.

Jabu conoce todos los entresijos legales de la saga. Los australianos tienen suerte al adquirir esta astuta inteligencia de Sudáfrica. Otro camino que se entrecruza: un anuncio que ha encontrado un poco de espacio en la prensa incluso ahora que las elecciones ocupan todas las páginas. Australia reduce la inmigración para proteger su fuerza de trabajo. No aceptarán más albañiles, fontaneros, carpinteros, peluqueros ni cocineros. Los profesores de ciencias y sus parejas dedicadas a la abogacía que reúnen las cualificaciones australianas no aparecen en la lista de desfavorecidos por la recesión mundial. De todos modos, Steve se ha asegurado de que él y su familia—ya está todo arreglado, sólo falta concretar la fecha de llegada—no se vean afectados.

Excepto por la presencia del creciente desempleo en torno a una universidad y un barrio residencial que forma parte de lo que van a dejar atrás. El dedo señalando a la garganta vacía, seguro que Jabu no tendrá que ver eso señalándola en Australia.

El obispo de la Iglesia metodista ha pedido que le defiendan de un grupo de tenderos que ha demandado a la Iglesia y al Ayuntamiento exigiendo que se cumplan las leyes y se

retiren los váteres instalados a lo largo de la calle. La iglesia está inundada por más de cuatro mil refugiados llegados a la ciudad desde que se cerró un campo de refugiados a este lado de la frontera con Zimbabue. Cuando discutieron en el Centro de Asistencia Jurídica quién iría a la calle y a la iglesia para ver de primera mano la situación:

—Yo la conozco. Estuve allí hace unos meses.

Desde entonces se ha convertido en parte de la vida normal de la ciudad mientras los partidos políticos pronuncian discursos y en el barrio hablan de sus métodos no confesados para llegar al poder y de las disensiones en el liderazgo de los partidos. Jabu se sentó con Steve, los Mkize y los Anderson a ver por televisión un mitin del cope en el que Terror Lekota y el buen reverendo Dandala volvieron a aparecer juntos en un acto electoral. Esta vez las imágenes mostraban que ambos lo habían preparado por separado con un paseo entre la multitud y una oración en distintas iglesias.

—Dios apuesta por cualquiera—dijo Jake.

El Terror, a quien ella y él conocían estaba diciendo: «El reverendo Dandala y yo seguimos un mismo camino». Las personas como Dandala del Consejo Eclesiástico de Sudáfrica cuidaron de su familia mientras estuvo preso en Robben Island. Niega a gritos que la aparición pública con el reverendo tenga nada que ver (la cámara apunta a la multitud que cacarea y discute entre sí).

—¿Qué ha dicho?, no lo he entendido—pregunta Isa.

Steve y Peter responden al mismo tiempo:

—Mbeki, Mbeki, parece que Dandala está relacionado con nuestro ex presidente.

—Mbeki podría unirse al cope contra Zuma.

Han vuelto al camino, Terror y Dandala se abrazan. Cogidos de la mano, bailan juntos, Zuma ya no es el único en hacer el tradicional baile africano para placer y tranquilidad de los votantes: es uno de ellos.

Hay unos pantalones de pijama colgados de la rama de uno de los arbustos que se plantaron para dar cierta dignidad a la calle donde están los Juzgados. Los pantalones protegen del sol a un niño dormido. Ella no le ve la cara, será la de uno de esos niños que juegan en el arroyo o cuelgan del brazo de su madre; las plantas de los pies no están negras sino grises por la fricción con la calle y el pavimento. Todo sigue igual que estaba, sólo que mucho peor. Una continuidad que desmiente el significado habitual de la palabra, una desconexión absoluta: caos. Ya no hay espacio para la ingeniosa normalidad del anciano que lía cigarrillos con trozos de papel de periódico y el tabaco sacado de las colillas o la mujer que traza líneas de ferrocarril en el pelo y añade falsos mechones de cabello a la cabeza. La desafiante cultura de la pobreza. «Cultura» es el término que ella ha llegado a utilizar, como hace todo el mundo, para referirse a una actividad que se ve como una respuesta étnica—las danzas de los políticos—y que esta vez no está presente. Esa gente: hermanos y hermanas, son demasiado pobres para hacer una cultura de nada; o tal vez es que acaban de llegar y no han estado en esta situación, en la iglesia metodista, el tiempo suficiente para hacer otra cosa aparte de «invadir» la cultura establecida allí para disgusto de la ciudad. ¿Y qué sé yo? No soy una refugiada «problemática» en un país ajeno. Soy una abogada que sigue las instrucciones que le han dado para investigar un caso, una escena del crimen, eso fue lo que dijo Jake cuando les contó a los camaradas lo que iba a hacer. Jake siempre está dispuesto a realizar un comentario irónico. En eso nunca falla.

Uno de los camaradas del barrio que es miembro del Partido Comunista—no hay mucho electoralismo entre sus filas, pero al menos hay unos cuantos en el gobierno, veteranos de la Lucha que probablemente pactarán también con el próximo gobierno—tiene la teoría de que la raza y la pigmentación de la piel serán reemplazadas por la lucha de clases que ya se aprecia con el fenómeno de los nuevos ricos, los negros, entre ellos el joven dirigente Malema, con sus trajes de marca, por no hablar de las acciones que según se dice posee en no sé qué gran industria de ingeniería.

Un miembro de la clase de los abogados en su país natal; no como esos hermanos y hermanas cuyos cuerpos ella empuja amablemente para abrirse paso hasta la puerta de la iglesia. Ahora no. El presente. Pero el presente no dura..., un empleo fijo, recuerda el vocabulario legal, aunque antes Baba se aseguró de que ella tuviese uno expandiéndose constantemente para su futuro: incluso le envió libros cuando estuvo en la cárcel. Algunas de esas personas negras como ella tienen educación, son profesionales en el lado equivocado de los palacios políticos. El Zuma de Baba, ¿qué traerá la época de Zuma, su ejercicio del poder?, ¿lo echarán los jóvenes que hoy están dispuestos a matar por él a cambio de que les deje paso—no es eso un eufemismo—y tomarán el poder? Oradores del barrio:

—Luthuli tuvo que dejar paso a los jóvenes, ¿no? Mandela, Tambo, Sisulu echaron abajo las puertas a las que él llamaba.

—No eran Julius Malema, dispuesto a matar en época de paz.

Los hermanos y hermanas yacen en el lado equivocado de los muros de los palacios políticos de Idi Amin, Mugabe, Malema. Sindiswa y Gary Elias en la acera de una iglesia

metodista. Pero sin un país vecino donde refugiarse, los refugiados de esos países buscan una acera donde dormir.

Australia.

No es la joven confiada y franca, su chica de Suazilandia descubriendo la sexualidad como parte natural del descubrimiento político: tú no eras blanco, ni ella negra, ni corríais peligro de ir a la cárcel y ser torturados en vuestra corta existencia consagrada a acabar con las categorías existentes de poder, costumbres y qué se yo qué más, y a crear un país más humano a partir de las divisiones que plagaban el horrible pasado. Trabajando con la ley, con su sensata obstinación por defender la justicia entre las nuevas variedades de injusticia, Jabu ha llegado a actuar con la misma determinación.

¡ Ah...! «No me quiero ir», ¿no hay ningún eco en la decisión sobre su futuro? Ni siquiera necesitan disimular, no hay distancia entre ellos: él puede contar con ella, para irse, para marcharse. Los dos están juntos. En su cuarto de baño, ella se ha quitado la burbuja del gorro de ducha y con la otra mano se ha levantado los mechones de cabello liberados que bailan desenfrenados con el pelo de punta.

—¡Medea!

A él le hace gracia, pero es improbable que la referencia tenga un significado visual para Jabu, igual que las imágenes o metáforas zulúes a menudo no significan nada para él. Al menos en Australia ninguno tendrá como referencia las imágenes y metáforas locales. Eso que tendrán en común.

Pero, si las referencias desconocidas entre ellos en su país son un indicio de lo íntimamente irreconciliable, al proceder de «culturas» diferentes, ¿no sienten y no han sentido desde el principio la fascinación de eso que se llama el Otro?

Las elecciones tienen aspectos divergentes respecto a los intereses de cada grupo en su entorno familiar: la sala del café se concentra en que en sus últimas semanas, antes de la disolución del Parlamento, el gobierno ha hecho un anuncio de despedida. El Ministerio de Educación se va a dividir en dos departamentos: uno «Primario», para los colegios, y uno «Terciario», para las universidades y las instituciones técnicas, evitando así la antigua categoría «Educación Superior» y su insinuación de distinción de clase. Probablemente no sea una coincidencia que en ese último mes antes del día de las elecciones el ministro de Educación haya visitado la universidad para inspeccionar las mejoras en curso. Un banco ha donado los fondos para construir un edificio que albergará nuevas salas de conferencias, un centro de estudiantes y varias salas de tutoría.

—No sabe cuánto van a echar de menos los chicos y las chicas la necesidad de apretujarse.

Es el viejo profesor Miller, de matemáticas, a quien le gusta demostrar que es un enrollado. Un recién llegado al departamento de historia, Hafferjee, con un fino aro de oro en la oreja, guiña el ojo con aprobación.

—Más conexiones a Internet para los alumnos...

—Facebook, Twitter... ¡Ya basta, ya basta...!, lo que necesitan es un sitio donde vivir, ¿qué hay de la falta de camas y cuartos de baño?

Lesego, con un *dashiki* a lo Nelson Mandela, se vuelve hacia el profesor Neilson, con su estilo académico, impecable traje y corbata, todo el mundo tiene el derecho constitucional de utilizar el atuendo tradicional, con cierta incertidumbre oficial respecto al uso del velo por las jóvenes musulmanas en los colegios.

—La universidad ha pedido trescientos noventa y nueve millones para el departamento «Terciario». Ese tipo no estará en su ministerio después del veintidós de abril, no podrá concedérselos.

Las propuestas de ese día de campaña son ensordecedoras, por más que él se recuerde a sí mismo que no tendrá que enfrentarse a lo que venga después. El secretario general del Partido—del suyo, de Jabu y de los Mkize—habla de la fuga de cerebros, dice que los profesionales van en busca de oportunidades porque el país forma parte de la economía global integrada.

¿Nada que ver con la perspectiva de que el nuevo presidente en la cima de fervor del hombre del pueblo vaya a ser un presidente con setenta y dos acusaciones por fraude y corrupción contra él?

Jabu ha descubierto que el veinte por ciento de los que viven en la iglesia metodista

y las aceras dormitorio no son refugiados de Zimbabue ni de ningún otro país sino sudafricanos indigentes, el dedo apuntando a la boca abierta.

¿No ha sufrido dilaciones el caso de corrupción de Zuma?

—Ha habido peticiones de que se revisen las decisiones del Tribunal Constitucional.

Alzando no su canción de la metralleta, sino el arma de los valores cristianos, acusa a los jueces de «comportarse como si fuesen casi iguales a Dios». Y en el mismo ciclo de este país el Sindicato Nacional de Trabajadores Metalúrgicos está pidiendo la nacionalización de la compañía de minas propiedad del veterano de la Lucha Tokyo Sexwale y de Patrick Patrice Motsepe; negros, dos de los hombres más ricos del país. ¿Hermanos que han traicionado los ideales igualitarios del cna? Sudáfrica, la economía mixta, sigue siendo una sociedad capitalista..., lo que ocurre es que se han abolido las leyes que impedían el surgimiento de una clase empresarial negra.

Una voz debajo del bonete:

—No se puede atacar a los peces gordos blancos sin señalar también a los negros. Es una doble vara de medir.

El amigo de Peter Mkize que se ha unido a los camaradas del barrio para asesorarles sobre los problemas de aceleración del coche de Blessing es uno de esos que son miembros tanto del cna como del PCS, el Partido Comunista de Sudáfrica.

—No podemos eximir de la traición de clase a los hermanos que se aprovechan de la empresa capitalista.

Peter lo conoce desde hace tiempo. Entre ellos no hay malos entendidos, ni contradicciones en la política de alianzas del CNA.

—¿Quién ha dicho lo contrario?, ahora somos iguales, seamos explotadores o explotados, ¿no?, *aih*, pecadores y víctimas del pecado, todos tienen derecho a voto. Los trabajadores seguirán teniendo un jefe tanto si es negro como nosotros o blanco como Stevie.

—Sí, ya hemos oído esa canción—(puede que quiera decir: incluso en el vientre de la máquina)—. *Eish*, ya sabemos lo que nos dicen los capitalistas blancos de que los capitalistas negros generan nueva riqueza, ¿y qué más?, que proporcionan oportunidades laborales, pagan impuestos y así aumenta el dinero para ayudas sociales y las mujeres pobres tienen con qué alimentar a sus hijos...

Isa y Jabu salen con el café y una bandeja con tazas. Jabu tiene los datos:

—La desigualdad ha aumentado más de un catorce por ciento, y eso dos años después de que sonaran las alarmas después de las primeras elecciones multirraciales (como

a propósito suena la bocina desde dentro del motor, donde el amigo de Peter debe de haber tocado algo que no debía), se nota en las protestas por los servicios municipales. En el Centro de Asistencia Jurídica tenemos informes que demuestran que las conexiones políticas favorecen a los miembros prominentes del cna a la hora de obtener contratos para mejorar el suministro de agua y electricidad de los asentamientos, por encima de otras empresas más baratas y mejor cualificadas. Hemos visto casas en las que el tejado se vuela después de la primera tormenta, nada más instalarse los inquilinos. Los tipos que se llevan esos contratos están ganando millonadas. Existe el riesgo de que las protestas callejeras conduzcan a un conflicto de clase negra, Zuma va a estar hasta el cuello. No se puede olvidar la xenofobia.

Steve siempre se encuentra en la misma posición que los demás con respecto a Jabu cuando la oye hablar desde el punto de vista profesional. En lugar de esa indefinible identidad llamada esposa. Otras mujeres pueden ser deseables, en eso se basa la relación entre hombres y mujeres, pero no hay otra que pueda ser y haya sido la identidad de todo lo que ha encontrado en ella. Se siente agradecido.

—¡Por eso el gran hombre tiene que asegurarse de tener garantizados sus apoyos!—exclama Jake.

Un salto a la realidad personal o una distracción... El colegio de Gary Elias. Otro «incidente». Uno de los alumnos implicados en el asunto de la iniciación, aunque al parecer no lo bastante para que lo expedientaran, ha puesto en fila a los otros chicos sobre un estrado para proceder a lo que llamó «una inspección del corte de pelo». Insultó a un chico por su corte de pelo inaceptable, le dio una patada en el pecho y lo derribó al suelo de un empujón.

Cuando Steve vuelve de una reunión de última hora en la universidad encuentra a Jabu sentada aliado de Gary Elias en la terraza. Wethu también está allí y gimotea un suave acompañamiento mientras madre e hijo le cuentan lo ocurrido.

—Debió de ocurrir ayer, pero nos hemos enterado hoy, el director no nos llevó al salón de actos, sino que fue pasando clase por clase, al principio no sabíamos de qué hablaba.

O sea que el chico no lo vio.

Ella le explica:

—El equipo de fútbol había salido a jugar un partido contra otro colegio.

Gary Elias se había librado de la violencia, incluso de tener que presenciarla, excepto en la televisión.

—Ganamos seis a tres, fue pan comido.

—Blessing llamó mientras traía a los chicos a casa del colegio, casi no tenía cobertura... Yo ya había salido del Centro, llegué justo cuando dejó a Gary.

Los dos comparten su alivio sin decirlo, Gary no está asustado; de hecho vuelve a aparentar la seguridad de quien ha entrado en contacto de refilón con algo desagradable: podría haber estado en el colegio cuando ocurrió, podría haberlo vivido no sólo como cuando asiste a las batallas entre monstruos del espacio en la televisión.

Esa noche Julius Malema aparece en el canal de noticias que han encendido por pura costumbre. En un vídeo de la fiesta por el vigésimo noveno cumpleaños del dirigente de las juventudes del cna, que ha declarado que los jóvenes están dispuestos a tomar las armas y matar por Zuma, se le ve con un poderoso hombre de negocios de la provincia natal del cumpleañosero.

Un bonito plano de las conexiones políticas entre los jóvenes rebeldes y los nuevos capitalistas. Pero Steve no le dice nada a su mujer, no es el momento apropiado.

A la mañana siguiente, Peter Mkize y él van juntos a ver al director de la escuela. No en el coche que habitualmente comparten los Mkize y los Reed para llevar a los niños a clase; los dos padres coinciden en que es mejor que los crios no noten lo mucho que altera ese «incidente» la tranquilizadora rutina diaria. Irán más tarde, sin que ellos lo sepan. Steve ha llamado a la facultad para pedir que alguien le sustituya en la clase de prácticas en el laboratorio, Peter no tiene que dar explicaciones si llega tarde al trabajo.

El director no puede negarse a ver a los padres, pero el secretario pregunta si tienen una cita.

Si no es capaz de impedir peligrosas intimidaciones a sus alumnos no merece tantas formalidades. Los padres esperarán hasta que el director vuelva de dondequiera que esté. Se produce una conversación entre susurros detrás de los ordenadores y envían a una joven a buscarlo. Al pasar delante de ellos se le dobla el tobillo con los zapatos de tacón y vuelve a incorporarse un poco avergonzada. Deben de haber advertido al personal de administración que el director no está disponible.

—No querrán que la prensa se entere.

Peter está acostumbrado a esperar, es el horario del pasado de los negros durante el *apartheid*, cuando era joven.

Pero el señor Meyer-Wells (buena mezcla de orígenes en ese nombre) llega enseguida. Sonríe como si hubiese quedado con ellos. Los ha reconocido: dos padres amigos de uno de esos nuevos barrios donde negros y blancos conviven como vecinos.

—El hijo del señor Mkize, me alegro de verle. —(Uno de los pocos alumnos negros,

el colegio debería poder atraer a más)—. Profesor Reed... ¡cuánto tiempo! A Gary Elias le va muy bien y va camino de convertirse en uno de nuestros mejores deportistas—(Un mestizo, de esos el colegio tiene más, sin contar a los indios).

En la oficina del director la joven que fue a buscarlo les sirve un poco de té. Se nota su determinación de convertir la visita al director de la escuela en una reunión amistosa y no en un enfrentamiento con los padres, uno de ellos profesor universitario, que han ido a hablar con él en horas de clase. Sí, es cierto que ocurrió. Lo difícil es... cómo prever esos incidentes tan desafortunados. Y el educando (la nomenclatura coincide con la de un colegio privado progresista), ese chico no es un alumno interno, no hay manera de saber qué compañías frecuenta.

—Por supuesto, sus padres están muy preocupados. Al parecer es amigo de uno de los otros alumnos aunque está en un curso inferior. Claro que es posible que considere el comportamiento de hace unos meses como una especie de afirmación... Ustedes saben por experiencia que la infancia se ha acertado mucho en estos tiempos, no sé qué ocurrirá con las niñas adolescentes, pero en los veintiséis años que llevo dando clase a niños desde luego he notado un cambio..., ahora los adolescentes toman las riendas de su vida antes de tener juicios morales, ya me entienden, experimentan con las costumbres y la moral, el comportamiento, y rechazan la etapa intermedia de la vida que sienten que les imponemos para prepararles para el mundo en que van a vivir.

Y con la tecnología moderna están mucho más expuestos a ese mundo que las otras generaciones a las que he dado clase. Es un mundo de exhibición, uno debe demostrar quién es, y el modo más fácil de hacerlo es ejerciendo un poder abusivo sobre sus compañeros.

Un análisis muy agudo, pero si su experiencia no le permite ver los indicios y predecir...

—¿Ha pensado en organizar grupos de profesores y alumnos, los internos y los que sólo vienen durante el día, como los nuestros, para que hablen de por qué creen que ocurren estas cosas? No será fácil, no querrán que los acusen de chivatos. De soplones. Pero si los profesores son francos y les dejan claro que no se trata de un tribunal disciplinario podrían resolverlo. Es su colegio...

El director se siente obligado a escuchar con atención al profesor; al fin y al cabo, también da clase y los campus tienen sus problemas, ¡y no son pocos! Apoya la barbilla en el puño.

—Tal vez usted... o alguno de sus colegas, algún profesor joven que no haga mucho tiempo que haya dejado el colegio, pueda venir a ver a los chicos, hablar con ellos como los jóvenes que van a ser.

No es mala idea, pero ¿qué piensa hacer el director con el grupo de alumnos que sigue su propio código disciplinario en el colegio?, probablemente no sepan nada, ni les

hayan hablado del fascismo, pero el hecho es que son futuros fascistas, estilo Mussolini, estilo nazi, estilo *apartheid*. La historia siempre está dispuesta a repetirse. No puede considerar lo que está pasando como un contratiempo en la producción por parte del colegio de una generación capaz de pensar libremente en un país libre.

Steve y Peter tienen que ir a sitios distintos, uno a la ciudad y el otro a la universidad, ahora no es el momento de hablar de su deber como padres... Sólo queda la frustración compartida. .. ¿De qué ha servido su visita?, se pregunta Steve en el coche. Ese pobre diablo de director tiene que vérselas con acontecimientos que le superan fuera de la escuela. Julius Malema se está empleando a fondo en la campaña electoral arrastrando a las masas de jóvenes negros (hermanos de Njabulo y Gary Elias, aunque sin el privilegio del colegio privado) detrás de Zuma. Por una vez sin cantar su canción adaptada para incitar al odio, la genérica *Mata al bóer*, que en la época de la Lucha no se refería al granjero afrikáner, sino al ejército blanco del *apartheid*. En lo que se refiere a la disciplina Malema sigue haciendo caso omiso de cualquier decreto contra los discursos que incitan al odio, y lanzando insultos y pullas racistas y sexistas contra los dirigentes de la oposición. Aunque no sea un héroe, ha creado un ambiente que rezuma rebeldía.

Peter se pone a su altura con la ventanilla del coche bajada cuando los dos se marchan. Ha tomado una decisión.

—No tiene mucho sentido, *aih*, sacar al niño del colegio a mitad de curso, creo que le dejaremos terminar y el año que viene ya le matricularemos en otro sitio, un nuevo colegio.

—Peter va a dejar que Njabulo termine el curso.

Ella responde con preguntas al relato de lo que les ha contestado el director a Mkize y a él.

—¿Y luego?

Steve repara en lo que ambos están pensando.

Están a finales de verano, pero sigue haciendo suficiente calor para pasar el día en la terraza donde el hibisco de bienvenida de los delfines florece tan alto como una persona.

—Njabulo irá a otro colegio...

No tiene sentido que Gary Elias deje el colegio ahora. El año que viene. Ya no estará aquí, en el barrio.

Las palabras de ella quedan ahogadas por un avión que pisotea el cielo y se aleja

enfurrñado.

Australia.

El departamento de relaciones públicas de la universidad —donde se han confirmado todos los detalles de su puesto— ha tenido la consideración de enviar una fotografía y una descripción de la residencia asignada a él y a su familia. Tiene varias habitaciones más que la casa del barrio residencial donde se pasan unos a otros la fotografía y obviamente no tiene la historia de la casa arrebatada a la comunidad de la Gereformeerde Kerk que se transformó en la piscina de los delfines; es la versión colonial de una casa californiana, atractiva, apropiada para países soleados como Sudáfrica y Australia. Cuando tomaron la fotografía había una bicicleta de carreras apoyada en la fachada principal.

—¿Es ésa mi bici?—pregunta en broma Gary.

—¿Tendrá piscina?—especula Sindiswa. Algunos de sus amigos del colegio dan por sentado que hay que tener piscina en casa; ella ha sido la excepción.

Hay condiciones que su padre no ha podido permitirse en esa aventura de ir a otro país que sus amigos consideran un privilegio.

—No creo..., pero hay una olímpica y un gimnasio, por lo visto los nadadores compiten a nivel nacional.

Ha citado las palabras de un folleto. Sindi coge la fotografía.

—Me la llevo prestada para enseñársela a Aretha.

Es una amiga cuya familia tiene una casa en una isla griega.

Gary se la quita.

—Tráela aquí, voy a enseñársela a los Mkize.

Pero de camino cambia de dirección y va a casa de los delfines. La piscina parece una acuarela teñida por el sol poniente. Los hombres están en casa con Marc y Claire, él sigue siendo parte de la familia de delfines aunque ella sea, en cierto sentido, una extraña; están bebiendo vino y viendo mítines electorales, quejándose de los discursos que oyen en televisión igual que protestaría Gary al ver televisado un partido de fútbol.

—Esta es la casa que nos ha buscado mi padre en Australia, ¿no os parece fantástica? No me pienso llevar mi bici vieja. Me compraré una de carreras como ésta. Mola.

La idea le hace olvidar de momento el colegio mixto del que nunca habla. Pero los delfines y la mujer se pasan la fotografía distraídos apartando la vista de la pantalla o se la dan al otro sin mirarla siquiera. Marc le da un puñetazo de bienvenida en el hombro mientras su atención sigue fija en la multitud apasionada que vitorea el abrazo del oso de Msholozzi Zuma y su acólito estrella del pop Malema, sobre quien vaticina que algún día será candidato a la presidencia.

—¿Dónde están los demás? —Gary Elias es sólo un vástago de la familia Reed—. ¿En casa? Sé buen chico y llámales para que vengan.

El chico saca el teléfono móvil que lleva apretado contra la nalga en el bolsillo trasero; todavía no tiene uno, pero ha cogido el de su hermana. Al otro extremo de la línea le hacen algunas preguntas: «¿Qué haces en la piscina, no dijiste que ibas a ver a los Mkize?», pero poco después Steve y Jabu llegan entre risas de bienvenida en respuesta a la invitación de su hijo. Acto seguido, el crío se marcha a donde se suponía que debía haber ido: a casa de los Mkize; antes, también él ha estado viendo a la muchedumbre como si viese cualquier otro espectáculo en la televisión, sin entender la exhortación de los discursos, es demasiado joven para ser reclutado como discípulo de Malema, o tal vez no lo bastante negro, sólo a medias y con una educación burguesa; a los nueve años Julius Malema era un niño negro pobre que protestaba en las manifestaciones contra el *apartheid* y festejaba la liberación de Mandela.

Los delfines y los camaradas continúan viendo el acto electoral, pero su contraataque sale victorioso con un toque al mando a distancia que sume a los políticos en la oscuridad.

Ultimamente siempre que se reúnen los camaradas del barrio y los camaradas de la Lucha hay una tensión que subyace a la yuxtaposición de sus cuerpos, las características conocidas de las piernas cruzadas, los nudillos que crujen...; es posible que se hayan distanciado. Desde la escisión y división del partido, todos ellos, por increíble—e inaceptable— que sea, ignoran a quién van a votar los presentes en la piscina de los delfines, en casa de los Mkize, en la terraza de los Reed, bajo las sombrillas del jardín de Jake e Isa. Se ha convertido en un hecho de la vida en común sobre el que es mejor no hablar. Ni preguntar.

Eso no significa que no haya intercambio de impresiones, discusiones sobre las tendencias, izquierda, derecha, centro inestable; la política ya no es cuestión de blancos y negros.

Peter Mkize, dirigente del *Umkhonto*, es un desdeñoso descendiente de la sociedad tribal, la base, ¿aun así legítima?, del partido tradicionalista negro.

—¿Son de izquierdas, de derechas, de centro? ¿Qué? Si uno se sienta en un parlamento al estilo europeo, que es el que hemos tomado de los colonialistas, que es el que tenemos, amigos..., tiene que tomar partido, ¿entendéis a qué me refiero?, tal como se entiende la política en la cámara; igual que los seguidores de la iglesia ven a los católicos, los metodistas, los adventistas del séptimo día y demás, todo el mundo conoce los distintos tipos de cristianos que esperan salvarse.

—¡Bueno, bueno! Pero, no, no, no. —Lesego, que utiliza coloquialismos al hablar a pesar de ser profesor, ha ido a casa de Mkize con Steve—. Hay que tener en cuenta el nacionalismo, la nación africana, ¿acaso no se trataba de eso en los primeros días del cna? Mandela, hasta que el pcs trajo la luz a la izquierda, asustaba a algunos que pensaban que

podía ser algo del exterior: colonial. El nacionalismo está en el poder en muchos países de nuestro continente, tal vez bajo un bonito nombre africano. Para ellos... el resto del mundo puede irse al infierno, no son hermanos en el desamparo que seguimos compartiendo.

Jake mira a Steve en busca de apoyo.

—Como nación nos estamos alejando del antiguo eje norte-sur, sur-norte, estamos consiguiendo buenos negocios y hemos establecido relaciones con la India y Brasil.

—China. —Mkize vuelve a intervenir—. Apuesto a que todos los presentes llevamos vaqueros confeccionados en China. Yo el primero. Los que se dedican aquí al sector textil no pueden competir con los salarios baratos y abusivos. ¿Han dicho Zuma o Lekota lo que piensan hacer al respecto? China nos invade. Ya son dueños del veinte por ciento de nuestro mayor banco...

En época de elecciones uno cuestiona las intenciones de quienes utilizan su elocuencia para conseguir tu voto. No puede preguntar: «Pero ¿y si el partido cuyos objetivos compartís, y por los que habéis arriesgado incluso la vida, se revuelve contra sí mismo en las terceras elecciones libres...? ¿En qué lado ha quedado aquello en lo que creáis ella y tú?».

Donde encajabais.

Otros partidos políticos carecen de importancia para los miembros del Congreso Nacional Africano aunque se sientan asqueados ¿o avergonzados?, por el comportamiento de su Liga Juvenil y sus burdos insultos a una mujer blanca, dirigente de un partido liberal generalmente considerado blanco con un creciente número de votantes en su mayoría territorial de descendientes de los indígenas san y khoi, mezclados con blancos y diversidad colonialista, los verdaderos nativos de Sudáfrica. Cara de Niño Malema dijo que era una puta blanca que sólo escogía hombres blancos para su equipo porque se acostaba con todos ellos. Una astuta pirueta política: al mismo tiempo reclama respeto para los derechos de las mujeres. Para él, toda audacia es poca.

Las dos mitades de lo que era la unidad del Partido de los camaradas.

Zuma, por supuesto, su candidato a la presidencia, sus promesas de integridad a la gran visión del Partido, pronunciadas entre danzas sagradas, el mantra «Una vida mejor para todos», se ve y se oye de manera obsesiva.

Mosiua Terror Lakota comparte su plataforma del cope con el reverendo Dandala, que ha resultado tener sentido común respecto a lo que se podría hacer para conseguir una vida mejor, pero carece del encanto de Terror para dar a entender que el cope podría lograrlo. A Terror se le ha unido otro desertor del partido, Tokyo Sexwale, un aliado más

fuerte que el reverendo. ¿Y tal vez un rival para dirigir el cope?

La inseguridad aumentó la gran brecha entre Terror y Zuma, separados en esta otra Lucha... Es Jake quien lo ha dicho y lo repite:

—¿Quién habría dicho que llegaríamos a este punto?

¿Qué estamos haciendo aquí, Steve y Jabulile, opinando como los demás camaradas acerca de lo que planean realmente los políticos tanto cuando declaran que sus políticas de gobierno son las que la gente quiere y necesita, como cuando denuncian (no con las obscenidades de Malema sino rozando los límites de la libertad de expresión) la incapacidad de los demás partidos para conseguirlas?

Los camaradas; a punto de votar. Cada cual ve el aspecto familiar del otro: ¿es lealtad al partido de Mandela que trajo la libertad? Eso significa Zuma. Por el poder del Partido.

—Empiezan a salir a la luz sucias corruptelas de sus allegados, quién reveló información de importancia para la seguridad del Estado a cambio de qué...

Ahora Zuma es el Partido. Si su escisión es la alternativa —y para los camaradas no hay una tercera posibilidad—, ¿se ha llevado Terror Lakota la ética del Partido en el bolsillo?, ¿la ha rescatado? Para mantenerla con vida: un cambio del voto fiel. Eso significa Lekota.

La decisión que los camaradas van a tener que tomar es más un estado que comparten en cierto modo que lo que verdaderamente es: algo irrelevante para los dos que han optado por dejar atrás sus obligaciones..., más aún, por renunciar a su derecho a votar a los líderes y los compromisos gubernamentales del eslogan de cuento de hadas.

Jake es incapaz de mantener la boca cerrada.

—¿A quién vais a votar?

Unos suspiran para rechazar la intromisión, otros se ríen ante un desenmascaramiento que podría comprometer su camaradería, y nadie repara en que ellos también se ríen.

En la librería y en la biblioteca de la universidad hay pocos libros de autores australianos, en comparación con, digamos, literatura de la India, contemporáneos desde Satyajit Ray hasta Salman Rushdie, novelas, poesía, dentro del país y su relación con el mundo. Pero la presencia de la India es histórica. Parte de la población de Sudáfrica es de origen indio: trabajadores forzados durante el siglo xix, los años de la presencia de Gandhi

y su influencia en el primer movimiento de liberación; la laboriosidad de una clase de tenderos a pesar de la segregación: la emergencia de los indios sudafricanos junto a Mandela en la Lucha y su prominente continuidad en la política de la libertad. Australia, ese país al que emigran las personas, no tiene mucha presencia entre las imágenes locales. Compra por internet libros de Patrick White (cuyas primeras obras había leído mucho antes de imaginar que acabaría viviendo en el país donde transcurren), David Malouf, Peter Carey y Thomas Keneally. Jake dice que es mejor que no lea a Germaine Greer, y por eso ha pedido un libro con un título como una patada en el culo: *Whitefella Jump*

Up, que lleva como subtítulo «El camino más corto a la nacionalidad». Resulta ser una hábil diatriba con algunas verdades incómodas sobre las actitudes de los australianos blancos con los pocos aborígenes australianos que quedan. Llega a una página donde dice: «hasta que no estuve en el otro lado del mundo no reparé en que lo que estaba en marcha en Australia era el *apartheid*, la separación y la alienación que Sudáfrica trataba de imponer, desesperada y salvajemente, a su mayoría negra... Quiero presenciar el final de los problemas con los aborígenes. Ellos no son ni han sido nunca un problema. Habrían sido la solución si los blancos hubiesen sabido darse cuenta».

En tiempos tuvo una finca en la selva tropical en Australia y dividió su vida entre las clases en una universidad inglesa y su selva.

Una evasión a medias.

Nunca lo han hablado, pero no hay duda de que habrá un cambio de comunicación. No será un idioma extraño, como ocurre a menudo al tomar una decisión como la suya. El inglés. Su idioma, aunque para ella fuese una vez su segunda lengua, y conserve el uso familiar de la que fue la primera, transmitida como una especie de logro y de herencia a Sindiswa y Gary Elias. Hay una alusión indirecta a él cuando la charla en torno a la máquina del café versa sobre la frustración de tener que enseñar en inglés cuando la lengua de los alumnos es una de las nueve lenguas africanas.

—Termino teniendo que recurrir a un inglés macarrónico con los alumnos de primer año mezclando conceptos comunes con otros expresados de manera diferente a como podrían decirse en su propia lengua.

El izquierdista que se niega a enfrentarse a los hechos.

—¿Y no podría ser que se trate sólo de falta de inteligencia por parte del alumno?

—Eso no es lo que está diciendo Steve, es el fracaso caótico de las escuelas...

—El «educando» ha sido «educado» muy por debajo del nivel de alfabetización necesario para dominar los términos y procesos científicos con independencia del idioma que utilices.

—Porque es necesario tener uno...

—¿Es el inglés como vía de entrada al mundo un resto de colonialismo? Muchos negros lo vemos así...

—Y lo mismo el francés y el portugués, los antiguos amos...

—¿Y un país que se ha librado de ellos no debería exigir al mundo que dé cabida a un idioma indígena...?, que nos entiendan ellos.

—¿Y cuál de las nueve que había aquí antes de que llegaran los europeos estaba... ?

Christina van Niekerk es una mujer tan callada que normalmente nadie repara en su presencia (¿por qué no está en una universidad afrikáans?), habla con sus sonoras vocales afrikáans:

—Algunos de esos blancos desarrollaron una lengua que mezcló el holandés con las palabras de los esclavos malayos que habían traído de los países que habían invadido en Malasia, pero sólo se recurrió a las lenguas de los indígenas san y khoi en el caso de las palabras que describían cosas que los holandeses desconocían, como los animales, las costumbres y los paisajes nativos. Por eso decimos que el *taal* afrikáans es una lengua africana y no europea.

—¿Y nuestro inglés? Con semejante *taal* hecho de cockney, los términos esnobs de

Oxford y Cambridge, los dialectos de las tribus escocesas, el habla de Liverpool, los nombres de origen hugonote mal pronunciados y los giros tomados del yiddish de abuelos judíos emigrantes..., ¿no podemos decir que es una lengua africana? ¿Es que ha de ser sólo una reliquia de la colonización?

Los homínidos vivían en Sudáfrica hace casi dos millones de años. Australia está habitada desde hace menos de sesenta mil. Steve ha estado leyendo que, al igual que los san y los khoi, los indígenas australianos tenían lenguas para comunicarse entre ellos y con la realidad de su ambiente antes de que llegaran los colonos ingleses y los primeros presidiarios exportados. Pero no hay duda: los australianos reconocen el inglés como su lengua y como lengua franca. El *taal* creado se conoce como *kriol*, no es una mezcla de las lenguas de los distintos habitantes llegados de Europa, sino de la lengua indígena con un poco de inglés para que los amos pudieran entenderles.

—Los blancos no hablan lenguas indígenas, ni siquiera *kriol*.

Quien ha hablado es uno de los invitados a la sala del café, el profesor Rouse, de estudios lingüísticos (Lesego arrastra a los de otras facultades deseoso de hacer intercambios en lo que llama el otro *apartheid*)

—Puede que en Australia no, pero, seamos serios, no se puede decir eso de nosotros... Muchos blancos, sobre todo los varones educados en granjas, jugaban con los hijos de los peones y crecieron hablando isizulú, isixhosa o sepedi además del inglés o afrikáans paternos.

Hay otro modo de que tu hijo angloparlante hable una lengua africana, en este caso materna pues la madre del crío es la hija de Baba. Pero no es apropiado sacarlo a relucir: Lesego y los que saben que ése es el último año que su colega estará entre ellos pensarían que de poco le va a servir al chico hablar isizulú donde no hay zulúes.

Es Jabu quien saca a relucir lo que han dado por supuesto. El colegio mixto en el que han decidido matricular a Sindi (por supuesto) y a Gary Elias, a pesar de sus muchas reservas, que han apaciguado con la promesa de que lo llevarán a verlo en noviembre, cuando todavía sea posible cambiar de opinión.

—¿Es un colegio abierto a todo el mundo? No lo hemos preguntado. ¿Aceptarán niños negros?

Lo que ha leído no le ha dado la respuesta a una pregunta que no vale la pena plantear. En todo el tira y afloja para ser aceptados como ciudadanos deseables los de inmigración no han mostrado (¡Por el amor de Dios!, diría el padre de Steve ante algo tan evidente) la menor reserva acerca de su mujer negra, la han visto, la abogada con el atuendo africano y el tocado en la cabeza desde aquel primer día en el seminario..., ¿qué otra cosa

podrían ser sus hijos sino blancos y negros, una identidad, no una «mezcla»?

Steve lo preguntará, aunque no hay duda posible sobre lo que plantea en realidad Jabu acerca de esos australianos conocidos sólo como indígenas y no como negros en cualquier grado o variación. La joven de la agencia de emigración es una empleada sudafricana que da por supuesta la necesidad de tranquilizar a un blanco como ella:

—Los colegios están abiertos a todas las razas, claro..., dependerá de dónde estén, si su colegio no se encuentra cerca de donde viven la mayoría de los negros, probablemente sólo habrá unos pocos..., ya sabe, aquellos cuyos padres..., ya me entiende, puedan permitirse pagar un colegio privado.

Steve se lo cuenta a Jabu como si fuese un chiste racista malo.

Julius Malema se está esforzando esas últimas semanas antes de las elecciones por que tomen en serio su liderazgo de niño prodigio de los jóvenes que celebran triunfalmente a Zuma, a quien votarán dispuestos a matar por él. Malema se está volviendo a reinventar, un nuevo avatar como mensajero de paz. Desde que reprime su grito «Mataremos por Zuma», tiene mejor prensa (aunque fueron los perversos periódicos capitalistas-colonialistas quienes lo ridiculizaron y demonizaron... y, de ese modo, lo crearon). Se ha arrogado el derecho del líder de prometer que habrá un país nuevo y funcional liderado por un cna unido (pueden olvidarse del cope): el Partido tiene a los jóvenes repletos de testosterona, un poder capaz de equipararse al del propio Zuma, en lo político y en lo sexual.

Hay que ser joven para ignorar o pasar por alto cómo puede ser el futuro. Una compañera de Sindiswa le ha preguntado: —¿Volverás?

Sindi responde con una variación de las excusas tranquilizadoras de los emigrantes:

—¡Oh!, en vacaciones..., estas navidades no, porque acabaremos de llegar, pero el año que viene seguro..., tienen las mismas vacaciones de invierno y verano que aquí, creo que son las mismas vacaciones escolares.

No le ha hablado a Gary de esa cuestión. Pero el domingo por la tarde a la hora de la cena, mientras la familia termina la comida para llevar, él pregunta:

—¿Volveremos a casa?, quiero decir que si vendremos a ver a alguien de vez en cuando.

Su padre le da una amable lección sobre una serie de realidades que los niños deben entender.

—El vuelo para todos es muy caro.

—Podéis enviarme a mí. Puedo quedarme con Babamkhulu.

—¿Son iguales las elecciones en todos los países? —Para Peter Mkize la elección de un gobierno es un derecho que él, Jabu y cualquiera con un adn negro sólo ha ejercido dos veces antes. La primera, con la euforia de la libertad, con Mandela liberado de Robben Island, de preso a presidente. La segunda, la de su sucesor Thabo Mbeki, también un hombre de la Lucha, a pesar de ser un intelectual que olvidaba que un hombre del pueblo no tiene por qué citar a Yeats ante sus camaradas votantes, que son medio analfabetos y apenas han sido escolarizados en su propia lengua; además ha sido el presidente traicionado por su cerebro al negar la evidencia científica del que el sida es una enfermedad causada por un virus.

—Camarada..., las elecciones son una rivalidad por el poder. Y ya está.

Marc responde a Jake.

—¿Cómo puedes ser tan cínico? ¿Adonde nos lleva eso? Cada partido tiene su propio programa, escogemos cómo pensamos que debería regirse y desarrollarse nuestro país...

—¿La democracia sólo es cuestión de poder? Bueno, Zimbabue es la prueba.

Ella habla y Peter recuerda.

—Jabu, ¿qué está ocurriendo...? Los refugiados..., estamos tan centrados en estas elecciones..., seguirán viniendo cuando todo acabe. O si el nuevo gobierno les cierra la puerta seguiremos teniendo varios miles. El tipo ese de la iglesia ¿continúa dirigiendo el refugio o ha vuelto a tener problemas con el Ayuntamiento?

—Siguen allí, en la acera, y él tiene la iglesia llena. Y pronto llegará el invierno. Hubo un intento de trasladarlos a un edificio abandonado, pero volvieron adonde pueden conseguir comida y algunas migajas vendiendo en la calle. Y parece que han cerrado Messina, el campamento que hay en el punto de la frontera por donde entran más personas, se supone que para evitar que vayan a las ciudades. Los abogados del Centro estamos trabajando para la iglesia. Ya te llevaré a verlo..., justo detrás de los Juzgados, el Ayuntamiento ha tenido que instalar retretes portátiles, como los que se colocan en los eventos deportivos. Y ahora los tenderos locales le han demandado y exigen que los quite...

—Alternativas. ¿No lo visteis? Un columnista ha tenido el valor de escribir: tenemos la alternativa de elegir entre un hatajo de ladrones...

Isa se pone la palma de la mano sobre los labios como si estuviera poniéndola sobre los de Jake.

—¿Por qué tendré un marido tan deslenguado?, será el primero en lamentarlo...

—Porque..., amor mío, sí..., hay que saber enfrentarse a los hechos...

—Al menos no dices «a la verdad».

—¿Me dejas acabar? El periodista dice un par de cosillas, sí, sí, *aih*, Peter. Nuestra cna tiene una flota de coches de lujo alemanes, ¿de dónde salen los fondos?, chitón; según dice, nadie sabe cuántos millones proceden de los dictadores de Libia y Guinea Ecuatorial. ¿Podemos llamarlo sobornos?, no, son regalos para asegurarse de que nuestra política exterior apoyará a esos donantes cuando los Derechos Humanos Internacionales arrastren a sus estados totalitarios a la picota. Los Demócratas Independientes llevan a un asesino en sus listas, el PIF zulú tiene a un estafador convicto y confeso, otro partido tiene a un pastor (¡y no es Dandala!) condenado e indultado. En fin, no podemos quejarnos de que las cosas no pinten bien. El sindicato G.S. dice a los trabajadores que Malema podría ser el próximo Mandela. Malema ha llamado colonialista a Helen Zille, lo cual es mucho peor que cuando la llamó puta. Ella ha replicado llamándole—¿se dice así?—*inkwenkwe*, aunque no sé lo que significa.

Blessing le interrumpe encantada.

—Stevie, es una palabra en mi lengua, el isixhosa, significa ‘niño sin circuncidar’.

Su marido, Peter, dice a los camaradas:

—No conocéis nuestros insultos, es lo peor que se le puede decir a un negro.

Las réplicas de Malema hacen que la libertad de expresión al estilo campaña electoral se generalice.

—La mierda llega al ventilador.

Isa suelta una carcajada mientras Steve dice esas palabras.

Jabu tiene información privilegiada del Centro. Los abogados afirman que el procesamiento a Zuma por corrupción no se ha paralizado del todo. Lo que les cuenta no son cotilleos legales, eso iría contra su naturaleza responsable. En cualquier caso, la Ley Constitucional prevé que el derecho a la apelación quede suspendido, y que la retirada de los cargos se considere invalidada... rechazada. Para entender los complejos detalles de procedimiento hace falta tener un abogado en casa.

Jacob Zuma acude a las urnas con las acusaciones otra vez en marcha, serán revisadas después del 22 de abril.

—Cuando sea presidente...

Steve lo dice por ella y por él, como si fuese ya un acontecimiento del pasado.

22 de abril

Jabu a veces se entretiene en los tribunales cuando tiene que entrevistarse con un cliente a última hora y se ve obligada a quedarse con el abogado que lleva el caso. Wethu ha calentado en el microondas el estofado de cordero que ha sacado de la nevera, y él, los niños y Wethu están sentados a la mesa cuando ella entra, deja el maletín en una silla y se pasa la mano por el pelo.

—Había una multitud haciendo cola.

Así lo cuenta.

Los ojos de Steve la miran interrogantes, respuesta: viene de un colegio electoral. Da un beso, como el aleteo de una polilla al rozar la luz, a los niños y otro a él para disculparse por llegar tarde, antes de servirse y sentarse a comer con ellos.

Gary Elias se burla de las admoniciones maternas mientras sostiene su plato para repetir.

—No te has lavado las manos...

El dormitorio..., ese confesionario no conformista. Así que Jabu ha votado..., bueno, está en su derecho, se lo impidieron durante tantas generaciones a los suyos que puede utilizarlo en su nombre, aunque estén a punto de marcharse.

Ella tiene que admitir otra alternativa.

—He votado al COPE.

Hay demasiadas confusiones en el proceso de hacer las maletas, cada cual tiene que confiar en el otro. El acuerdo en la Lucha..., eran otros tiempos.

Baba le enseñó a tener convicciones y a cumplir con su deber (entre otras muchas cosas que, después de lo del cartel en la valla, ha dejado de respetar). A enfrentarse por sí misma a lo que los demás esperan de ella. Pero no tiene obligación de contárselo al grupo de camaradas del barrio que Isa ha insistido en invitar a casa de los Anderson veinticuatro horas después de los resultados del 22 de abril. El ambiente, a pesar de lo de Zuma, es festivo, el Partido ha derrotado a sus rivales; por supuesto, a pesar de sus dudas, los camaradas del barrio han votado por el Partido. Es como si entre las emociones del día la defección de dos de ellos se hubiese olvidado. Se da por sobreentendido que Jabu y Steve no han votado.

A nadie le sorprende el anuncio televisado por encima del rugido de la multitud, los gritos de las mujeres y el pedorreo de las vuvuzelas: una clara mayoría.

—El peligroso escoramiento a la izquierda podría haber desviado algunos votos hacia el lugar equivocado...

—¿Por parte de quién?

—De los blancos que temen a Zuma, de los rivales negros, de la cámara de líderes tradicionales....

—No se ha producido... ¡O tal vez sí, pero Zuma tenía a Malema dirigiendo a la juventud!

Luego, la sorpresa. El recuento final: el cope ha obtenido el ocho por ciento de los votos...

—Tienen, ¿cuánto, tres meses de existencia? ¡Dos meses, por el amor de Dios...! Terror debe de estar bailando igual que Zuma.

El voto de Jabu se incluye en el recuento, así tenía que ser antes el amor clandestino.

Las dudas que los camaradas tenían sobre Zuma como elección del Partido—había otros nombres que preferían y que no eran potencialmente dañinos para el país, menos comprometidos por la corrupción y por los devaneos sexuales, aunque nadie sabe cómo se manifestará el virus del poder contra los anticuerpos de la confianza—se ven superadas por la evidencia de que el Partido de la liberación, de Mandela, Tambo y Sisulu, continúa en el poder. La lealtad de las personas inteligentes, aunque algunas tengan heridas de guerra, no es el vasallaje acrítico a la consigna. Tanto mejor. ¡Viva el cna, ya que no puede ser viva Zuma! Queda el regusto de la victoria, por tercera vez, por contraste con las elecciones

amañadas del pasado, sólo para blancos, igual que los carteles de los lavabos públicos. Isa y Jake sacaron vino, cerveza y la botella de whisky para quienes habían empezado a celebrarlo. Los niños—a excepción de la atenta Sindi que había interpretado a Antígona en el colegio, lo que naturalmente incluye a la política como un elemento de la historia cotidiana en el mundo antiguo—se habían limitado a entrar y salir, mientras Jake les echaba con un gesto irritado para escuchar el anuncio del resultado que habrá de afectar o incluso determinar sus vidas. Luego volvieron a entrar con la comida que había llevado Blessing. Nick, el hijo de Isa y Jake, puso un cd que les gustaba a sus padres en la inimaginable distancia de cuando eran jóvenes, uno de Miriam Makeba, sabedor de que los camaradas no se resistirían. Mientras los niños daban cuenta de las alas de pollo al curry de Blessing, Peter cogió a Sindiswa del codo para bailar. Marc empezó a trazar círculos insinuantes en torno a la compañera de otro sexo que había elegido, su mujer Claire; Jake y Blessing daban vueltas alrededor de Isa mientras ella movía las caderas.

Ven a Sindi, su colegiala, bailando como una mujer con un hombre.

Sindiswa en Glengrove Place, la prueba evidente de la clandestinidad: la intimidad prohibida. Creciendo en una segunda libertad, en otro país, sin las cargas del pasado.

Bailan desenfrenadamente, como hacían en sus comienzos en la Lucha, en Suazilandia, la hija de Baba y su novio blanco.

Una semana o dos después, la prensa no dudó en recordar que la celebración multimillonaria del presidente Zuma era un dispendio del dinero de los contribuyentes. Wethu había vuelto a Kwazulú para votar en el lugar donde estaba censada. Regresó «¡Feliz, feliz!», repetía como un estribillo mientras sacaba los regalos: espinacas de color esmeralda muy diferentes de las que se venden congeladas en los supermercados, bolsas de malla de mimbre y junco, la versión original de las que llevan las mujeres de la ciudad al hombro, y para Gary Elias, una figurita de barro de un niño sujetando una calabaza como un balón de fútbol, modelada por uno de sus amigos. El se burló con placer y desdén de los brazos sin manos y su padre le reconvino:

—Tú no sabrías hacer algo así con barro, ¿verdad?

Wethu les dio recuerdos y lo que debía de ser un mensaje previamente ensayado con el director de la escuela Elias Sipiwe Gumede. Hizo una pausa en su cháchara y le recitó fielmente a la hija:

—Baba dice que debemos dar gracias a Dios de que el país esté en buenas manos..., ¿cómo era...?, ah, para nosotros y nuestro país. Y que podemos... podemos sentirnos orgullosos de ser zulúes.

Era una traducción de cortesía en una casa donde normalmente se hablaba en inglés. Luego repitió el mensaje en el isizulú original, con la solemnidad con que lo había pronunciado el Baba de Jabu.

El Centro de Asistencia Jurídica se preocupa por lo inmediato. Las situaciones en que es probable que sus abogados tengan que hacerse cargo de la defensa de particulares identificados por la policía entre los manifestantes de los «campamentos irregulares» de una u otra ciudad donde hay motines por ese coloquialismo que define a los váteres que no son más que un cubo, el suministro de agua y electricidad..., «el suministro de servicios».

—Un coche quemado, tiendas apedreadas, la clínica incendiada, un funcionario del gobierno gravemente herido. El ministro de Gobierno Cooperativo y de los Asuntos Tradicionales que ha estado haciendo discursos condenando la violencia tenía que haber ido al campamento para calmar a la gente pero no se ha presentado. En lugar de eso, ha amenazado con acabar con los instigadores y perpetradores. Tres arrestados, quién sabe si será por que gritaron más fuerte que los demás o si fueron los primeros en atacar al funcionario. El lunes solicitaremos que los dejen en libertad bajo fianza.

Steve apoya la opinión de su mujer de que están viviendo exactamente igual que antes de la euforia por la victoria electoral. (La mañana siguiente: todavía las *babelas* de la anterior en 1994).

—Pero démosle una oportunidad a tu paisano, ni siquiera ha tenido un mes, no digamos los cien días que se conceden al presidente norteamericano.

Ella lo mira con una media sonrisa en la comisura de los labios. Su marido es tan ecuánime que debería ser juez. Hay una ironía que no existía entre los camaradas, uno estaba a favor o en contra, era sólo una cuestión de vida o muerte, y el *apartheid* era la muerte en vida.

Para él la preocupación inmediata era algo que no estaba ocurriendo en su universidad, aunque no podía dejarse de lado como si no estuviese sucediendo. La universidad en cuestión es una donde los estudiantes de la Liga Juvenil Comunista amenazan con acciones masivas para hacerla ingobernable hasta conseguir la dimisión del rector.

—No es una cuestión de Empoderamiento de los Negros, el rector es tan negro como el nuestro—dice Lesego, que ha ido a charlar a la facultad de Ciencias.

—No significa mucho..., aunque, bueno, demuestra que hemos avanzando. Ya no es cuestión de si es blanco o negro, sólo de si es responsable de que las cosas vayan mal en su universidad, aunque él lo atribuye a la escasa financiación por parte del gobierno.

—¿Qué puede hacer la universidad para impedir que los comunistas de la Liga interrumpen los exámenes de mitad de trimestre? Las acciones masivas incluirán al Congreso Nacional de Estudiantes, lo que significa que se les unirán algunos de los nuestros. *Eish!* Ya sabéis lo que dicen: «Cantamos en voz alta para asegurarnos de que se

oyen nuestras exigencias». ¿Llamamos a la policía para que les den una paliza?

En casa Sindi pregunta:

—¿Por qué protestan los alumnos?, ¿qué es lo que quieren?

—Hay veinte mil a quienes no les han dejado examinarse porque no pueden pagar la tasa de matrícula—explica su madre.

Sindi aprieta los dientes y tensa los hombros.

—Cuando vaya a la universidad, si he pagado las tasas, no quiero que nadie me impida hacer los exámenes. No quiero que me ocurra eso...

Ella tiene el... ¿privilegio?, lo han pagado por ella: el principio del argumento socrático de la no violencia, para todos.

Nadie le recuerda: no estarás aquí.

El presidente Zuma ha declarado que el Congreso Nacional Africano gobernará hasta el Segundo Advenimiento.

En las calles hay hombres y mujeres con el dedo pulgar levantado haciendo autoestop, los conductores de autobús llevan casi cuatro semanas de huelga. Los negros en sus coches cerrados no se detienen para recogerlos y los blancos tampoco; Steve es uno entre ellos. La conciencia del peligro de un asalto produce cierta conciencia de clase. Jabu responde a la señal de los hombres y de mujeres a quienes han dejado tirados y se detiene en el bordillo. No le ha contado a Steve que recoge a trabajadores de camino a casa. El le advirtió que no lo hiciera; es peligroso, pero aparte de Baba no ha habido hombre capaz de decirle lo que no debe hacer.

Los jardineros y los empleados de la limpieza municipales, el personal administrativo, los trabajadores sociales, los funcionarios de prisiones, están dispuestos a ir a la huelga si no se les pagan en una semana los aumentos acordados hace ahora dos años.

—Llegados a ese punto, paralizaremos el país, no nos queda otra opción.

Mientras hojean los periódicos dominicales, ella pliega una página doble por la mitad y la coloca encima de la que está leyendo Steve: hay una foto de médicos blancos y negros formando un piquete a la puerta de un hospital que lleva el nombre de una mujer blanca que pasó años en la cárcel durante la Lucha, Helen Joseph. salvamos vidas no somos esclavos mi fontanero gana más que yo.

En torno al primer fuego del invierno, en casa de Isa y Jake, Peter Mkize repite palabra por palabra las afirmaciones del presidente como si quisiera comprobar su veracidad por cómo suenan las vocales:

—Su administración combatirá la corrupción y el nepotismo.

—Se necesita tener cara para no empezar por sí mismo —afirma Jake—. En cualquier caso, hay un nuevo código a la hora de rendir cuentas ante nosotros, la nación. El ministro de Transportes recibe un donativo de un millón de rands de los contratistas del transporte y pregunta al presidente si tiene que devolverlo. —El contenido del vaso de Peter se agita—. El consejo de nuestro presidente: no, tío, quédatelo después de declarar ante quienquiera que se ocupe, ¿quién es?, del código ético del gobierno.

Isa lanza al fuego un raspón esquelético del racimo de uvas de su parra que han dejado los pájaros.

—Cajas de botellas de vino, modelitos Gucci...

Jabu pregunta:

—¿Recordáis? Zuma prometió seguir en contacto con los votantes y ser el presidente del pueblo. Uno del Centro estuvo en el centro comercial de Maponya en

Soweto la semana pasada cuando Zuma llegó de una iglesia adonde había ido a agradecer a la congregación que rezara por la victoria del cna en las elecciones que le hicieron presidente. La concurrencia gritaba «¡Zuma, Zuma!» y corrían siguiendo al cochecito eléctrico de golf en el que recorrió el centro comercial, el cine y los restaurantes de comida rápida, los niños estaban encantados y fuera había una multitud esperándole. Dijo que había ido allí a darles las gracias por votarle: «Cuando estábamos en campaña os dijimos que vendríamos a veros y no sólo por los votos. Hoy empezamos a estar en contacto. ..., la primera parada ha sido Soweto porque éste es el lugar que simboliza la lucha del pueblo, he venido aquí porque este lugar cuenta una nueva historia, aquí podéis entrar en tiendas de primera y comprar lo que queráis sin necesidad de ir a la ciudad, he ahí la historia de nuestra libertad...».

—A consumir, a consumir, si no estás en el paro... —grita Jake con los brazos en alto.

Es como si Jabu se sintiese obligada a admitirlo, por más que Steve quiera ahorrarle lo que podría sonar como un reproche: resulta que el partido por el que votó, el cope, también tiene su cuota de corrupción. Una enorme compañía paraestatal de combustible y otras fuentes de energía (lee de un documento) tiene una nutrida representación del cope en su consejo de administración. Se han concedido incentivos de 1,8 y 3,5 millones de rands a los altos ejecutivos de la compañía. Cuestión de estilo de vida. Todos son miembros de un club de golf corporativo que cobra una cuota de ingreso astronómica y unas cuotas anuales no menos exorbitantes. El portavoz de la empresa afirma que los planes de expansión requieren que sus ejecutivos participen en iniciativas para hacer contactos con sus socios, clientes e inversores, tanto actuales como potenciales.

En el hoyo dieciocho. Piense lo que piense de la defección de Jabu (no dijo nada en su momento), en general ambos comparten la misma opinión.

El presidente Zuma vuelve a afirmar que el cna gobernará hasta el Segundo Advenimiento. El Consejo Eclesiástico ha rechazado sus declaraciones por sacrilegas. (Jake recuerda: «¿Un eco de la caricatura de Mahoma en Dinamarca? No degrades a nuestros dioses»). En la confusión de los actos de funambulismo públicos, mientras los estudiantes se amotinan porque no pueden permitirse pagar las tasas de matrícula universitaria, la «Exclusión Económica de la Educación» es el lema de los carteles que convocan a una asamblea masiva en la universidad en la que participarán líderes de sindicatos estudiantiles, jefes de departamento y conocidos «activistas» como Lesego y el propio Steve, también están el profesor Neilson con su terno habitual y uno o dos colegas más de varias facultades que por lo general se abstienen de protestar en público. Una universidad hermana tuvo el año pasado un aumento del ciento cincuenta y cuatro por ciento en la matriculación de estudiantes. Los alumnos de matemáticas de primero tienen que sentarse en el suelo y compartir pupitres. Otras instituciones «terciarias»: los ciento cuarenta y dos millones para becas concedidos por el gobierno en el último año fiscal no llegaron a gastarse. ¿Qué ha sido del dinero? A nivel nacional, las notas a mediados de curso de los estudiantes de Ingeniería en un país en vías de desarrollo necesitado de ingenieros han caído a un treinta y cinco por ciento de aprobados. El profesor Neilson está hablando como la voz de la

autoridad salida inesperadamente de la tumba.

—En todas partes, hay entre nosotros una enorme presión sobre el profesorado, sobre nuestra posibilidad de educar, nuestra dedicación a extender el conocimiento a los niveles requeridos por este país...

A aquel hombre, producto de la clase educada y exclusiva, miembro de un club, nunca le habían aplaudido en uno de estos actos.

Se oye una exclamación australiana tomada de los libros que está leyendo: «¡Bien por él!».

¿Cuál es la diferencia entre no hacer nada y admitir, por más que te opongas desesperadamente, que aquello en lo que creías y por lo que luchabas no ha empezado siquiera a aplicarse—una vez alcanzado, no pudo ponerse en práctica— al cabo de quince años y ahora degenera cada día? ¡Oh!, esa puta letanía de la Vida Mejor, cuántas veces hay que enfrentar a los muertos con ella, a los camaradas que murieron por el Mercedes último modelo, las mansiones de invierno o las residencias de verano, los pelotazos millonarios de los acuerdos de venta de armas y los contratos de construcción de casas cuyas paredes nuevas se resquebrajan como el rostro de un anciano. ¿Quién habría tenido la pesadilla premonitrice de acabar asqueado y desprovisto de todo lo necesario para seguir, *a luta continua?*

Han «cedido» a Jabu a un bufete de abogados en un caso de violación. Aunque, según la Constitución, el Centro de Asistencia Jurídica puede ocuparse de cualquier violación del cuerpo humano, antes tiene que celebrarse un juicio civil, perderse o sobreseerse y producirse la apelación al Tribunal Constitucional. La han escogido porque recuerdan lo mucho que hizo en sus inicios en el Centro preparando a personas para prestar testimonio, su empatía natural podría ser una ventaja en un caso de esta naturaleza. Y también puede que alguien reparara en su presencia entre la multitud cuando juzgaron por violación al presidente.

—¿Has conocido a alguna mujer violada?

Sin duda ninguna de las que ellos conocen, pero se dice que el país tiene una de las tasas más altas, si no la más alta, del mundo. Es posible que cuando ocurre, la mujer no quiera hablar de ello. Ni siquiera las que son como Isa.

—¿Cómo saberlo? Entre las chicas de la universidad, ¿sabíamos que uno de cada cuatro hombres en este país admite haber cometido una violación? Estadísticas: estoy tan perpleja que no puedo creerlo... tú... ¿lo puedes creer?

Le está preguntando no como marido sino como hombre, si se trata de un instinto que todos tienen aunque no todos satisfagan. Al recordarla no como abogada sino como amante tiene la certeza de que ese instinto, o lo que quiera que sea, no tiene nada que ver con hacerle el amor impulsivamente, tal vez de forma exigente, a veces no en la cama de matrimonio sino como cuando estaban al margen de la ley. Ya puestos, podría haberle preguntado si comprende que se pueda asesinar a alguien, ¿no? ¿Qué ha aparecido al levantar esa piedra? Si matas en una revolución por la libertad no es asesinato. Es demasiado tarde para preguntárselo.

—El abogado del Estado dice que uno de esos cuatro hombres fanfarronea..., en su opinión, ésa es tal vez la peor manifestación de... —hace una pausa para ser más precisa— la «mezcla de machismo e impunidad que se da en Sudáfrica». Así lo formula él. El porcentaje de condenas entre quienes van a juicio es sólo del siete por ciento.

—¿Y qué hace la policía al respecto?

—La policía apenas puede hacer nada por impedir las violaciones. ..., no es lo mismo que atrapar a un ladrón que huye con el dinero. A menos que tropiecen con un *flagrante delicto* en coches o entre los arbustos..., la mayoría de las violaciones ocurren en sitios privados. En casa: los hombres son amigos de la familia.

—El estado de la nación... —su voz suena como si estuviese hablando con otra persona—. En el discurso del estado de la nación, después de ser nombrado presidente, Jacob Zuma, acusado de violación, dijo que se prestaría la mayor atención posible a los crímenes contra las mujeres y los niños.

Es ella, y no él, quien ve a la víctima en cuya defensa colabora en las salas del

bufete al que ha sido cedida. La víctima no es una mujer sino una niña-mujer. Tiene quince años. Hace falta una paciencia infinita para hacerla hablar. Que te llamen a declarar es como si te llevasen al despacho de la directora y una no va allí si no ha hecho algo malo.

No es como sacar sangre de una piedra, es ver la sangre y el semen corriendo por sus muslos, tienen el informe del médico de guardia del hospital donde un taxista, evidentemente el novio de una de las mujeres de la casa, llevó a la niña «porque su tía (no tenía madre) no sabía qué hacer con ella».

El aspecto y los modales de la abogada que anima a hablar a la niña no se parecen a los de una directora, es guapa y parece sacada de la televisión, es como se supone que debe ser una mujer africana, lleva el cabello envuelto en tela y uno de esos elegantes trajes de chaqueta que se ven en los escaparates y que llevan las mujeres blancas. Es lo que le gustaría ser a ella, alguna vez también debió de ser una niña negra.

—Sí, conozco al hombre, va mucho por casa y lleva cosas, una botella para mi tía, a la que le gusta el brandy, y comida para llevar, pollo y cosas así.

Ese viernes los demás habían salido, incluso el hijo de su hermana. Lavó la camiseta del colegio para que estuviera limpia el lunes y el hombre apareció por detrás cuando la estaba planchando.

—Dijo que era una vergüenza que me hubiesen dejado sola, yo me reí y añadí: «Ven a charlar un poco mientras te acompaño a la tienda de los indios a comprar un poco de curry», luego me quitó la plancha, sus manos eran grandes, me obligó a volverme y... me besó, empecé a darle golpes y patadas, y él me subió el *dashiki* que llevo los fines de semana, ¿cómo decirlo...?, grité pero no le importó porque sabía que no había nadie y nuestra calle es muy ruidosa. Me bajó la cremallera y me desabrochó los vaqueros, yo peleé e intenté morderle, me empujó al suelo sobre una alfombrilla de goma que hay al lado del fregadero y luego empezó a hacer algo en su ropa con la otra mano.

Por supuesto, se echó a llorar y siguió hablando entre lágrimas y mocos.

Así que debía de estar intacta..., lo que se conoce, con una referencia bíblica, como una virgen. O tal vez tuviese un novio que entraba en ella en secreto como hace mucho tiempo en Suazilandia. Pero si acabó cubierta de sangre y semen fue por la brutalidad de aquel hombre.

Acercarse a ella y abrazarla con el vínculo de la lengua común—la niña es ndebele pero su lengua, debido a antiguas conquistas tribales, se parece al isizulú—no entra en el protocolo de objetividad de los abogados, esencial para obtener la verdad de las emociones de los clientes, pero aun así coge las manos húmedas de la niña entre las suyas. Aunque proceda de un ambiente pobre, una casa llena de mujeres que se las arreglan para ir tirando—¿dónde se han metido los hombres después de la inseminación?—no es una niña desaliñada y frágil de los suburbios. Una vena de fuerza y elegancia en las mezclas y cruces del ADN africano la ha hecho resistir. Los lunes no va al colegio con la camiseta sucia. Es

alta para tener quince años, tiene las piernas largas y bonitas, a juzgar por las pantorrillas que se ven debajo de los vaqueros arremangados, la cintura estrecha por encima de las nalgas respingonas y nuestros labios africanos. Su relato, las pruebas. No dio las gracias al inesperado interrogador, pero el alivio perplejo de su mirada las expresaba.

Quince años.

Podría ser Sindiswa. Es un poco más oscura allí donde la luz ilumina la piel. Como sería Sindi si se pareciera más a mí que a su padre.

Como si hubiese traspapelado un documento, no acierta a dar con el distanciamiento profesional con que se vive ahora y con el que era imposible vivir en la Lucha.

Es Sindi y ese hombre de cada cuatro en nuestro país.

El abogado del caso se encontró con ellas en recepción y se abstuvo de preguntar a su ayudante qué tal había ido. Ella se fue con su pulcro cuaderno de notas. Muchas gracias, la llamaré al Centro, el hombre dio unos golpecitos en las notas mientras hablaba, una garantía en el código entre colegas de que confiaba en su cualificación para ese caso. Son situaciones encomiables, no reprochables cuando está la raza de por medio.

Tiene quince años.

—La niña tiene quince años. La misma edad que Sindiswa...

Steve mueve la cabeza a un lado y al otro, ¿es que ha de recordarle que es uno de esos casos de los que no conviene hablar en presencia de Sindiswa, que últimamente se interesa mucho por lo que hace su madre, su labor como abogada?; sus compañeros y ella están muy comprometidos en ese colegio donde el plan de estudios incluye la responsabilidad de lo que los alumnos van a hacer por los demás en la vida según la carrera que escojan. ¿Qué vas a ser?, como dicen sus compañeros. Carnicero, panadero, fabricante de cirios,¹ o no, no, no, no es como la vieja canción: productor de televisión, redactor de publicidad, entrenador deportivo, actriz, director de un hotel de cinco estrellas, profesor, médico, abogado, arquitecto, ingeniero..., esas últimas profesiones son las que aconseja esperanzado el colegio, aunque sin coartar la libertad y las ambiciones individuales.

Ni él ni ella han creído nunca que no haya que llevarse el trabajo a casa, sólo faltaría, como suele decirse en una de esas frases que ha incorporado el inglés del país a partir de los coloquialismos de una población mezclada desde hace mucho tiempo, los indígenas precoloniales y el uso de los emigrantes. La universidad está a punto de enviar a los estudiantes y los profesores—él entre ellos—a pasar las vacaciones de invierno con los malos resultados de los exámenes, la solidaridad con las protestas por las becas insuficientes, las malas condiciones de alojamiento en los colegios mayores y los demás

problemas endémicos de la educación terciaria, hasta que vuelvan el próximo trimestre.

El mes concluye con los médicos otra vez en huelga. En una provincia llamada Mpumalanga, ‘Sol naciente’, y en una ciudad que sigue llevando el nombre de Piet Retief, un líder de la guerra de los bóers contra los británicos, han muerto dos hombres mientras una multitud rodeaba una pila de neumáticos en llamas y blandía «armas tradicionales», bastones y pangas, en protesta contra lo que se llama «suministro de servicios», o la carencia de ellos, sus necesidades, agua, electricidad y la recogida de basuras ignoradas junto con las promesas que llevan haciéndoles quince años. Frustrados, arrasan indiscriminadamente lo poco que tienen, una supuesta clínica y una biblioteca.

Jabu vuelve a hablar de la violación.

Gary Elias estaba en casa de los Mkize, donde a Njabulo le dejan conectarse a Facebook en el ordenador nuevo de su padre para que entren en contacto con otros a quienes es improbable que lleguen a ver nunca. Sindi está escuchando a Mandoza a tanto volumen que las paredes de su cuarto y del comedor retumban como tambores. El se levanta para ir a decirle que baje la música.

—No..., no, déjala.

Lo dice en tono imperativo; Steve sonrío al oír aquella objeción ante el tribunal; pero es que su representante legal cuenta con el volumen de la música para garantizar la intimidad, así la hija no podrá oírles.

—Podría ser Sindi. Tuve que obligarme a pensar que podría haber sido Sindi.

El debe concentrarse en lo que no sabe, en cómo debe ser forzar a una mujer..., a una niña, para decir lo que es la violación mientras ocurre; acceder al cuerpo, a la abertura que no puede resistirse.

—No es Sindi, quiero decir que, aunque no nos guste admitirlo, esa chica vive en las chozas, está ahí al alcance de cualquiera..., no lo negarás.

—Te recordaría a Sindiswa.

Es negra. Vive como un resto del racismo. No se puede decir, pero no es el producto de un Baba que envió a su hija a Suazilandia para continuar su educación, ni del linaje blanco de los Reed cuya descendiente se convirtió en un camarada revolucionario, no es el producto de un colegio Aristóteles donde se enseñan los orígenes de la democracia de un modo relevante aquí y ahora. Pero no se puede decir.

Sin embargo, han pasado juntos demasiadas cosas para que ella no sepa lo que está pensando.

—A las niñas las fuerzan en coches cuando van andando al centro comercial de su

barrio, o cuando una pandilla salta la valla de seguridad y entra en una casa: uno viola a la mujer mientras los demás roban la televisión y el ordenador. Lo has leído. Violaron a un bebé de ocho meses, estamos formando una comisión de psiquiatras en el Centro para explicarlo.

—Machismo—apunta él.

Jabu no vuelve a llevar a casa el asunto de la violación hasta la semana en que tiene que volver a su trabajo en el Centro: han condenado y sentenciado al violador, su abogado va a presentar una apelación, pero su trabajo ha concluido.

—¿No se puede hacer nada más?

Su voz responde, como si diera un caso por cerrado.

—No.

Al parecer, no volverá a ver a la chica; probablemente quede al cuidado de una de esas organizaciones para mujeres violadas a las que ayuda Blessing Mkize con los restos de comida de las bodas y las cenas de empresa, igual que hace con los asilos de ancianos.

Es notable el interés de Jabu por la documentación sobre Australia, como si por fin se hubiese dado cuenta de que faltan sólo cuatro meses hasta noviembre. No pasa las páginas por ningún motivo práctico, lo del colegio de Sindi y Gary Elias ya está decidido, sino por la cuestión de la abogacía en un país que no es una república con un presidente, sino un residuo del Imperio Británico, una parte de la Commonwealth, una federación donde la reina es la máxima autoridad representada por un gobernador general. ¿Cuáles serán las condiciones de los emigrantes en relación con las estadísticas y la naturaleza de los crímenes? Ha iniciado una animada discusión en Internet con un grupo de abogadas de Australia. Por supuesto—nada más lógico si se mira el mapa—los australianos consideran a los países del Sudeste Asiático sus interlocutores, por algo son los más próximos. Dos años atrás (según lee en voz alta) firmaron un «Acuerdo General», político, económico, sociocultural y sobre seguridad y cuestiones transnacionales, entre ellas el terrorismo.

Los dos piensan en su propio futuro profesional. A veces dejan entrever algo al otro.

—Hay mujeres jueces..., un bajo índice de violaciones.

Hasta ahora a Steve las dudas le habían remordido la conciencia, ¿no estaría obligándola a marcharse porque siempre habían estado juntos en todas las circunstancias y soluciones? Ahora Jabu se ha decidido por sí misma y entrometerse sería admitir cierto abuso machista de su libertad íntima.

Sudáfrica lleva habitada casi dos millones de años.

Australia lleva habitada menos de sesenta mil años.

Steve lo ha buscado en internet. «Se calcula que en la época de la colonización europea, en el siglo xvii, la población indígena, con sus tradiciones sumamente desarrolladas que se reflejaban en una profunda conexión con la tierra, era de por lo menos 315000 habitantes. Como resultado del aumento de la mortalidad declinó de manera significativa y, en 1930, se había reducido al 20% de su tamaño original».

Los colonos resolvieron cualquier conflicto futuro con los movimientos de liberación matando a los nativos de un modo u otro.

«No hubo ningún referéndum hasta 1967, tras doscientos cincuenta años de colonización. La Constitución australiana se modificó entonces para permitir que el Parlamento de la Commonwealth dictara leyes que incluyeran a los aborígenes en el censo nacional».

Antes no existían.

«El censo de 2006. El porcentaje de indígenas del total de la población australiana era del 2,3 %. Pero con un crecimiento medio anual del 2%, en comparación con el 1,18% de la población total».

Los pobres siempre se reproducen como moscas.

«Aproximadamente la mitad de la población indígena de Australia vive cerca de las principales ciudades, pero en comparación con la población total, es más probable que los pueblos indígenas vivan en zonas alejadas. A nivel nacional, los pueblos indígenas suponen el 24% de los australianos que viven en áreas remotas o muy remotas y sólo un 1 % vive en las principales ciudades. La expresión *derecho nativo* se utiliza en el derecho australiano para describir los derechos comunales, de grupo o individuales de los aborígenes. Tras una decisión del Tribunal Supremo en 1992, Eddie Mabo se convirtió en el primer indígena en disfrutar de derechos nativos sobre la tierra en nombre del pueblo indígena. El tribunal rechazó la idea de que Australia hubiese sido *tena nullius*—una tierra sin dueño—en la época de la colonización británica. La decisión de Mabo condujo al establecimiento de la Ley de Propiedad Nativa que reconoce y protege los derechos de propiedad de los nativos en toda Australia».

El fin de los bantustanes en el desierto.

«El gobierno australiano está comprometido en el proceso de reconciliación entre los australianos indígenas y no indígenas. La reconciliación implica el reconocimiento simbólico del lugar de los primeros australianos y la implementación de medidas prácticas y eficaces para compensar el legado de profundas desventajas económicas y sociales experimentado por muchos indígenas australianos, sobre todo en lo concerniente a la salud,

la educación, el empleo y la vivienda. Hay menos estudiantes indígenas que asistan al colegio y terminen su educación que estudiantes no indígenas. En la actualidad, Australia tiene una población de 21 millones de personas. Más del 43 % ha nacido en el extranjero o tiene un progenitor extranjero. La población indígena supone el 2,3 % del total».

En Sudáfrica es justo al revés. La población blanca, el doce por ciento de una población de cuarenta y nueve millones, continúa dominando la economía; la mayoría negra que venció también produce a quienes se unen a la clase blanca y aprovechan la libertad para corromperse y para distanciarse de la mayoría que vive sin trabajo entre chozas y usando cubos en lugar de retretes.

Tiene que darle a Jabu la información de Australia, para que se familiarice con el funcionamiento de la ley allí, raro será que no lo sepa...

Nunca nos lo ha dicho.

Hemos pagado el precio de la Lucha: ¿y el resultado? Que nuestro hijo y nuestra hija tienen que crecer para ser aquí, en casa, por genes y nacimiento, responsables ante un Zuma, un Malema.

Gary Elias está ensayando con su recién adquirida guitarra y Sindí, Jabu y Wethu están viendo las noticias en la televisión, Wethu no quiere volver a ver sola en su cobertizo las excreciones de la vida de la ciudad con las que se ha topado esa tarde al ir a comprar un *muti* especial para el dolor de cabeza que le había encargado su hermana en Kwazulú: la comida podrida llena de moscas, los montones de papel sucio, las botellas rotas, las camisetas desgarradas que lanzaban los trabajadores municipales otra vez en huelga.

La educación: no, no debe distraerse con las secciones sobre agricultura, ornitología, espectáculos y cibercafés. «Educación: en el último decenio, el gobierno australiano se ha comprometido a reducir a la mitad la diferencia en los niveles de alfabetización y conocimientos matemáticos entre los australianos indígenas y no indígenas (es una humilde admisión de identidad, ¡imagínate a los blancos sudafricanos llamándose a sí mismos “no-africanos”!)[...] Aunque se admite que aún queda un largo camino por recorrer para aumentar los niveles educativos de los indígenas los avances son esperanzadores. Del total de la población el número de niños indígenas que asisten al colegio ha aumentado al 4,2% [...] Universidades: la proporción de indígenas que consiguen graduarse u obtener un título superior es el 5 % del total nacional...».

Y en ese momento, oscuridad:

—¡Mierda!—grita Sindiswa.

Se oye el violento rasgueo de las cuerdas de la guitarra de Gary Elias

Un apagón.

Jabu y él comparten el momento. Sólo es alguna pieza del enorme equipo que ha funcionado mal. Probablemente un fallo en la rutina de comprobación. En otras ocasiones, la explicación es el robo de los cables. Evidentemente, se puede conseguir un buen dinero vendiéndoselos a los traficantes de cobre, es parte de la picaresca de los desempleados, de la «cultura del desempleo», como la definió un profesor en un seminario de ciencias sociales la semana pasada.

La oscuridad no supone, como ocurre con un súbito resplandor, una interrupción. La búsqueda de las velas, la cama convertida en un lugar de oscuridad como otra clase de reflejo: de vuelta a los resultados publicados al final del trimestre, el veintitrés por ciento de abandonos. Las aplicadas clases de repaso son un dedo metido en el agujero del muro que impide la inundación del fracaso de las escuelas para proporcionar una educación a los «educandos». Los indígenas de esta población africana.

Algunos de los indígenas por nacimiento y parentesco emigraron de la pobreza al estatus que da el dinero y el poder político, la masa de los indígenas ha quedado atrás, por debajo, y ensucia desesperada las calles para conseguir una paga con la que sobrevivir. *A luta continua*. ¿Dónde es menor el hueco cósmico, aunque nunca se haya cerrado, en la prosecución de la revolución por la libertad? ¿En Suecia, en Dinamarca, en Islandia? Demasiado lejos. Demasiado frío.

1

Letra de una canción infantil inglesa.

¿Qué hacer con la casa? Los delfines no quieren que pase a manos de desconocidos que no encajen en el barrio y sean casi sus vecinos. Habían encontrado a dos hombres que, por así decirlo, siempre habían soñado con la posibilidad de aumentar la personalidad del barrio al mudarse a él. El barrio ha sido y seguirá siendo, mientras los delfines, Isa y Jake, Blessing y Peter continúen viviendo allí, un lugar y un hogar donde el color y la elección sexual no tengan nada que ver con las cualidades de vivir en libertad.

—Incluso como urbanización en el *tsunami*—dice el delfín Eric—de la venganza por los horribles viejos tiempos, «consígueme el contrato para construir un estadio para el mundial de fútbol y te llenaré de dinero el bolsillo ministerial», todos sois bienvenidos a flotar en nuestra piscina de la Gereformeerde Kerk.

(Sería un buen verso en una de las obras de teatro de Marc, ¿eh?). El modo en que los camaradas del barrio cuidan unos de otros ha servido para que, aunque el autor teatral ya no viva allí, haya llegado a un acuerdo por el cual los futuros compradores alquilarán la casa a los anteriores propietarios hasta que... se vayan. Los nuevos dueños tomarán posesión el primero de diciembre, pero el precio de la venta—el autor se ha preocupado por los camaradas—se pagará por adelantado: ahora. No es lo habitual. Sin embargo, las regulaciones sobre el cambio internacional y la fuga de capitales implican que tal vez no puedan llevárselo todo a Australia.

—Mejor echar la casa por la ventana y equiparos bien. Esto no es vive como quieras...

Gary Elias quiere saber:

—¿Cuándo voy a ir a pasar las vacaciones con Babamkhulu?

Las dos semanas de julio ya han pasado. Tal vez cuando uno es joven y ha vivido protegido y sin rupturas en su modo de vida (incluso lo han evitado, a su pesar, al seguir el consejo de los Mkize de que los chicos continúen en ese colegio después de saberse lo de la iniciación) no tiene precedentes para la sensación de pérdida y despedida.

Jabu ha dado al niño una fecha: el sábado que viene.

—No creo que debas venir...

No tiene que ir, ¿se refiere a esta ocasión? ¿O a cualquier otra antes de que el marido de la hija tenga que despedirse; enfrentarse al padre de ella con su propia responsabilidad masculina? Más adelante, ha dicho ella. Compasivamente, ¿por qué agobiar a su Baba con sus intentos de imponer su autoridad para evitar el rechazo del hogar y del país? El lugar.

El cartel de Jacob Zuma cuando lo del juicio por violación... está olvidado.

¿Va a despedirse? Ahora. Con Sindiswa y Gary Elias: sus niños, que son también del director de la escuela, del diácono de la Iglesia, de la abuela, de las tías, hijos por sangre y por familia de Kwazulú.

En cuanto a la familia Reed, no es probable que reaccionen al abandono del clan, les enorgullece que Jonathan se gradúe de ingeniero en una prestigiosa universidad inglesa que le permitirá conseguir un buen empleo en cualquier lugar del mundo. Su madre está lo bastante arropada por sus hijos, su hija y sus nietos para aceptar su ausencia como tuvieron que hacer ella y su padre cuando desapareció en la lucha contra el *apartheid*. Sin duda irá a visitarlos a ese otro país escogido por alguna razón en lugar de Inglaterra; ahora son muchos los que cambian el lugar de residencia.

A Jabu no le venía bien acceder en ese momento a la justa petición de Gary, aunque por otra parte tenía sentido: decidía cuándo—cómo decirlo—comunicarle a Baba la fecha de su partida. El presente coincidía con un tiempo en que el Centro estaba concentrado en el desarrollo de la instancia superior judicial del país, el Tribunal Constitucional estaba a punto de nombrar nuevos jueces para reemplazar a los cuatro que se jubilaban y que nombró el propio Mandela.

Alguien ha pegado un plástico sobre el cartel de Zuma, que está roto pero sigue ahí.

Los chicos han salido a recibir a Gary Elias y chocan unos con otros mientras corren al encuentro del coche, Wethu y Gary Elias anuncian su llegada, y los chicos gritan lanzando el balón tan alto como el volumen de sus voces. Las mujeres lo han oído y llegan encabezadas por la madre. Wethu lleva las maletas llenas de encargos que reparte entre gritos de alegría, las chicas abrazan a Sindiswa y las niñas más pequeñas la cogen de las piernas, las jóvenes de su edad admiran sus vaqueros por encima de la rodilla, tocan con el dedo índice los aros de las orejas, uno encima del otro en cada lóbulo doblemente agujereado. Alguien pronuncia orgullosa el nombre de la estrella de la televisión que los lleva así.

El padre espera a la hija para darle la bienvenida; Baba en la veranda de la casa, donde vive el diácono de la iglesia y director de la escuela para chicos con un nivel educativo excepcional en las áreas rurales. La casa no se parece a ninguna otra del pueblo.

La visita transcurre como siempre que Gary Elias va—o iba—a pasar las vacaciones escolares o a una reunión familiar, esos años; aunque la Lucha que se la llevó ha terminado, ella y el hombre blanco que había escogido optaron por una vida distinta..., nunca ha vuelto a casa.

Su madre tiene confidencias que hacerle en la cocina cuando va a ayudarla con las tareas aprendidas de niña desde que la pusieron a pelar guisantes aunque muchos se los comía y no los echaba al cuenco. ¿Se ha enterado de lo de Eliza Gwala? Ella y su marido fueron a ver a Es'kia Zondo cuando se le murió la mujer, una lástima, la pobre sólo tenía cuarenta y pocos años, él no tenía quien le cuidara y es diabético desde hace tiempo, y resulta que empezó a acostarse con Eliza cuando Gwala tenía turno de noche, ¿recuerdas

que trabaja en una mina de carbón? Todos los sabíamos, pero nadie decía nada... Ahora Eliza quiere casarse con Es'kia, me ha dicho que va a ir a la ciudad a pedir el divorcio..., pero, ya sabes, es tu trabajo, un abogado es carísimo. Sophie murió poco después de tu última visita, era mi mejor amiga, a Baba nunca le gustó, pero arregló lo del funeral y todo lo demás, nadie sabe dónde encontrar al hijo, se suponía que trabajaba en una fábrica india en Durban, dicen que dejó el trabajo en los muelles—hay que reconocer que Baba hizo todo lo que pudo—, ha desaparecido, es fácil en Durban con tanto gentío..., dicen que se oye todo tipo de idiomas menos el isizulú. Todo ha cambiado...

Mientras madre e hija van a la mesa en la veranda colonial y las mujeres llevan cazuelas y platos, Baba continúa como si comulgara con las preocupaciones de la madre donde lo dejó ella aunque no la haya oído.

—Murumayara tiene tantas dificultades como Man déla..., aunque sean diferentes, Mbeki no afrontó los problemas, fracasó, y ahora todo le ha caído encima a Murumayara Zuma. Pero es fuerte. Está dispuesto. Con la voluntad de Dios. Y la nuestra.

El mandamiento acerca de la voluntad, en su idioma, todos reunidos sin él (su marido).

Una vida mejor para todos. Jabu no lo dice, ¿qué ha sido de eso...?, la irónica afirmación entre las camaradas.

Jabu interpreta que lo que Baba exige a todos en esa mesa está dirigido a ella. En su recuerdo, la visita justo después del juicio a Zuma por violación. Cuando le reprochó—no, le aconsejó—, ella lo rechaza y tiene la sensación de ser parte de..., de estar cerca, no de él..., una identificación llamada amor. En el barrio, mientras comparten la comida y la bebida, se da un intenso intercambio de las percepciones de lo que les está sucediendo y de lo que ocurre en torno a ellos, de su concepto del país ahora, una necesidad igual a la que les impulsa a alargar el tenedor y comer. Aquí, en casa, no siente la misma compulsión por la realidad que los contiene a todos, a Kwazulú, al barrio, a los oficinistas que apedrean los trenes que los dejan tirados, a los médicos en huelga en los hospitales tan mal equipados que en un mes han muerto cien bebés, mientras el dinero de los hijos que se han quedado sin trabajo en la ciudad deja de llegar; aquí las gallinas ponen huevos y ha habido una buena cosecha de cereales para el invierno, el número de aprobados en el colegio fue el más alto de la provincia el año pasado y el director tiene la intención (la voluntad) de que aumente aún más este año. Sólo al caer la tarde, cuando regresa de una reunión en la iglesia, Baba y su hija pueden verse a solas. Las mujeres se ocupan de sus cosas, se oyen las exclamaciones anecdóticas y a alguna que tararea una canción. El rebote distante de la pelota en el suelo endurecido por el invierno, los chicos en el campo de fútbol, Sindiswa está con una de las chicas que se está confeccionando un vestido y le enseña a una intrigada Sindi cómo utilizar una máquina de coser movida por un pedal.

—Así que el cope tiene dificultades. ¡Qué gran error cometió Mosiuoa Lekota al pensar que podría salirse con la suya..., aunque tal vez Zuma esté mejor sin él.

Están en casa; hablan en su propio idioma.

El la conoce muy bien desde su prometedora infancia, mejor que a los hijos de quienes podría haber esperado más (nunca ha disimulado su decepción por la falta de logros de sus hijos, entre ellos no hay ningún abogado, ni un médico ni un político). Tal vez su hija haya votado al cope. El no ha olvidado, ni olvidará nunca, su reacción ante el juicio de que era un complot para deshonorar al futuro presidente.

—Baba, necesitamos una oposición. No esos pequeños y anticuados clubes de blancos, ni los nuevos de los negros.

—Jabu, a su vez, es consciente de que su padre no traicionaría a Jacob Gedleyihlekisa Zuma ni siquiera por los tradicionalistas del Partido de la Libertad Inkatha—. Conoces la historia mejor que yo, llevas toda la vida enseñándola. Sin una verdadera oposición se acaba teniendo una dictadura. Idi Amin, Mugabe. Sin oposición no hay democracia.

—Zuma como presidente es la garantía de la democracia. Fue un niño pobre a quien le tocó crecer en una época muy difícil, sabe lo que significa pasar hambre y no tener derechos, ¿por qué crees que luchó por la libertad?, pues para asegurarse de que nuestro pueblo no vuelva a estar gobernado por una potencia exterior, tenemos un gobierno en el que todo el mundo tiene los mismos derechos, ¿no es eso la democracia? Y en ese gobierno..., si hay personas, como Lekota, que quieren enfrentarse a él y revolverse contra sus propios hermanos y contra el hombre que quiere el pueblo, y éste es Zuma, de eso no hay duda, si esas personas conspiran contra él en el gobierno, ¿te parece democrático? —Se ha pasado al inglés, su origen colonial lo hace más adecuado para hablar de traiciones—. Así que se ponen a ejercer una ridícula oposición, ¿qué pueden ofrecerle a la gente que no pueda darle el cna? Nada. Ya lo verás, algunos volverán llorando y pedirán que Zuma les deje ingresar otra vez en el Partido. El es quien hará nuestra democracia africana.

Mejor seguir en inglés.

—Todo el mundo habla de los millones que se están gastando en convertir la residencia del presidente en un palacio..., ¡menudo momento para gastar una fortuna en una casa donde sólo pasa unos días al año cuando las viviendas prometidas a quienes viven en chozas ni siquiera han empezado a construirse! Los dispendios del presidente empezaron enseguida, la fiesta para celebrar su elección costó setenta y cinco millones.

No responde, ni discute. Tal vez Baba fue uno de los invitados entre los líderes tradicionales de los amazulúes para celebrar que hubiese sido elegido presidente uno de los suyos.

¿Qué les queda por decirse?

—¿Hay basura en vuestra calle? No me gusta pensar que vosotros y los niños...

—Donde nosotros vivimos no. En el centro y en las zonas comerciales..., las manifestaciones ante las oficinas de los patronos, las autoridades de transporte..., las huelgas de conductores de trenes y autobuses, los empleados municipales....

—Seguro que alguien les está manipulando..., todo forma parte de la conjura contra Msholozì. ¿Os resulta difícil moveros por la ciudad?

—No necesitan que nadie les manipule, Baba, están muy mal pagados, son pobres aunque conserven su trabajo y no los hayan despedido todavía.

—Por supuesto, Zuma no podría haber llegado al poder en peor momento, la recesión mundial nos está golpeando de lleno.

He ahí su explicación.

—Pero, Baba, ensuciar las calles es su último recurso. Las negociaciones se eternizan, los trabajadores piden el quince por ciento, les ofrecen el cinco, ellos bajan al once, les ofrecen el ocho..., y así sucesivamente. Son malos tiempos. En el centro de la ciudad a diario veo a personas que no tienen donde vivir, y cuando Steve y yo pasamos por allí de noche, los vemos tumbados a la intemperie sobre las aceras, este invierno está siendo muy frío.

Él debe decir la última palabra sobre Zuma: el consejo paterno.

—Nuestro presidente lleva sólo unos meses en el poder. ¿Cómo va a ser responsable? *Singa mubeka kanjaniicala na?*

No hay discusión posible. Australia.

Baba ha aceptado (como lo hizo ella, aunque ésa fue una decisión que tomó su padre, un alma femenina brillante no debería tener desventajas en su educación por ser mujer) que, con independencia de lo que él piense de su deserción, de la traición a su herencia africana, ella se ha ganado el derecho a decidir (¿equivocadamente?) por su ambiciosa evolución a partir del estatus del sexo que se queda atrás en todos los sentidos mientras los hermanos van a la escuela. El cree y ella ve que ya no está en sus manos, sino en las de Dios.

¿Demuestra eso que él ha llegado más lejos que nunca en la confianza que le inspira su hija? Debe de ser terrible sentir eso mientras ella falta al respeto y rechaza el futuro del país liderado por un hijo de la nación zulú.

Sindiswa siempre ha demostrado poco interés por visitar Kwazulú y ha encontrado motivos para quedarse en el barrio; en esta etapa de la adolescencia, en el tiempo que le queda antes de la aventura australiana, su amiga del colegio le envidia que esté intimando (¿el tirón de la sangre?) con sus primos. Lo que les ha unido es la televisión—no el tirón de la sangre—, todos ven la vida, el sexo, el amor, la ambición, los objetivos populares, las

ganancias del éxito y el miedo al fracaso, a través de las mismas series y comedias televisivas. Ahora en casi todas las casas de adobe hay un altar consagrado a la caja tonta. El propio Baba tiene en casa una pantalla panorámica idéntica a la que hay en el colegio, ambas para proporcionar material educativo e informativo; los programas te llevan las imágenes de la cultura y la política del mundo sin necesidad de desertar. Nada ni nadie puede molestarle cuando ve y oye cada aparición pública, incluso las visitas de Estado a otros presidentes en lugares lejanos, cuando el presidente Jacob Zuma es recibido por el presidente de Francia, el hermano presidente Obama o la reina de Inglaterra. La hora de cada retransmisión es un toque de difuntos que silencia todas las interrupciones en casa de Baba. Ahora Jabu se sienta con él en el antiguo orden instintivo para sus intereses, los privilegios de los que gozaba de niña. Las seis en punto y ahí está Zuma derrochando elocuencia mientras pone fin a una teatral aparición que ha hecho en el distrito Kwazulú, donde un partido rival que ha conseguido la mayoría en las elecciones municipales debe enfrentarse a una comunidad que incendia neumáticos y ataca al alcalde por su fracaso en conseguir que salga agua de los grifos y por la falta de equipo médico en una clínica donde van a dar a luz las mujeres.

Msholozzi tiene el instinto infalible de tomar en su puño alzado el fracaso del partido rival que no ha sabido satisfacer las exigencias de sus seguidores y prometer que su gobierno no tolerará que se prive a las personas de derechos en ningún lugar del país: está llevando a cabo una investigación a nivel nacional y los responsables tendrán que responder por su inacción y su negligencia. Como si el agua hubiera empezado a fluir de los grifos con sus palabras, la airada multitud se ha convertido en una danza y un canto de celebración por la presencia del que se encuentra entre ellos: zuma, zuma, zuma. El es ellos y ellos son él, sus sufrimientos, el hombre del pueblo, es él.

Un toque al mando a distancia que tiene en la mano su padre pone fin a lo que pueda seguir dentro o fuera de la pantalla.

Baba la lleva a la veranda, donde Sindiswa y las chicas están bebiendo Coca-Cola, los chicos lanzan la pelota en medio y piden su parte, la aparición de Baba y de las tías con la madre acalla la escena sin disminuir la diversión. Algunos de los diáconos del comité rector de la iglesia llegan con cerveza casera y las mujeres fingen enfado, los dos que cargan con los bultos andan en zigzag para despertar la hospitalidad de la casa. Uno de los hombres ha ido a ver el lugar donde va a construirse un estadio para el Mundial de Fútbol que ha ganado Sudáfrica contra los demás contendientes del mundo y que se celebrará el próximo año. Kwazulú tendrá el honor de contar con uno de los estadios que acogerán a aficionados llegados del mundo entero para presenciar la competición internacional. Los chicos no paran de hacer preguntas. Cómo es, qué tamaño tiene, si es más grande que..., pero el hombre no acierta a compararlo con nada lo bastante grande. Gary Elias vive en la ciudad y está muy bien informado, éstos del campo no tienen ni idea.

—El de Orlando es muchísimo más grande. Pero todos son enormes.

Uno de los niños insiste:

—Pero ¿cómo es?

El hombre que ha estado allí sonrío y levanta la barbilla para dar una idea de la magnificencia planeada. Pero Gary Elias tiene la respuesta.

—¡Todavía no lo han construido!

—No, sólo están despejando el terreno, sesenta y un mil trescientos doce metros cuadrados, según me han dicho.

—¡Hala!

—¿Has oído...?

—¿Y qué tamaño tendrá?

—*Mfana awazifundi izibalo zakho na?* ¿Es que no estudias matemáticas, *umfaan...* ?

Los chicos le hacen rabiar excitados y se dan puñetazos. Gary Elias sale triunfador, ha ido con los Mkize a ver los enormes cambios que ya están en marcha en el estadio de Orlando.

—Ahí se jugarán los mejores partidos.

—Y tendremos nuestro propio estadio en Kwazulú, ¿habéis oído?

—¡Iremos a verlo! ¡Iremos a verlo!

Los chicos gritan a coro en torno a Gary Elias.

El director les recuerda:

—Dependerá de si habéis aprobado los exámenes, todos tenéis que pasar a noveno y a décimo.

—Todos menos Thuli.

—Sí, bueno, él es un año más joven, así que tendrá que pasar a octavo, será la excepción si trabaja mucho este año.

—Baba comprará entradas para todos los del equipo..., tú también vendrás—le *dice* confiado Vusi a Gary Elias, que es uno de ellos.

Baba nunca necesita alardear de esas cosas, se da por sobreentendido que tiene influencia como en tantas otras ocasiones que atañen a la comunidad de la familia.

—No hay que hacer como en el cuento de la lechera. *Ungabaliamatshswele engaka chamuselwa*, las entradas no se pondrán a la venta hasta principios del año que viene, será un proceso muy complicado, la mayoría estarán reservadas para los extranjeros, los demás países con equipos participantes, Estados Unidos, Inglaterra, Francia, Brasil.

Al oír nombrar ese país sudamericano se oye un grito aunque a Baba no se le interrumpe; después del equipo local Bafana Bafana los favoritos son los brasileños.

Él tolera ese entusiasmo.

—He hecho algunas gestiones, en cuanto las entradas estén disponibles en nuestro país...

Las mujeres se ríen y entrechocan las palmas de las manos.

Baba y ella a solas, él no había dejado de prestarle atención ni un momento mientras la escrutaba e interpretaba por sus pausas las cosas que no le estaba contando. Allí con la familia, con su mujer, la madre de Jabu, los niños y las niñas que ya casi son adultas y las demás mujeres de la familia no cruzó ni una palabra con ella ni la miró siquiera, fue como si ya se hubiese despedido, y estuviese en el coche, y se hubiera ido. Luego llegaron las despedidas de costumbre, los intercambios, igual que los regalos a su llegada, huevos recién puestos de las gallinas del corral, cereales de la reserva para el invierno, todo dentro de las cestas en las que la función y la belleza coincidían en esa primera forma artística que ella había conocido de forma inconsciente, la de las mujeres de la familia cercana que recogían los juncos y pelaban las vainas de las mazorcas para tejerlas y darles mayor resistencia, cada una con un dibujo distinto, gracias a la destreza de sus dedos. Por alguna razón—los padres nunca parecen creer necesario ser más claros (esa visita iba a ser más corta de lo habitual). Habían llevado a Gary Elías en la segunda mitad de las vacaciones escolares y esta vez su madre volvería a recogerlo al cabo de unos pocos días. El crío oyó decir a uno de sus tíos que tenía que ir a Egoli, donde un hijo suyo, en otra época un alumno aventajado del colegio del director, acababa de ser nombrado director de una empresa de alimentación: el tío estaría encantado de disfrutar de la conversación del muchacho durante el viaje. La fecha coincidía con el final de las vacaciones escolares. Gary Elías se apresuró a aceptar. Si le llevaba su tío, dispondría de cuatro días más con el equipo. Wethu también se quedaría y volvería con aquel hombre, a quien conocía por algún parentesco en la complejidad de las relaciones familiares.

Baba ha ido al coche con las mujeres, al contrario de lo que tiene por costumbre, pero se queda aparte, está ahí. Jabu y Sindiswa abren las puertas, se entretienen, suben al coche y bajan las ventanillas para seguir en contacto.

El equipo de fútbol ha corrido a reclamar a Gary Elias. Uno de ellos grita sin necesidad de referirse a Jabu.

—¿Lo traerás para el Mundial de Fútbol?

Da igual de dónde.

Al darle al contacto cae en la cuenta. Repara en que el hecho de que Baba la ignore entre las despedidas de los otros es su aceptación de que, si ésta no es la última vez antes de que se vaya más lejos que nunca, muy bien podría serlo.

Australia. Irse como los hombres, y los hijos que, a lo largo de generaciones, se han ido a trabajar a las minas de oro, y ahora son chicos del pueblo que se han marchado: tal vez vuelva alguna vez como hacen ellos cuando hay un funeral. El largo vuelo para ir a ver el Mundial de Fútbol; el niño Gary Elias que asistirá con su equipo.

Esas reservas, ahora que están con los demás, son el permiso de su Baba para el futuro que ella y el hombre que ha escogido van a emprender sin él. Es la bendición sin palabras de su padre a Australia. Otro viaje. Más allá de cualquiera que él pudiera haber planeado para ella, una libertad indecible que nunca podría haber previsto.

No es algo que se diga.

Sindiswa está cotilleando con su padre sobre la hábil jugada de Gary Elias para quedarse unos días más con el equipo de fútbol y que lo lleve después alguien que tiene que ir a la ciudad.

—Entonces no tendrás que ir tú. —Steve se siente aliviado de que Jabu no tenga que ir a recoger a Gary Elias, un viaje que habría tenido que ofrecerse a hacer él si no hubiesen dado con esa solución.

—No volveré.

Cuando están a solas, ella lo vuelve a decir:

—No volveré...

Así que le ha dicho otra cosa, le ha contado algo distinto al acuerdo casual de un cambio de fechas.

—¿Qué quieres decir... ?

—Sólo quedan unos meses hasta noviembre... —El espera—. No hay por qué

decirle... —Jabu le pone la mano en el brazo y ejerce una leve presión sobre el bíceps—. Las despedidas son muy emotivas, *eib*, y a Baba no le gustan esas cosas. Siempre tenía que despedirme primero de mi madre y luego él me llevaba al tren o al autobús con ese saludo seco suyo..., ya sabes... —Sí, lo sabe: es un gesto como si encomendara a su hija a Dios, su padre tiene esa autoridad que concede la fe..., y en eso ella se equivoca, no hay nada más emotivo, posee algo de genuino incluso aunque no creas en ello—. Baba tiene el privilegio de poder comprar entradas para el partido del Mundial que inaugurará el estado de Kwazulú..., entradas para los chicos del equipo de fútbol, y todos dan por sentado que vendremos de visita el año que viene... —Él toma aliento para entenderlo—. No creo que yo tenga que volver. Antes de que nos marchemos.

Jabu sonrío casi con anticipación por el regalo que le ha hecho su padre.

Le pasa el brazo por detrás del cuello, atrae su cabeza hacia ella, los pechos se rozan, su boca se posa en la de él. Besa a Australia al besarle a él. Steve sabe, con esa sensación plena del ser que es la felicidad, algo de lo que no estaba del todo seguro: no la ha obligado contra algún instinto—ella es africana, cosa que él no podrá ser jamás—a convertirse en emigrante en un país ajeno.

La huelga de los empleados municipales de limpieza había durado tanto que las milicias de ratas que hay atrincheradas en todas las ciudades se habían multiplicado con la abundancia de basura podrida en las calles, y cuando la huelga terminó y se recogió el festín, empezaron a extenderse por las áreas residenciales. En el barrio, Blessing soltó un chillido al encontrarse con una en la cocina, Peter pensó que la estaba atacando un ladrón que se las había arreglado para evitar el sistema electrificado de seguridad y fue a buscar la pistola de la Paz igual que iba a por su AK-47 durante la Lucha.

El primero de agosto, los 40000 miembros del sindicato de los trabajadores de telecomunicaciones empezaron una huelga. Los empleados del zoo de la capital, Pretoria, se declararon en huelga: los amantes de los animales de la zona tuvieron que encargarse de dar de comer a los animales y de limpiar las jaulas. La huelga de los empleados del metro continúa. El sindicato afirma que la oferta que han rechazado habría significado pérdidas para sus miembros por la disminución de las horas extra. En algunas provincias no hay trenes para llevar a otros empleados a sus trabajos; allí donde circulan unos pocos conducidos por esquirolas ha muerto un viajero y cuatro han resultado heridos después del choque de dos trenes abarrotados de pasajeros.

Como si se apartara momentáneamente de todo esto—el lugar del barrio en la responsabilidad ciudadana, la identificación de los camaradas con los trabajadores sin paga y sin trabajo, y la inesperada frustración de la nueva clase media ante el mal funcionamiento de las telecomunicaciones—, Marc les cuenta de pronto lo sucedido. El acuerdo para la venta de la casa. Les habla como si leyera una nota escrita durante una interrupción molesta.

—El tipo se ha echado atrás. Ha cancelado el trato, estoy seguro de que miente respecto a un cambio en su vida, su pareja..., se ha largado y ya no quiere mudarse al barrio.

Qué puede decir..., darle la noticia a ella, tal y como están las cosas en comparación con las noticias que están oyendo. Una casa que vaciar. Vender. Las chozas de no sé cuántos miles de personas sin hogar: nada de pago por adelantado. No hace falta decirlo: su brusco silencio al levantarse y apartar la silla, la pausa cuando se detiene camino de la puerta y se vuelve hacia él levantando los hombros indican resignación y desafío para ambos. La pantalla de televisión emite imágenes que podrían haber sido del reportaje de esa noche o de la noche anterior, lo mismo de siempre: brazos en alto como armas de carne y hueso contra bastones y pistolas.

Ella vuelve a mostrarse pragmática: hay que poner la casa en venta, dejarla en manos de un agente inmobiliario una vez se hayan ido a Australia. Dejarse de cláusulas de alquiler. Y poner un cartel en la puerta. Se vende. Tiene razón. Su marcha no puede ser un asunto de los camaradas del barrio.

A la mañana siguiente, mientras él se afeita y ella se baña, Steve también se muestra práctico.

—¿Y qué hacemos con el dinero? Ya sabes que no podemos transferirlo todo.

Ella escurre la esponja de jabón y se la pasa a lo largo de su precioso muslo, dobla la rodilla fuera del agua y prolonga su gesto hasta la pantorrilla.

—El Centro podría administrarlo con mi padre. Creo que lo harían por mí... Uno de mis compañeros. Para utilizarlo cuando venga Gary Elias. Cuando vengamos de visita... cualquiera de los dos.

El cartel de Zuma.

Kwazulú. El hombre que se queda apartado, a la entrada de la casa a diferencia del resto de la comunidad del diácono de la Iglesia, donde el clan Gumede ha servido y sido honrado durante generaciones, el director de la escuela con fe en la educación que ha conseguido con una estricta disciplina los mejores resultados de la provincia frente a un récord nacional de fracaso y abandono.

—¿Querrá?

—Lo hará.

No le ha preguntado, pero es la hija.

Tiene razón, su Baba no se opone, por mucho que le duela y vaya contra el fundamento de su ser y su identidad, ancestral y presente, a que ella ponga fin a su identidad con su experiencia generacional de la Lucha, y las oportunidades de su educación para hacer comprender la existencia de la Lucha en el mundo entero, una ciudadana libre del mundo. Combatió por la liberación de su pueblo. Hay que reconocer que se ha ganado no tener que participar en la Lucha actual, un lugar de promesas, promesas, la vida mejor para todos.

La experiencia en el mundo exterior puede hacer que cambie su manera de pensar. Los blancos se reservaban para sí la posibilidad de elegir, ahora los negros también pueden hacerlo.

No hacen mucho el amor esos días... o más bien noches, hay demasiadas cosas que acabar y poner en práctica. No es prematuro, hay que separar lo que decidan que tienen que llevarse de lo que vayan a dejar. El grueso de sus vidas, lo que opten por llevarse, tendrá que viajar en barco y eso significa enviarlo por anticipado, el transporte por carretera hasta el puerto en Durban, el barco en un salto en el tiempo a los viajes del capitán Cook a través del océano Indico. Lo que cada uno de ellos—Jabu, Steve, Sindi y Gary Elias—decide que no puede dejar es revelador de lo que los otros desconocen. Gary Elias no quiere llevarse la bicicleta de carreras que le regalaron por su cumpleaños, ¿de dónde habrá sacado la idea de que en Australia encontrará un modelo mejor esperándole? Sindiswa insiste en llevarse la reproducción de la antigua estatua griega de Antígona, grande y pesada, que le modelaron

los estudiantes de arte del Aristóteles y le regalaron como recuerdo de su actuación, y Jabu, por algún motivo que no encaja con su falta de apego a objetos tan fáciles de transportar como las elegantes cestas kwazulú, incluye un secador de pelo..., ¿será de un tipo especial? Ella y él repasan los estantes (entre ellos aquél donde Jabu encontró los recortes sobre Australia) y apartan lo esencial mientras amontonan los que van a donar a las bibliotecas universitarias. Tienen que sacrificar varios volúmenes de leyes, algunos famosos, aunque carentes de interés en cualquier otro sitio, e informes educativos parecidos. Antes de desprenderse de ellos echan un último vistazo a los informes de una universidad donde unos alumnos mearon en un estofado y obligaron a comérselo a cuatro mujeres negras y a un hombre negro que trabajaban como empleados de la limpieza en una residencia estudiantil. Todo ha quedado en que, hasta el momento, nadie ha llevado ante la justicia el caso de los limpiadores para que se haga justicia a las víctimas.

No había nada que él quisiera y que pudiese transportarse.

«Nuestros miembros están totalmente decididos a acabar con el desfase de sueldos del *apartheid*, los trabajadores negros siguen ganando salarios más bajos». Ahora son las oficinas de correos las que paran, el eufemismo para la huelga.

¿Qué más da?, todo el mundo tiene correo electrónico, mensajes de texto, Facebook, ¿quién necesita una cara detrás de la ventanilla de correos? El metro no funciona, las clínicas están cerradas, los pacientes no reciben sus antiretrovirales contra el VIH y el sida, continúa la amenaza de apagones cuando el Tesoro se niega a ceder a las exigencias de los empleados de la electricidad: las personas se acostumbran a vivir así. El periódico cae y se cuele con un susurro debajo de la cama.

No se han dado un beso de buenas noches. Inerte a su lado, adormilada, apenas sabe que está allí..., salida de la nada, la mano, su mano en su pene. El pantalón del pijama es una prueba, él está ahí. Ella lo ha encontrado.

Ella está ahí en medio de todo lo que les rodea. Steve no espera la respuesta erótica sino que se vuelve hacia ella con lo otro, todo lo que está ocurriendo desoladoramente en esa vida mejor para todos. Puede confirmarlo con su abrazo: la confirmación de que nos vamos, de que dejamos atrás todo lo que los «camaradas veteranos» no podemos cambiar, la porquería de las calles es sólo la mierda que lo simboliza.

O tal vez sólo sea la confirmación de la persistencia del deseo. Eso que equipara a pobres y a ricos, incluso en ese país que, según acaba de leer, es el lugar del mundo donde hay más desigualdades económicas.

No se puede vivir ese engaño, esa ficción. ¿De qué sirven un profesor agregado y una abogada allí donde la educación es la suma de unas escuelas que producen alumnos para ser aceptados como estudiantes universitarios sin el nivel de comprensión adecuado y

la ley esquivada las acusaciones por corrupción de camaradas culpables que ocupan puestos en el gobierno? Resulta trillado y farisaico usar a los hijos como excusa cuando se toman decisiones. Pero que Sindiswa y Gary Elias tengan que crecer con todo eso y todo esto... Niños en cuya misma concepción había fe en un presente que no ha llegado. No hay indicios de la igualdad de su fusión de blanco y negro en el país—nacido de la Lucha—más desigual del mundo.

Han dado por supuesto que Wethu se limitará a volver a Kwazulú. ¿Qué regalo de despedida le gustaría cuando llegue el momento? ¿Y no debería ser ahora, mientras deciden lo que se llevan y lo que dejan? También están las circunstancias que han aplicado a Baba, también eso será emotivo: ¿cómo evitar que Wethu insista en ir a despedirles al aeropuerto? Sindi está especialmente unida a ella, ha sido una especie de prolongación de sus amistades escolares, probablemente le haya confiado secretos que su madre desconozca. Wethu se irá unos meses antes, como si fuese de visita, aunque en esa ocasión será para regresar a su casa.

—Tal vez no debamos planteárselo..., decírselo como si fuese..., quiero decir que...

La hija de Baba y la abogada de derechos humanos es sensible hacia lo que podría parecer un despido.

—¿Crees que habría pasado el resto de su vida aquí de no haber sido por...?

Su rostro expresivo cambia al considerarlo. Por supuesto, Wethu no es una criada, es familia suya en cierto sentido. Una vida accesoria: ¿es eso una vida mejor? Lo que dice es diferente.

Por lo que ve en la calle, los edificios abandonados en los que viven algunos de los amigos que ha conocido a través de los de la gasolinera, el modo en que ha llegado a manejarse en la ciudad, le han enseñado a no ir a tal parque, a apartarse de los vendedores en tal parada de taxis, a no salir del barrio cuando hay huelguistas en la carretera, puede haber disparos y recibir una bala perdida mientras mira..., ¿cómo puede apetecerle vivir aquí?

—Ha estado... bien, o al menos eso parece. —La habitación que le construyó en el gallinero: su independencia—. Lejos de la familia cercana bajo la jurisdicción de Baba.

—Su emigración...

Sonríen y se encogen de hombros ante esa categoría, él prosigue:

—¿Quién sabe cómo influye eso en otras personas?

Queda mucho por hacer. Los compañeros de trabajo, los camaradas, se sienten obligados a reconocer su trabajo, su lealtad, sus distintos modos de amistad, comprensión y apoyo... a pesar de Australia. La evasión.

Incluso están implicados en sus respectivas obligaciones para nombrar a sus sucesores en los ámbitos en que han trabajado. Steve en la universidad, su activismo más allá de las clases, para transformar la institución según sus necesidades. Jabu y su compromiso con la justicia y la defensa legal de las personas demasiado pobres como para poder pagarla; por encima de cualquier ambición de convertirse en un fenómeno de la vida mejor, una abogada negra muy bien pagada (¿y tal vez llegar a juez algún día?). A Steve lo

convoca al decano de la facultad de Ciencias y le pide en privado su opinión sobre los candidatos a ocupar su puesto en los laboratorios, las clases (no menciona la sala del café, aunque es ahí donde puede haber conseguido—aunque tenga sus dudas—que se discuta y conciba alguna cosa). En el Centro, pidieron a Jabu que añadiera sus charlas informales a entrevistas con los solicitantes para proporcionar un consejo clave en la elección de su sustituto. Algo parecido a cuando empezaba y le asignaron la tarea de preparar a los nerviosos testigos negros en los idiomas que compartía con ellos para que supieran qué responder en el juicio. Igual que ha ayudado en el caso de la joven violada, no la víctima de Zuma.

Parece que hay más ocasiones de verse y estar juntos que de costumbre. El hermano de Lesego ha llegado de Uganda, donde ocupa un puesto en la resolución de conflictos internacionales, en general sus hermanos están dispersos por el mundo, aprovechando diversas oportunidades laborales.

—Hay una fiesta el sábado, es una reunión familiar, pero Jabu y tú tenéis que venir, barra libre, durará toda la noche hasta el domingo, una escapatoria de los problemas de Uganda y de aquí.

Marc vuelve de Ciudad del Cabo, donde ha estado ensayando su obra para la que por fin ha encontrado, o parece haber encontrado, financiación, sólo se quedará tres días, está hasta las cejas de reuniones con los peces gordos, pero ha preguntado por Jabu y Steve.

Peter y Blessing pasan a verles con un calendario.

—Es un fin de semana largo. Njabulo dijo el otro día que todos los chicos del colegio hablan de los parques que han visitado, los elefantes que merodean en torno al campamento, los leones comiéndose un kudu, y no sé qué más..., pero nunca hemos llevado a nuestros hijos. ¿Y vosotros? ¿Han visto Sindi y Gary Elias su África? Seguro que la han visto en la tele como los ingleses y los yanquis, ¿no?

Steve y él esbozan una sonrisa cómplice: «nuestra África» la compartimos en los campamentos del *XJmkhonto* en el desierto..., pero esto es otra cosa, sus hijos deberían tener la sensación de compartir con los animales su lugar de nacimiento fuera de la prisión del zoo. Antes era un lujo que sólo tenían los niños blancos, el Parque Kruger, mientras a los negros se les prohibía la entrada a no ser que fuesen guardas o criados. Peter hizo la reserva y Blessing llevaría comida del negocio de catering.

—¿Qué llevamos nosotros?

—La bebida, claro. Steve, tú encárgate de la cerveza, Coca-Cola para los críos.

Se instalaron en cabañas de planta circular con techo de paja y baños adosados y

ocuparon su sitio en los arbustos y el lecho del río, compartieron el vasto cerco de libertad con los animales, igual que sus ancestros debieron de compartir toda África. Sindi contribuyó inesperadamente con lo que había aprendido en su ilustrado colegio. África es el origen de todos los seres humanos del mundo. Por más que los camaradas del barrio se movieran en los vehículos de los guardas y no a pie entre las patas con tres uñas de los elefantes, y las pezuñas y las garras de los antílopes, los leopardos y los leones. Unas vacaciones. Nada que ver con su presente o su partida.

Mientras estaban fuera, Wethu siguió con sus costumbres como si estuvieran en casa, el domingo fue a la iglesia y por la tarde se instaló a ver la televisión en la casa con su pantalla panorámica tan distinta de su pequeño televisor, el único que cabía en su cobertizo. Puso el volumen alto mientras calentaba un estofado de *inkomo* para acompañar con maíz molido *isitambu*, pero oyó a alguien que llamaba desde la puerta de atrás, implorando una y otra vez. Recordó quitar la olla del fuego, cogió la llave de la puerta y salió al patio en penumbra pensando que debía de ser una de sus amigas que llamaba a la puerta de la cabaña. Se quitó las gafas, sólo las usaba para ver la televisión, tenía buena vista pero con aquella media luz no pudo reconocer a ninguna de las figuras de la puerta, sólo las manos que aparecieron entre los barrotes al verla salir.

—¡*Ousie*, mama, por favor un poco de agua! Por favor, por favor, sólo un poco de agua, agua, venimos de muy lejos, por favor.

En un inglés como el suyo, quienquiera que fuese esperaba que saliera un blanco de la casa.

Niños pobres..., hizo un gesto y volvió a la cocina; no quería que unos desconocidos bebiesen de uno de los vasos buenos de Jabu, llenó un tazón de plástico y corrió a la puerta derramando un poco de agua. Al darles el tazón entre los barrotes, se lo quitaron de la mano, le arrancaron la llave, le retorcieron los dedos y le arañaron la muñeca. El pánico no sabe de pausas. Enseguida los dos hombres se colaron en el patio, ella gritó y le dieron un puñetazo en la boca, tuvo una arcada y la llevaron con los brazos a la espalda hasta la puerta de la cocina y la obligaron a entrar en casa.

—¿Dónde guardan el dinero, las armas...?

Uno la empujó hacia el pasillo con el brazo joven, fuerte y suave en torno a su cuello por debajo de la barbilla, las piernas del otro saltaron hacia atrás:

—*Checha wena!* ¡Lo sabes! ¡El dinero y las armas!

Ella se esforzó por soltarse gritando.

—¡No lo sé! ¿Cómo voy a ver dónde...?

Una pesada bota de lona le pisó la barriga, ella gritó y de pronto vio la cara del joven justo antes de que la golpeará.

—¡Yo podría ser tu abuela!

Como todavía hacía demasiado frío para mantenerse en forma en la piscina, uno de los delfines había salido a hacer ejercicio con la bicicleta, y volvía a casa en la penumbra después de completar cuatro kilómetros tal como se había propuesto cuando oyó gritos en casa de Steve. El barrio no era un campamento ilegal ni un sitio sórdido como Hillbrow donde las peleas domésticas y las guerras de pandillas hacen que eso sea normal; aunque a veces los hijos de los camaradas heterosexuales hacen mucho ruido al jugar. Una vez en casa, juzgó mejor telefonar a casa de Jabu y Steve para preguntar si todo estaba en orden. Cuando vio que el teléfono sonaba y sonaba sin que nadie respondiera, volvió a descolgar la bicicleta de montaña de la pared y fue a dar una vuelta. Nadie salió cuando gritó en la puerta principal en respuesta a los chillidos y las peticiones de ayuda que llegaban de la casa, la puerta de atrás estaba abierta y salía luz de la puerta de la cocina. La cocina estaba vacía. En lo que debía de ser el dormitorio de Jabu y Steve, la mujer que era una especie de pariente de Jabu estaba gritando y sollozando, maniatada entre las puertas del ropero abiertas, los cajones tirados por el suelo, un tocadiscos volcado que reflejaba botes de maquillaje, una búsqueda para robar, las mesitas de noche volcadas..., ahí podían haber guardado un arma...

Los delfines fueron extraordinariamente eficaces, más incluso de lo que podía esperarse de sus vecinos camaradas. Llamaron a la policía y les acompañaron en la inspección de la casa—en esos tiempos algunos tienen los dedos muy largos—, ayudaron a la histérica Wethu dando coherencia a la declaración de lo que se habían llevado, la televisión de pantalla panorámica que había estado viendo, las máquinas —no sabía distinguir un ordenador de un fax o una fotocopidora—habían desaparecido todas con la ropa y el reproductor de dvd. En cuanto la soltaron fue de habitación en habitación cogiendo cosas..., incluso la televisión de Sindi, qué vergüenza, qué vergüenza, deberían avergonzarse... Tenía el número del móvil de Steve o de Jabu, pero por alguna razón *estaba desconectado*, Wethu sabía que habían ido a ver animales, pero no recordaba el nombre del sitio. Los camaradas de la Gereformeerde Kerk transformada en ese momento de libertad del país igual que su sexo, llevaron a Wethu a pasar la noche en su casa, la tranquilizaron y la cuidaron. Como si se tratase de su abuela.

Steve, Jabu, Sindiswa y Gary Elias regresaron al barrio el lunes por la tarde del fin de semana largo.

Eso era lo que había estado ocurriendo mientras ellos se reconciliaban con África. Steve no lo dice. Como si temiera que pudiesen tomárselo como una justificación más del inminente viaje de noviembre.

La casa: no estaba allí. Le pareció verla, vacía, desubicada. Jabu está con Sindi y Gary Elias, en casa de los delfines, que les están cuidando y tranquilizando como a Wethu.

La casa.

Se han llevado cosas..., cosas materiales, da igual: el orden ha desaparecido. Antes de tiempo. ¿Qué se han llevado? Tal vez sea un alivio, menos cosas que empaquetar con las que ya han metido en las maletas.

Jabu llevó a Wethu a que la examinase con más atención su médico de cabecera. Estaba muy magullada, el pigmento marrón de su piel pisoteada estaba de color púrpura, por suerte no tenía costillas rotas ni vértebras dañadas. Mientras el médico la examinaba, ella no paró de describir lo que le habían hecho los asaltantes y añadió, o tal vez las manos del médico le hicieron recordar, que uno de los hombres era uno de los desempleados a quienes había visto a menudo en la gasolinera donde trabaja su paisano, que les encargaba chapuzas a cambio de un poco de pan o un par de cigarrillos.

Eso alertó profesionalmente a Jabu y le hizo olvidar la culpabilidad con la que se estaba debatiendo, al admitir ante Baba para sus adentros que había dejado a Wethu sola e indefensa en la ciudad con un ambiente de anarquía salvaje en la que..., es cierto, no hay racismo, Wethu es tan negra como los que le pegaron y patearon.

Jabu interrumpe el monólogo de Wethu.

—¿Estás segura? ¿Le reconocerías? Iremos a la gasolinera y le señalarás. Dime quién es. Conseguiremos una orden de detención. Lo acusaremos de asalto y robo con violencia. —Luego añade dirigiéndose al médico, un profesional como ella—: Necesitaré un informe detallado de su estado de salud, tanto físico como psicológico, a consecuencia del asalto a una mujer de su edad.

—Sí..., tiene la presión alta, eso podría ser por el estrés. No sabrá cómo la tenía antes..., ¿verdad? A sus años los problemas de tensión son bastante comunes.

Wethu está moviendo la cabeza como si la acusaran del crimen de ser vieja. Y Jabu descarta hábilmente una prueba que probablemente no serviría de nada.

—No creo que en el pueblo se haya tomado la tensión...

Varias visitas a la gasolinera con Wethu no proporcionaron ninguna posibilidad de detener o encontrar al asaltante entre aquellos individuos, los potenciales ladrones y secuestradores, los asaltantes callejeros. El joven cuyo rostro reconoció mientras le golpeaba no aparece por ninguna parte. *Eish*, estaba segura. Habló con su amigo de la gasolinera, intercambiaron descripciones de ojos, peinados, cicatrices, narices y orejas; el hombre ya no se encontraba entre los que se dejaban caer por la gasolinera. ¿Se habría dado cuenta de que ella podría reconocerle? Los demás empleados no querían meterse en líos, ni que la policía les hiciera preguntas, su presencia asustaría a los clientes..., allí donde hay policías hay riesgo de delito contra tu coche y tu persona..., mejor seguir conduciendo y repostar en alguna otra parte.

Sindiswa se llevó a Wethu a la casa: a su habitación. Sindi no pidió permiso. Ayudada por Gary Elias, trasladó la cama de Wethu de la cabaña del jardín mientras Jabu y

Steve estaban en casa de los delfines, en una de sus muchas visitas para agradecerles lo que no había forma de agradecer. Descubrieron el traslado cuando ya estaba hecho.

La hija dio la orden.

—No puede seguir viviendo sola en el jardín. —Sindi tiene una dependencia y un vínculo con aquel miembro de la familia cercana de Baba que no tiene con... ¿quién? ¿Con su madre, con su padre? Ahora ella también es parte de la familia cercana de Kwazulú.

Es algo inesperado y comprensible. En cierto sentido Sindiswa está más afectada que la propia Wethu. Cuando consigan estar solos, lejos del laboratorio, del Centro, de Gary Elias..., de Wethu... y de Sindi... tendrán que intentar razonar por qué. A Sindiswa le afecta todo lo que está sucediendo—no sólo la farsa terrible de Wethu, la Wethu a quien tanto quiere—, en su colegio (es lo que quisimos para ella), a los alumnos mayores les han informado de que hay escuelas sin luz eléctrica ni pupitres, sin bibliotecas ni laboratorios, los niños viven en chozas de cartón u hojalata, ese invierno una vela o una lámpara de parafina cayó al suelo y varios niños murieron abrasados... ¿Y nosotros qué? Los adultos nos pasamos el día hablando de huelgas, de los derechos de los trabajadores..., algunos de los chicos becados en su colegio proceden de asentamientos en los suburbios, al padre no le pagan lo bastante para llevar comida decente a casa.

Por eso Jabu está diciendo:

—Ni siquiera los niños pueden ser inocentes. —Luego añade una precisión—: No tienen la culpa de la explotación, pero no tenían ningún deseo de saberlo..., es todo demasiado confuso. Para una niña que ya no lo es... Sindi nos contó a Wethu y a mí... que una de sus compañeras vio cómo al dueño de una tienda del asentamiento donde vive ella con su familia le daban una paliza y le quemaban la tienda, la chica estaba orgullosa, afirmaba que el tendero timaba a la gente, que cargaba el precio del pan, la comida de los bebés y la leña. ¿Era alguien a quien todos conocían? ¿Uno de ellos? Por lo que dijo la chica, y por lo que nos contó Sindi, parecía un somalí.

Se habla de xenofobia mientras un catedrático del departamento de psicología y un profesor adjunto de sociología se sirven un café. Steve le cuenta aparte a Lesego cómo eso que se denomina xenofobia ha contaminado a una alumna compañera de su hija, en contra de los elevados principios humanistas que les inculcan en su escuela.

—¿El hombre era extranjero? ¿Y si hubiese sido uno de aquí el que hubiese subido los precios? ¿No crees que le habrían asaltado igual?, no ves que es un capitalista (oh, ahora es un capitalista, incluso una tienducha donde exprimen a los pobres es un asunto económico, hermano). ¿Crees que le habrían dejado explotarles si hubiese sido uno de ellos?

—Con tal de que fuese negro y de aquí...

Pueden reírse discretamente, el temor subconsciente del camarada blanco a caer en

un racismo a la inversa..., ¿una variedad local de xenofobia? Eso también es economía, ¿no?

Wethu vive con Sindi en la casa pero continúa recibiendo en la cabaña a sus amigas de la ciudad, a las mujeres de la iglesia y al empleado de la gasolinera; lo de él parece ir más allá de la empatía de las mujeres de la iglesia, es una especie de responsabilidad motivada por lo que le acarreó a Wethu su amistad con él: la falta de respeto de los golpes de un hombre que podría haber sido su nieto.

Lo mejor será enviarla, llevarla de vuelta a Kwazulú. Con Baba. De todos modos tiene que volver mucho antes de noviembre, tal como habían decidido para ahorrarse despedidas innecesariamente emotivas, y ahora con más razón.

Nada es como esperaban: la anciana pareció no oírles cuando le dijeron que iba a volver a casa, ni siquiera cuando Jabu entró con ella en la intimidad del cuarto de Sindiswa, ese templo de la adolescencia femenina, y le explicó amablemente en isizulú, con toda la reverencia tradicional entre jóvenes y ancianos, que pronto tendría que despedirse de esta familia; ya sabe que van a irse a otro país.

Sindiswa había entrado y escuchado.

Siguió a su madre fuera de la habitación donde su hermano y su padre estaban a punto de ponerse a jugar al ajedrez. Gary Elias preparaba el tablero y las fichas mientras Steve veía en la borrosa distancia de la pantalla de televisión a los empleados municipales en huelga blandiendo armas amenazadoras—palos, porras, todo lo que podían encontrar—contra las enfermeras y los pacientes enfadados y aterrorizados de un hospital, un brazo escayolado se mueve de aquí para allá delante de la cámara.

La voz de Sindiswa redujo todo lo demás a un mero ruido.

—Wethu se viene con nosotros a Australia.

La mirada de Jabu hizo callar a Steve, al ir a apagar la otra realidad de la ciudad en cuyo centro vivían golpeó el tablero de ajedrez con la rodilla e hizo que las fichas se estremecieran.

—Espero que no le hayas metido esa idea en la cabeza, Sindi.

La niña (¿podía una seguir siendo niña mientras los adultos ejercían la violencia a tu alrededor, entraban en tu casa, te ataban y pisoteaban?) se mostró inflexible. No sólo Wethu no podía volver al gallinero convertido en habitación, sino que tampoco podían dejarla atrás en un sitio donde no se respeta a las abuelas y se las puede golpear y atacar para llevarse un aparato de televisión.

—Wethu volverá a casa con Baba y acabará olvidando lo sucedido.

Sindiswa estaba frotando el pie contra el suelo con paciencia.

—No. Vino aquí y quiere... se irá con nosotros.

Ahora habla Steve para adelantarse a Jabu.

—Sindi. Se sentiría perdida. Totalmente. En Australia. Allí no conoce a nadie, estaría muy sola.

—Hará amigos. —Sindiswa se vuelve para enfrentarse a su discriminación—. Si nosotros podemos, ¿por qué no va a poder ella...?

—Apenas habla inglés... Es totalmente distinto, nosotros hablamos la misma lengua, hemos llevado la misma vida...

Cómo explicarle esa excepción a la... «integración íntima», un amor desconocido para el racismo: los hechos de la vida en esta sociedad no son como la historia de las abejas y los pájaros...

El hecho es que el barrio es la burguesía de los camaradas. No somos como los blancos de antaño, pero tampoco vivimos como los demás, aunque algunos de los nuestros sean negros..., los Mkize y Jabu, nuestras síntesis Sindiswa y Gary Elias. Tus propias pretensiones salen de la boca no de niños de teta sino del privilegio de los colegios privados progresistas.

—¡Hay que reconocer que no le falta razón!—concede Jabu con una exclamación.

—Pero nuestra Antígona defiende una causa equivocada, en el Centro no la aconsejaríais...

—¡Oh!, creo que sí, en este caso no, pero en algún otro...

La cama es su tribunal, tienen tan poca intimidad mientras empaquetan no sólo las cosas de lo que empieza a ser una etapa concluida de la vida (como si tuviese que llevarla del escondite clandestino y atravesar el umbral de su primera casa), sino la certeza...; el Absoluto de la Lucha, que queda atrás con un presente: una liberación, en una forma que nunca habrían creído que pudiera adoptar. Suceder. En fin. Una señal de que la nueva generación siempre llega para tomar el relevo. Mandela y Tambo de Luthuli, y así sucesivamente, la siguiente y la siguiente, una Antígona insolente... La generación nacida en libertad y lo que hace con la farsa en que están convirtiendo la libertad. «Una vida mejor» parece la letra de una canción pop anticuada y tirada a la basura que vacían en la calle trabajadores a quienes pagan un salario equivalente a lo que se gasta cualquier ministro en cigarros puros. Cómo conciliar el sueño. Sólo los animales duermen cuando quieren. Pero es posible hacerlo con la autoridad de al menos una convicción.

Si el presente no podía preverse tampoco se puede condenar a Sindiswa y a Gary Elias por crecer en él.

—Los grupos de la izquierda (comunistas, trotskistas, probablemente ya no queden antiguos estalinistas) son poco más que una curiosidad—suelta con triunfante desdén el profesor Craig-Taylor en el refugio de la sala del café—, *a luta continua* la ha reemplazado como retórica nacionalista negra un joven de gesto inocente con actitudes resucitadas de cervecería muniquesa: Julius Malema.

—Tal vez él sea la Antígona en la era del cambio sexual. —La ocurrencia es de Marc, el delfín que se ha casado con una mujer.

Hay una fuerza que no pertenece al pasado colonialista y que ha hecho valer sus derechos en el milenio africano: un partido político. Los líderes tradicionales en el Parlamento, sean o no representativos de todos los orígenes tribales con los nueve idiomas, apoyan los derechos de cada uno. Los amazulúes no circuncidan; los amaxhosa, sí. Y ese rito de entrada en la edad viril se ha vuelto provechoso.

—... como todo. —Quien habla es Peter Mkize, en una reunión celebrada en la ciudad bajo un acrónimo de derechos humanos a propósito del informe según el cual en la temporada de circuncisión invernal han muerto veinte niños—. ¿Por qué el ministro de Sanidad no persigue a los sinvergüenzas que hacen esas carnicerías con nuestros jóvenes y ofrecen precios baratos a los padres que no quieren pagar el coste de quienes circuncidan al estilo tradicional?

Como camarada zulú, Peter haría bien en tener cuidado y no entrometerse en ese asunto de los ritos de masculinidad..., el rito zulú decreta que sus jóvenes maten a un toro con las manos, lo cual incluye sacarle los ojos y supone una lenta tortura para el animal. Un animal no es humano, claro, pero ha habido protestas de los grupos de defensa de los animales, después de que este año se llevara a cabo el ritual en público y las cámaras reprodujesen la agonía de la muerte. El propio Zuma debió de pasar por ese ritual hace mucho tiempo, y uno no cuestiona la humanidad ni la moralidad del modo en que el presidente consiguió una virilidad demostrada con sus muchas esposas y otras mujeres. Aunque fue Jabu quien insistió en que asistiesen a la conferencia de Peter... Baba, ¿cumpliría su padre con el rito... antes de abrazar el de la Iglesia? Prefiere no pararse a pensarlo.

En la barra de la cafetería a la que van después, inquietos con sus reacciones, se les acercó un joven que le espetó a Peter:

—Tío, eres uno de esos tipos educados que quieren que hagamos lo mismo que los blancos, toda esa mierda de los blancos que dice que los hombres se casen entre ellos es mejor que la circuncisión para hacer verdaderos hombres, tu cerebro está anclado en la

época colonial, no es África para nosotros ahora.

—Hermano, no es eso lo que he dicho. Conservamos nuestras ideas, lo que se llaman las costumbres. Pero debemos conservarlas como es debido, como eran antes, ya sabes a lo que me refiero, cuando no eran un modo de sacar dinero..., ¿entiendes? La circuncisión la practicaban entendidos..., expertos, ¿sabes a lo que me refiero? Sabían lo que hacían y no moría nadie, ningún crío acababa mutilado. Ahora cualquiera con un cuchillo de cocina se cree capaz de hacerlo, es barato, no pagas mucho y estás listo de por vida.

Peter hace el gesto de un corte entre los muslos abiertos.

—Los amaxhosa circuncidan. Si se hace bien, si lo hacen personas entendidas, puede que sea una buena costumbre, ayuda contra el **vih** y la infección del sida, qué más da si te hace un hombre o no. Pero lo de los amazulúes de matar a un toro con las manos es doloroso y cruel. Y no es porque tengan hambre, sino para demostrar que son fuertes. Cuando llegues a ser un hombre ya tendrás ocasiones de sobra de demostrar tu fuerza.

El joven no esperaba oír eso de una mujer, qué sabrán ellas de rituales masculinos.

Jabu se había dado la vuelta en el taburete al reconocer a un *mfowethu* por los giros de la lengua que comparten. Y se toma el desafío con rebeldía, como algo personal. ¿Creería su Baba que había llegado a eso, a creerse con el derecho de dejar todo eso atrás? ¿Qué tiene eso que ver con Baba?, pero todo tiene que ver con él, de lo contrario no sería quien soy donde estoy. Donde voy a ir. Donde seré.

El, el descendiente de la colonización, no estaría aquí a su lado, no se la llevaría, mejor dicho, no se iría con ella, porque ella quisiera, a otro país, como si en realidad entendiera esa salvajada. La gente necesita símbolos.

Sí..., oh, sí, de su poder sobre la naturaleza, ¿no es eso? ¿O sobre otra gente? ¿O para complacer a los dioses? Sí. Pero han cambiado desde entonces, ¿no?, los mexicanos ya no hacen sacrificios humanos a los dioses. El toro no ha hecho nada malo. No ha irritado a ningún dios, no es más que un animal. Cualquiera diría que—como símbolo—sería suficiente con sacrificar al toro y comérselo, no hay por qué torturarlo hasta la muerte.

Sacrificar de manera humana. Que ella le haga enfrentarse a lo evidente: tanto él como ella comen carne, y ocurren tantas cosas indecibles muy cerca, entre personas reales, no simbólicas, a su alrededor.

El gallinero convertido en habitación no está vacío.

Lesego es el representante del departamento de estudios africanos de la universidad en una asociación nacional formada íntegramente por sudafricanos negros, que intenta con tan poco éxito como la izquierda, los cristianos o las organizaciones de derechos humanos condenar y poner fin a la violencia contra los inmigrantes a través del reconocimiento de la hermandad africana. El propio Lesego no cree que el continente africano sea una gran familia ni que el espacio en cualquier lugar de dicho continente deba esgrimirse como razón para no rechazarles. Tal como es Lesego, asiste a las reuniones de la asociación erigido en representante de las condiciones de vida de las comunidades negras sudafricanas, tan degradadas y aquejadas de privaciones que los invasores rompen su último y precario vínculo con la existencia.

—Por eso nuestros sudafricanos se vuelven violentos—la airada saliva de Lesego brilla en las comisuras de sus labios mientras enuncia las cifras—: un veintitrés por ciento de paro, y eso sin contar a los tipos cuyo único empleo es ayudarte a buscar aparcamiento, la mitad de los crios que viven en chozas no van a la escuela, los padres no pueden pagarla, ni darles más que un plato de papilla al día: la causa de toda esta violencia es la pobreza. ¿Qué vamos a hacer al respecto los veteranos de la Lucha? Zuma era nuestro jefe de Inteligencia. ..., el presidente, ¿qué va a hacer él al respecto? ¿Por qué no venís conmigo, veis «sobre el terreno» uno de los campamentos donde golpearon y dieron patadas a los refugiados, hubo dos muertos, la semana pasada...?

—Jabu y yo vimos, hace meses, a los que tuvieron que irse de Alexandra, habían organizado una especie de campamento en un descampado justo enfrente de las casas de los nuevos ricos de un barrio con un montón de medidas de seguridad..., con gran enfado por parte de los residentes blancos y negros.

—¿Y qué se ha hecho al respecto?

—Supongo que los residentes habrán conseguido que los desalojen. Eran una amenaza para la seguridad, y el valor de la propiedad se reducía por lo que había a las puertas de sus casas.

—Así que nos quedamos aquí hablando... *horrorizados... Eish!* —Lesego lo descarta, ha olvidado por un momento que Australia es la respuesta para no hacer nada al respecto.

—La «xenofobia», un futuro en el que nadie pensó cuando estábamos en el desierto y en el monte.

—Un momento, hermano..., ¿cómo podíamos saber entonces que los países de nuestro entorno iban a convertir su liberación en sucias luchas de poder con su propio pueblo, los Amin, los Mobutu y ahora Mugabe, y que sus refugiados nos iban a desbordar...
?

Lo ha visto todo antes.

En el coche de Lesego se le ocurre:

—¿No despertará su suspicacia que vayas con un *umlungu* blanco? No quisiera que desconfiasen de ti.

Lesego ni siquiera se para a considerarlo.

—Me conocen, soy su tapadera no racial. Al menos soy un profesor negro de estudios africanos en una universidad donde antes nos estudiaban profesores blancos. Creerán que eres un periodista que me acompaña para escribir sobre la situación en su país. No hay de qué preocuparse.

No le inquietaba que pudieran insultarle, decirle palabras gruesas, la rabia que pudiera salpicar a un emigrante de su mundo blanco, sino que verse convertidos en espectáculo los ofendiera.

Una vez Lesego dejó la carretera vieron un montón de neumáticos quemados en un camino que tuvieron que esquivar. A juzgar por las fotos de los periódicos y los reportajes de la televisión hay infinidad de ellos, son los estandartes, las banderas de la protesta. Lesego, como si hiciera una observación sobre el paisaje, dice:

—Han debido de retirarlos después de que cortaran la carretera.

El camino estaba cubierto de surcos, baches y desniveles de la última estación lluviosa, agujeros que había que esquivar o, si eran demasiado anchos o profundos, pasar en una marcha corta. Los taxis autobús ejercían su derecho de paso y avanzaban rozando el coche: Lesego tenía experiencia en esas cosas. Vieron restos de vehículos convertidos en esqueletos. Un par de niños con piernas y brazos como palillos y otro gordo y pesado les gritaron mientras jugaban en uno de ellos. (¿Sabrán explicar los pediatras por qué los niños desnutridos pueden ser o bien extremadamente delgados o estar hinchados como bolsas vacías?). Llegaron al comienzo, más que a la entrada del lugar. Había hombres charlando y una vieja sentada en una caja delante de lo que podría ser la casa de alguien si su vida estuviera expuesta a la vista de todos, tres paredes de cartón idéntico al de la caja donde está sentada, una plancha de hojalata para el tejado, la cuarta pared falta o no ha existido nunca, una cama pulcramente hecha con una colcha de flores, cazuelas, unas camisas que cuelgan de un hilo, una bañera de lata, un póster de una estrella del fútbol.

Un tipo que reconoció a Lesego reunió telepáticamente en torno a él a varios hombres salidos de detrás de lo que quedaba de las chozas y las casas. Nada parecía estar intacto, aunque no como si hubiesen caído explosivos de manera indiscriminada, sino como si lo hubieran destrozado intencionadamente. Los invasores se habían limitado a mudarse a

este lugar donde tal vez los habitantes llevaran viviendo años y estaban lo bastante establecidos como para tener algunas posesiones. Casi seguro cosas tiradas por los blancos de las áreas residenciales que tienen demasiados trastos, o robadas por desempleados convertidos en ladrones: ningún refugiado podría haber llevado consigo el piano vertical con las teclas rotas, que parece un animal desdentado. Una tienducha que exhibía ofertas especiales con pósters de clientes sonrientes como en los supermercados tenía los estantes vacíos y ofrecía restos de saqueos, pisoteados y aparentemente carentes de valor. Alguien estaba comprando lo que quedaba de una televisión: allí no había electricidad, pero siempre era posible enchufarla a la batería de un coche, los pocos que se veían no estaban más dañados de lo que habrían estado normalmente: parabrisas tuertos con parches, abolladuras a modo de recuerdo de los encuentros diarios en ese camino tan estrecho; los propietarios debieron de llevárselos a un sitio más seguro cuando estaba a punto de estallar la violencia.

En esta ocasión los zimbabuenses no huyeron, resistieron la violencia del rechazo con más violencia. Los hombres que rodeaban a Lesego estaban convencidos de que había llevado a alguien que haría que el mundo entero oyera la historia de su invasión, así que debía contarse en un idioma que el blanco pudiera entender; todo lo que se dice con vehemencia hay que decirlo en inglés. Una voz gritaba entre la cháchara del grupo:

—¿Quién les da pangas y pistolas? ¿De dónde las sacan? ¿Quién les da cuchillos de carnicero? ¿Quién paga a los que vienen a matarnos? Quieren quedarse con este lugar.

Una mujer se puso a gimotear y despertó los llantos debajo de los chales negros de las viejas que la acompañaban.

Y de pronto una nota de cadencia afrosoul se alzó en alguna parte en el horizonte de destrucción. ¿De quién es esa voz? Es sólo una chica de las muchas que están creciendo en ese lugar; una inspiración, no una interrupción.

—¿Dónde están los trabajos que nos quitan? Hay trabajo en la fábrica de pinturas, en el edificio que están construyendo en Jeppe Street, las limpiadoras del hotel..., ésos nos quitan los trabajos, aceptan sueldos bajos, los jefes no quieren pagar los salarios que piden los sindicatos...

Lesego se aparta con uno de los hombres y le hace un gesto a Steve:

—Quiere que le acompañemos.

Se encoge de hombros pidiendo discreción. Habla con él en voz baja.

Es demasiado difícil seguir lo que dice porque han empezado a hablar en isizulú; así que, ya que no entiende lo que se proponen, opta por convertirse en un apéndice de Lesego. Ver más «sobre el terreno». Las mujeres tienen cazuelas al fuego sobre trébedes, los niños juegan al criquet y se pelean por el turno para lanzar la pelota con las ruedas del cadáver de una bicicleta. Otra mujer remueve recostada y con gesto decidido una pasta que parece cemento más que comida, al lado de un hombre que coloca ladrillos para tapar los huecos

de una casa que tenía el lujo de disponer de una pared en lugar de una plancha de hojalata corrugada o cartón. Los campamentos se alinean en calles como por instinto, pero algunas chozas dan a otra parte y se apartan de la tosca línea de las casas, en eso consiste la libertad de la pobreza. Lesego saluda a unos hombres que están dando martillazos en lo que queda de una plancha de metal para el tejado y ellos responden alegres al saludo. El suelo está cubierto—tienen que apartarlas con el pie para pasar—de botellas de plástico aplastadas, colillas de cigarrillo, folletos de publicidad arrugados y latas de cerveza, sólo que en mayor cantidad que la que se echa al arroyo en la vida normal de la ciudad.

Aquí, en las chozas, no hay servicio municipal de limpieza. ¿Por qué iban los padres a enseñar a sus hijos a no tirar basura cuando sus casas están hechas de basura?

—¿Entonces ni siquiera pueden aprender a respetarse a sí mismos?

—No, ni siquiera eso.

Jabu no ha ido con él, pero a menudo, cuando está con otros, es como si su mujer le mostrara aspectos inesperados de su personalidad. Igual que a veces Steve le hace reparar a ella en algo de lo que no es consciente.

Unos parroquianos beben botellas de cerveza sentados en sillas rescatadas de alguna parte, todas diferentes, cojas de una pata o con el asiento reforzado por un cartón, tal vez ese cobertizo destartalado sea o haya sido una tienda de licores, está oculto, no puede decirse que protegido, por una lona alquitranada igual que las devotas musulmanas ocultan detrás de un velo la vista compensatoria de la fealdad de la vida. Los niños espantan a las ratas y hay algunas gallinas, no se ven demasiados cristales rotos, tal como uno esperaría después de un estallido de violencia, porque en general las chozas no tienen ventanas, pero hay fragmentos de reflejos de los espejos hechos añicos; aunque no puedan permitirse otra cosa, está claro por los espejos que todavía sobreviven en los refugios destartalados, colgados en cualquier parte, que los hombres y las mujeres necesitan ver su imagen, para afeitarse y (la joven voz afrosoul) maquillarse, verse no sólo como los demás deciden verles.

El hombre se detiene, obviamente han llegado a su destino. Es una choza como cualquier otra, pero con una verja de hierro, una barrera como las que hay a la entrada de las tiendas en las calles peligrosas, y unos muebles rotos de los que cuelga un trapo con la imagen del presidente vestido con pieles de leopardo impiden que nadie pueda ver lo que hay dentro. Una mujer cuyos rasgos indican que una vez fue hermosa (igual que lo es Jabu, la abogada) se interpone cuando el guía de Lesego sacude las barras para llamar la atención de los de dentro.

—Dice que hay alguien muy enfermo y que no hay que molestarle.

El tipo hace un gesto con el hombro para apartarla entre reproches. Dentro se oye una voz que pregunta y recibe una respuesta en el idioma que comparten y que parece

confirmar su identidad. Un hombre con una barriga tan enorme que el cinturón sólo le sostiene los pantalones por encima de la entrepierna aparece al otro lado de la cortina. Les indica con un gesto que se acerquen y empuja la puerta de hierro, los recién llegados no pueden empujar igual su inmensa barriga y tiene que hacerse a un lado.

Hay una cama de matrimonio desocupada. Una joven cuida de un bebé entre botes, tazas y una col en la mesa. Confusión. Una choza es una vivienda que sirve para todo, hay una motocicleta, ropa amontonada, un teléfono móvil, un cochecito lleno de juguetes rotos, un asiento de coche con dos cojines blancos muy limpios que debe de servir también de cama.

Lesego es presentado a aquel hombre que luce su barriga con tanta confianza e intercambian elaborados saludos. A su vez, Lesego le presenta a él:

—Mi buen amigo Steve.

Puede que el tradicional apretón de manos del blanco le inspirara confianza y puede que no. La joven con el bebé en la cadera se acercó y, como si se hubiese olvidado de ella, el hombre dijo:

—Mi hija.

Lesego le preguntó cómo se llamaba mientras la saludaba y acarició al bebé.

—Este es Steve. Damos clase juntos en la universidad.

—Oh, muy bien, encantada...

¿Qué decir?

—¿Está usted bien? Debió de ser horrible.

—Intentaron entrar, pero la puerta de hierro..., lo intentaron varias veces, por suerte fuera había tantas peleas que se mezclaron en una y se fueron a otro sitio: a una conocida nuestra que vivía ahí al lado la mataron.

Su padre se impacienta con esos prolegómenos. Señala con un gesto hacia una manta cubierta de manchas que cuelga del lugar donde la pared de hojalata entra en contacto con el tejado y la levanta un poco para que los tres puedan ver: hay un hueco que conduce a un cobertizo apoyado contra lo que queda de la puerta abollada de un camión. Ven a un hombre de pie. Les mira a la cara, desde donde debía de estar oculto antes de que les dejaran pasar.

Es joven y lleva uno de esos pasamontañas de colores que las mujeres venden junto con caramelos y cigarrillos en las aceras de la ciudad. Corona y protege ¿su identidad? desde las orejas hasta la mandíbula.

Se produce una discusión entre Lesego, el dueño de la choza y el hombre que llevó a la confrontación con lo que se ha convertido en una circunstancia más que una crisis. Se habla de eso en todo el país.

¿Qué propósito tiene estar ahí con ellos? ¿Qué vamos a hacer al respecto los veteranos de la Lucha? (Quedarnos sentados.. ., *horrorizados... Eish!*).

La discusión ha terminado en un silencio brusco y conclusivo. Lesego se vuelve.

—Tenemos que sacarlo de aquí.

El grupo se agacha para pasar debajo de la manta del cobertizo, el hombre que estaba oculto allí les sigue. La chica mira a su alrededor con un gesto instintivo, y mete esto y aquello, las cosas de las que uno no puede prescindir—una pastilla de jabón y una cuchilla de afeitar—, en una bolsa de plástico, ropa interior y una toalla pequeña, un frasco de pastillas y una chaqueta de cuero que mete plegada en una bolsa de la compra tras vaciarla de ropita de bebé.

No se quita el colorido pasamontañas que por fuerza ha de llamar la atención: estará en peligro desde el momento en que abandone la protección de la choza y suba al coche de Lesego. Pero no..., es lo que llevan todos los jóvenes este invierno para protegerse del frío, demuestra que eres enrollado, tío.

El joven empieza a hablar sentado en el asiento trasero junto al hombre que les llevó hasta su escondrijo. En el espejo retrovisor ven el pasamontañas que se mueve arriba y abajo con nerviosa locuacidad. Habla inglés con más seguridad que muchos sudafricanos, aunque obviamente no es uno de esos inmigrantes zimbabuenses, médicos y profesores, que demuestran que Mugabe empezó bien, reformando y mejorando la educación más allá de los límites coloniales.

—No entiendo qué mosca les ha picado a esos tipos de casa de Josiah, nos llevábamos bien, trabajábamos en lo mismo, Nomsa y yo íbamos de juerga juntos, fui padrino en la boda de una de sus amigas..., qué tengo que temer si vivo con ella... Otros, los somalís con sus tiendas, son muy egoístas, irritan a los vecinos, pero nosotros vivimos en las chozas y nos ayudamos unos a otros. No podía creer a Joseph cuando me dijo..., me refiero a los vecinos de al lado, bebemos y bailamos juntos, sin ir más lejos esta última Navidad..., ¡y ahora quieren matarme! ¡Quieren matarnos a todos! ¡Fuera, fuera! Creen que si nos echan, si nos matan, se harán ricos con nuestros trabajos, ¿te imaginas? ¿Con lo que nos pagan? Seguirán tan pobres como nosotros.

Pero ¿adonde lo llevará Lesego?; debe de estar considerándolo en silencio. Han dejado atrás las chozas, nadie los apedrea en la ratonera del sucio camino, nadie ha reconocido a un enemigo procedente de Zim a quien conocen bien, ni han intentado sacarlo

del coche donde un blanco es uno de sus protectores.

El silencio ante el monólogo del hombre, mientras Lesego conduce, se ve interrumpido por ocasionales carraspeos y sílabas para demostrarle a la víctima que le están escuchando.

—¿Dónde podemos llevarlo? ¿Quién...?—dice Lesego en voz baja en ese momento de silencio compartido.

No se le puede preguntar al joven si conoce a alguien en alguna parte. Así que no hay respuesta y eso confirma que deben seguir pensando dónde. El refugio de la iglesia metodista es el último sitio, ahora debe de estar desbordada..., a no ser que la hayan asaltado para echar a los zim.

Lesego pareció encaminarse vagamente hacia el barrio, tal vez estuviese pensando en otro sitio o quisiera dejar al camarada que tiene a su lado, convencido de que no se le va a ocurrir ninguna solución.

De pronto, como si cayera en algo, volvió a empezar con la misma voz grave:

—Esa pariente de Jabu, ¿ya no vive en el cobertizo?

—Después de lo ocurrido se ha trasladado a la habitación de Sindi.

Lesego no aparta la vista de la carretera mientras pregunta:

—No podríamos instalarlo allí, ¿verdad?

Es una observación. Como si anticipara algún obstáculo.

—No sé si a Jabu le gustará la idea... —Necesita un momento para pensárselo. Pero entretanto:

—No puedo llevarlo a mi casa, mis padres están de visita, ni siquiera tenemos una cama libre... Jabu, ¡oh!, tal vez pueda arreglarlo para que al menos sea un emigrante legal.

—Olvídalo. El Centro actúa para sudafricanos a quienes se les niegan sus derechos. Además, ¿desde cuándo a un xenófobo le interesa si has entrado legalmente en el país o no?

¿Qué sentido tiene estar ahí, en el asiento del acompañante, haber ido al escondrijo de las chozas tras los restos de la puerta de un camión? ¿Qué estamos haciendo? Echamos abajo siglos de colonialismo, aplastamos el *apartheid*. ¿Y si nuestra gente pudiera hacerlo? ¿Acaso no es posible que la misma idea pueda darse en alguna parte, que haya quien quiera alzarse y seguir el trabajo por la libertad? Alguien debe tener la loca fe de seguir con la Lucha. Pasan la piscina de la Gereformeerde Kerk donde el agua está rizada por el viento de invierno y llegan a la casa que seguirá habitada sólo hasta noviembre: el cobertizo ya

está desocupado. La puerta del acompañante se abre en cuanto Lesego apaga el motor.

—Quiero entrar a decirle a Jabu que tenemos un invitado. ¿Cómo dices que se llama?

Lesego cree recordar que la autoridad barriguda murmuró algún nombre, Albert no sé qué.

Es sábado por la tarde, Gary Elias y Njabulo, con sus pantalones cortos y sus camisetas de fútbol después del partido, están cómodamente instalados delante de la televisión donde suena a todo volumen otro partido. Están tan concentrados que no oyen entrar al padre de Gary. Esa generación es inmune a las interrupciones, viven en una atmósfera de hilo musical, sus comentarios se reducen a la cháchara de los lugares públicos, sólo registran las banalidades e intimidaciones que llegan por el teléfono móvil. Sus sentidos auditivos estarán agotados antes de que empiece a salirles la barba. (Sí. Pero ¿no ponías tú a los Beatles a todo volumen mientras estudiabas?). Sindi no está..., ¿cómo va a estar si los sábados sale con sus amigas ? Jabu toma notas de unos volúmenes que hay abiertos a su alrededor..., se ha llevado trabajo de investigación del Centro, la concentración le impide oírle. Da un respingo asustada antes de darle la bienvenida.

—¿Ha sido muy horrible... ? ¿Por qué no ha entrado Lesego...?

Ella capta su gesto. Aunque no hay peligro de que los chicos puedan oírles. Una vez en el pasillo, Steve va hacia la cocina, pero ella le coge del brazo, se oye el ruido de alguien cortando verduras, Wethu debe de estar preparando alguna cosa.

—Tengo a un tipo en el coche..., lo tenía escondido la familia con la que vivía en las chozas. No estaba entre los zims a quienes atacaron la semana pasada, pero saben dónde está y quieren matarle... —Jabu le escucha muy atenta—. Lesego no sabe dónde meterlo. —¿Es que espera que le dé alguna idea, una posible solución?—. En su casa no puede ser, está llena, sus padres están de visita. Tendremos que alojarlo aquí. —Jabu continúa con la cabeza inclinada con un gesto inquisitivo, aunque no parece sorprendida—. Lesego recordó lo de la habitación de Wethu. No quería traerlo sin avisarte.

Ella se vuelve sin decir palabra, se limita a darle un beso rápido.

Lesego y el hombre entran y les da la bienvenida.

—¿Os apetece un poco de té? O mejor una copa. Soyjabu Reed..., nuestro hijo, Gary, y su amigo... —Le ha quitado la voz al partido.

El desconocido se quita el pasamontañas mientras los chicos murmuran con gesto de aprobación, es un tío enrollado. Deja la bolsa de viaje en esta casa.

Jabu reconoce ese derecho.

—No te preguntaré qué te ha pasado, ha sido..., lo hemos visto. En la televisión..., los periódicos, lo hemos oído en la radio...

Pero el hombre que se ha convertido en *su* zimbabuense gracias a Lesego responde:

—Es terrible..., nuestra gente, lo que puedan sentir aquí los nuestros...

Bebe una cerveza y vuelve a contar su historia, empaquetador en una empresa de artículos de electricidad, conductor de camión, camarero de comida rápida. Un informe, tres años a prueba.

Cuando Lesego apura su cerveza—no le han ofrecido vino como siempre, no es una reunión de placer—y se levanta para marcharse, el otro no hace ademán de seguirle, lo ha entendido. Aun así, pregunta para asegurarse:

—Entonces, ¿me puedo quedar... de momento?

Le da las gracias a Lesego, que se despide refunfuñando.

Jabu aparece al rato con unas sábanas debajo del brazo.

—Steve te enseñará dónde vas a dormir, no está dentro de la casa, pero hay un baño y demás. Si necesitas alguna cosa... La cena será tarde, mañana no hay clase.

El breve argot de la intimidad doméstica.

—¿Dónde está la cama de camping que usamos cuando fuimos a Drakensberg con los delfines?

—Oh, Gary Elias lo sabe. ¿Dónde la pusiste, Gary?

Luego lleva al desconocido a la habitación de Wethu, en el antiguo gallinero.

—¿No deberías darle algo de ropa?, mejor tus vaqueros, es más pequeño que tú pero a ti te aprietan y no le quedarán muy grandes..., esa bolsa de la compra que lleva...

Gary Elias y Njabulo la ayudan a buscar la cama de camping y a colocar las combadas patas de madera y extender la lona. Gary Elias ha recordado una vieja queja:

—¿Cuándo volveremos a ir de camping?, ya nunca vamos.

Nunca. No es el mejor momento para que su padre le recuerde lo que le han contado, que en Australia el campo es distinto, igual que el monte donde han pasado sus vacaciones de aventura no se parece al desierto de Angola donde estuvieron su madre y su padre durante la Lucha. ¿Y qué? Que el niño, su niño, mi niño, identifique el campo con una aventura feliz ya es un avance... en la vida mejor que no ha llegado a quienes viven en las

chozas y se ven obligados a defender con pangas y fuego las posesiones de la supervivencia que no pueden compartir.

Durante la cena para la que Wethu estaba picando zanahorias y apio para la ensalada, todo el mundo escucha historias y relatos de Zimbabue. Cuando eres desplazado dos veces —primero la larga prueba de huir del conflicto y el hambre que lleva a tu país a la ruina, luego el rechazo en un país hermano—tal vez haya una necesidad inconsciente de volver a la cordura simbólica de lo que antes fue tu hogar. Algo que ya no existe. Ha desaparecido. Primero la palabrería interminable sobre la independencia y luego los años de lucha, la batalla de los imperialistas Smith (es la etiqueta que les pusieron los que lucharon por la libertad) contra el pueblo africano. Pero siempre quedaba la aldea, con la escuela de los hermanos cristianos, buenos maestros, el río, donde los tíos y los abuelos te enseñaban a pescar, la lucha con bastones para hacerte un hombre, las fiestas donde se bebía y los ancianos que contaban historias de combates con leones en el pasado. Antes, antes. Está la motocicleta comprada a un granjero blanco con el dinero ahorrado después de dos años trabajando en la granja con el ganado..., otra habilidad entre la variedad de empleos: es experto en sacrificar animales. Y es explícito al contarle a Gary Elias en qué consiste. Wethu apenas reparó en él, el barrio es un sitio donde a menudo acudían amigos del trabajo de la hija educada de Baba, una abogada, y Steve, un profesor en la universidad. Sindi se iba a quedar a dormir en casa de una amiga, ya se enteraría de las novedades el domingo si Wethu volvía antes de la iglesia. Jabu se mostró interesada como si participara de las cosas que contaba de su aldea y cuando habló de Mugabe le hizo preguntas incómodas que él evitó responder. Su costumbre de abogado de hurgar donde el testigo parece confuso por ¿el miedo? ¿Una lealtad de la víctima hacia el poder que se había vuelto contra su propio cuerpo electoral? Jabu es muy directa. Al acabar la cena, preguntó a su invitado si quería llamar a alguien, tal vez no tuviese un teléfono móvil entre las cosas básicas de la bolsa de la compra, y si—tal como su marido se encargó de comprobar—funcionaba el calentador en el cobertizo de Wethu, agua caliente para el baño. Luego se desearon cordialmente buenas noches en isizulú, ella había supuesto, al parecer con razón, que en tres años el hombre habría aprendido la mayoría de los idiomas que se hablaban en sus trabajos.

El mira a su alrededor, coge el pasamontañas y se lo pone en la cabeza.

Están en ese lugar donde se han deshecho de los sucesos del día, de unos vaqueros y de algo de ropa interior.

—No te ha contado lo que ha dejado en las chozas.

—¿A qué te refieres?

—Hay una chica con un bebé, buscó una foto y la metió llorando en la bolsa.

—Su padre las cuidará. Y ella se ocupará del bebé.

Jabu lo sabe y él también. Son circunstancias por las que han pasado muchas generaciones en Kwazulú, en el pueblo de Baba y miles de pueblos parecidos, la eternidad del colonialismo, poco importa de quién, su reciente evolución en el *apartheid*, los bantustanes y ahora la libertad. Hay que comer. Los hombres se van a las fábricas, las granjas de pollos y las bodegas vinícolas, y Baba y *magogo* se quedan a cargo de las mujeres y los niños concebidos cuando los hombres vuelven de permiso con dinero. Es su emigración. Jabu ha conocido eso durante toda su infancia, sus amigos crecieron sin padres. Incluso aunque ella fuese la excepción y su padre, el director, sí estuviese en el pueblo.

El presente es una consecuencia del pasado.

Y eso incluye los recortes de periódico que encontró.

Steve y Jabu comparten el mismo espanto ante la degradación de la violencia que se ha abatido sobre los zimbabuenses. Ella, él..., es la pobreza, una y otra vez, una realidad que se esquila con esa xenofobia tan oportuna. Si no lo compartieran como compartieron su vida en la Lucha, su relación amorosa no saldría indemne.

Steve comprende, ahora que tienen el desastre en casa, en el barrio, esa urbanización de variedad humana donde por fin la raza, el color y el sexo son sólo comunales, que ella posee una seguridad ancestral de la que él carece y que nunca tendrá. La gente de Jabu ha sabido y sabe cómo sobrevivir a cosas que sus antepasados no han vivido jamás.

El es el producto final de los señores colonialistas en Africa, aunque se haya redimido en el *Umkhonto*.

Si hubiese nacido una generación antes y en Europa, ese hilillo de sangre judía de su madre y de su abuela podría haber resultado en otra seguridad ancestral, en saber y haber sabido escapar a la extinción, el Holocausto.

Todas esas multitudes, distantes e inconcebibles, lo que va a ocurrir, está ocurriendo ahora a todo el mundo en todas partes, en todo el planeta. El holocausto de la naturaleza se acerca con los efectos de la contaminación. Y el resultado de esa autodestrucción humana es un cambio climático—según algunos científicos y filósofos, un fenómeno recurrente en el planeta Tierra—que destruirá los recursos de la vida.

El ocupante del gallinero transformado en habitación donde vivía Wethu también es adoptado por los camaradas del barrio..., una respuesta ante la inevitable vergüenza y repugnancia que les produce el impacto de la xenofobia en su situación. Al menos la humillación de la caridad puede aliviarse mientras esté allí—al principio pensaron que Blessing podría conseguirle una especie de empleo en la empresa de catering, que está funcionando muy bien, pero luego comprendieron que no era seguro, porque el personal no vería con buenos ojos que diesen trabajo a un zimbabuense cuando sus hermanos y hermanas estaban sin trabajo—. Los delfines le aseguraron que sería bienvenido en su piscina pero, brrr, el agua está demasiado fría en primavera, y le preguntaron si estaría dispuesto a ayudarles con la limpieza que hacen en esa época del año, así podría ganar algún dinero. Isa había retrasado la necesidad de pintar dos habitaciones, y ahora tuvo la ocasión de pedirle que lo hiciera. Nadie quería que el cobijo fuese una limosna, aunque cuando Jabu le dio a Albert un fajo de billetes para cubrir las necesidades del bebé cuya fotografía llevaba entre sus cosas, él aceptó el dinero con un seco agradecimiento como si se le debiera aquel dinero. Wethu no puso objeciones a que ocupara durante un tiempo su cobertizo, siempre que le dijeran que era con su permiso; aunque esa primera noche Jabu no le había preguntado. Ésta dio por sentado que el hombre iría a buscar la cena a la cocina y se la llevaría a su habitación, aunque por las mañanas desayunaba sus gachas con pan y té en la cocina, cuando la familia se había ido a trabajar y a la escuela; no obstante, Jabu insistió en poner una silla más a la mesa mientras Wethu y ella preparaban la cena.

¿Cuánto tiempo se quedaría?

Hasta noviembre.

El hombre tenía una inexplicable confianza..., ¿incuestionable?, en que las cosas se calmarían, había vivido con esas personas tres años, tenía una mujer sudafricana y un bebé, y una vida igual a la de ellos (asentía decidido movido por aquella confianza) y podría volver. Pronto. Todo se calmaría. Pronto.

Cada semana hay un nuevo grupo de chozas que se levantan formando un campamento, se identifican popularmente, aunque no aparezcan en los mapas, por el nombre de un héroe de la Lucha y emprenden otra lucha contra los del otro lado de la frontera. En algunas zonas el problema se resuelve al convertirlo, en nombre de una vida mejor, en una zona industrial o un club de campo: de ese modo todos tienen que marcharse.

Pronto. En noviembre. No habrá cobertizo de Wethu. Llegarán los nuevos propietarios. El *bonsella* zimbabuense no está incluido en el precio de la casa.

Jabu y Steve se enfrentan a esa despedida.

Los Mkize, no. Isa y Jake... ¿lo acogerían?

A ella se le ocurre una idea:

—Los delfines. —Sus palabras suenan decididas.

Pero, cómo sabe ella esas cosas; a él no se le ocurre nada mejor..., de momento, hasta que el hombre crea que puede volver con su mujer y su hijo a la choza, y regresen los zimbabuenses.

Sólo los delfines Donnie y Brian están en casa, con los periódicos y sus copas de pinotage del Cabo ante un fuego de leña a pesar de que el invierno casi ha concluido. Brian es un experto en telecomunicaciones que muchas veces les ha preparado su otra especialidad, la jambalaya, desde que fueron a darles la bienvenida al barrio.

—¡No hay inconveniente! Está lleno de trastos que, ahora que Marc se ha buscado una mujer, tendríamos que tirar de todos modos, antes era su estudio, o así lo llamaba él, aunque nunca ha pintado, no es ningún Picasso ni Sekoto, era donde escribía, dice que volverá para trabajar en paz..., vete a saber lo que indica eso de su vida con Claire..., lo único que hace falta es una cama, si tenéis una de sobra...

Van a tener muchas cosas de sobra, camas, mesas, tableros, sillas, neveras, televisores..., no, la nueva televisión de pantalla panorámica del salón se irá con los muebles que se llevará Wethu, tal vez Baba quiera regalar los escritorios y se quede para él el de su hija... cuando arreglen lo de la mudanza y llegue el momento de enviarla de vuelta a Kwazulú. Pronto.

Cuando llegue la ocasión, si no se han calmado las cosas, los delfines acogerán al hombre con uno de esos gorros que se venden en las aceras de la ciudad. Imagínate a los fantasmas-duendes de la antigua congregación de la Gereformeerde: los mariquitas pecadores en la casa de Dios..., ahora incluso tendrán un negro para darle por el culo. ¿Quién piensa eso: él o los demás, cuando les comunica que no van a echar a la calle al zimbabuense?

Otoño de fiestas, en verano. Un final.

Los niños están en alguna parte hipnotizados por Tv-lan-dia. Steve y ella están en el *stoep*, así se llamaba la terraza en los años cuarenta, cuando se construyó la casa, igual que la piscina de los delfines era la Gereformeerde Kerk antes de que los camaradas tomaran posesión de ella. Unos párpados de luz se abren sobre el barrio desde las casas de otra colina, se oye la conversación de las chicharras frotando las patas. Aun así, hay una expresión vigilante en la penumbra..., les esperan para otra de las despedidas no reconocidas. En esa ocasión en casa de Jake.

Llegan tarde. Los camaradas Blessing y Peter, y los delfines con su renegado sexual Marc y su mujer delfín honoraria, han estado bebiendo antes de su llegada. Jake está probando un nuevo vino de reserva de una bodega antigua y famosa adquirida por empresarios alemanes (¿o eran chinos?) que tomaron la precaución de incluir a uno de esos nuevos capitalistas negros entre sus socios.

—¿Por qué los blancos poseen los recursos vinícolas igual que las minas? Empiezan a oírse voces entre las juventudes del cna, que ninguno de los prósperos blancos ha oído todavía, entonando el toyi-toyi y pidiendo que se nacionalice la industria del oro, los diamantes y el platino.

Jake no está exactamente borracho, pero si más locuaz que de costumbre con ese pinotage experimental, imparable, ininterrumpible (si no existe esa palabra, debería existir).

Ella y él están sentados en un balancín desvencijado. De la mano, los otros no se tocan ni se abrazan.

—El cna tendrá que quitarse la cera de los oídos antes de que lleguen las elecciones en 2014, ese prodigio gritón de Malema convocó a los hermanos de su generación a votar por primera vez Zuma Zuma Zuma, más le vale a Zuma pararse a pensar en si volverán a bailar por él la próxima vez. ¿No está Malema preparándose para presidir el baile? Si no en esta ocasión... más adelante. Un día. Pronto. ¿Y los cinco mil puestos de trabajo que prometió Zuma cuando llegó a presidente? ¿Dónde están? ¿Y qué hay de la celebración multimillonaria de la victoria electoral? ¿Y de los cuatrocientos mil que gastó en una fiesta para su hija? ¿Y qué pasa con los otros diecinueve retoños e hijos naturales? ¿Celebrarán sus fiestas de cumpleaños a cargo del erario público? ¿Cuántas casas podrían haberse construido para familias de tres generaciones que viven hacinadas en edificios desocupados en los suburbios? ¿Cuántos tejados podrían construirse con la cuenta del champán francés tragado y meado por los ministros del gobierno...?

—Ha habido unos dos millones de casas. *Eish*. Eso no es nada... —Peter está hablando con Jake, no en tono desafiante, sino despectivo, como si quisiera compensar alguna circunstancia congénita de la que el propio Jake, un camarada, no puede ser consciente—. Yo soy el afortunado que tiene una casa. —Abarca con un gesto el barrio—. No sólo tengo un trabajo... y lo que llamamos una posición, sino que mi mujer tiene una empresa propia, sí. Pero yo, que soy negro, todos nosotros, desde el mendigo hasta el gran

jefe, puedo ir a donde quiera, viajar por mi país, vivir en cualquier sitio o ciudad, subir al autobús, pasar por cualquier puerta, enviar a mis hijos a cualquier colegio. Eso ya es algo...

Jake acepta—alargando el brazo derecho para sujetarse el izquierdo por debajo del hombro—lo que un blanco no puede experimentar. Pero aun así no hay quien lo pare:

—Huelgas, son los patronos de estos últimos meses, las telecomunicaciones, el transporte, la electricidad, todos los servicios públicos desde los basureros para arriba se están apoderando del país con apagones y callejones sin salida con el obrero-patrono convertido en manifestante ante esta o aquella oficina. Y ahora el ejército, *el ejército*, ¿cómo culparles? Son ellos quienes se supone que deben atizarles a los obreros en la cabeza al llegar a este punto. El ejército. ¿No lo visteis ayer?, la Fuerza de Defensa Nacional Africana, tres mil desfilando bajo sus banderas ante los edificios del sindicato, eso es gobierno del patrono puro y duro. Quienes se supone que deben protegernos son los empleados peor pagados del gobierno.

Blessing se echa a reír.

—¡Así que ahí es a donde van! Cada vez que hay huelga me quedo sin mis dos cocineras, y eso que participan de nuestras ganancias, pero quieren demostrar solidaridad con los demás trabajadores, con sus maridos del Ayuntamiento, una tiene un hijo que trabaja en la compañía de autobuses.

—¿Desde cuándo tienen sindicato? —Eric, de la piscina de los delfines, estuvo en el ejército del *apartheid* y recuerda lo que no cambia con cada régimen—. Los soldados nunca han tenido derecho a declararse en huelga. ¡Dios! ¿No habéis oído esos programas de radio a los que llaman los oyentes?, dicen que deberían expulsarlos del ejército con deshonor. A quién le importa si nuestra «fuerza militar» gana una miseria mientras nos sirvan para darnos tono en el Congo y en cualquier otro sitio donde las organizaciones de Naciones Unidas estén intentando apuntalar la paz contra los opresores..., quiénes son y no son...

—¿Quién está a favor de la paz?

—¿Quién es el opresor?

—En cualquier caso, la huelga de la compañía de electricidad se ha suspendido, va a haber «negociaciones» sobre cuestiones delicadas como el subsidio de vivienda..., así que no corremos el riesgo de sufrir más apagones..., al menos de momento.

—Lo que debería preocuparnos son las minas, el platino, la producción es de unas tres mil onzas al día, eso equivale a unos cincuenta y ocho millones para la economía...

—Hoy se alcanza un acuerdo salarial, la huelga sigue mañana, mañana, todos los mañanas...

—Mañana, mañana, la implicación de Zuma en el acuerdo de venta de armas ha quedado en nada..., ni siquiera se ha llevado a los tribunales.

—Tres mil onzas... La minería va a reducir la producción, el trabajo, y evitará pagar casi cincuenta veces más para el fondo de compensación de los mineros que han contraído silicosis a lo largo de los años. Algunos no cobraron ni un céntimo: los enviaron a morir a casa. Los propietarios se libraron de una acusación por asesinato durante el *apartheid*. Y después. Ahora es parte de nuestra transformación: los propietarios cuentan con que una compensación les libraré de su pasado como explotadores. Aunque eso no vaya a devolverles los pulmones a esos hombres.

Los dedos de Jake tamborilean contra el pecho de todos.

—armas. ¡Escuchadme! Nuestro país libre y en paz vende armas a países con un historial de derechos humanos como Libia, Irán o Zimbabue. Tratos «supuestamente» aprobados por nuestro Control Nacional de Armamento. ¿No es así, Jabu? Seguro que lo tienes todo en los archivos del Centro.

(Unos recortes encontrados al quitar el polvo).

—La aldea global está demasiado implicada en el tráfico de armas para aprobar leyes en contra.

Probablemente nadie esté escuchando a Jabu; Jake es la voz que resuena desde la montaña, está sirviendo otra botella en las copas, una poción que todos deben beber como brindis implícito de despedida: Australia.

—¿Dónde estamos? Alguna vez, cuando no tiene una rabieta, Malema culpa a la antigua raza de los ministros gubernamentales: blancos. Una acusación. Sin embargo, los negros que los han sustituido en los sillones ministeriales se han dado mucha prisa en adoptar las características de esa raza.

—Al menos se reconoce a las mujeres, aunque sean blancas: Gilí Marcus es directora del Banco Nacional, Barbara Hogan de las Empresas Públicas... y es una veterana de la Lucha.

—¿Es que esos poderes concedidos para demostrar que el régimen está por encima de la venganza están invirtiendo la tradicional condescendencia blanca que suponía que los africanos, negros, eran incapaces de ocupar esos puestos? ¿O es que están cortejando al votante blanco para las próximas elecciones de 2014?

—Marc, nada de premios..., pero ¿quién defiende a los «cargos de las minorías», blancos, indios o demasiado pálidos para ser negros? Los comunistas del pcha dicen que aunque se oponen a las indeseables actitudes «chauvinistas» que perduran en algunos sitios, un chauvinismo africano estrecho de miras sólo reproduce, ¿cómo lo llaman?, su opuesto. —Jake saca a colación ese fenómeno al tiempo que alza la copa de vino—. Pero nuestro

Zuma se opone a Lindiswe Sisulu, jefa de la Unidad de Transformación Social del cna, y a su propuesta de debatir esta especie de..., ¿es un símbolo?, transformación racial. Ella dice que nos enorgullecemos de ser una organización multirracial, y Zuma sale con que «el debate hará retroceder nuestro país al pasado».

Un coro confuso de voces.

—No hablemos de raza...

—Ya pasará.

Isa libera encantada a Jabu de la carga de la copa de vino que todavía no había probado.

—¿Dónde está Albert?—pregunta el delfín Eric.

Albert no está allí, últimamente ha asistido a todas las reuniones en la terraza de la familia Reed, pero tal vez intuya que seguiría siendo un desconocido en las terrazas de otros, aunque pronto vaya a formar parte de la familia de los delfines; ¿cómo encajará no sólo su estatus como refugiado sino también su orientación sexual en un modo de vida que por fuerza ha de parecerle extraño...? Limpiar una piscina fue compartir un trabajo, no las intimidades cotidianas.

—Su mujer iba a venir a verle hoy—dice Jabu mientras su cabello tiembla en lo alto del pináculo de su hermosa cabeza—. No le contestan al teléfono, no sabe lo que está pasando con esta nueva oleada de violencia. Nada bueno. Por lo que Steve y yo hemos podido averiguar, todavía no ha llegado hasta allí. Pero tuvimos que convencerle de que no fuese a verla... y no sé si no habrá ido después de que nos marcháramos.

—¿Quién sabe cuántos zims hay en Sudáfrica? El gobierno dijo que tres millones hace cuánto..., ¿tres años? ¿Cuál es la cifra actualizada? —Peter cuenta con que Jabu les dé una cifra más exacta.

Ella se pasa como hace siempre el dedo y el pulgar por el lóbulo de la oreja hasta llegar al pendiente.

—Nueve millones ochocientos cuarenta mil. El veinte por ciento de la población. ¿Os parece improbable? Los cálculos de otros funcionarios y organizaciones de negocios son tranquilizadamente más bajos.

—Ya sabéis lo que dice uno de los pocos hombres cuerdos que hay entre nosotros, aunque nadie quiera oírle. —Jake se ha puesto en pie, como si hablara no sólo para el barrio, sino para la ciudad y el país enteros—: «Ha llegado la hora de admitir que han sido los emigrantes quienes han dado vida a esta ciudad desde el momento de su fundación». Son palabras del alcalde negro de Johannesburgo. La vida del país. Las tribus llegadas del norte de Africa para conquistar a los san y los khoi khoi, los holandeses y los ingleses, los

escoceses e irlandeses desembarcando de sus navios—está enumerando, ¿llegará a los judíos procedentes del *shtetl* de Letonia, convertidos en africanos, *eish*, y por fin a un descendiente de un padre cristiano colonialista y de una bisabuela judía, mientras otro descendiente, su hermano Jonathan, se aparta del hombre de la cruz para volver a los pergaminos en la sinagoga?

Blessing, que en cualquier caso ofrece el consuelo de la buena cocina, interrumpe confiada a Jake.

—El año que viene es el Mundial de Fútbol, es muy emocionante. .., están construyendo los estadios..., la gente...

—... compra camisetas de marca confeccionadas por mano de obra esclava en China, baratísimas en comparación con las que fabrican nuestros obreros textiles mal pagados... y en huelga... La gente necesita pan y circo, este jolgorio es el gran circo que le va a quitar el pan de la cabeza a una población que se supone que tiene que subsistir con dos dólares al día... ¿Y se puede saber por qué el mundo utiliza esa moneda como patrón de supervivencia en todas partes? ¿A cuántos millones se les descuentan esos dos dólares para los pobres y desempleados? He ahí la forma más rastrea de nuestra corrupción de mierda: no es sólo que los peces gordos se forren con los beneficios de los concursos de licitación, sino que los pequeños pagan las pensiones, los subsidios para alimentar a los niños..., tienen su propio nivel, ellos también falsifican los subsidios, la Seguridad Social hace la vista gorda... ¿Me oís? ¡El botín obtenido de los pobres ha superado los cien millones entre el año pasado y lo que llevamos de éste! —El rostro de Jake está tenso de furia—. **ubuntu**. Una de las palabras africanas que todo el mundo, todos nosotros, de cualquier color, conocemos: sabemos que significa algo así como que uno es todos los demás. —Alza la voz—. ¡ Decidlo! ¡ Decidlo! Decid lo que significa. En qué se ha convertido. ¡Lo que hemos producido! ¡Lo que estamos produciendo ! La corrupción es nuestra cultura. El Espíritu de la Nación, **u bu u n tu ubuntu uu**

Están sentados solos, en compañía de los camaradas.

—**UBUNTU UBUN-TU UBUNTU-UUU ...**

De pronto, volviéndose hacia su camarada Steve, con las tripas, el estómago y los pulmones encogidos por debajo de su camisa a lo Nelson Mandela, Jake le espeta:

—Cabrón con suerte..., *tú te has librado...*

El momento que contiene una vida.

—No me voy...

Nadine Gordimer agradece a aquellos cuyas obras significan tanto para ella:

Karel Nel, cuyo cuadro *Zero* (2002) aparece en la cubierta de este libro, es un artista sudafricano de renombre internacional. Su obra puede contemplarse en las colecciones del Smithsonian Institute y del Metropolitan Museum de Nueva York. Colecciona arte africano, asiático y de Oceanía, y asesora a museos de Londres, París y Nueva York. Considera que el arte es la continua expansión de la conciencia, y su obra actual se centra en la visión exploratoria en que el arte se encuentra con la ciencia. Participa como artista invitado en un proyecto astronómico internacional en el que se están cartografiando dos grados cuadrados del universo.

y

al poeta, Oswald Mbuyiseni Mtshali, autor de *Sonidos de un tambor de piel de vaca* y *Llamas*, por sus traducciones del isizulú.

y

a George Bizos, amigo inestimable.

